NARRATIVA

EL SECRETO DE LA ALONDRA

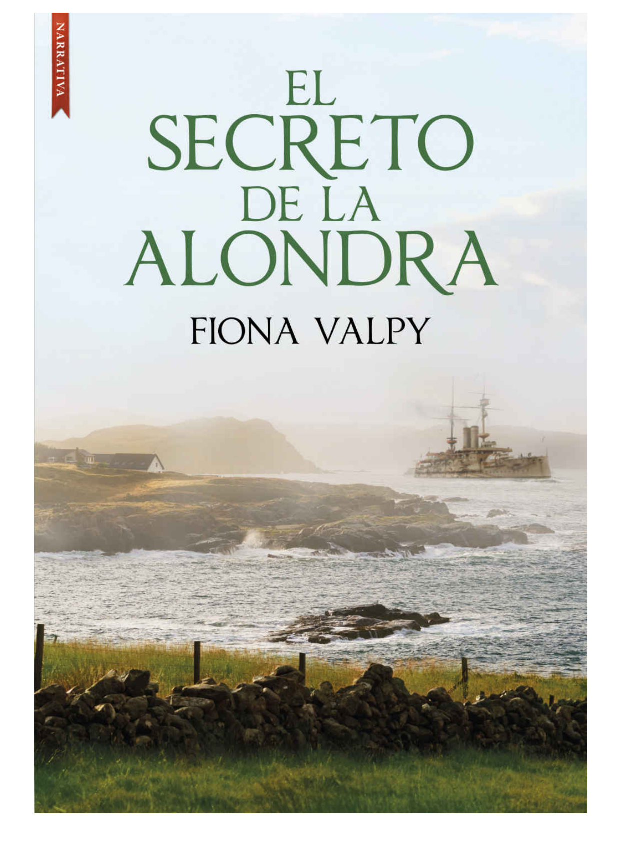
FIONA VALPY





Fiona Valpy se trasladó a Francia en 2007, donde vivió siete años. Allí, su familia y ella rehabilitaron una vieja casa de campo rodeada de viñedos en Burdeos. Durante esa etapa descubrió nuevas habilidades como hacer cemento, decorar interiores o la cata de vinos.

Su amor por el lugar, sus gentes y su historia la inspiran, lo que se refleja en sus escritos. Ha sido traducida a más de treinta idiomas y ha vendido más de dos millones de libros en todo el mundo. Actualmente vive en Escocia, aunque no deja de visitar Francia con regularidad en busca del sol.



Una aldea en las Tierras Altas que no es el lugar idílico que parecía; una joven que busca la felicidad; un pasado que atormentará a su hija.

Loch Ewe, 1940. Flora vive en una remota aldea de montaña que, de un día para otro, se convierte en una base militar de la Royal Navy. La comunidad, antes unida, verá como todo cambia para siempre. También su vida, pues se enamora de ella el hijo del *laird*, y ella no es más que la hija del guarda de la finca…

Décadas después, Lexie Gordon, la hija de Flora, se ve obligada a volver a la casa y a la aldea donde creció. A pesar de que en Londres nunca se sintió en su hogar, pronto se dará cuenta de que su madre no se lo había contado todo sobre su pasado y de que el pueblo le resulta hostil, sin saber por qué. Según pase el tiempo, irá descubriendo la historia de sus padres, los enormes sacrificios que tuvieron que hacer por ella… Cosas de las que su madre no le habló nunca. ¿Será Lexie capaz de perdonar el pasado y encontrar su lugar en el mundo?

El secreto de la alondra

Título original: *The Skylark's Secret*

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Álvaro López López
Imagen de la cubierta: © Duncan Andison/Shutterstock (granjas junto a la bahía de Loch Ewe, en las Tierras Altas de Escocia); imagen del barco, en dominio público, Wikipedia

Primera edición digital: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-19386-79-3

El secreto de la alondra

FIONA VALPY





Para la gente de Loch Ewe,
antes y ahora.

«Cuando estoy solo, *cridhe gaolach,*
ya sea la noche oscura o embravecido esté el mar,
la luz del amor mi paso ha de encontrar
el camino hacia ti».

De *The Eriskay Love Lilt,*
canción típica escocesa.

Capítulo 1

Lexie, 1980

Hace uno de esos días, en lo más álgido del principio del verano, en los que el cielo y el mar se ven inundados por el sol. Días así son poco habituales aquí en las Tierras Altas de Escocia, por lo que llaman la atención y se recuerdan como si fueran talismanes contra el largo y oscuro invierno. Le pongo el abrigo a Daisy, se lo abotono y le coloco un gorro de punto sobre los rizos. A pesar de que al sol hace calor, el viento que baja de las montañas hasta la pequeña granja puede helarte la nariz y las orejas, y hacer que se te pongan de color rojo cereza. Luego la meto en el portabebés y me lo cuelgo de los hombros. Se ríe —le encanta estar ahí arriba, enterrando los deditos en mi pelo— y nos ponemos en marcha.

Mientras subimos de manera constante, dejando atrás las aguas de Loch Ewe, me cuesta más respirar, ya que el camino se vuelve más empinado al serpentear entre los pinos cercanos al arroyo, cuyo sonido me acompaña entrañable mientras baja por la ladera. Por fin salimos de la oscuridad que reina bajo los árboles hacia la luz del sol que baña la tierra más elevada. Las pantorrillas me queman y me detengo un momento, con las manos en las caderas, tomando a bocanadas aire, un aire tan limpio como frío, tanto como el agua que lleva la corriente. Me vuelvo para echar un vistazo al camino que hemos hecho. Aquí y allá pueden verse todavía los grupitos de casas encaladas junto a la carretera, a orillas de la bahía, aunque en cuanto demos unos pasos más desaparecerán de la vista, igual que las colinas cubiertas de brezos que nos rodean.

Al borde del camino, medio ocultas entre serbales y abedules, las prímulas se vuelven para mirar al sol, mientras que las tímidas violetas intentan zafarse de él. La subida se hace más leve y Daisy y yo nos ponemos a cantar según caminamos, nuestras voces repican en el aire limpio.

E iremos todos juntos

a recoger tomillo en la montaña
rodeados de brezos en flor.
¿Vendrás, cariño, vendrás?

Todavía más alto, cuando nos quedamos sin repertorio propio que cantar, una alondra se pone a trinar desde la copa florida de un tojo; se eleva como un pequeño cohete en el cielo azul que se alza sobre nosotras. En el silencio, su canto parece colgar, suspendido, cada nota con una claridad perfecta, y crear un halo de sonido. Me quedo parada y Daisy y yo contenemos el aliento, escuchando, hasta que el pájaro se convierte en un pequeño punto que vuela por encima de las colinas y cuyo canto se lleva el viento.

El camino se hace más estrecho y se cubre de hierba, está más acostumbrado al paso de las ovejas y los ciervos que al de las suelas de botas de montaña. Por fin, volvemos una esquina y ahí está la laguna, a cubierto junto a la ladera. Daisy mueve los bracitos contenta, y sonríe. Hoy el agua apenas puede verse. Como transformadas por magia, sus oscuras profundidades, ennegrecidas por la turba, casi quedan ocultas bajo una cubierta de nenúfares cuyos pétalos se han abierto al sol.

Me descuelgo el trasportín de la niña de los hombros y me los froto, pues me duele allí donde estaban los tirantes, y me apoyo en lo que queda de un muro de piedra cubierto de líquenes, de lo que fuera una antigua cabaña mientras desabrocho a Daisy. De inmediato, saca esas piernecitas rechonchas que tiene y pisa con las botitas rojas el suelo cubierto de musgo. La sujeto y la abrazo, entierro la cara en el calor del cuello de mi hija.

—¡Ah, no, señorita Rápida! El agua puede ser peligrosa, ¿te acuerdas? Vamos, dame la mano e iremos las dos juntas a echar un vistazo.

Paseamos por la orilla, observando que entre los juncos y los anchos pétalos de los iris amarillos una nutria ha dejado sus huellas en el suelo húmedo; se ve un surco en el barro, el que ha dejado la pesada cola del animal entre las huellas de las garras.

Cuando acabamos de darnos una vuelta por la orilla, nos quedamos en un huequecillo cubierto de musgo y nos sentamos sobre mi abrigo, una al lado de la otra, protegidas del viento por el muro de piedra. El tejado de la vieja cabaña, que quizá fuera un día la casa de alguien, o tal vez un refugio de verano para un pastor de las montañas, está hundido por completo y no quedan más que los muros y una pared negra de lo que en su momento fue una chimenea. Mientras Daisy juega a servir el té con un nenúfar que he arrancado para ella y se halla ocupadísima haciendo como que me pone una taza, contemplo desde nuestra posición en la ladera cómo las aguas de la bahía se

extienden más abajo. La luz se desliza sobre su superficie como si fuera una piedra que la recorre saltando, astillándose en fragmentos que deslumbran a unos ojos más acostumbrados al cielo gris del invierno.

Debe de ser que la propia luz me está haciendo ver visiones, pues por un momento creo contemplar los cascos de los grandes barcos atracados allí. Quizá sean fantasmas, sombras que permanecen de los años en que la bahía fue una base naval secreta. Parpadeo y desaparecen; solo dejan tras de sí el agua, la isla y el mar abierto más allá.

Una nube se cruza por delante del sol y cuando su luz se desvanece me doy cuenta de repente de lo oscuras y profundas que son las aguas de la laguna, ocultas ahí, tras los nenúfares. En la cresta de la montaña que tenemos ante nosotras, un ciervo rojo nos observa en silencio, desaparece en cuanto levanto la cabeza para mirarlo a los ojos. Entonces la nube se va y vuelve el sol. Desde las laderas de más abajo oigo de nuevo el canto de la alondra. Ojalá pudiera hablar para contarme todo lo que sabe.

Porque este sitio es también, oculto por encima del mar entre colinas, un lugar que guarda secretos. Es un sitio en el que empezaron vidas y otras acabaron. Un lugar en el que los únicos testigos fueron las alondras y el ciervo.

Capítulo 2

Lexie, 1977

Mientras aprieto el paso por la calle, avanzando entre la multitud, el reloj de Piccadilly Circus me dice lo que ya sé: llego tarde. Y esta audición es mi gran oportunidad, la oportunidad de conseguir el papel de protagonista femenina en una producción del West End. Con las prisas, me engancho la punta de la suela de la bota en un adoquín irregular y tropiezo. Resoplo, me duele. Y luego choco con un transeúnte.

—Perdón —murmuro.

Pero el hombre ni siquiera levanta la cabeza para mirarme o para darme a entender que acepta la disculpa, así que ambos seguimos nuestro camino, atrapados por las prisas de una vida en la que falta tiempo.

e

Ahora ya me he acostumbrado a lo impersonal de la ciudad aunque al principio, hace tantos años, mudarme a Londres me resultase bastante duro. Echaba de menos Keeper's Cottage, tanto que me dolía. Y echaba mucho más de menos a mi madre. Era mi amiga, mi confidente, mi mayor apoyo, y pensaba a menudo en ella, allí sola, en la casita encalada junto a la bahía. La ciudad estaba llena de gente y de luces, y también del ruido del tráfico. Ni siquiera una taza de té sabía igual que en mi hogar, en las Tierras Altas. Aquí, en la cocina de la casa en que me alojaba tenía un hervidor con tanta cal pegada que teñía el agua mientras la hervía. Pero, al mismo tiempo, una parte de mí sentía alivio al haber dejado atrás Ardtuath. El anonimato que la ciudad te proporciona viene bien después de haber vivido en una pequeña comunidad claustrofóbica donde todo el mundo piensa que enterarse de lo que hacen los demás es un deber y donde nadie se ahorra una opinión sobre ningún asunto. Mi nueva vida me había proporcionado una libertad que nunca había tenido en casa y estaba decidida a seguir adelante con mi brillante futuro sin volver atrás, ni

siquiera para tomar impulso. Pronto hice amigos y empecé a adaptarme a la escuela de arte dramático a la que iba becada. Las largas y agotadoras horas de clases de baile, canto e interpretación, y lo emocionante de mi nueva vida urbana pronto reemplazaron la antigua existencia por una nueva y, desde luego, mucho más superficial y glamurosa.

En realidad, esa vida no era ni mucho menos tan sofisticada como parecía. Cuando te fijabas bien, los trajes y el maquillaje perdían la magia que tenían bajo los focos y revelaban que todo era improvisación. Nos cambiábamos en camerinos estrechos, compitiendo por el espacio frente al espejo entre un montón de ropa tirada, lápices de ojos y horquillas, todo cubierto con una fina capa de polvo, el polvo que usábamos para fijar el maquillaje y eliminar los brillos. El aire estaba cargado, lleno de un olor mezcla de sudor y de perfume rancio y del hollín húmedo de las calles de Londres que se nos pegaba en los abrigos, y nos empujábamos entre nosotras, dándoles salida a los nervios que siempre preceden a una actuación. Pero todo eso se te olvidaba en un minuto con el subidón de adrenalina que te daba la llamada de los cinco minutos.

Poco a poco, me he habituado a caminar por unas calles en las que el aire está lleno del aliento añejo de siete millones de personas y en las que, de lo sucio que se ve, se puede cortar en trozos el cielo, un cielo que avistas de vez en cuando entre los edificios. Nada que ver con los cielos que rodean Loch Ewe, que se abren en un arco ininterrumpido desde las colinas hasta el horizonte. También me he acostumbrado al tiempo que hace en Londres, o, más bien, a que no haga ningún tiempo en concreto. En la ciudad, las estaciones las marcan los escaparates y lo que en ellos se expone más que el cambio de tiempo atmosférico: incluso a mitad del invierno la ciudad parece generar su propio calor, que sube desde el suelo mojado y se desprende de los ladrillos de las casas. Al principio, de vez en cuando, echaba de menos esa sensación de estado salvaje que trae consigo el tiempo en Escocia: el poder desenfrenado de un vendaval en el Atlántico; el frío que te deja sin aliento una mañana clara y heladora; el primer calor, suave y esquivo, de un día de primavera. Sin embargo, pronto enterré los jerséis de punto en el fondo de la cómoda de mi dormitorio y los reemplacé por tops ajustados de algodón y camisas holgadas de estopilla como los que llevaban otras estudiantes, prendas que iban más con la atmósfera viciada de las salas de audición y que llamarían más la atención de algún agente o productor. Y aprendí a beber café en lugar de té, a pesar de que una taza costaba más que el tarro entero del té instantáneo que mi madre compraba en la tienda de Aultbea.

Me meto en el callejón que recorre un lateral del teatro y abro la puerta del escenario. El estómago se me revuelve de los nervios y me trago la bilis que me sube a la garganta, algo que no le va a hacer ningún bien a mi voz. Durante los últimos meses he estado estresada, acabando mi trabajo en *Carousel* y empezando otra vez el proceso agotador de acudir a audiciones. No he dormido ni he comido muy bien. Me digo a mí misma que la ansiedad es del todo comprensible dadas mi situación laboral y la preocupación de cómo voy a pagar el alquiler mientras el saldo de mi cuenta bancaria se reduce cada vez más. Y bajo todo eso se halla otra horrible realidad de la que me he ido dando cuenta de manera lenta pero inexorable durante las últimas semanas: Piers está perdiendo el interés en mí. Quizá, solo quizá, si consigo este papel vuelva a quererme. Tal vez podamos recuperar la pasión y la emoción de aquellos primeros días y todo volverá a ir bien.

Me uno a los demás, que ya están entre bastidores, y me quito el abrigo; me paso los dedos por el pelo para suavizar los rizos rebeldes entre rubios y pelirrojos que tengo y que parezcan más o menos peinados.

—Lo siento —le digo al asistente de producción, que marca mi nombre en su portapapeles.

Me lanza una sonrisa, demasiado breve como para ser de verdad, y luego se da la vuelta. Reconozco a una o dos personas de las que están allí: el mundo del teatro musical es pequeño. Pero evitamos mirarnos, concentrados en mantener los nervios a raya y en escuchar a la primera aspirante al papel de protagonista femenina. La competición por ese rol va a ser dura; la prensa ya comenta entusiasmada que este espectáculo está resurgiendo en Broadway, así que las entradas para el de Londres ya se agotan.

Trato de respirar hondo y de centrarme en el papel de María Magdalena, pero la cabeza se me va a otra audición, a otro teatro, hace dos años. Fue para la producción de *A Chorus Line* que dirigía el brillante Piers Walker, cuya estrella estaba entonces en ascenso en el panorama teatral del West End.

Desperté su interés en la audición. Al final de aquel día agotador, me pidió que saliera con él a tomar una copa. Me adelantó que me quería en el espectáculo a pesar de que era más bien una cantante que bailaba que una bailarina que cantaba, que era en realidad lo que estaban buscando. Me explicó que yo tenía una luminosidad que le recordaba a Audrey Hepburn, pero en pelirroja. Más tarde, esa misma velada, me dijo que nunca había conocido a nadie como yo. Que tenía un talento poco habitual. Que podría ayudarme con mi carrera. Y esa noche, mientras yacíamos enredados entre las sábanas de mi lúgubre alojamiento, me prometió que yo sería su musa y que, juntos, nos abriríamos camino hasta la cima de esa industria. Yo me bebí sus

palabras con la misma sed con que me habría bebido una copa de vino en el *pub* de detrás de Drury Lane. Qué ingenua era: ambas cosas se me subieron a la cabeza.

Ahora ya se nos ha pasado el enamoramiento, dos años después, y la realidad de la vida se ha impuesto. Hace poco, Piers ha empezado a llegar más tarde a casa del teatro. Más de una vez ha mencionado el nombre de una nueva estrella que, como se asegura de aclararme, «capta» de verdad su visión y a la que es un «sueño» dirigir. He comenzado a darme cuenta de que necesita la confirmación de su audiencia más que yo. Para él, la vida es una representación, como las producciones que dirige; todas y cada una de sus relaciones parecen haber hecho su recorrido antes de que la novedad desaparezca y él se desplace a la siguiente. Todavía me aferro a la esperanza, no obstante, de que yo seré quien cambie todo eso. De que seré quien hará que quiera quedarse.

La ansiedad constante se está cobrando su precio. Las noches de insomnio y las náuseas que siento en la boca del estómago me están afectando la voz aunque no lo admita ante nadie. Quizá la he forzado un poco al probar a cantar ampliando mi rango vocal. Pero no puedo permitirme que esa duda me afecte ahora. Hoy tengo que seguir adelante y hacer una prueba que me dé el papel protagonista de *Jesucristo Superstar*.

—Alexandra Gordon.

La asistente de producción me llama, así que me subo al escenario y respiro hondo, decidida a que, aunque el corazón me golpea el esternón como si fuera un pájaro atrapado, mi voz vuelva a volar libre, igual que lo hacen las alondras sobre las colinas del lugar donde nací.

e

Consigo el papel. Y, durante unas cuantas semanas, Piers vuelve a estar tan atento conmigo como antes, me trae flores y me lleva a cenar para celebrarlo. «Todo va a salir bien», pienso, suspirando de alivio.

Pero al empezar los ensayos es como si cada vez me costara más alcanzar las notas más altas. El director está preocupado y cuando me habla puedo ver en sus ojos el brillo de la duda, no está seguro de haber elegido a la persona indicada para el papel. Y llega el día en que una preparadora vocal me lleva aparte y me pregunta si me encuentro bien.

—Estoy bien —le aseguro, forzando una sonrisa mucho más alegre de como en realidad me siento—. He pasado un par de meses difíciles, pero me estoy recuperando. He tenido un poco de acidez de estómago, además, aunque ya me siento mejor. Solo estoy algo baja de forma, pero tendré bien la voz cuando me haya recobrado del todo.

Ojalá haya sonado convincente. En realidad, esta mañana me vinieron arcadas después de tomarme un trocito de tostada y una taza de café, pero decidí seguir adelante y venir a trabajar.

—De acuerdo. —Me mira dubitativa—. Pero, Alexandra, esto ya lo he visto antes. Espero que no te importe que te lo pregunte… ¿Estás embarazada?

En cuanto me lo pregunta, lo sé. Es como si ya lo hubiera sabido y no lo hubiese querido admitir. Me llevo las manos de modo automático al ombligo mientras me quedo lívida. María Magdalena no puede estar embarazada y hacer su papel en el escenario, pese a que puedan ser gajes de su oficio. Me tambaleo como si las paredes se hundieran a mi alrededor.

La preparadora vocal hace que me siente en un taburete en un rincón de la sala de ensayo y me presiona la cabeza contra las rodillas para evitar que me desmaye.

—Puede pasar —me explica—. Durante el embarazo los cambios hormonales hacen que las cuerdas vocales se inflamen. Eso puede afectar al registro de voz. Te has estado esforzando para alcanzar las notas y eso puede provocar sangrado. Deberías consultar a un especialista, hacerte un chequeo. Y, desde luego, tienes que descansar la voz por un tiempo.

e

La furia de Piers estalla con la fuerza de una tormenta atlántica.

—Menudo desastre —dice cuando se lo cuento, esa misma noche, después de haber visitado a un médico que ha confirmado tanto que estoy embarazada como que tengo lo que parece una lesión en las cuerdas vocales.

Extiendo los brazos para rodearlo, desesperada por conseguir la seguridad de un abrazo, pero me aparta.

—Tienes que librarte de eso —sentencia al tiempo que el calor de su rabia se torna en un enfado frío y duro mientras se da la vuelta para servirse un *whisky* largo.

Por un momento me siento confusa y creo que me habla de librarme de la lesión. Pero entonces, estupefacta y horrorizada, me doy cuenta de que se refiere al bebé. El aborto es legal desde hace diez años, pero yo ni siquiera me lo he planteado. Ya siento la conexión con este bebé, una conexión que es a la vez tremendamente protectora y amorosamente tierna.

Toma un trago del *whisky* y sigue hablando.

—Quítatelo y luego, si te hace falta operarte de la garganta, podrás hacerlo. No vas a perder este papel.

La cabeza se me llena de un zumbido que no me deja pensar. Y entonces, en medio de la confusión y el miedo, me llega un hilillo de

la voz de mi madre, que me canta canciones de amor y de pérdida en la cocina de Keeper's Cottage.

Quieres amarme y dejarme, ¿no?

¿Vas a dejar a tu verdadero amor?

Ya sé cuál es la respuesta a esa pregunta: no tengo duda alguna de lo que Piers va a hacer. Él ya ha salido de esta relación.

Y entonces el zumbido desaparece y a mí tampoco me quedan dudas. Voy a tener a este bebé y lo criaré yo sola. Quizá recupere la voz con el tiempo. La preparadora vocal me dijo que existía la posibilidad de que así fuera, siempre que el daño que hayan sufrido las cuerdas vocales no haya sido excesivo. Tendré que consultar a un especialista para saberlo. Pero ahora eso tendrá que esperar unos meses. Dispongo de algunos ahorros que, en caso de apuro, me permitirán vivir hasta que el bebé nazca y pueda retomar mi carrera otra vez. No voy a dejarla atrás, solo haré un paréntesis. Después de todo, otras cantantes han compatibilizado el tener hijos con su carrera. ¿Por qué no habría de hacerlo yo?

A Piers se le ha soltado la lengua con el *whisky*, así que cuando le digo que se vaya me dedica toda una retahíla de invectivas amargas que me asustan por lo que podría hacerle a nuestro bebé. Me dice que no quiere volver a tener nada que ver conmigo, que soy una egoísta al tomar esa decisión, que soy la actriz más egocéntrica que ha conocido.

—Incluso puede que no sea mío. —Se pone la cazadora y, mientras abre la puerta con llave, se lanza de nuevo hacia mí—. No me sorprende que te dieran el papel; saben reconocer a una puta cuando la ven.

Cierro la puerta con un ruido sordo para no oír esas odiosas palabras. El eco del ruido recorre las paredes. Y entonces me caigo y me quedo enrollada sobre las sucias baldosas del suelo de la entrada, con las rodillas dobladas para proteger la nueva vida que crece en mi interior, mientras me llevo las manos a la cara y sollozo. Me siento sola del todo.

Pero sí estoy segura de algo: mi vida ahora está en Londres; de ninguna manera voy a volver a Escocia.

Capítulo 3

Lexie, 1978

Por suerte, Daisy se está echando una siesta, sujeta en su asiento para bebés, desde que pasamos Inverness. Sé que eso significa que esta noche no será fácil dormirla, pero prefiero tener paz durante los últimos kilómetros. Apago el casete: me marean nuestras canciones, siempre las mismas, que hemos escuchado durante estos dos últimos días en la carretera: una combinación de nanas y de melodías del West End. A estas latitudes apenas llegan las ondas de radio, así que me quedo con el runrún del motor y de mis propios pensamientos mientras la carretera, llena de curvas, nos lleva hacia el noroeste.

Una sensación de pavor se me adueña de la boca del estómago según nos acercamos a la costa. Desde que me fui, hace doce años, no había vuelto ni una sola vez a casa, a Keeper's Cottage. Eso sí, mi madre vino a verme muchas veces a Londres durante mi carrera, y, por la forma en que lo contaba, cualquiera habría pensado que lo interesante era el viaje que hacía por la noche, durmiendo, en lugar de la visita a su única hija, que actuaba entonces en *Oklahoma!* y *Carousel*. Supongo que siempre di por hecho que estaría ahí, en esta casita de piedra a orillas de Loch Ewe, para cuando yo quisiera venir. Pero regresar era algo que, desde luego, nunca quise. Ni siquiera tuve la fuerza de organizar el funeral en la iglesia cuando murió en el hospital de Inverness. Fue más fácil, y también mucho más práctico, ofrecer un breve servicio funerario en el crematorio municipal. Pude sentir la desilusión y la desaprobación de la poca gente del pueblo que se desplazó para darle su último adiós a Flora Gordon incluso mientras me daban la mano y murmuraban sus condolencias en aquel día espantoso y vacío.

Y ahora, por fin, estoy de vuelta; sin muchas ganas, pero me he quedado sin opciones. Y es demasiado tarde. Mi madre se ha ido. Todavía soy incapaz de hacerme a la idea de lo que esas palabras significan. ¿Cómo voy a seguir adelante sin ella? Las dos formábamos un equipo. Mientras nos tuvimos la una a la otra, nunca necesitamos a

nadie más. Ella fue quien me dio la fuerza para marcharme, quien me animó a matricularme en la escuela de arte dramático y quien me ayudó a hacer las maletas cuando llegó el momento. Siempre supe, a pesar de que nos separaran muchos kilómetros, que no dejaría de estar ahí conmigo, en espíritu, cada vez que ponía un pie en el escenario para cantar. Pero ahora estoy sola con mi hijita, de la que sé que dirán a mis espaldas que es «una niña sin padre». Hay insultos peores, claro está, y no me cabe duda de que también los emplearán. La gente cuchicheará en la calle y las malas lenguas hablarán en la puerta de la iglesia. Y dirán que la historia tiene una manera curiosa de repetirse y que qué iba a esperarse de una chica nacida también fuera del matrimonio y que se fue corriendo a los teatros de la gran ciudad. «Aunque tenía buena voz», admitirán. Pero luego sacudirán la cabeza y añadirán: «Para lo que le ha servido…».

Daisy se despierta sobresaltada al notar cómo nuestro vehículo traquetea al pasar sobre un guardaganado. Lloriquea consternada al verse todavía sujeta a su portabebés dentro del automóvil, así que se retuerce, tratando de liberarse, y estalla en una buena rabieta.

—De acuerdo, cariño —intento calmarla—. Ya casi hemos llegado. Solo tenemos que detenernos en la tienda a por unas cuantas cosas.

Me tienta, y mucho, atravesar conduciendo el pueblo; pasar de largo los postes que marcan la entrada de la finca Ardtuath, desierta hace tiempo, e ir directa a Keeper's Cottage, ya que así podría aprovechar todavía un poquito, unas horas más, ese precioso anonimato que aún me queda. Pero me muero por tomarme una taza de té y también algo más fuerte. Además, tenemos que comprar algo para la cena. En casa no habrá nada de comer, lleva meses vacía.

Si soy del todo sincera, pensar en abrir la puerta y traspasar el umbral para entrar en el silencio oscuro y helador de unas habitaciones que antes estaban tan llenas de vida y de luz me aterroriza. Parar para hacer unas compras retrasará el momento en que tenga que enfrentarme a la verdad desnuda de aquello que he estado tratando de ignorar durante tanto tiempo: la pérdida. Y la culpa. Y la pena.

Me detengo frente a la tienda y gimo. Me llega el olor del pañal de mi hija, no precisamente limpio, y ella llora a pleno pulmón.

—Lo siento, preciosa; espera un poquito más, hasta que lleguemos a casa.

Me la apoyo en la cadera mientras rezo para que en la tienda no haya nadie. Empujo la puerta y la abro. Suena la campanilla, aunque apenas se nota, porque Daisy hace mucho más ruido para que oigan bien que entramos. Está claro: mi plegaria ha caído en saco roto, como siempre. Varias cabezas se vuelven y nos miran.

—Oh, vaya, Lexie Gordon, eres tú. ¡Por fin has vuelto a Ardtuath!

Daisy ha dejado de llorar un instante, el tiempo justo para tomar aire, así que el saludo se oye bien fuerte en mitad del silencio que se ha producido y me recuerda que Alexandra Gordon, la estrella del teatro musical, cuyo nombre aparecía impreso en las entradas de los teatros del West End, desapareció hace tiempo: aquí soy, y siempre seré, Lexie.

—Justo estábamos comentando que no sabíamos de quién era ese automóvil, pensábamos que debía de ser de algún inmigrante. Y mira esta preciosidad, el orgullo y la alegría de su abuela, Dios la tenga en su gloria. —Bridie Macdonald corre hacia nosotras y su verborrea nos arrastra como una ola. Cuando por fin hace una pausa para tomar aliento, retrocede un poco, pues las fosas nasales le tiemblan al percibir el olor que desprende el pañal de mi hija.

—Hola, Bridie.

También saludo con vaguedad a los demás, a los que veo como un borrón de caras unidas en torno al mostrador; estoy demasiado nerviosa como para distinguir quién es quién.

Hago malabarismos con Daisy en la cadera, alcanzo una cesta y me pongo a dar vueltas por los pasillos de la tienda en busca de lo que necesito. Bridie me sigue los pasos de cerca y me lanza una oleada de preguntas al tiempo que le dice cositas a Daisy, que se ha puesto a llorar otra vez.

Le contesto con tanta amabilidad como puedo. «Sí, estoy de vuelta. Sí, ha pasado mucho tiempo. Sí, me temo que después de pasarse el día entero en el automóvil la niña no está muy presentable; solo he parado para comprar unas cuantas cosas, luego me la llevaré a casa y la cambiaré».

Meto en la cesta té y unas galletas. No avanzo mucho, pues Daisy no deja de retorcerse, Bridie no para de hacerme preguntas y me topo con unas nasas para pescar cangrejos de mar colgadas de unas cañas de bambú con las que tropiezo al pasar para alcanzar medio litro de leche.

«No, no estoy segura de cuánto tiempo me quedaré. No, de momento no tengo planes. No, de momento no he vuelto a cantar. Sí, tendré que deshacerme de algunas cosas de mi madre. Es muy amable de tu parte, pero seguro que me las arreglaré sola, gracias. No, de momento no he pensado en vender Keeper's Cottage».

Al borde de la desesperación, echo unas cuantas cosas más en la cesta: cuatro zanahorias arrugadas, un puerro lacio y luego una botella de tónica. Busco un limón, pero no hay, salvo esos que parecen hechos de un plástico amarillo brillante. Tampoco quedan patatas, así que me llevo un paquete de puré, y, como veo que no podré preparar una comida en condiciones con lo que hay, añado a la cesta una lata de pastel de carne y riñones.

Por fin, llego a la caja. El grupo que se había reunido en torno a ella parece no tener prisa por marcharse, feliz de permitir que Bridie siga con sus preguntas y atento a mis respuestas. Su juicio me flota sobre la cabeza como un gavilán atento a su presa. Apoyo la cesta y ajusto la correa que sujeta a mi pequeña cagona mientras le doy gracias a Dios de que por fin haya dejado de llorar. Cuando miro por encima del hombro me doy cuenta de que lo ha hecho porque Bridie le está dando bolitas de chocolate que ella intenta atrapar moviendo las manos por la espalda de mi cazadora de ante. Es una prenda que adquirí en otro tiempo, cuando tenía dinero y llevaba un estilo de vida acorde con tan lujoso atuendo. Ahora me la pongo porque no puedo comprarme nada más práctico. Soy consciente del aspecto que debo de tener. Esta cazadora, al igual que su propietaria, aquí no pega.

Sonrío a Morag, que está tras la caja. El grupo de mujeres me mira y se fija en todas y cada una de las cosas que he comprado, que Morag marca y luego mete en una caja de cartón decorada con un logo, un logo que me recuerda…

—Oh, también una botella de ginebra, por favor.

La cajera alcanza una de la estantería que hay detrás de ella y yo me cuido mucho de mirar a ninguna de las mujeres allí reunidas. Me están juzgando aunque no lo digan; lo noto en el aire, más que antes. Pago y luego levanto la vista por fin, con una sonrisa desafiante, hacia ellas.

—Hola, Lexie —interviene una mujer joven y rubia que empuja una sillita de paseo en la que lleva a un bebé vestido de manera inmaculada.

El niño, que parece solo un poquito mayor que Daisy, mira la escena con unos grandes ojos azules. Me lleva un instante darme cuenta de quién es.

—¿Elspeth? Me alegro de verte. ¿También tienes un bebé?

Éramos amigas en el colegio, pero perdimos el contacto cuando me mudé al sur.

Asiente con la cabeza. Pero no dice nada más.

Con dificultad, me inclino para recoger la caja de cartón con la compra mientras sujeto a Daisy con el otro brazo. Ella sonríe feliz y tranquila a Bridie, Morag, Elspeth y las demás, con las mejillas sonrojadas y las pestañas tiesas por lo que ha llorado.

—A ver —se ofrece Bridie—, deja que te eche una mano con eso.

Trata de tomar la caja de la compra que tengo en las manos, pero sacudo la cabeza. Si ve que llevo el automóvil hasta arriba con todas mis cosas, no habrá vuelta atrás: aparte de saber que voy a criar a una niña sin padre, tendrá la certeza de que he vuelto a Ardtuath sin nada, con el rabo entre las piernas y una carrera destrozada, y muchos meses después de que mi madre pasara abandonada los últimos días

de su vida.

—No te preocupes, puedo arreglármelas. Tal vez podrías abrirme la puerta, eso sí. Gracias.

Al apoyar la caja en el capó del automóvil y buscar las llaves en el bolso, la lata del pastel se me cae y repiquetea sobre el suelo. Tras el escaparate de la tienda, veo que varias caras se vuelven en nuestra dirección.

Abro la puerta y coloco a Daisy en su portabebés. Y, cómo no, mi hija me deja muy claro lo que piensa al respecto con toda la fuerza de sus pulmones. Mientras ella manotea, la sujeto con las correas sin decir palabra, porque si abro la boca no estoy muy segura de que vaya a ser capaz de contenerme en lugar de soltar cualquier cosa a voz en grito o de echarme a llorar.

Me vuelvo para recoger la lata del suelo. Pero Elspeth está ahí, de pie, con ese bebé suyo de ojos grandes que me mira con fijeza desde su sillita.

—Toma. —Y me tiende la lata abollada.

—Gracias. No es que sea una gran cena, pero para hoy tendrá que bastar.

Elspeth asiente con la cabeza mientras mira por las ventanillas el interior de mi vehículo. Se fija en los artículos de menaje y en la lámpara de escritorio que se ven tras el cristal. Parece que va a decir algo, pero se lo piensa mejor y gira la sillita del bebé.

—Me alegro de verte.

—Sí. —Me quedo ahí, de pie, confusa, durante un momento, mirando cómo empuja la sillita de ese bebé suyo, limpio y que huele bien, carretera adelante, y cómo gira hacia la verja del jardín de una de las casas que miran al puerto antes de maniobrar para entrar por una puerta pintada de color amarillo.

Entonces, al sentarme en el asiento del conductor, relajo las extremidades, rígidas, y respiro hondo antes de darle a la llave.

—Muy bien, Daisy —anuncio, tratando de sonar lo más contenta posible, con la esperanza de que no note que tengo la voz quebrada—, nos vamos a casa, a Keeper's Cottage.

e

El ruido de alguien que llama a la puerta me despierta a la mañana siguiente. Después de habernos quedado despiertas hasta la madrugada, por fin conseguimos descansar; caímos en un sueño profundo hasta que el amanecer empezó a bañar el cielo más allá de las colinas.

Hemos tenido una noche movida debido en buena parte a que Daisy no quería dormir en una oscuridad y un silencio que no le eran familiares. Mi hija está acostumbrada a oír, desde su cunita y en su

habitación, el ruido de fondo del tráfico y a ver el brillo de las luces que diluyen la negrura de la noche en la ciudad contaminada y que la convierten en un color tirando a anaranjado.

Para cuando la hube cambiado y alimentado, después de esperar a que el calentador templara el agua lo suficiente como para poder darle un baño corto y luego dejarla lista para irse a la cama, estaba despierta del todo, disfrutando de la novedad de estar en una casita nueva rodeada de las cosas de mi madre. Para evitar que rompiera los adornos y las fotos esparcidos por la sala de estar, traté de abrir la lata abollada del pastel haciendo malabarismos con ella bien sujeta a mi cadera al mismo tiempo.

Después de luchar durante un buen rato con el viejo abrelatas y con la dichosa lata que contenía mi cena, y tras haberme cortado un dedo y haberlo manchado todo de sangre, tuve que admitir la derrota. Me enrosqué un trozo de papel higiénico en torno a la herida, apagué el horno y en lugar de cena me serví un *gin-tonic*. Luego llevé a Daisy al dormitorio y preparé la cama, cosa nada fácil con una herida en la mano. Alguien debía de haber pasado por allí, pues habían retirado toda la ropa de cama de encima del colchón y las sábanas, lavadas y planchadas, estaban en el armario de la ropa blanca.

Sabía que en el desván se guardaba una vieja cuna de madera, la misma en la que yo había dormido a los pies de aquella misma cama en aquella misma habitación cuando era un bebé, pero en ese momento no estaba de humor para salir a por la escalera que se guardaba en el cobertizo, buscar la cuna y bajarla y luego montarla. Así que metí a Daisy en una especie de nido hecho con mantas y la puse en la cama. Pero no quería dormirse. Limpita, abrigada y alimentada, estaba como nueva y lo que le apetecía era jugar y pasarlo bien después de haber soportado un día entero, largo y aburrido, dentro del automóvil. A pesar de que estaba enfadada, no pude sino sonreír cuando empezó a dar vueltas una y otra vez, haciendo que las dos acabáramos enredadas en la colcha.

Traté de cantarle algo suave, pero tenía la voz cascada y eso hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas, así que lo dejé. Busqué su conejito azul, su favorito, lo saqué de la bolsa de juguetes y encontré un libro ilustrado. Pero lo que ella quería era moverse, así que me la puse sobre la tripa y la dejé mover como pistones las piernecitas, intentando que se cansara. Después de media hora, los brazos me dolían casi tanto como la cabeza. Lo de la ginebra no había sido una buena idea, así que tomé de nuevo tanto a Daisy como el vaso medio lleno de *gin-tonic* y volví a la cocina. Dejé el vaso sobre la mesa, junto a la botella de ginebra, y luego me fui a la sala de estar a mirar por la ventana.

Los viejos cristales de las ventanas siempre habían dejado que

pasara un poco el aire, por lo que envolví a Daisy en la toquilla que mi madre había tejido para ella cuando nació, de un punto de conchas precioso y delicado. Le acaricié la espalda en un intento de que se durmiera, acariciando la suave lana blanca con los dedos. Por un momento, la imagen de mi madre sentada junto al fuego, con una fina madeja de esta misma lana en el regazo mientras volaban las agujas de hacer punto, me vino a la mente y amenazó con abrumarme de nuevo. Sacudí la cabeza y contuve las lágrimas, estaba demasiado cansada para llorar más.

Por detrás de la casa, la luna se alzaba y dibujaba un camino por las aguas de la bahía. Había marea alta y solo podía ver el agua que acariciaba con suavidad la arena más allá del borde de la carretera. Ajena a mi ostensible cansancio, Daisy parloteó y jugueteó, señalando con su dedito regordete a la ventana y nombrando a su manera cada cosa que veía. «Eso», decía, y «eso».

El silencio de la noche se veía interrumpido de vez en cuando por el canto de un zarapito que llegaba desde la orilla. Yo le hablaba con dulzura a mi niña, le besaba el pelo recién lavado y la acunaba con cariño.

El ruido tranquilo de un motor fuera, en la bahía, hizo que ambas miráramos. Una pequeña barca de pesca se deslizaba bajo la luz de la luna y dejaba una serpentina de estrellas danzantes por allí donde la hélice había agitado la fosforescencia.

—«Eso» —repitió Daisy, insistente.

—Lo sé, es bonito, ¿verdad? —repuse—. Es una barca.

—«Arca» —probó Daisy, y me hizo reír.

—Eso es, muy lista.

Nos quedamos mirando hasta que las luces del agua dejaron de bailar y todo volvió a quedarse tranquilo de nuevo.

—Vamos, cariño —anuncié—. Es hora de irse a la cama.

Pero Daisy tenía otra cosa en mente.

Hacia las dos de la madrugada ambas quedamos reducidas a lágrimas de cansancio. Solo cuando ella sollozó hasta quedarse dormida me sequé los ojos en el embozo de las sábanas, me enrosqué en ellas, tiré de la toquilla para arroparnos las dos y me sumergí, por fin, en el olvido…

e

La llamada a la puerta que me despierta se entremezcla al principio con mis sueños, de los que voy saliendo poco a poco desde las profundidades, flotando hacia la superficie y la luz del día mientras el ruido persiste y hace que me levante.

Con cuidado, para no despertar a Daisy, me desenredo de entre las mantas y me pongo la bata de estar en casa que cuelga detrás de la

puerta del dormitorio. Abro la puerta de entrada dispuesta a enfrentarme con el desconsiderado que está haciendo tanto ruido a una hora tan temprana de la mañana.

Pero las palabras se me quedan en los labios al ver quién es: un hombre, al que el viento está despeinando, que se perfila contra el gris de acero de las aguas de la bahía.

Sorprendida, me paso una mano por mis propios rizos rebeldes y tiro del cordón de la bata para ajustármela un poco más a la cintura.

—¿En qué puedo ayudarle? —Lo digo con voz heladora, a pesar de la cariñosa sonrisa con que él me mira.

—Hola, Lexie. Soy Davy Laverock.

Hace una pausa, como si el nombre tuviera que decirme algo. Se produce un silencio incómodo mientras me devano los sesos. No. Nada. Nada salvo *laverock,* la palabra escocesa que mamá solía usar para las alondras que anidaban en las colinas de más allá de la bahía. Me quedo observándolo con la mirada vacía.

Desvía la vista hacia otro lado, la sonrisa le flaquea un poco. Saca una bolsa:

—Bridie me pidió que te los trajera.

Tomo la bolsa que me da y miro dentro. Pesa porque está llena de una especie de cangrejos de mar muy grandes, que los pescadores suelen capturar con sus nasas. Se me hace la boca agua al ver la maraña de caparazones de coral. No tienen salida comercial, pero la verdad es que están riquísimos si los preparas hervidos en una cazuela con agua de la propia bahía y luego los sirves con mayonesa o mantequilla de ajo. Aunque te rompas una o dos uñas tratando de sacar la carne de esas patas acorazadas que tienen, merece la pena.

—Gracias —expreso—. Y gracias también a Bridie.

—Dijo que acabas de llegar. Pensó que te vendrían bien.

Así que los rumores ya están corriendo por ahí, vaya.

Nos quedamos de pie, incómodos, y entonces lo miro a la cara una vez más, buscando algo, cualquier cosa que me sirva para ubicarlo. Tiene la expresión abierta y boyante de un hombre que está del todo a gusto consigo mismo y unos ojos azul pizarra enmarcados por una cara cuya piel muestra los signos de la intemperie. Es de la zona, es obvio, y está seguro de que sé quién es de ese modo en que todos los de por aquí dan las cosas por sentadas, pues todo el mundo sabe quién es quién.

—Siento lo de tu madre —dice al fin—. ¿Está bien la casa? Sé que Bridie ha venido un par de veces para comprobar que todo estuviera en orden. Pero si necesitas que te echemos una mano con lo que sea, dímelo sin más.

Me mira al pasar mientras lo dice. Parpadea y me da la sensación de que algo detrás de mí le ha llamado la atención. Me doy cuenta de

que ha sido la botella de ginebra que hay junto al vaso medio vacío. Sé lo que debe de estar pensando. Y más a esta hora de la mañana. Entonces miro al reloj de cocina y veo que es más tarde de lo que pensaba, son casi las diez. Pero aun así…

Vuelvo a mirarlo, desafiante.

—Eh, que no es lo que parece. Es todo lo que pude cenar anoche.

Se encoge de hombros.

—No te estoy juzgando.

Sí, claro. Seguro que no pasará ni media hora antes de que vaya y se lo cuente a Bridie.

Añade:

—No importa, disfruta de los cangrejos. Si quieres más, dímelo, suelo salir la mayoría de los días con las nasas. Déjame un mensaje en el embarcadero.

Cedo un tanto al darme cuenta de lo poco agradecida que he sido.

—Gracias, de verdad. Me encantan.

—No es nada. Bueno, entonces ya nos veremos por ahí.

Lo miro mientras vuelve al Land Rover aparcado a un lado de la carretera silbando un fragmento de una melodía mientras camina. Tiene los hombros anchos y los andares típicos de un pescador. Reconozco la canción, ya que es una de las que mi madre solía cantar. Sube a su vehículo y enciende el motor, mira fugaz hacia la casa y levanta una mano para saludar mientras se aleja.

e

Tiro por el fregadero lo que queda de la bebida de la noche anterior y guardo la botella de ginebra en un armario. Luego meto la bolsa con los cangrejos en el frigorífico y me doy cuenta de que estoy tarareando unas estrofas de la canción que él iba silbando, una tonada que ahora no deja de darme vueltas en la cabeza. Incluso me atrevo a tararear algunas de las palabras del estribillo: «¿Les gustará la pandilla…?». Pero me detengo cuando la voz se me quiebra por la emoción.

Algo se me remueve en lo más profundo de la memoria. Puede que en esos ojos de color azul pizarra haya visto algo que me resulta familiar, pero la verdad es que no sé muy bien quién es. Me pongo a pensar, a tratar de recordar, pero nada, no lo consigo; es algo que se me escapa.

Lleno el hervidor con agua del grifo y lo pongo al fuego. Al tomar la vieja tetera marrón de la estantería, la pena me invade de repente y me golpea el pecho al respirar. La voz de mi madre parece llenar la cocina, cantando esa misma canción, y me abrazo a la tetera.

Oh, cava mi tumba, larga y profunda.
Ponme un ramo de rosas en la cabeza y otro a los pies

y en el medio una tórtola.
Haz que todos sepan que he muerto de amor…

Siempre tenía una tetera preparada y siempre me llevaba una taza de té, tanto si la quería como si no. Pero al ver esa vieja tetera me doy cuenta de que aquellas tazas que me llevaba eran mucho más que té, me estaba dando mucho más. Eran como señales que daban sentido a nuestra historia juntas, esas pequeñas pausas y esas conexiones que yo daba por seguras. Esas tazas de té eran solo una de las maneras que tenía de decirme, varias veces al día, que me quería.

Con las palabras de esa canción todavía retumbándome en la cabeza, atravieso la sala de estar y tomo una foto de mi padre que reposa sobre la repisa de la chimenea. Esos ojos oscuros, insondables, ocultos entre las sombras de la fotografía, la única que tengo de él… Se llamaba Alec Mackenzie-Grant, estaba en la Marina y murió antes de que yo naciera. Aparte de eso, poco más sé de él. Cuando intentaba que mi madre me contara cosas de mi padre siempre me hablaba de su amabilidad, de lo mucho que la había amado y de cómo me habría querido de haberme conocido. Pero cuando insistía en que me contara más, cuando le preguntaba por sus padres (mis abuelos) y por su vida como el hijo del *laird*[1] allá arriba, en la casa grande, siempre me salía con evasivas. Solía cambiar de tema diciendo: «¿Te he contado alguna vez cuando Alec y tu tío Ruaridh salieron con la barca a pescar caballas y vieron un tiburón peregrino?». Y aunque había escuchado esa historia cien veces, dejaba que volviera a contármela.

Solo cuando me hice mayor me di cuenta de lo duro que debía de haber sido para ella ver la vida que habría podido tener como señora de Ardtuath House, quizá lamentase la vida que no me había podido dar. Y así fue como aprendí a dejar de hacerle esas preguntas, que solo servían para que se pusiera triste. Pero siempre me pregunté por mi padre, por quién era en realidad y por qué mi madre no quería hablar de la familia de él. Las historias que siempre me relataba versaban sobre la inocencia de la infancia, una inocencia que la marea de la guerra debía de haberse llevado por delante. Era comprensible que hubiera cosas de las que quisiera protegerme, asuntos que deseaba olvidar. Pero ahora me arrepiento de no haberle vuelto a preguntar. Lamento que esa parte de la historia, que también es parte de la mía, se haya perdido.

Dejo de nuevo la foto de mi padre en su sitio, cerca de la de mi madre. Ni siquiera tengo una fotografía de ellos dos juntos y eso me pone todavía más triste.

El agua ya ha empezado a hervir y el silbido me trae de regreso a la realidad. Me seco una lágrima con la manga de la bata. De vuelta en la cocina, caliento la tetera, echo dentro un poco de té de la lata que

hay en la encimera y lo dejo reposar. Un té como Dios manda; como mi madre, Flora, lo preparaba siempre.

Y entonces oigo a Daisy revolverse y me apresuro a levantarla de la cama y hacer que empiece el día con una sonrisa.

---

1 N. de la Trad.: Terrateniente.

Capítulo 4

Flora, 1939

Flora Gordon añadió un poco más de turba a la estufa y puso el hervidor sobre la placa. Las aguas de la bahía empezaban a ponerse de color gris perla bajo la luz del amanecer. Su padre llegaría a casa en cualquier momento, después de echar de comer a los animales a primera hora, y estaría esperando su desayuno y una taza de té para entrar en calor.

Oyó las pisadas de sus botas por el camino, acompañadas del sonido más ligero de las patas de *Braan.* El labrador negro siempre lo acompañaba, ya fuera cuando su padre pastoreaba a los ponis en el campo, cuando supervisaba a los perros pastores detrás de la granja o cuando en la colina les echaba un ojo a las aves de presa y a los ciervos, pues, como guardés de la finca Ardtuath, era el responsable de hacerlo.

Tarareó con suavidad una cancioncilla y el hervidor pareció acompañarla, tarareando y silbando a la vez. Puso al fuego la cazuela con la avena que había estado reposando toda la noche, añadió una pizca de sal y removió bien las gachas. Luego calentó la tetera marrón y echó unas hojas de té de la lata con movimientos rápidos y precisos, una eficiencia nacida de la costumbre.

Braan entró dando saltos por la puerta de la cocina, moviendo el rabo, esperando que lo acariciara antes de hundir el hocico en su comedero de hojalata, donde lo esperaba su propio desayuno.

—¿Todo bien, papá? —preguntó ella, esperando que su respuesta fuera el habitual asentimiento con la cabeza mientras él tomaba asiento a la cabecera de la mesa y acercaba los pies, enfundados en los calcetines de lana gruesos, al calor de la estufa.

Pero aquella mañana, en lugar de eso, se acercó a la ventana y se quedó ahí de pie, mirando hacia la bahía.

—Parece que tenemos visita. —Movió la cabeza en dirección al agua.

Secándose las manos en el paño de cocina que colgaba junto a la

estufa, Flora se acercó a él.

Bajo el silencio de la luz del amanecer, apareció ante sus ojos una hilera de barcos. Sus cascos grises se movían despacio, pero con una fuerza que superaba las olas con facilidad. El aire que los rodeaba parecía vibrar, agitando a las aves marinas que revoloteaban a su alrededor. Contó cinco embarcaciones. Era como si se hubieran materializado como leviatanes surgidos de las aguas de la bahía a los que hubieran despertado de su letargo por la declaración, hacía solo diez días, de que Gran Bretaña había entrado en guerra contra Alemania.

Su padre tomó los prismáticos que reposaban sobre el alféizar de la ventada y se dispuso a mirar por ellos. Sin decir palabra, se los pasó a Flora. Los barcos estaban equipados con cañones y antenas, y según se acercaban podían oír el zumbido de los motores.

—Esa debe de ser nuestra flota, creo —supuso su padre.

Flora tembló con una mezcla de emoción y aprensión.

—Pero ¿qué están haciendo aquí? La guerra está muy lejos.

Su padre la miró con esa mirada inteligente que guardaba bajo la mata de pelo blanco.

—Estaba muy lejos, muchacha. Pero ya no.

—¿Crees que Ruaridh estará ahí? —Al pensarlo, le dio un brinco el corazón.

Su hermano se había unido a la Marina Real hacía dos años y lo echaba mucho de menos. Él, como muchos otros chicos que habían crecido en la costa, se sentía tan en casa en el mar como cuando estaba en las colinas.

—Lo dudo. En su última carta decía que se encontraba en Portsmouth, lo habían asignado a los destructores. Son más pequeños que esos barcos de guerra de ahí. Ahora podrían haberlo enviado a cualquier sitio.

Mientras miraban, el buque insignia maniobró con lentitud hasta detenerse y echó el ancla. Al hacerlo, el ruido de las cadenas se oyó incluso a aquella distancia. Flora le devolvió los prismáticos a su padre.

—¿Qué crees que estarán haciendo aquí, en Loch Ewe?

Él se encogió de hombros.

—Sé tanto como tú. Pero estoy seguro de que pronto nos enteraremos.

El hombre se alejó de la ventana, aunque no antes de que ella pudiera verle un instante la expresión de los ojos. Si bien mantenía el mismo porte erguido de siempre y seguía comportándose con su calma habitual, se dio cuenta de que la guerra lo asustaba. Tenía miedo por lo que aquello pudiera significar para su hijo, lejos de Escocia, así que, en aquel momento, la llegada de aquellos barcos de guerra a las

tranquilas aguas de la bahía, a los pies de Keeper's Cottage, había llevado esa desazón hasta la puerta de su casa. La presencia de su padre, un hombre alto y capaz que tan bien se movía por aquellas montañas, un hombre en quien el *laird* confiaba para cuidar de Ardtuath y alguien muy respetado en la comunidad, siempre había hecho que se sintiera segura. Pero ese destello de miedo en sus ojos hizo que le diera la sensación de que el suelo se le había abierto bajo los pies, perturbando la tranquilidad de la vida.

Como si se hubiera dado cuenta de que estaba intranquila, *Braan* le plantó el hocico en la palma de la mano para calmarla. Y entonces ella se alejó de la ventana y sirvió las gachas de avena en los tazones ya dispuestos.

e

La oficina de correos estaba tan llena de gente que la cola se doblaba sobre sí misma en el abarrotado espacio del local. Parecía que la mitad del pueblo tuviera alguna carta que enviar aquella mañana o hubiera despertado con la repentina necesidad de comprar un sobre y un par de sellos. Flora se puso en la fila, aunque no parecía que nadie tuviera mucha prisa por llegar hasta el mostrador que atendía la señorita Cameron, la administradora. En lugar de eso, lo que allí se percibía era un murmullo generalizado en torno a la llegada de la flota de guerra a la puerta de casa.

—El barco grande que va en medio es el *HMS Nelson* y en él viaja el propio Churchill.

La señora Carmichael era toda una fuente de información en la mayoría de los asuntos, no solo en aquellos relacionados de modo directo con su puesto como administradora de la rama local del Scottish Women's Rural Institute.[2] Puesto que tenía a sus tres hijos alistados con los Argyll y los Sutherland Highlanders, todos daban por sentado que ella era también la persona más informada sobre asuntos militares. Y como su marido, Archibald Carmichael, había asumido el papel de vigilante frente a posibles ataques aéreos, disponía de información de primera mano.

—¿Qué están haciendo aquí, en Loch Ewe? —preguntó Bridie Macdonald, que había llegado al primer puesto de la cola y estaba ocupada ensalivando sellos. Le tendió sus cartas a la señorita Cameron para que las echara al correo—. Deme también un cuarto de caramelos de menta.[3]

La administradora alcanzó el tarro alto de caramelos que había en la estantería de arriba, detrás de ella, y los pesó. Luego los retiró de la báscula y los metió en una bolsa de papel blanco cuyo extremo retorció para que quedara cerrada.

—Aquí tienes. —Y colocó en la caja las monedas que Bridie la

había dado.

—Quizá estén buscando emplazamientos seguros en los que amarrar la flota y así estar listos para defendernos si se produjera una invasión de barcos enemigos desde el norte.

—Calla, Bridie, ya sabes lo que dicen: hablar de más cuesta vidas.

La aludida estaba a punto de señalar, indignada, que la señora Carmichael acababa de anunciar a todo el mundo, incluido algún agente alemán que pudiera estar allí haciendo cola para comprar sellos o caramelos de menta, que el primer lord del Almirantazgo iba en la flota allí amarrada, pero se lo pensó mejor y se metió un caramelo en la boca. La señora Carmichael era, por constitución y carácter, no muy distinta de aquellos barcos de guerra y Bridie no era ni tan valiente ni tan tonta como para poner la mejilla.

—En lugar de estar aquí de pie, cuchicheando, podríais acercaros esta tarde y echar una mano. La Rural está tejiendo bufandas para nuestros muchachos del frente y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. ¿Puedo contar contigo? ¿También contigo, Flora?

Era imposible decirle que no a Moira Carmichael. Las dos muchachas asintieron con la cabeza, obedientes.

—Muy bien. A las tres. Traed vuestras propias agujas de punto. La lana os la daremos allí. —La mujer tomó su cesta al sonar la puerta—. Ah, Mairi, podremos contar también contigo, ¿verdad?

Flora se volvió para saludar a su mejor amiga con una sonrisa.

Mairi Macleod se encogió de hombros tan contenta.

—¿Contar conmigo para qué?

—Vamos a tejer bufandas para los soldados —interrumpió Bridie; el caramelo de menta le chocaba con los dientes—. A las tres en punto, en el ayuntamiento.

—Entonces os espero, chicas —concluyó la señora Carmichael, y salió, majestuosa, por la puerta.

La cola avanzó, con un arrastrar de pies, para rellenar el vacío nada desdeñable que había quedado.

—¿Sabes algo de Ruaridh? —preguntó Mairi.

Flora sacudió la cabeza.

—Nada desde la semana pasada. —Agarró el sobre que llevaba—. Justo ahora voy a enviarle una carta.

Mirando por la ventana hacia el casco de los buques fondeados en la bahía, Mairi dijo:

—Me pregunto cuánto tiempo se quedarán.

De la chimenea de uno de ellos salía una columna de humo negro y desde otro iban lanzando unas lanchas pequeñas al agua plomiza. En la cubierta de los demás también se veían señales de actividad, figuras que se movían a toda prisa de acá para allá.

—No tengo ni idea —repuso Flora—. Quizá solo estén de paso en

su camino a otra parte.

Pero las palabras de Bridie le seguían resonando en las orejas. ¿Estarían buscando lugares seguros para amarrar los barcos? ¿Se convertiría aquella situación en algo más permanente? Solo el tiempo, y tal vez la señora Carmichael, lo dirían.

e

Flora y Mairi se habían sentado junto a la estufa y charlaban muy animadas mientras sus agujas de hacer punto volaban. Los ovillos de lana gris que habían llevado a aquella reunión de la Rural dos días antes se estaban convirtiendo con rapidez en bufandas tejidas tal y como había especificado la señora Carmichael.

—Este gris es un poco monótono —opinó Flora. Dejó las agujas a un lado para poner el hervidor al fuego.

—Lo sé —asintió Mairi—. Pero supongo que será una cuestión de normas.

—Bah, seguro que un poco de color no haría mal a nadie. Mira, me queda un poco de lana roja. Voy a añadir una tirita de color, solo en uno de los extremos. Así, el soldado que se la ponga sabrá que hemos querido animarlo.

Mairi se rio y se puso a buscar en su cesta de labor, de la que sacó un ovillo de lana de color amarillo narciso.

—Buena idea. Con que pongamos una tira o dos quedará mucho más personal.

Desde la bahía, el sonido de una de las sirenas de barco desató el pánico entre quienes estaban en la orilla, que se alzaron asustados. Durante los dos últimos días habían llegado más navíos y se decía que uno de ellos estaba colocando redes antisubmarinos a la entrada de la bahía.

—¿Qué pasa? —Mairi levantó la cabeza de lo que estaba haciendo y estiró el cuello para mirar por la ventana de la cocina.

—Llegan más barcos —anunció Flora mientras se recolocaba sin pensar un mechón de pelo, de color dorado rojizo, en la trenza que le caía por la espalda—. Puede que lo que Bridie aventuró el otro día sea cierto. Parece que ahora hay muchos.

El trecho de agua que había entre la costa y la isla estaba lleno de barcos de todos los tamaños, desde grandes buques de guerra con sus proas verticales y sus torretas hasta destructores, pequeños y más rápidos, y barcos de crucero. Las lanchas que iban y venían por entre la flota amarrada parecían minúsculas comparadas con aquellos bajeles de casco gris. Se veía a dos recios remolcadores, más lentos y pesados que las lanchas, ir y venir en la distancia desde la entrada de la bahía. Según sostenía Bridie, a quien se lo había contado la señora Carmichael, estaban colocando una barrera que iba desde el final de la

isla hasta las rocas de cada una de las orillas para proteger la bahía y que no pudieran entrar submarinos enemigos que hubieran sido capaces de traspasar las redes ya colocadas a la entrada de la bahía.

Flora dejó que el té reposara un poco y tomó de nuevo las agujas de punto. Añadió una hebra de lana roja y tejió una nueva hilera de puntos perfectos. Cuando se abrió la puerta de entrada, ni siquiera levantó la cabeza, pues pensó que sería *Braan,* que precedía a su padre, ambos de regreso de las montañas. Pero al instante se levantó y dejó de lado la labor para abrazar al joven uniformado de blanco y azul marino que estaba de pie en el umbral de la puerta.

—¡Ruaridh! —gritó—. Oh, esperábamos que estuvieras en uno de esos barcos. Papá se va a poner muy contento.

Su hermano sonrió, la levantó del suelo y la hizo girar hasta que ella no supo si se había mareado por las vueltas que le había dado o por la alegría de verlo. La dejó de nuevo en el suelo y alargó los brazos para abrazar también a Mairi.

—Me alegra ver que os mantenéis ocupadas. ¿Podría tomar una taza de té? —terció como si tal cosa, como si hubiera salido de casa aquella misma mañana en lugar de que hubieran pasado casi tres meses desde la última vez que le habían dado permiso.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó Mairi.

—No mucho. Me las he apañado para que me dejaran bajar a tierra una hora, eso es todo. Hemos venido para acompañar al *Nelson* al norte. Zarparemos esta noche. —Se sentó a la mesa, estirando las largas piernas que tenía.

—¿A bordo de qué nave estás? —preguntó Flora al tiempo que le pasaba una taza.

—En el *Ordie.* Está hacia allí, cerca de la isla. ¿Ves esos tres destructores? Es el barco que hay a la derecha.

—¿Volverás?

—No sabría decirte. —Sopló un poco el té y luego tomó un sorbo—. Todo dependerá de dónde se desate la acción. Pero, por el momento, estoy encantado de estar aquí sentado, en casa, con mis dos chicas favoritas.

—¿Entonces no has conocido a nadie en Portsmouth? Ya sabes lo que dicen de los marineros, que tienen una novia en cada puerto —bromeó Mairi.

Aunque Flora tenía la esperanza, que no le había contado a nadie, de que un día su mejor amiga y su hermano pudieran ser pareja, sabía que Mairi era más una segunda hermanita para él.

—Uf, nos mantienen demasiado ocupados con el entrenamiento de eso tan aburrido que es la guerra, así que me temo que no tengo nada que contar a ese respecto.

Justo en ese momento la puerta se abrió de par en par y *Braan*

entró en la cocina. Ladró de alegría al ver a Ruaridh, quien se inclinó hacia adelante para acariciarle las orejas al labrador.

—Buen chico, *Braan.* ¿Dónde está tu amo?

—Aquí —se anunció Iain Gordon. Se quitó el gorro de *tweed* y lo metió en un bolsillo del abrigo mientras cruzaba en umbral—. He sabido que algo pasaba al ver a *Braan* darse la vuelta y correr colina abajo. Pensé que serías tú, hijo.

Ruaridh se puso en pie y abrazó a su padre, y Mairi se puso a recoger la labor y a meterla en la cesta.

—Me voy —anunció—. Tengo que volver a casa para ayudar a mi madre a preparar la cena y los biberones. —Mairi era la mayor de seis hermanos que iban de los catorce a los cinco años, lo que tal vez explicaba sus reservas de paciencia y buen humor. Sus padres eran granjeros y trabajaban muy duro, los Macleod tenían ovejas y un rebaño de vacas lecheras que los mantenían ocupados desde el alba hasta el anochecer todos los días. Flora la envidiaba, a ella y a su gran familia, pero Mairi siempre bromeaba diciendo que se los cambiaría por un hermano mayor como Ruaridh porque así le presentaría a sus amigos—. Cuídate, Ruaridh Gordon. Y espero verte por aquí de vuelta a no mucho tardar.

—Adiós, Mairi. Me ha encantado verte. —Le echó un vistazo al reloj de pulsera—. No podré quedarme demasiado, papá, solo unos minutos más. Tengo que estar de vuelta a bordo a las cinco. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de venir a casa aunque solo fuera media hora.

Cuando se hubo bebido lo que le quedaba del té, Ruaridh se puso en pie, se encasquetó de nuevo la gorra y se inclinó para hacerle a *Braan* una última caricia en esas orejas sedosas que tenía.

—Nos vemos entonces, papá.

—Sí. Pronto.

Flora podía sentir el océano de palabras, que no se decían porque no hacía falta hacerlo, que surgían y se percibían bajo aquella despedida solo en apariencia natural. Descolgó el jersey grueso de punto que colgaba de la percha junto a la puerta.

—Te acompañaré de vuelta hasta el embarcadero —propuso, en un intento de estirar el precioso tiempo que les quedaba para estar juntos todo lo que le fuera posible. Y así, los hermanos salieron al camino.

e

Giraron hacia la carretera que discurría por la orilla del agua. Había más tráfico del habitual, *jeeps* que iban y venían con un propósito determinado, y camiones llenos de soldados y marineros, así que una y otra vez se veían obligados a apartarse y pisar los márgenes de hierba para dejar paso a los vehículos que circulaban a toda prisa.

Ruaridh le hablaba a Flora de la vida a bordo del barco y de su trabajo como responsable de señalización mientras cruzaban las puertas principales de la finca. Entonces, el sonido de una bocina hizo que se volvieran y que miraran a lo alto de la carretera. Una elegante berlina de color burdeos iba esquivando baches en dirección a donde estaban.

—¡Es Alec!

Ruaridh saltó hacia delante al detenerse el vehículo junto a ellos y le tendió la mano al joven que lo conducía, también vestido con el uniforme de la Marina, que los había saludado.

—Ruaridh. ¡También estás aquí! Y Flora. —Les dio la mano a ambos—. Han pasado muchos años. ¡Pero qué bien veros otra vez! Dejad que os presente a mi prometida, Diana Kingsley-Scott.

La joven elegante que iba en el asiento del copiloto parecía un poco aburrida, aunque los saludó con una mano lánguida en la que lucía un anillo de compromiso con un zafiro muy grande.

—¡Enhorabuena! No sabíamos nada. —Ruaridh le dio unos golpecitos en el hombro a su amigo.

—Se lo pedí la semana pasada. Pensamos que sería mejor venir y decírselo a mis padres antes de que el anuncio oficial aparezca mañana en *The Times*.

La sonrisa de Alec Mackenzie-Grant no había cambiado un ápice desde los días en que los tres, de niños, pasaban horas juntos construyendo escondites piratas en el bosquecillo que quedaba más allá de Ardtuath House y jugando con barquitos de papel en el arroyo corriente abajo. No se había comportado como los demás niños del patio del colegio de Primaria al que todos iban, que no hacían caso a Flora por dos motivos: tener un año menos y ser una niña. Ella recordaba cómo él la había incluido en los juegos de los niños, cómo había corrido a apoyarla cuando se enfrentó a Willie McTaggart porque acosaba a Bridie y cómo la había elegido para que formara parte de su equipo los días que había competiciones deportivas. Ruaridh y él habían sido los mejores amigos durante aquellos días felices anteriores a que enviaran a Alec a la escuela preparatoria, cuando cumplió los diez. Y, aunque las circunstancias de su educación los habían separado desde entonces, el hijo del *laird* y el del guarda siguieron siendo muy amigos durante las vacaciones escolares, hasta que llegó el momento en que Alec se fue a la universidad, se mudó a la casa que su familia tenía en Londres y se dedicó a visitar a sus amigos de Inglaterra en el tiempo libre. Aunque se habían distanciado, ahora que estaba de vuelta parecía que esa distancia hubiera desaparecido.

—¿Adónde vais? —preguntó Alec.

—De vuelta al muelle en Aultbea —repuso Ruaridh—. Me las apañé para conseguir que me dieran una hora de permiso en tierra para

venir y ver a mi padre y a Flora. Zarparemos esta noche como escolta del *Nelson*.

—Bien, me tranquiliza saberlo. —Alec sonrió—. Iré a bordo. Tú estás en uno de los destructores, ¿verdad? Fantástico. Sube, te llevamos. A no ser que prefieras caminar, claro. —Miró a Flora—. Y tú también puedes venir, si quieres. Sé lo precioso que es el tiempo que se pasa con la familia.

—De acuerdo, en el camino de vuelta podré estirar las piernas —aceptó ella.

Los Gordon subieron a la parte trasera del automóvil, que olía a piel nueva.

—Vamos de camino a Achnasheen para que Diana tome el tren —informó Alec.

—¿De dónde es usted, señorita Kingsley-Scott? —preguntó Ruaridh con cortesía.

—De Kensington. —Por el tono de voz con que respondió, parecía que no le apetecía que le preguntaran nada más.

Se produjo un silencio incómodo y entonces Alec añadió:

—Diana está pensando en aceptar un puesto en el servicio diplomático. Para aportar su granito de arena al esfuerzo de guerra.

—Flora se ha pasado la noche tejiendo bufandas para aportar el suyo también —señaló Ruaridh.

Flora se sonrojó de vergüenza. Hacer punto sonaba a poco comparado con «aceptar un puesto en el servicio diplomático».

Se quedó en silencio, escuchando a los dos jóvenes comparar, mientras Alec conducía, sus experiencias en la Marina hasta el momento. No se habían visto en Dartmouth, donde Ruaridh había completado hacía poco su formación como responsable de señalización después de que Alec saliera de la escuela naval convertido en subteniente de la flota británica, y debían de haber estado al mismo tiempo en Portsmouth justo el mes anterior, aunque sus caminos no se habían cruzado allí entre el lío de barcos que había amarrados.

En el promontorio anterior a Aultbea, Alec salió de la carretera, apagó el motor y bajó la ventanilla para dejar que el aire del mar entrara en el vehículo. En aquella calma repentina, los cuatro permanecieron sentados, callados, escuchando el tranquilo sonido del agua y los graznidos de las aves marinas. Durante un rato nadie dijo nada.

Diana le dio unos golpecitos con una uña de manicura al bolso de cocodrilo que tenía sobre el regazo.

Flora miró a su hermano. La amplitud de los hombros destacaba bajo el cuello ancho del uniforme naval y la gorra dejaba ver el pelo, de color arena, corto. Parecía otra persona, allí sentado, mirando

desde la lejanía la actividad que se desarrollaba en la bahía.

Después le miró a Alec la espalda. Tenía los hombros también anchos, pero se había dejado la gorra en el asiento de atrás, junto a ella, y la brisa le despeinaba el cabello, negro y liso. Al pensar en ellos subiendo a bordo de sus respectivos barcos y teniendo que enfrentarse a los peligros de un mar cruel y sin piedad, sintió miedo. Tragó saliva en un intento de aliviar la tirantez que sentía en la garganta mientras se los imaginaba dejando la seguridad de las montañas que rodeaban la bahía y poniendo rumbo al norte en mar abierto. Parpadeó para evitar las lágrimas. Vio el reflejo de la sonrisa de Alec en el espejo retrovisor. Mientras ella los observaba, él la estaba mirando con los ojos de aquel amigo de la infancia que siempre había sido su campeón y su protector.

Se volvió para mirarla, un brazo apoyado en el respaldo del asiento del conductor.

—¿Cómo está tu padre? —se interesó.

En los primeros años de su juventud, Alec había pasado más tiempo con el guarda de la finca que con su propio padre. Sir Charles no tenía más intereses que la caza y la pesca, actividades que practicaba con amigos llegados de Londres a los que invitaba cuando iba al norte. A menudo se ausentaba de Ardtuath House por algún viaje de negocios que debía hacer por Inglaterra y dejaba a lady Helen y a su hijo allí para que se las apañaran como pudieran.

—Está bien. —Flora le devolvió la sonrisa, consciente de repente de que el jersey grueso que se había puesto le iba grande y de que el viento había hecho que algunos mechones de pelo se le escaparan de la trenza. Se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja—. Muy atareado, porque ahora hace también el trabajo del administrador, pero le gusta ocuparse de la finca, creo.

Cuando el administrador de sir Charles se fue, unas semanas atrás, para unirse a filas, su padre dio un paso al frente y tomó las riendas de todo con el propósito de que la finca funcionara sin contratiempos para lady Helen mientras su marido estaba ausente.

Alec asintió.

—Mi madre me ha dicho que está haciendo un gran trabajo. Mi padre regresará pronto, pero ella trata de convencerlo de que se quede más tiempo en Ardtuath. Teme por su seguridad en Londres.

El sonido de la bocina de un barco atravesó el agua e hizo que el joven se volviera y mirara de nuevo al frente.

—Creo que tenemos que irnos —insinuó Diana, apuntando al fino reloj de oro que llevaba en la muñeca.

Alec asintió con la cabeza. Giró la llave de contacto y dio marcha atrás. En silencio, condujo hasta el tramo final que llevaba al muelle y se detuvo junto a una pila de nasas para dejar que los Gordon se

apearan. Le dio la mano a Ruaridh.

—Nos vemos al otro lado, entonces. Me gusta saber que no estarás muy lejos. —Al mismo tiempo, se volvió y alargó la mano izquierda hacia Flora, y los tres juntos se agarraron durante un rato. Él le apretó los dedos a ella como para darle confianza—. Cuídate. Y téjeme una de esas bufandas si tienes tiempo. Desde luego, me vendrá muy bien allá en los mares del norte.

Saludó, dio la vuelta con el automóvil y se alejó, dejando a Flora y a Ruaridh solos para que se despidieran.

e

Después de decirle adiós a su hermano con la mano, Flora se quedó mirando desde el muelle hasta que la lancha se detuvo junto al *Ordie* y luego se dio la vuelta. El viento se había vuelto más duro con el frío de la noche y se arrebujó en los pliegues del jersey mientras caminaba de vuelta a Keeper's Cottage.

Al llegar al pequeño cementerio del pueblo, abrió la portezuela de la valla y entró, pasó de largo el tejo vencido por el viento y se encaminó por entre las tumbas de granito en dirección a una que quedaba a poca distancia, arriba, en la colina.

Se inclinó entre los algodoncillos que doblaban la suave cabeza por encima de la manta de musgo que cubría la tumba.

—Hola, madre —susurró—. Ruaridh ha venido hoy a casa. Tiene buen aspecto. Esta noche zarpará en uno de esos barcos de ahí, rumbo al norte. —Retiró un poco de musgo de la lápida, tocando con la yema de los dedos las letras esculpidas del nombre de su madre y de la hermanita a la que nunca conoció, pues ambas murieron a la vez cuando ella solo tenía dos años—. Alec ha vuelto también.

Hizo una pausa, perdida en sus pensamientos.

Entonces, antes de volverse para marcharse, susurró:

—Haz que estén a salvo.

Y el viento se llevó sus palabras y las arrojó a las oscuras aguas del mar.

---

2 N. de la Trad.: Fundado en 1917, el Scottish Women's Institute (SWI), conocido de manera informal como «la Rural», es una organización benéfica cuyo objetivo es la conservación de las tradiciones escocesas y de la herencia rural, en especial en lo relativo a la esfera doméstica. Para este fin, cuentan con diversos grupos de mujeres por toda Escocia que se reúnen con regularidad.

3 N. de la Trad.: En el original, *pan drops,* una especie de caramelos de menta o confites típicos escoceses.

Capítulo 5

Lexie, 1978

A Daisy le encanta el cementerio. Nota el musgo suave bajo las manos y las rodillas mientras gatea por la hierba, se ríe entre los algodoncillos que le tocan la nariz y la hacen estornudar. Estoy tratando de hablar en serio con el cantero acerca de lo que quiero poner en la lápida de mi madre.

—Solo Flora Gordon y las fechas, creo.

—Vaya, ¿y no quiere incluir algún tipo de mensaje? ¿«En memoria de una madre y abuela muy querida», quizá? ¿«Se ha ido pero nunca la olvidaremos»? Ese tipo de cosas.

Apenas puedo pagar la tarifa mínima y él cobra por letra, así que rechazo sus ofrecimientos con cortesía. Los empleados de la funeraria ya lo han preparado todo para que las cenizas de mamá sean enterradas junto a la tumba de sus padres. Su lápida se pondrá junto a la de los tres nombres, Seonaig, Isla e Iain, que recuerda a mis abuelos y a una tía que murió antes de llegar a la edad que Daisy tiene ahora, algo que me inquieta en lo más íntimo.

El hombre me muestra diversos tipos de letra y elijo el que más se parece al de la tumba de mis abuelos. Entonces me pide que escriba el nombre de mi madre y las fechas en un cuaderno antes de marcharse y saludar a Daisy con la mano, aunque mi hija no le hace caso, pues trata de ponerse en pie apoyándose en una lápida de granito. Las piernas se le doblan y se cae con un golpe, pero el pañal amortigua la caída y ella murmura con calma algo para sí mientras sigue gateando para explorar más allá.

Me acerco para levantarla del suelo húmedo. Se ha quedado sentada mirando un ángel de piedra muy elaborado que monta guardia sobre la tumba de los Mackenzie-Grant.

—Ahí está el nombre de tu abuelo, ¿lo ves? —le indico.

Resigo las letras del nombre de mi padre, tan parecido al mío, con los dedos. Y me acuerdo de cómo, los domingos de verano cuando era una niña, mi madre y yo solíamos venir a dejar ramilletes de flores silvestres junto a la tumba de nuestra familia y cómo ella siempre

tomaba una flor, una campánula o una rosa de mar o una margarita blanca, y la depositaba a los pies del ángel.

Por fin hace un día de sol y corre la brisa, y es un alivio poder salir de nuevo. Daisy y yo estamos sufriendo, y mucho, el síndrome de la cabaña después de haber pasado casi una semana encerradas por la lluvia, que ha golpeado las ventanas de Keeper’s Cottage casi desde cada ángulo.

He aprovechado esos días para poner orden en la casa. Bajé la cunita del desván y la coloqué en nuestra habitación para que ambas pudiéramos dormir mejor, y he envuelto la mayor parte de los adornos de mi madre en papel de periódico y los he metido en cajas con el fin de ponerlos a salvo de los deditos inquisitivos de mi hija. También me las he arreglado para seleccionar y poner aparte muchas de mis cosas para que la casa no parezca tan desordenada. El desván está hasta los topes, pero al menos las cajas ya no se encuentran a la vista. Entre seleccionar, desempaquetar, empaquetar y colocar las cajas arriba creo que tengo tanto polvo y me he vuelto tan dura como los tablones del suelo del desván. Todavía estoy un poco entumecida como consecuencia del largo viaje, de sacarlo todo del automóvil y de subir y bajar por la escalera de mano. Pero el dolor físico no es nada comparado con el que siento por el vacío que me invade, que parece habérseme metido en los huesos.

Agradecida de haber podido salir a caminar por las colinas, respiro hondo el aire que huele a algas y a turba, y vuelvo la cabeza para seguir el vuelo de un águila cuyas alas de plumas están abiertas al máximo para atrapar el viento mientras describe círculos sobre nosotras. Vuela lo bastante bajo como para que pueda verle el pico y cómo despliega el tren de aterrizaje. Por instinto, tomo a Daisy en brazos y la estrecho fuerte. Le señalo el ave y ambas la miramos mientras se eleva, lejos, por la bahía.

Entonces mi hija apunta con su dedo regordete hacia el agua.

—«Arco» —dice.

—Sí, muy lista. Desde luego, es un barco.

Me pregunto si será el de Davy. Esos cangrejos enormes que nos dio estaban absolutamente deliciosos. Quizá deberíamos acercarnos al embarcadero y dejarle un mensaje pidiéndole más. Todavía no consigo saber bien quién es, aunque la verdad es que me da la sensación de que lo conozco de algo. Quizá la próxima vez que lo vea se lo pregunte y ya está.

Capítulo 6

Flora, 1939

—Llenad ese dispensador con agua, por favor, chicas, y ponedlo sobre la estufa.

La señora Carmichael estaba en su elemento yendo de aquí para allá por la alcaldía y organizando a sus tropas. La Rural había salido con toda su fuerza, lista para recibir al autobús de evacuados que llegaban de Clydeside. Algunos de los niños tenían parientes en Loch Ewe y, por supuesto, se quedarían con ellos, pero otros llegaban como parte del plan del Gobierno para evacuar a los más pequeños hacia zonas rurales, lejos de las ciudades. Los astilleros de Glasgow serían objetivo, con toda certeza, de los bombardeos alemanes y se había urgido a las familias a que tomaran medidas enseguida, antes de que llegaran los ataques.

Los tacones de Moira Carmichael repicaban oficiosos por los tablones del suelo según iba a toda prisa de un lado para otro, consultando el portapapeles que llevaba, asegurándose de que todo estaba en orden y dando instrucciones a su ayudanta, Marjorie Greig, la esposa del médico del pueblo, que, en opinión de la señora Carmichael, era una de las pocas mujeres en las que se podía confiar en momentos de crisis.

La puerta se abrió y dejó entrar una ráfaga de aire del mar.

—Ah, ahí estás, Mairi. Dime, ¿eso es la batidora de leche de tu padre? Gracias, querida. Déjala en la cocina, por favor. —Tachó uno de los puntos de su lista y luego se apresuró a volver adonde Flora y Bridie luchaban con una larga mesa montada con caballetes—. ¡Poned esos tableros aquí! No, así no, de punta a punta. Y luego sacad esas sillas, por favor. —Se alejó para comprobar las provisiones de raciones extra que estaban descargando de una camioneta en la puerta.

—Con esos zapatos suena como un caballo de carga —susurró Bridie con una sonrisa mientras ella y Flora colocaban los muebles.

—Pssss, Bridie, ya sabes que tiene un oído tan fino como el de un gato salvaje.

No obstante, Flora no pudo evitar reírse también. La verdad era que

las idas y venidas de la señora Carmichael por la sala sonaban un poco como los cascos de los ponis escoceses que su padre empleaba para arrastrar colina abajo los cuerpos de los ciervos abatidos.

Por fin todo estuvo listo; ya se había puesto al fuego una olla enorme, lleno de guiso de patatas, que humeaba. La señora Carmichael convocó a las damas de la Rural para darles una última charla.

—Muy bien, muchachas, ¿está todo claro? Se dará a cada niño un tazón de sopa y luego, una vez hayan terminado, vosotras dos serviréis la carne picada con puré de patatas,[4] un cucharón para cada uno, en los mismos tazones que se hayan usado para la sopa. Margaret, tú traerás las tazas de leche y el pan y la mantequilla. Solo una rebanada para cada uno, recuerda, o no habrá suficiente. Marjorie y Jean, vosotras prepararéis los paquetes de la Cruz Roja para los padres de acogida. Aquí tenéis la lista: dos latas de leche, una de esas latas de carne en conserva, una tableta de chocolate y dos paquetes de galletas por niño. Eso servirá hasta que podamos gestionar sus cartillas de racionamiento. Estaré en la mesa que hay junto a la puerta, dirigiendo las operaciones y asegurándome de que a cada familia le corresponden los niños correctos. Chicas —se dirigió a Flora, Mairi y Bridie—, vosotras venid y quedaos conmigo. No me cabe duda de que cuando lleguen esto será el caos y os necesitaré a mi lado. Podréis ayudar para que se laven las manos y la cara, eso también. Sabe Dios cómo nos los habrán enviado.

El flujo de órdenes se vio interrumpido de repente por un fuerte choque fuera del ayuntamiento.

—¿Qué demonios…? —La señora Carmichael salió por la puerta como una exhalación seguida de las demás damas de la Rural.

En la parte trasera del edificio, un grupo de soldados descargaban chapas de acero ondulado de la parte trasera de un camión.

—Sargento, ¿qué cree que está haciendo? ¿Es que no sabe que estamos esperando la llegada de un autobús lleno de niños de un momento a otro?

—Lo siento, señora, solo sigo órdenes. —El sargento sonrió como si tal cosa a la señora Carmichael, sin sentirse intimidado en lo más mínimo.

—Bien, ¿por qué está tirando todo esto aquí? Tienen todo un campo para hacerlo en Mellon Charles. ¿No podrían almacenarlo allí, mejor?

—No lo vamos a almacenar, señora. Es para construir una ampliación para este edificio.

—¿Una ampliación? ¡Nadie me ha hablado de ampliación alguna! ¿Quién le ha dado esas órdenes?

—El comandante del campo, señora. La Marina de Su Majestad ha

designado este puerto como amarre de categoría A para la flota. Será punto de reunión y lo que haga falta. —El hombre sacudió una mano en dirección a la bahía, donde el número de barcos había seguido aumentando día a día.

—De verdad, ¡quién lo hubiera dicho! Resulta que estamos a punto de alojar a treinta niños que llegan desde Clydeside, pero aquí vamos a convertirnos en objetivo militar, igual que el sitio de donde vienen. No se puede ir por ahí designando puertos como si tal cosa. Aquí vive gente, ¿sabe?

—Lo comprendo, señora. Pero eso tendrá que discutirlo usted con Churchill. Ha sido él quien ha elegido este lugar.

Se hizo el silencio durante un rato mientras Moira Carmichael pensaba muy en serio si valía la pena enfrentarse al primer lord del Almirantazgo.

Emitió un suspiro profundo.

—Está bien, no podemos hacer nada. Supongo que nos las tendremos que arreglar como mejor podamos. Después de todo, estamos en guerra.

El sargento la saludó y se volvió hacia sus hombres:

—Bien, muchachos, atentos. Que estos materiales estén descargados antes de que lleguen los niños.

La señora Carmichael se giró y dio unas palmadas para indicar a las damas de la Rural que regresaran dentro. Pero cedió lo suficiente para decirles a Flora, Mairi y Bridie:

—Mientras esperamos al autobús, también podéis preparar una bandeja y ofrecerles té. Creo que agradecerán tomarse una taza una vez hayan terminado su trabajo.

Mientras Bridie colocaba las jícaras de hojalata sobre la bandeja, se puso a pensar en la ampliación del edificio.

—Sabéis lo que significa esto, ¿verdad? Llegarán muchos más soldados y marineros. Puede que organicen bailes. ¡Imaginaos!

—¡Bridie Macdonald! —Bridie dio un brinco que hizo entrechocar las tazas mientras los estridentes ruidos retumbaban por el edificio—. Deja de imaginarte cosas y concéntrate más en lo que estás haciendo, seguro que no te vendrá mal —conminó la señora Carmichael desde su puesto junto a la puerta.

—Dios mío, tenías razón, Flora —susurró Bridie—. Desde luego, ¡tiene el oído de un gato salvaje!

e

El autobús se detuvo frente al ayuntamiento dos horas más tarde y descargó a sus pasajeros, que llegaron mareados y cansados. Las carreteras, llenas de curvas, se habían cobrado un precio. El conductor y las señoras que se habían ofrecido voluntarios para acompañar a los

niños hasta su destino fueron los primeros en apearse y en inspirar agradecidos el aire fresco de la costa oeste. Había sido un día muy largo, pues habían salido muy pronto y luego habían pasado horas encerrados en un espacio que olía a lana húmeda y a vómito, el resultado inevitable de transportar a treinta niños, nerviosos y confundidos, por las montañas y rodeando las bahías que silueteaban aquella escarpada costa.

La señora Carmichael dio palmas.

—¡Señoras, a sus puestos!

Y se apresuró a ir de acá para allá con su portapapeles para llevar a los niños dentro del ayuntamiento al tiempo que revisaba las etiquetas marrones que llevaban prendidas en el abrigo y marcaba con una cruz el nombre de cada uno según entraba en fila por la puerta. Al inclinarse un poco más, las fosas nasales se le dilataron.

—¡Flora! ¡Mairi! ¡Bridie! —llamó—. Llevaos a estos niños y que se laven la cara y las manos antes de sentarse, por favor. Tendréis que usar un poco del agua caliente. ¡Y no escatiméis el jabón!

Flora sonrió a dos niños pequeños y los guio hasta donde estaba la pila. El mayor parecía tener unos ocho años, pero el más pequeño de los dos apenas había dejado de ser un bebé, pensó que no tendría más de tres o cuatro. El pelo les caía despeinado sobre las orejas y los pantalones cortos, que brillaban de lo muy usados que estaban, dejaban ver unas rodillas agrietadas y magulladas. Los ayudó a arremangarse los abrigos, que tenían los puños deshilachados, y a que se lavaran las manos en una palangana con agua tibia y jabón. Con un pedacito de franela, les limpió las costras que tenían en los ojos y en la nariz, y les secó las manos con cuidado con una toalla, tratando de no frotarles la piel, enrojecida y dolorida por los sabañones, para no hacerles daño. Hizo lo que pudo para asear el abrigo del más pequeño, que mostraba signos evidentes de lo que aquellas carreteras llenas de curvas le habían hecho a su estómago.

—Ya está. Como nuevo. Ahora venid, vamos a buscar un sitio en la mesa para que os sentéis y comáis algo.

—Por favor, señorita —dijo el mayor de los dos—, ¿va a ser usted nuestra nueva mamá?

A Flora se le llenó de compasión el corazón por aquellos dos pequeños. Sacudió la cabeza.

—Me temo que no soy yo la persona con la que os iréis a casa —negó—. Será una de las otras señoras. Nosotros no tenemos sitio en nuestra casita de campo. —Se detuvo para leer los nombres de los dos niños en las etiquetas que llevaban—. Stuart. Y David. Los dos vais a estar bien, no os preocupéis. Ahora, sentaos allí y os traeremos un tazón de sopa y un poco de carne con puré de patatas. Debéis de tener hambre después de un viaje tan largo. Cuando terminéis, la dama que

os va a cuidar vendrá y os llevará a vuestro nuevo hogar.

Se apresuró a ayudar a los siguientes niños, que también necesitaban lavarse. Pero, mientras lo hacía, se daba cuenta de que los chicos la miraban, dos pares de ojos entre grises y azules, redondos, por encima de los bordes de las tazas de leche que les habían servido.

Una vez hubieron tomado aquella comida caliente y los tazones quedaron limpios, los niños empezaron a salir en grupos de dos y tres, llevando consigo sus bolsas con sus pertenencias y sus cajas de raciones, reclamados por las familias que los iban a alojar. La señora Carmichael siguió dirigiendo las operaciones desde el umbral de la puerta hasta que, por fin, el ayuntamiento quedó vacío, a excepción de los dos niños, que seguían sentados a la mesa. El más pequeño de los dos, David, se había dormido apoyado en el hombro de su hermano, agotado tras el largo viaje desde su casa hasta aquel lugar extraño y nuevo. Pero cuando Flora terminó de secar los platos y las tazas, se dio cuenta de que Stuart seguía mirando con cautela lo que se hacía allí al tiempo que vigilaba a su hermano pequeño.

Por fin, Moira Carmichael dejó su puesto junto a la puerta y cruzó la sala para asegurarse de que todo se había recogido como era debido.

—¿Habéis terminado? Buen trabajo, chicas.

—¿Y qué hay de esos dos? —Flora inclinó la cabeza de modo discreto en dirección a los dos pobrecillos.

—No os preocupéis por ellos —repuso la señora Carmichael. Por mucho que pudiera imponer por fuera, Flora sabía que aquella mujer tenía un corazón de oro y que, a pesar de lo mandona que se mostraba, también era bondadosa—. Stuart y David vendrán conmigo. No habréis pensado que iba a olvidarme de cuál es mi deber, ¿verdad?, y teniendo como tengo suficientes habitaciones en casa, ¡de sobra! Vamos, chicos, tomad vuestras cosas. Vamos a casa.

Flora sonrió a los dos niños para infundirles valor cuando se volvieron a mirarla mientras seguían a la señora Carmichael y su estela como si fueran un par de patitos desaliñados. Movió con alegría el húmedo paño de cocina y les dijo:

—Adiós, chicos. Nos vemos.

Stuart puso un brazo de manera protectora sobre los hombros de su hermano y lo empujó hacia adelante, a pasar su primera noche en un dormitorio extraño, en una casa que no era la suya. Y, una vez más, a Flora se le hinchó el corazón al acordarse de cómo Alec y Ruaridh hacían lo mismo cuando eran pequeños, en el campo de fútbol o mientras planeaban su próxima aventura en su guarida entre los árboles: otro par de compañeros de armas.

---

4 N. de la Trad.: En el original, *mince and tatties,* un plato típico escocés que consiste en carne picada, puré de patatas y a veces verduras y que solía servirse en los colegios.

Capítulo 7

Lexie, 1978

En los días en que el tiempo lo permite, Daisy y yo nos hemos acostumbrado a ir caminando hasta el embarcadero. O más bien soy yo la que camina y mi hijita me indica en qué dirección tenemos que ir desde su asiento en el portabebés, que llevo colgado de los hombros. Siempre hay mucho que ver. Le gusta echar un vistazo a las ovejas que pastan en el prado que hay detrás del ayuntamiento, se asoma desde el portabebés para mirar por detrás de la ampliación con forma de medio cilindro que hicieron con chapa ondulada en los tiempos de la guerra y observa al rebaño que pace en la hierba.

—Cuando llegue la primavera, verás a los corderitos —le cuento.

—«Itos» —repite en tono aprobatorio.

La verdad es que cada vez dice más cosas.

La primera vez que vinimos aquí, caminamos por el sendero más solitario, que lleva desde Keeper's Cottage hacia arriba, por los pinares, hasta Ardtuath House. La «casa grande», como se la conoce en el pueblo, suele estar cerrada la mayor parte del tiempo, solo la usan de manera ocasional algunos fines de semana para salir a cazar o a pescar. Pero hay algo tan desolador en la fachada de la casa vacía, con sus ventanas cerradas y oscuras y ese aire de abandono, que quiero buscar sitios más alegres por los que pasear. Ya tengo la moral lo bastante baja, no necesito más penas. Así que hemos tomado el camino que nos lleva al pueblo, puesto que el tener que socializar nos parece menos malo que el desánimo total y absoluto.

Pasamos por la fila de casitas de campo, donde por lo general nos aborda alguien que está quitando las hierbas de un parterre o podando los setos del jardín delantero. A Daisy le encanta que le presten atención, aunque a mí no me guste.

Asiento con la cabeza y sonrío, respondiendo a las típicas preguntas amables. «Sí, cada día está más grande. Sí, gracias, estamos bien. Lo sé, ¿verdad que es un día estupendo para salir a dar un paseo?». Y espero que la sonrisa que pongo sea tan buena como para ocultar que

me siento sola hasta la desesperación. Aunque sé que tendría que valorar estos sencillos momentos diarios, para mis adentros solo me sirven para sentirme aún más extraña aquí.

Bridie Macdonald casi siempre está por ahí. Unas veces te la encuentras trabajando en su jardín, pero otras está dentro de su casa, golpea la ventana cuando nos ve pasar y grita que quiere acompañarnos. Es lo que hace hoy.

—Buenos días, Lexie. Y Daisy. ¡Pero mira qué mofletitos sonrosados! Seguro que a las dos os está haciendo mucho bien estar aquí y disfrutar del aire fresco. Esto es mucho mejor que la ciudad para los niños, ¿a que sí, Daisy? Justo iba a salir para pasar por la tienda y comprar leche, así que os acompañaré de camino por la carretera. Esperad ahí un minuto, voy a por el monedero.

Suspiro para mis adentros, sabiendo que vamos a ir todavía más lentas, pues me pregunta de todo, desde cómo está Keeper's Cottage hasta el paradero del padre de Daisy (para Bridie Macdonald los límites son un concepto desconocido). Y el interrogatorio se verá interrumpido a intervalos regulares cuando se detenga para saludar a un vecino o para intercambiar algún chisme del pueblo. «¿No te has enterado de que Marjorie se ha ido para que la operen la semana que viene? Lo sé, ha tardado en que le dieran cita. Y según parece la carretera de Poolewe está en obras. Habrá todo tipo de obstáculos, así que ve con tiempo si vas en esa dirección. ¿Ya ha botado Euan el barco? Oh, ha salido hoy, ¿verdad? Ha salido a pescar vieiras, ¿no es así? Si las consigue, dile que me quedaré con media docena. Ya conoces a Lexie Gordon, ¿verdad? Ha vuelto a casa, a su hogar, por fin. Y esta es la preciosa Daisy. ¿No te parece una muñequita?».

Hay algo posesivo en la manera en que Bridie dice todo esto. Noto que los pelos se me ponen un poco de punta y tengo que recordarme a mí misma que era una de las viejas amigas de mi madre y que siempre ha sido uno de los pilares de la comunidad. Se comporta así de manera natural, tiene buenas intenciones. Mantengo las defensas altas, ocultas tras una sonrisa: es la barrera emocional que suelo emplear para mantener a la gente a distancia.

Seguimos caminando por la carretera que serpentea junto a la bahía.

—Entonces, Lexie, ¿el padre de Daisy vendrá pronto?

—No —respondo—. Su trabajo lo retiene en Londres. —Por fin puedo responder con toda sinceridad.

—Oh, es una pena. Debes de echarlo de menos. —Los ojos se le van al dedo anular de mi mano izquierda. Está claro que no llevo anillo alguno: ni de compromiso ni de casada ni de nada.

Creo que es el momento de decir la verdad. Al menos así podré poner fin a las preguntas de Bridie.

—De hecho, ya no estamos juntos. Descubrí que no quería ser padre. Nos separamos antes incluso de que Daisy naciera.

Seguimos caminando. A Bridie le cuesta unos diez pasos digerir la respuesta. Me voy preparando para que me haga más preguntas, pero al final todo lo que dice es:

—Vaya, lamento oír eso. Criar a una niña sola es duro. Desde luego, la pobre Flora lo sabía mejor que nadie.

Ya que saca ese tema, que me viene muy bien, aprovecho y le hago yo una pregunta:

—He estado pensando en eso —comienzo—. Tú debes de recordar los años de la guerra, cómo se conocieron mis padres. Todo lo que pasó. Mi madre nunca me habló mucho de eso. Sé que mi padre estaba en la Marina y que murió en la guerra, pero nada más. Aparte de la foto que tengo de él sobre la repisa de la chimenea y de la lápida que lleva su nombre en el cementerio, Mackenzie-Grant, no sé gran cosa sobre él. ¿Podrías tú contarme algo, Bridie?

Por una vez, se queda en silencio. Quizá me lo estoy imaginando, pero me parece que hay algo en su expresión, de ordinario abierta, que se ha cerrado. Es algo fugaz, una mirada cautelosa mientras desvía los ojos de manera casi imperceptible hacia las colinas que quedan por encima de la bahía. En cierto modo, me recuerda a cómo me miraba mi madre cuando le hacía preguntas sobre mi padre.

Eneguida se recompone.

—Pues claro, cariño. Tráete a Daisy a casa un día, nos tomaremos una taza de té y charlaremos. Estaré encantada de hablar de Alec y Flora. De hecho, eran la pareja del momento. Bueno, hemos llegado al embarcadero, supongo que te quedarás aquí para que Daisy vea los barcos. Tengo que seguir adelante.

Me quedo de pie y la miro mientras va a toda prisa hacia la tienda. Se vuelve para mirar atrás y nos saluda con la mano antes de entrar por la puerta del establecimiento.

¿Me lo estaré imaginando o es cierta la sensación que tengo de que cuando le he pedido que me hablara de mis padres se ha puesto a escoger las palabras con mucho cuidado? Esa cautela, así como el silencio momentáneo que la ha precedido, bastan para que se me avive el interés. ¿Habrá algo, algo que tenga que ver con mi propio pasado?

Porque, por una vez, y no es nada habitual, me da la sensación de que existe algo que Bridie Macdonald NO me está diciendo.

Capítulo 8

Flora, 1939

Las idas y venidas de los buques de la Marina saliendo y entrando de Loch Ewe continuaron durante el invierno. A lo largo de la costa se veían las volutas de humo de turba salir de las chimeneas de las casitas blancas, el suave y familiar aroma se mezclaba con el olor más áspero del fueloil mientras los camiones cisterna reabastecían a las naves de casco gris que flotaban sobre el agua.

Hacía una mañana despejada y tranquila, y el sol de diciembre, bajo en el cielo, lograba bañar la bahía con su luz durante unas horas preciosas aunque fueran pocas. Flora aprovechaba al máximo el buen tiempo para trabajar en el huerto de Keeper's Cottage. La horca se clavaba con facilidad en el suelo oscuro. Lo habían trabajado durante generaciones, abonado con algas de la costa y estiércol de los establos de la casa grande, y en los últimos años les había proporcionado un buen abastecimiento de verduras gracias a los atentos cuidados de Flora. Iba sacando las patatas y luego las ponía, todavía cubiertas de tierra negra, en un cubo. Los tubérculos chocaban con las paredes de zinc del recipiente, que se llenaba con rapidez. Una vez repleto, lo levantó y se lo llevó al cobertizo de detrás de la casa, donde lo vació en un cajón de madera más grande en el que guardaban la cosecha durante el invierno. Ruaridh había sugerido que convirtieran aquel cobertizo en un búnker, como habían hecho otros agricultores, por si había bombardeos, pero su padre se había encogido de hombros, sin más, y había dicho que no le parecía que valiera la pena. Mirando hacia el agua aquel día de invierno tranquilo, Flora pensaba que tenía razón. La guerra todavía parecía muy lejos. Y, después de todo, el abrigo que ofrecía la bahía y lo aislada que estaba eran los motivos por los que, de hecho, se había elegido aquel lugar como puerto seguro.

Al llegar al final del aquel surco, se enderezó, se llevó las manos a la espalda y se retiró de los ojos un mechón de pelo con la muñeca. Dos niños caminaban por la carretera y ella los saludó con la mano

según se acercaban.

—¡Hola, chicos! Stuart y David, ¿verdad? ¿Cómo os va?

Iban vestidos con ropa una talla o dos más grande de la que les correspondía, llevaban las mangas del jersey arremangadas y los pantalones cortos les colgaban hasta más abajo de las rodillas, por encima de unos calcetines de lana gruesos. Moira Carmichael debía de haberlos vestido con lo que a sus hijos se les había quedado pequeño. Pero, a pesar de que no les sentaran bien, las prendas que llevaban eran de buena calidad y desde luego parecían de bastante más abrigo que las pocas cosas que los niños habían llevado consigo desde Glasgow.

Dos pares de ojos de color azul grisáceo y redondos la miraron con solemnidad.

—Buenos días, señorita —dijo Stuart, el mayor de los dos—. Tenemos que ir a dar un paseo y no molestar a la señora Carmichael.

Flora sonrió al oír aquello, que era obvio que repetían palabra por palabra.

—Pues hace un buen día para estar al aire libre. ¿Y si me ayudáis a sacar patatas? Después entraremos en casa y os daré un vaso de leche y puede que un poco de *bannock,*[5] ¿qué os parece?

Ambos asintieron con la cabeza y se acercaron a donde estaba ella.

—¿Puedes con la horca, Stuart? Hay que clavarla así, ¿ves? Si levantas la tierra, David y yo podremos recoger las patatas y echarlas en el cubo.

Sonrió al ver lo entusiasmados que se mostraban al ver cómo, tras clavar la horca en la tierra y levantarla, salían un montón de patatas.

—Sácalas todas, eso es. No te molestes en quitarles la tierra, servirá para que se conserven mejor.

Con la ayuda de dos pares de manos más, no tardó mucho en sacar las patatas de todos los surcos. Para cuando hubieron terminado, los niños tenían las mejillas coloradas por el esfuerzo y el aire del mar.

Flora apartó un puñado de patatas, desenterró un par de nabos y se lo llevó todo a la cocina. Hervidos y hechos puré, servirían de guarnición para el estofado de venado que ya había preparado y que hervía despacio sobre el fuego; estaría listo para que su padre cenara cuando volviera de la montaña.

Hizo entrar a los niños en la casa.

—Dejad las botas en la puerta, eso es. Y vamos a lavarnos las manos.

Sentados a la mesa de la cocina, los niños parecieron relajarse un poco mientras ella les servía unas tazas de leche que les colocó delante.

—Aquí tenéis. Os lo habéis ganado. —Untó con mantequilla unas rebanadas del pan de avena y añadió una buena capa de mermelada

de zarzamora antes de dárselas.
Stuart dio un bocado y luego tomó un sorbo de leche.
—Mmm, qué rico. Nuestra mamá solía preparar este pan a veces. Pero en casa de la señora Carmichael casi siempre nos dan solo pan con manteca.
—¿Os estáis adaptando bien? Viniendo de la ciudad, debe de ser un gran cambio para vosotros.
—A Davy no le gusta la oscuridad. La casa es muy grande y hay muchos ruidos durante la noche. Pero el colegio de aquí nos gusta. Estamos todos en la misma aula, así que puedo ver a mi hermano y asegurarme de que otros chicos no lo molesten.
—¿Es que te molestan? —indagó Flora.
—No, no mucho. En mi antigua escuela era peor. Pero allí resultaba más fácil no ir a clase sin que nadie se diera cuenta, la verdad es que a nadie le importaba. Aquí tratamos de hacer lo mismo una vez, pero el señor Carmichael nos pilló pescando en el embarcadero mientras iba dejando pasquines sobre qué hacer si sonaban las sirenas antiaéreas y nos dio una colleja. Tuvimos que volver enseguida a la escuela y pedirle disculpas a la señorita Anderson.
Tratando de mantenerse seria, Flora repuso:
—Es que tenéis que ir al colegio. Mi hermano siempre quería estar por ahí pescando, pero sabía que había que hacerlo los fines de semana o durante las vacaciones.
—¿Dónde está su hermano ahora, señorita?
—Está en la Marina. A bordo de uno de esos barcos de allí.
Pero la verdad era que no tenía ni idea de dónde se encontraba Ruaridh en ese momento. Ojalá estuviera en puerto y a salvo. Trató de no pensar en él patrullando en las aguas hostiles del norte, plagadas de submarinos en las profundidades.
—Yo quiero enrolarme en la Marina cuando sea mayor —confesó Stuart—. David también podrá venir, estaremos los dos en el mismo barco. Quizá podamos estar en el mismo barco que su hermano.
—Puede ser, siempre que os toméis en serio vuestros estudios. Tenéis que aprender muchas cosas si queréis uniros a la Marina.
Cortó otra rebanada más del pan de avena para cada uno y volvió a llenarles las tazas de leche mientras recordaba cómo Ruaridh y Alec solían sentarse a la mesa de la misma manera a su misma edad para devorar la comida antes de volver corriendo a la calle para seguir con la aventura en la que se hubieran embarcado aquel día. En el momento en que alargaba un brazo para alcanzar el bote de la mermelada, un estallido fuerte los hizo volverse hacia la ventana a ella y a los niños.
—¿Qué ha sido eso? —preguntó David, sorprendido de ser capaz de hablar siquiera.

—¿Habrá sido una bomba, señorita? ¿Nos invaden los alemanes?

Flora observó la bahía. Al principio fue incapaz de ver signos claros de que se hubiera producido una explosión; no obstante, mientras miraba, una columna de humo negro apareció más allá de la isla y muchos barcos cambiaron de rumbo y se dirigieron a la entrada de la bahía.

—No creo…, pero algo pasa. No os preocupéis —añadió al ver que el más pequeño estaba asustado—. Aquí estamos mejor protegidos que en cualquier otro lugar del país. La Marina cuidará de nosotros. Vamos a ponernos las botas y a salir a ver qué ha ocurrido. Tomad, podéis llevaros esto para coméroslo en el camino, ¡pero que no se os quite el apetito para la hora del almuerzo o la señora Carmichael me regañará!

e

Alrededor de la bahía podía oírse un murmullo de actividad constante, aunque resultaba imposible saber con certeza qué sucedía. El foco principal parecía estar en un punto más allá de la entrada a la bahía, que no podía verse, por la isla. Caminaron hacia el embarcadero, los adelantó una serie de vehículos militares que iban en la misma dirección.

Junto al muelle se había reunido una pequeña multitud. Flora vio a Bridie y Mairi entre la gente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Dicen que ha sido el *Nelson.* Ha chocado con una mina.

Una sacudida de pánico le recorrió las venas. Ese era el barco de Alec.

—¿Cómo de grave ha sido? ¿Se ha hundido?

—No creo. —Bridie se encogió de hombros—. Pero el barco está dañado. Les va a costar remolcarlo hasta el puerto.

Flora se quedó lívida al ver un grupo de ambulancias que se acercaba a toda prisa por la carretera desde el campamento. Los vehículos llegaron hasta el final del embarcadero y de ellos bajaron unos cuantos hombres uniformados que corrieron a lanzar suministros médicos y equipo a una lancha que los estaba esperando. Bajaron a toda prisa por una escalerilla que había en el muelle hasta la lancha y se adentraron en las aguas de la bahía enseguida, tan pronto como el último de ellos tomó asiento.

—No tiene buena pinta. —Mairi frunció el ceño.

Flora retorció las manos, frustrada, pues no tenía manera de saber si Alec estaría entre las bajas.

—¡Despejen la zona! ¡Vuelvan a su casa! ¡Todo el personal que no pertenezca a la Marina debe abandonar esta área de inmediato! —El señor Carmichael avanzó dándose aires de importancia, con el casco

ARP bien colocado sobre la cabeza para demostrar así su autoridad. Entonces vio a los dos niños, que, impacientes, no hacían sino cambiar el peso de un pie a otro, atrapados por la emoción del drama que se estaba desarrollando en el agua—. Stuart y David Laverock, ¿qué estáis haciendo aquí? —bramó—. A casa ahora mismo.

Flora les sonrió con simpatía y asintió con la cabeza.

—Será mejor que volváis. La señora Carmichael estará preocupada por vosotros. Y ya casi es la hora del almuerzo. —Los empujó con dulzura hacia la casa que había junto al embarcadero.

Mairi y ella caminaron junto a Bridie. Fueron hasta la casa de los Macdonald, se quedaron de pie frente a la puerta del jardín un momento y observaron lo que sucedía en la bahía. Se veía el casco del *Nelson,* que, flanqueado de cerca por dos destructores e inclinándose con pesadez hacia un lado, se dirigía al puerto de manera lenta y dolorosa.

—¿Sabéis?, creo que deberíamos alistarnos —planteó Bridie—. Uno de los marineros con los que estaba hablando en el embarcadero me ha contado que están reclutando mujeres para el WRNS.[6] Según parece, necesitan conductores y de todo.

—Pero nosotras no sabemos conducir —señaló Flora.

Bridie sacudió una mano para quitarle importancia.

—Podemos aprender. Y tiene que haber otras cosas que también podamos hacer.

Mairi asintió con la cabeza.

—Tiene razón. Después de todo, no podemos quedarnos sentadas ahí mirando mientras los barcos vuelan por los aires frente a la puerta de nuestra casa.

Flora pensó en las ambulancias que habían acudido a toda prisa hasta el embarcadero. Si Ruaridh o Alec necesitaban ayuda, ella sería de las primeras en prestarse a darla. El corazón le latía con fuerza y se puso a rezar en silencio pidiendo que Alec no estuviera entre las bajas del barco atacado a medida que este se acercaba a la orilla.

Al pensar en los heridos se decidió.

—De acuerdo. Iremos esta tarde. Venid a buscarme después del almuerzo y nos acercaremos juntas al campamento a preguntar.

---

5 N. de la Trad.: Se trata de un tipo de pan de avena de elaboración rápida que se prepara sin levadura y sin necesidad de amasar, en la sartén.

6 N. de la Trad.: En el original, WRNS, de Women's Royal Naval Service, la rama femenina de la Marina Real. Por lo general, se ocupaban como cocineras, telegrafistas, radaristas, mecánicas o electricistas.

Capítulo 9

Lexie, 1978

La sala de estar de mi madre está llena de fotos enmarcadas. Antes de que llegara el «huracán Daisy», entre ellas había también animalillos de porcelana y hordas de figurillas de cristal, pero todo eso lo he retirado y guardado para que no lo rompa. Daisy se ha especializado en el arte de gatear a toda prisa y de ponerse de pie si hay algo a lo que agarrarse, así que cualquier cosa delicada o frágil que estuviera en las estanterías más bajas o en la mesita centro ha tenido que ir a parar a espacios más altos, lejos de sus deditos curiosos. Solo he dejado a la vista uno de los pequeños adornos de porcelana, un caballito que fue siempre el favorito de mi madre. Lo tomo y repaso las líneas de su larga crin con el dedo índice antes de volverlo a colocar con cuidado entre dos de los marcos.

Muchas de las fotos que hay son mías, de mí a todas las edades mientras fui una niña y luego de mi carrera en los escenarios: le hablo a mi hija de lo que son y ella mira cada una de ellas, muy educada, cuando se las acerco para que las vea.

—Esta soy yo con el cubo y la pala en la bahía de Slaggan. Cuando llegue el verano iremos y haremos un pícnic, ¿qué te parece? Y esta es tu mamá en una función del colegio, cantando un solo. Fue una de mis primeras actuaciones sobre un escenario. Esta parece *Carousel;* es una foto publicitaria de Louise Bigelow conmigo. Y ahí hay otra muy bonita de tu mamá con tu abuelita en Londres, ¿la ves?

—¿Mmm? —pregunta Daisy señalando a la imagen.

—Sí, eso es. Esta es mamá. Y tu abuelita, Flora.

Me sorprende ver que casi parecíamos hermanas, así de joven estaba mi madre en la foto. Teníamos los mismos rizos de color rubio rojizo, en su caso un poco apagados y recogidos en una trenza bien hecha, mientras que yo los llevaba sueltos sobre los hombros. Estábamos frente al Theatre Royal, en Drury Lane, de pie frente a un cartel de la producción de Piers *A Chorus Line,* en la que yo acababa de participar. Fijándose bien, mi madre lo está señalando, se puede

ver mi nombre: mi nombre londinense, mejor dicho. Aquellas clases de danza eran matadoras, lo recuerdo; las piernas me dolieron durante meses. Pero el dolor valía la pena. Mi carrera llevaba una trayectoria ascendente por aquel entonces. Me ofrecían papeles más importantes y ampliaba mi repertorio.

En esa fotografía se me ve radiante. Mi felicidad tenía algo que ver con la nueva producción. Tenía mucho que ver con el hecho de que mi madre hubiera venido a visitarme y de que yo siempre disfrutara enseñándole Londres, compartiendo mi nueva vida con ella, que vivía muy lejos de allí; lejos tanto en la distancia como en el tipo de vida que hacía, en su casa, Keeper's Cottage, a orillas de Loch Ewe. Pero lo más importante de todo, recuerdo, es que en aquel entonces yo rebosaba felicidad porque hacía poco que había conocido a Piers.

Mirando la cara que tengo en la foto, ahora siento pena por aquella chica, la muchacha que un día fui. Ella se sentía invencible, en la cresta de la ola; la habían seleccionado entre muchas otras cantantes y actrices. Ni siquiera se imaginaba la caída que vendría después.

El espectáculo fue todo un éxito. Con mi primera paga, me fui de compras y me hice con una preciosa cazadora de ante con la que llevaba tiempo soñando al verla cada día en el escaparate de la tienda al pasar de camino al teatro. En el momento en que me la puse, me sentí toda una estrella. Era alguien que lo había conseguido, una chica que había logrado sacudirse de encima su antiguo yo y que se había convertido en otra persona al mismo tiempo. Y ahora esa cazadora está guardada al fondo del armario, es una prenda que no va nada con el sitio en que me encuentro. Lavada, arrugada y manchada, está como yo. Debería llevarla a la tintorería, pero eso significa tener que desplazarse un día a Inverness y luego tener que ir otro día a recogerla: entre la gasolina que gastaría y lo que me costaría la tintorería, además de lo difícil que sería atar a Daisy a su portabebés del automóvil, prefiero no hacerlo.

Miro la foto y la pongo de nuevo en su sitio en el aparador. Daisy empieza a quejarse, como si se diera cuenta de mi cambio de humor.

Tomo otra foto. Esta es de mi madre, lleva el uniforme oscuro de las WRNS. La severidad del traje sastre contrasta con lo informal de su pose, apoyada contra el capó de un *jeep* militar y con el cabello suelto al viento. Por aquel entonces debía de tener unos veinte años, supongo. Lo que más me sorprende de la imagen, no obstante, es la expresión de los ojos, la misma que tengo yo en la foto que estaba viendo antes: brillantes, irradian pura felicidad al mirar a quien sea que le esté tomando la foto. Trago con dificultad; se me caen las lágrimas, que amenazan con aterrizar sobre los ricitos de color rubio rosado de mi hija. Mi madre parece despreocupada, a pesar de que debían de ser tiempos difíciles aquellos años, con la guerra. Estoy casi

segura de que la persona que le tomó la foto era mi padre, a pesar de que sé tan poco de él. Recuerdo la conversación que tuve con Bridie Macdonald en la carretera el otro día y me pregunto otra vez qué será lo que hace que esté tan poco dispuesta a contármelo. Decido que iré a su casa: me invitaré a mí misma y haré que me cuente lo que sabe. Es mi historia, después de todo, la historia de mis padres.

Paso el dedo por el perfil de la cara de mi madre, trazando con cariño el contorno de su sonrisa.

Sí, tenía que ser mi padre quien estuviera tras la cámara. Porque sé lo mucho que lo amaba. Nadie más podía hacer que tuviera esa sonrisa.

Capítulo 10

Flora, 1939

—Levante el pie del embrague con suavidad y presione con el otro pie sobre el acelerador al mismo tiempo.

El camión avanzó dando bandazos. Tiró un par de bidones de gasolina que se habían colocado para marcar el camino durante las prácticas.

—Uf, lo siento —se disculpó Bridie con despreocupación

El lugarteniente que iba en el asiento del copiloto suspiró hondo y echó el freno de mano para detener el vehículo antes de que la novata que lo conducía pudiera causar más estragos.

—Tendrían que pagarme un plus de peligrosidad por hacer este trabajo —refunfuñó el hombre—. Enseñar a conducir a las damas que colaboran con la Marina es mucho más peligroso que estar a bordo de un destructor durante un temporal de fuerza 8,[7] la verdad.

En la parte de atrás, Flora y Mairi iban agarradas a los bordes de los asientos que recorrían ambos lados del camión y trataban de no gritar, presas del pánico y la risa, ambas cosas a la vez.

—Bien, volvamos a intentarlo. Piense en cómo lo han hecho sus amigas. Suave y despacio. ¡He dicho DESPACIO!

Esta vez, con un fuerte crujido de engranajes, el camión se dirigió hacia un grupo de cobertizos Nissen[8] que había al borde de la plaza de armas y se desvió justo a tiempo para no atropellar al comandante del campo, que acababa de salir para ver cómo iba todo.

—¡Vaya, creo que ya le estoy pillando el tranquillo a esto del doble embrague! —exclamó Bridie, cuya voz se oyó por encima del rugido del motor mientras ponía los dos pies en los pedales—. Déjeme probar una vez más.

El lugarteniente suspiró de nuevo. Aquella iba a ser otra tarde muy larga.

—Tomémonos un descanso —propuso. Se volvió para hablarles a Flora y Mairi—. Ustedes dos pueden ir a informar en la oficina. Han aprobado. —Firmó un par de impresos y se los dio—. Entreguen estos papeles al oficial que atiende el mostrador. Él decidirá a qué servicio

las asignan. Ahora —se volvió hacia Bridie con una mano en el salpicadero— intentémoslo otra vez…

e

Dentro del cobertizo metálico estaba oscuro. Habían dispuesto de modo provisional un escritorio junto a una ventanita que dejaba entrar un poco de luz invernal. A Flora y Mairi les costó un poco que los ojos se les acostumbraran. Avanzaron y entregaron los formularios al soldado de turno. Este los tomó sin decir palabra y empezó a escribir los datos de las chicas en unas tarjetas que había que rellenar. Cuando hubo terminado levantó la vista para mirarlas.

—Señorita Gordon, señorita Macleod, vayan al cobertizo ocho. Allí les darán sus uniformes. Se les asignarán tareas de conducción generales en el día a día y de ambulancias cuando sea necesario. Bienvenidas a la Marina.

Parpadeando al salir de nuevo al aire libre, Mairi le sonrió a Flora.

—¡Lo hemos conseguido! —Ambas observaron un momento la plaza de armas, donde Bridie mejoraba en su conducción y sorteaba los bidones de gasolina sin enviarlos por ahí—. Creo que pronto se unirá a nosotras. Y ahí está el cobertizo ocho. —Señaló la fila de nuevas construcciones que se alzaban a un lado de la pequeña bahía.

El zumbido de una bocina hizo que ambas mirasen a su alrededor. Un automóvil entraba en el campamento y desde él una figura uniformada les hacía señales para atraer su atención.

—¡Es Alec! —La alegría le iluminó la cara a Flora como un rayo de sol sobre el agua.

Él avanzó hacia ellas con los brazos abiertos.

—Flora, Mairi, ¿os habéis alistado? ¡Qué noticia más maravillosa! Me alegro de haber venido, porque tengo algo que contaros, eso también. Me han asignado de servicio aquí, en el puerto. Necesitamos un buen responsable de señalización y he propuesto a Ruaridh para el puesto, ya que conoce tan bien el terreno y cada centímetro de la bahía como la palma de su mano. Todavía no es definitivo, pero espero que lo transfieran.

La esperanza se hizo tan fuerte en el corazón de Flora que apenas podía articular palabra.

Alec la miró y sonrió.

—¿Qué os parece? Todos aquí, otra vez, juntos, como en los viejos tiempos. Puede que él ya esté aquí en Navidad.

—Esas son las mejores noticias que podría recibir —repuso Flora, que por fin pudo hablar—. Tener a Ruaridh de vuelta. Y también tenerte a ti, Alec. Por suerte, no fuiste uno de los heridos de la explosión del *Nelson*.

Contra el gris del cielo y de las aguas, a Flora le brillaron la cara y

el cabello, encendidos por la sonrisa. Alec se miró a las puntas de las botas, al parecer consciente de sí mismo de repente, como si su aplomo habitual lo estuviera abandonando. Pero entonces levantó la vista y la miró y reunió la valentía necesaria para decir:

—Va a haber un baile en el ayuntamiento en Nochevieja. ¿Vais a asistir? Podría venir y recogeros si queréis.

Flora dudó.

—¿Vendrá Diana también? —preguntó con voz suave.

Alec volvió a mirarse las botas y se sonrojó un poco. Negó con la cabeza.

—Me temo que la señorita Kingsley-Scott ha roto nuestro compromiso. Ha conocido a alguien en Londres, alguien bastante más importante que un simple subteniente destinado en el quinto pino.

Flora tomó un mechón suelto de pelo y volvió a colocárselo en la trenza.

—Vaya, lo lamento.

Sus palabras contradecían el alivio que sentía. Le sorprendió la fuerza de ese sentimiento, pero se dijo a sí misma que solo era que Alec se merecía, desde luego, a alguien un poco más cariñoso. Mairi y ella intercambiaron miradas y Mairi asintió con la cabeza.

—Será un baile grandioso. Gracias. Y, Alec… —interrumpió Flora, tratando de encontrar las palabras, superada por la emoción una vez más. Tuvo que conformarse con un simple—: Gracias también por recomendar a Ruaridh. Será estupendo teneros a los dos aquí, en tierra firme.

Él las saludó con amabilidad y luego se volvió sobre sus talones y se fue a reportar a su comandante. Se giró solo una vez para mirar por encima del hombro a las chicas mientras estas iban hacia el otro lado del campo a recoger sus uniformes.

e

En Nochevieja el ayuntamiento se llenó enseguida. Multitud de hombres, que habían hecho una parada antes en el bar del hotel Aultbea para tomarse una o dos pintas, llegaban gritando saludos y dándoles palmadas en la espalda a sus compañeros de navío. Flora reconoció algunas caras que había visto en el campamento, pero muchas otras le eran desconocidas, las de quienes habían regresado hacía poco de su servicio en el mar.

Alec, muy galante, había recogido a Flora, Mairi y Bridie para llevarlas al baile de Nochevieja y las había llevado hasta el ayuntamiento para que no se les deshiciera el peinado que con tanto esmero se habían hecho y no se les arrugaran las faldas. Buscó sillas para ellas y les llevó bebidas al tiempo que se las presentaba a algunos de sus colegas oficiales. Una pequeña orquesta comenzó a tocar al

final del salón donde estaban y las notas de un violín empezaron a elevarse por encima de las voces.

A Flora se le iluminó el rostro al ver a su hermano entrar en el salón con una chica del brazo. Así que por eso había desaparecido antes… Había pensado que debía de haber ido al hotel, cuyo bar, recién rebautizado como El Tarro de Mermelada, se había convertido en un punto de reunión muy popular para el personal naval. El hotel se había quedado sin vasos, pero la demanda de los soldados y marineros sedientos era creciente, así que, para satisfacerla, los hombres habían empezado a llevar lo que fuera para que se lo llenaran de cerveza y se habían comenzado a utilizar como jarras los tarros de confitura y de mermelada en cuestión. Ruaridh le había contado que un subteniente especialmente emprendedor se las había arreglado para convencer a la señorita Cameron, la administradora de correos, para que se desprendiera de uno de los frascos grandes de caramelos, que ahora yacían vacíos en la estantería de la tienda, pues el azúcar estaba racionado y no había golosinas. El tarro podía llenarse con varias pintas de cerveza y aquellos que no habían conseguido un recipiente adecuado para que les sirvieran se lo pasaban unos a otros.

Cuando Ruaridh y su acompañante se acercaron, Alec se puso en pie y le dio la mano.

—Hola, Alec. Mairi. Bridie. —Ruaridh asintió con la cabeza hacia las chicas—. Esta es Wendy. Y esta es mi hermana, Flora. Wendy también está en la Marina.

—Encantada de conoceros a todas —sonrió ella—. Ruaridh me ha hablado mucho de vosotras.

Flora se preguntó cuándo habría tenido tiempo de hablar aquella pareja. Ruaridh parecía haber estado muy ocupado hasta tarde en su puesto en la estación de señales de en la montaña, más allá de la granja Tournaig, transmitiendo señales a todas horas a los muchos barcos que maniobraban en la bahía.

—Wendy es meteoróloga —explicó—. Es quien toma las mediciones meteorológicas en la estación. Allí nos conocimos.

Flora sonrió, ahora caía.

La banda empezó a tocar una melodía para bailar y Alec le ofreció la mano.

—¿Me haría el honor de concederme este primer baile, señorita Gordon?

—Claro, estaré encantada, lugarteniente Mackenzie-Grant —repuso Flora, riéndose de la formalidad.

Ambos se unieron a la oleada de gente que acudía a la pista de baile, que pronto se llenó de parejas. Flora sonrió a Mairi y Bridie, que bailaban, a su vez, con un par de oficiales. Alec le siguió la mirada, se

inclinó hacia el oído de ella y le susurró:

—Bien. Así no tendré que ser educado y pedirles un baile también. Prefiero pasarme la noche bailando contigo.

Flora deseó que atribuyera el rubor que le asomó a las mejillas al baile y al calor que hacía en aquel salón abarrotado. Se había dado cuenta de que pensaba bastante en Alec, de que lo buscaba por el campamento cuando iba y venía al embarcadero para recoger personal y de que deseaba que, un día, fuera él el pasajero al que tuviese que recoger. También, de que no había otro hombre con el que quisiera bailar.

Él le sujetó la mano un poco más fuerte mientras el baile seguía.

El ruido y el calor reverberaban en el salón creado en aquel cobertizo metálico mientras la noche avanzaba y se acercaban las doce. Entonces el director de orquesta hizo que parara la música y todos se pusieron a corear la cuenta atrás del reloj hacia 1940. Y en el momento en que terminó, todos gritaron y empezaron a besarse mientras un gaitero se unía a la orquesta y se ponía a tocar *Auld Lang Syne.*[9]

—Feliz Año Nuevo —le susurró Flora a Alec.

Sin decir palabra, él la acercó hacia sí y la estrechó como si sus brazos fueran un puerto seguro entre el griterío que cantaba y celebraba, y por un instante ella se imaginó que estaban solos en una isla de silencio en medio de un mar de ruido.

—¡Venid a ver esto! —gritó alguien desde la puerta.

Los asistentes a la fiesta salieron del ruidoso interior a la noche helada. Fuera, más allá de la costa, en la oscuridad de la bahía, iban brillado luces en cada barco amarrado. Fue una exhibición fugaz, no podían arriesgarse a revelar su posición, ni siquiera aunque fuera Nochevieja, pero resultó bonita.

Aunque no hacía falta descifrarlo, Ruaridh tradujo el mensaje:

—Feliz Año Nuevo.

En el salón, la orquesta siguió tocando y algunos de los juerguistas volvieron a bailar, pese a tener los pies ya cansados. Otros empezaron a marcharse.

—¿Quieres quedarte? —preguntó Alec a Flora.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo. Le prometí a mi padre que volvería a casa. Sé que me estará esperando, así que será mejor que me vaya.

—De acuerdo entonces, te llevaré a casa. Seamos los primeros en felicitarle el Año Nuevo.

Flora se rio.

—Le encantaría. Pero en casa no tenemos ni pastel, ni carbón, ni *whisky,* así que no habrá mucho para celebrar.

—Pasaremos por la mía de camino y tomaremos unas cuantas

cosas. Será mejor que celebremos el Año Nuevo como Dios manda para darle suerte a Keeper's Cottage. ¡Vamos!

Ruaridh, Bridie y Mairi declinaron la oferta que les hacían de llevarlos a casa, preferían quedarse y seguir en la fiesta, que no mostraba señales de decaer todavía, así que Flora y Alec subieron al automóvil de él y se fueron carretera adelante, con la vía vacía, hasta Ardtuath House.

e

Aunque las puertas del jardín de la casa grande rara vez estaban cerradas, su grandiosidad y formalidad servían para recordar a quien se acercaba que aquello era algo muy distinto de las casitas blancas cercanas. Pinos de gran altura, que bordeaban el camino de entrada y cubrían el cielo nocturno con su propia oscuridad, ocultaban la casa a la comunidad que la rodeaba.

Al final del camino, Alec apagó el motor y miró hacia las ventanas, que a ojos de Flora parecían meditar tras sus cortinas opacas.

—Será mejor que no despertemos a mis padres si ya se han ido a la cama —susurró.

Entraron sin hacer ruido por una puerta lateral, dejando atrás el frío de la noche. Pasaron por un pequeño recibidor y llegaron hasta el calor de la amplia cocina. Desde el vestíbulo, el leve sonido de la música hizo que ambos se detuvieran. Alec se llevó un dedo a los labios y le pidió a Flora que lo siguiera. Ella dudó antes de traspasar el umbral de la puerta que llevaba a una parte más formal de la casa. Se le hacía raro estar allí con él ahora que su relación estaba cambiando. Él parecía muy seguro de sí mismo, allí, en su gran casa, pero a ella todas aquellas cornisas decoradas y aquellos muebles pesados del recibidor parecían oprimirla desde todas partes, sofocando y restringiendo su habitual sensación de tranquilidad. Sin embargo, respiró hondo y cruzó la puerta, tapizada de verde, que cerró tras ella con suavidad.

Él abrió la puerta de la biblioteca y los acordes de un *Nocturno* de Debussy los llevaron desde el umbral hasta el interior de la estancia. En un sillón junto a la chimenea, en la que ardía un fuego no muy intenso, la madre de Alec estaba sentada con las manos plegadas sobre el regazo y la cabeza apoyada a un lado del sillón orejero mientras escuchaba el gramófono.

—Hola, mamá —saludó Alec en tono quedo.

Ella se volvió para mirarlos y su mirada distante y bastante triste se transformó al ver a su hijo.

—¿Alec? Y también está Flora. Qué bien.

—Feliz Año Nuevo, lady Helen —le deseó Flora, que sentía que era una intrusa en aquel momento privado.

A la luz del fuego, se dio cuenta de que en el cabello de lady Helen relucían unas cuantas canas plateadas, suavizadas por su habitual y elegante moño. En los ojos oscuros le había visto una mirada de soledad que la sorprendió. Pero ahora que su marido estaba de vuelta en Ardtuath House se sentiría menos sola, ¿no?

—También para vosotros, queridos. ¿Qué tal el baile?

—Ha sido divertido, gracias —repuso Flora cortés.

—¿Se ha ido ya padre a la cama? —preguntó Alec.

Su madre asintió con la cabeza.

—Estaba cansado. Ha estado muy ocupado en Londres desde la Navidad, cerrando la casa de allí. —Se volvió hacia Flora—. Estoy segura de que tu padre te habrá dicho que mi marido ha decidido quedarse ahora en Ardtuath, lo que es un gran alivio para todos nosotros. Londres es objetivo de los alemanes. Para mí va a ser todo un lujo tener a mis hombres en casa. Al menos esta maldita guerra tiene una o dos ventajas.

Alec cruzó la estancia hasta donde estaba su madre y se detuvo para besarla en la mejilla.

—Iba a llevar a Flora a casa, pero hemos pensado que sería mejor pasar antes por aquí y llevarnos un pedazo del pastel de Navidad y quizá un poco de *whisky* para celebrar el Año Nuevo con su padre.

—Buena idea. Tomad lo que necesitéis; el pastel está en la despensa.

El disco terminó, la aguja crujió con suavidad y ella alargó un brazo para apagar el gramófono. Desde el piso de arriba les llegó una serie de fuertes pisadas que cruzaban los tablones del suelo. Al oírlas, lady Helen se quedó helada un instante. Luego se puso en pie y, bajando la voz, indicó:

—No obstante, no molestéis a tu padre, Alec. Ya sabes cómo se pone. Será mejor que me vaya a la cama yo también. Buenas noches, Flora. —Dudó y luego se acercó a una mesita auxiliar donde estaban las botellas y las copas sobre una bandeja de plata—. Tomad —dijo, ofreciéndoles una botella de *whisky*—. Dadle esto a Iain. Desde luego, se lo ha ganado con todo ese trabajo extra que ha estado haciendo en la finca. Solo Dios sabe cómo nos las habríamos arreglado sin él ahora que no tenemos administrador.

Flora le susurró las gracias y luego lady Helen los mandó de vuelta a la cocina con suavidad, cerrando con cuidado la puerta tras ellos. La oyeron de camino al piso de arriba y luego a sir Charles hablando en voz baja, preguntándole, y enseguida el tono suave y conciliador de la respuesta de ella.

Alec cortó un pedazo generoso de tarta de fruta y lo puso en una cesta de mimbre; luego añadió un poco de carbón del que había en el contenedor junto a la estufa envuelto en una hoja de papel de

periódico. Flora colocó la botella de *whisky* junto al trozo de tarta y asintió con la cabeza cuando Alec le hizo un gesto silencioso para indicarle que fueran hacia la puerta.

Al salir a la calle, el vaho de la respiración de ambos se convirtió en nubes blancas bajo el frío de la noche. Subieron al automóvil; Alec quitó el freno de mano y condujo en punto muerto bajo el dosel de oscuras ramas de pino, no encendió el motor hasta que casi estuvieron en la carretera.

Al emerger de debajo de los árboles, en dirección norte, ambos jadearon de asombro. Mientras le daban la espalda, el oscuro cielo se había cubierto con unas cortinas de luz que ondeaban y surgían del horizonte lejano.

Alec aparcó a un lado de la carretera.

—¿Qué te parece este espectáculo de Nochevieja?

A Flora le brillaron los ojos al ver los lienzos de color que pasaban del verde al plateado y vuelta a empezar.

—Ni siquiera las prácticas de oscurecimiento puede apagar la aurora boreal.

Todavía mirando al horizonte, al norte, la joven deslizó la mano en la de él y Alec se la apretó mientras permanecían sentados en silencio, contemplando aquella exhibición. El brillo etéreo bañaba el paisaje y transformaba aquellas montañas tan familiares en un mundo distinto, misterioso, que rodeaba las aguas de la bahía y reflejaba sus colores cambiantes en las profundidades.

Por fin las luces danzantes empezaron a desvanecerse, haciéndose más leves según la luz de las estrellas reclamaba el cielo, y los reflejos finales de los colores se hundieron en las aguas oscuras.

Alec se volvió en su asiento para mirar a Flora, para contemplar cómo ella observaba el último brillo verde pálido hasta que se desvanecía.

—¿Querrías salir conmigo? ¿El próximo día que ambos tengamos libre? Podríamos ir a la playa en Firemore, o a la bahía de Slaggan quizá, si hace bueno. ¿Te acuerdas de cuando estuvimos paseando por allí con tu padre hace tantos veranos?

Ella asintió.

—Era agosto, creo —recordó—. Justo antes de que fueras a marcharte para ir al colegio por primera vez. Ruaridh pasó tanto calor que acabó bañándose y tuvimos que poner toda su ropa al sol sobre una roca para que se secara. Pero al final todos terminamos en el agua también. Hacía calor, así que daba igual.

—Bueno, esta vez no nos bañaremos, no en esta época del año, eso seguro, pero podríamos ir de pícnic si nos abrigamos bien. —Se quedó en silencio unos instantes, perdido en sus pensamientos. Luego le preguntó—: ¿Todavía tienes el caballito de porcelana?

—Por supuesto —le aseguró Flora—. Lo tengo en la repisa de la chimenea.

No había necesidad de decir nada más.

e

Recordó con claridad aquel día, hacía tantos años, en que fue a recoger piñas para la chimenea en el bosque que había más allá de Ardtuath House.

Oyó un ruido, un sollozo ahogado, que llegaba de los establos, y fue a echar un vistazo y lo vio allí sentado con la espalda apoyada en los duros tablones del cubículo del poni blanco y la cara enterrada entre las manos. Ese día iban a enviarlo a un colegio del sur, ya que la escuela preparatoria del pueblo no se consideraba adecuada para el hijo del *laird.*

Mientras ella se acercaba, el animal apoyó el hocico sobre la media puerta, como si tratara de confortar al chico que sollozaba. Sin decir palabra, ella se sentó junto a él y le puso una mano en el hombro. Entonces, él levantó la cabeza y se pasó el envés de la mano por los ojos para secarse las lágrimas de la cara, furioso y avergonzado de que lo hubieran visto.

—No volverá a ser lo mismo, ¿verdad? —le preguntó, la angustia quebrándole la voz—. Todo va a cambiar.

—Puede que algunas cosas cambien. Pero esto siempre estará aquí —le respondió ella, apuntando a lo que se veía más allá de la puerta del establo—. La bahía y las montañas. Y nosotros siempre estaremos aquí, Ruaridh y el poni y yo.

Él asintió despacio con la cabeza, luego tragó saliva con fuerza y cuadró los hombros.

—Por favor, ¿podrías guardarme el secreto y no contarle a nadie que me has visto aquí?

Ella no dijo nada, solo alargó la mano para tomar la de él y se la apretó a modo de respuesta.

Entonces él se puso en pie y, mientras se sacudía la paja de la cazadora, le ofreció una sonrisa acuosa.

—¿Nos veremos en Navidad? —aventuró.

Ella asintió.

—El tiempo pasará volando, ya lo verás.

Cuando él volvió para las vacaciones, había cambiado, desde luego. Parecía más seguro de sí mismo; hablaba despreocupado de sus nuevos amigos del colegio, de los más y los menos de tener que aprender latín y francés, y de que esperaba que lo seleccionaran para formar parte del segundo equipo de *rugby*. Ninguno de los dos volvió a hablar del encuentro en el establo. Pero aquella mañana de Navidad, cuando Flora salió para llevar un puñado de palitos para el fuego, se

encontró un montoncito de regalos envueltos con torpeza a la puerta de su casa. Había un descalzador de madera para Iain que a Alec le había costado lo suyo hacer en las clases de trabajo en madera del colegio y una navaja de bolsillo con el mango de madera para Ruaridh. Y para ella había un caballito de porcelana blanco con la crin rubia que había guardado como un tesoro desde entonces.

e

En aquel momento, él se llevó la mano de ella a los labios y se la besó con gentileza antes de atraerla hacia sí para besarla de otro modo, de un modo más intenso. Luego, con un suspiro que fue una extraña mezcla de alegría y arrepentimiento, volvió a poner en marcha el automóvil.

—Será mejor que te lleve a casa o Iain saldrá a buscarte con la escopeta. ¡No quisiera ser yo a quien apuntara!

Ella se rio con suavidad.

—Creo que es probable que tú fueras el único al que no dispararía. Él confía en ti.

—¿Y tú, Flora? ¿También confías en mí?

Ella lo miró a las profundidades oscuras de los ojos y repuso:

—Siempre, Alec. Siempre he confiado en ti.

---

7 N. de la Trad.: Se trata de un temporal con viento fuerte, de entre 34 y 40 nudos, que hace que en el mar se formen olas altas con rompientes y que la espuma sea arrastrada en nubes.

8 N. de la Trad.: En el original, *Nissen hut*. Un cobertizo de este tipo es una estructura de metal prefabricada de uso militar hecha de hierro corrugado y de forma semicilíndrica. Lo diseñó en la I Guerra Mundial el ingeniero Peter Norman Nissen. Este tipo de cobertizos también se usaron en la II Guerra Mundial.

9 N. de la Trad.: Se trata de una típica canción escocesa de despedida, cuyo título vendría a traducirse como *Por los viejos tiempos*.

Capítulo 11

Lexie, 1978

La siguiente vez que voy a la tienda decido hacer una parada en casa de Bridie. Parece un poco sorprendida cuando me ve en la puerta. Esperaba que nos invitara a pasar mientras le dice cositas a Daisy, como de costumbre, y que me ofreciera asiento y me contara lo que recuerda de los años de la guerra —en especial, la historia de mis padres— mientras nos tomamos una taza de té. Pero mis sospechas respecto al hecho de que ella está evitando esa encantadora charla se convierten en realidad cuando veo que no lo hace. En lugar de eso, toma el abrigo que tiene colgado en el gancho que hay junto a la puerta de entrada y dice:

—¡Qué buen momento! Precisamente iba a salir hacia el embarcadero para ver si pillo a Davy antes de que salga con la barca. Seguro que sacará las redes para pescar caballas si se lo pido. También puedo encargarle unas cuantas para ti, ¿te parece? Y tú, Daisy, preciosa, ¿te gustaría un poquito de pescado fresco para la cena? ¡Estás creciendo tan tan tan deprisa!

De nuevo tengo la sensación de que lo que dice no se corresponde con su parloteo habitual. No se parece en nada a la Bridie Macdonald que no se perdería la oportunidad de saber más acerca de las tristes circunstancias que me han traído hasta las costas de Loch Ewe. Así que la curiosidad me pica todavía más, quiero saber qué me está ocultando.

Hasta ahora, sentía cuando estaba con ella que se me pegaba como una lapa y que intentaba sonsacarme más cosas sobre mí mientras yo reprimía la vergüenza. Pero, según parece, también le gusta callarse. Voy a necesitar un poquito más de paciencia si quiero que me cuente algo, ya lo veo. Y voy a usar a mi hija como cebo si hace falta, no me da vergüenza. Así que, mientras caminamos por el embarcadero, muevo ficha.

—Bridie, me gustaría llevar a Daisy a tu casa una tarde. Se aburre un poco encerrada cuando no hace bueno para salir.

—Es verdad que durante la semana pasada hemos tenido unos cuantos días así —asiente—. ¡Menuda ventolera tuvimos el fin de semana pasado! No puse un pie fuera de casa.

Como me niego a que desvíe la conversación tan fácilmente hablando del tiempo, sigo adelante, decidida.

—Sí, entonces ¿te parece bien que vayamos una tarde? Solo dime qué día te viene mejor; no tengo planes. Fuiste muy amable al hacerme el ofrecimiento. Además, creo que me haría bien mantener una conversación de adultos, para variar.

La tengo contra las cuerdas y además no puede resistirse a pasar un rato con Daisy, así que cede.

—Oh, de acuerdo, me encantaría que me visitarais, claro. ¿Qué te parece el jueves? Venid alrededor de las tres, después de que esta preciosidad se haya echado la siesta, ¿te parece?

—El jueves a las tres es perfecto. Gracias, Bridie.

—Bien, entonces quedamos así. Y aquí está Davy, mira. Hemos llegado justo a tiempo. —Lo saluda con la mano, con energía, para llamar su atención mientras él se prepara para salir a faenar en el muelle. El hombre está de pie a bordo de su barca, cuyo nombre veo ahora, *Bonnie Stuart,* vestido de pies a cabeza con un conjunto impermeable de aspecto serio sobre el que se ha puesto un chaleco salvavidas naranja.

—Buenos días, señoras —saluda con una sonrisa tímida.

El barco tira del amarre, tenso alrededor del bolardo, como si estuviera impaciente por hacerse a la mar entre las olas, cuyas crestas blancas se ven a sotavento, más allá de la isla. El viento sopla fuerte y huele a algas y a la lluvia que acaba de caer; revolotean en todas direcciones los rizos de mi hija que sobresalen de la boina escocesa de lana que le he puesto para que tenga las orejitas calientes. Ella se ríe y mueve los bracitos hacia el barco, repitiendo con entusiasmo su palabra favorita: «Arco».

—Eso es, muy lista —aprueba Bridie—. ¿Has oído eso, Davy? Está empezando a hablar.

El hombre se acerca para darle la mano. Los deditos de mi hija parecen una diminuta estrella de mar al agarrarlo del pulgar, grande y curtido por el tiempo.

—Uno de estos días, cuando haga un poco mejor, tal vez os dé una vuelta por el agua. ¿Os gustaría? —Me mira, no está seguro.

—Nos encantaría.

—Lexie me estaba contando ahora mismo que le gustaría salir un poco más ahora que ya han terminado con la mudanza —comenta Bridie con entusiasmo.

Trato de contenerme para no lanzarle una mirada asesina al ver que está contando lo que acabo de decirle acerca de que en Keeper’s

Cottage nos sentíamos un poco encerradas.

—Ah, bien, seguro que no hay nada como pasar una o dos horas por la bahía para olvidarse de las telarañas —asiente Davy—. Os informaré cuando sepa que va a hacer un día bueno para navegar.

Bridie le pide un par de caballas frescas para cada una de nosotras y Davy asiente con la cabeza y nos saluda con la mano al zarpar.

—Ya está —dice Bridie, evidentemente satisfecha con su trabajo de la mañana—. Bueno, os dejo para que sigáis camino a la tienda. Y os veo el jueves, como hemos dicho.

—Gracias, Bridie, estoy deseando que llegue.

Al volverme para abrir la puerta de la tienda, miro hacia atrás a la carretera y me doy cuenta de que, en lugar de seguir en dirección a su casa, Bridie Macdonald se ha detenido en la puerta del jardín de una vecina y corre decidida, escalones arriba, por el sendero que lleva a la casa para llamar a la puerta amarilla de esta.

e

El jueves llego puntual, a las tres, tal y como habíamos acordado, con Daisy en su sillita. Pero al abrir la puerta del jardín de Bridie me doy cuenta de que alguien se me ha anticipado. Junto a la puerta de entrada hay otra sillita de bebé. Debería habérmelo imaginado: las lapas no revelan sus secretos así como así. Llamo y Bridie abre la puerta de par en par.

—¡Adelante, entrad! Y mira, Elspeth y el pequeño Jack también han venido. Me pareció que sería bueno que Daisy tuviera a alguien de su edad con quien jugar. Y, claro, Elspeth y tú ya os conocéis de hace tiempo. Recuerdo veros a las dos saliendo del autobús escolar y quedándoos en la parada charlando y charlando, sin importar que lloviera o hiciera sol, antes de que cada una tomara su camino a casa para ir con su mamá. Erais dos buenas amigas, siempre lo fuisteis.

Al mirar la cara sosa que pone Elspeth, me pregunto si la habrán obligado a acudir a esta alegre cita o si habrá venido porque ha querido. Porque una vez fuimos buenas amigas. Nos sentábamos en el mismo pupitre en la escuela primaria del pueblo, éramos las dos únicas chicas de la clase. Nos defendíamos de los niños mayores cuando las cosas se ponían mal y las dos fuimos juntas a la escuela secundaria y compartíamos el autobús de ida por las mañanas y el de vuelta por las tardes, así como el almuerzo que llevábamos preparado, y nos ayudábamos haciendo los deberes. En la función del colegio, ella siempre estaba en el coro detrás de mí cuando yo cantaba los solos, y fue su estímulo, en forma de desafío, lo que hizo que probara a cantar una de las partes principales.

Cuando llegamos a los diecisiete, nuestra vida siguió caminos distintos, no obstante. Yo tomé la carretera que llevaba a Londres y

acepté una beca en una escuela de arte; ella la carretera que corre junto a la bahía y que ya era tan familiar para las dos. Aceptó un empleo tras la barra del bar del hotel e hizo un curso de contabilidad por correspondencia en su tiempo libre, con lo que consiguió un empleo mejor, esta vez tras el mostrador de recepción. Perdimos el contacto poco después de eso, aunque hace algunos años supe por mi madre que se había comprometido y se había casado con Andy McKinnes, que iba un año por delante de nosotras en el colegio, y que luego había llegado el pequeño Jack.

Ver ahora a Elspeth, arrodillada sobre la alfombra amarilla y marrón de la sala de estar de Bridie mientras le enseña a su hijo los dibujos de un libro de poesía para niños, hace que me sienta culpable de muchas maneras. Me siento culpable porque me fui y ella se quedó. Me siento culpable por no haber sido mejor amiga; no la invité ni una vez a que viniera a mi casa de Londres. Me siento culpable porque fui yo la que dejó de escribir; respondía a sus largas cartas con notas cada vez más cortas y luego empecé a enviar solo postales de vez en cuando, con el Big Ben o Carnaby Street, antes de que nuestra correspondencia decayera y acabara muriendo ante la ausencia de puntos en común. Al recordar nuestro encuentro hace pocas semanas en la tienda también me siento culpable, pues su habilidad como madre y su tranquilidad me ponen en evidencia. Y, al ver ese minúsculo solitario de compromiso que luce en el dedo, que atrapa la luz cada vez que pasa una página del libro, me siento culpable porque ella se prometió, se casó y tuvo a su hijo de la manera en que la sociedad espera que lo hagas, mientras que todo lo que yo he hecho ha sido un desastre.

Levanta la cabeza y me sonríe; se mete un mechón de pelo detrás de la oreja de la misma manera que lo hacía cuando éramos adolescentes, una manera que recuerdo como si fuera hoy. Su frialdad solo se vuelve un poco más amable cuando mira a Daisy, a la que mezco en el regazo.

—Hola, Lexie. Y hola, Daisy, cariño. ¿Quieres acercarte y ver este libro con Jack?

Daisy los mira a ambos con los ojos serios y redondos antes de llegar a la conclusión de que parece una buena oportunidad para pasarlo bien y alarga los brazos hacia el suelo. Me arrodillo sobre la alfombra también y Elspeth gira el libro para que Daisy pueda ver las ilustraciones.

—¡Qué bonito! Sabía que se llevarían bien —dice Bridie desde la puerta—. Y ahora, los dos pueden entretenerse mientras preparo el té. —Se va a la cocina, satisfecha al ver que el encuentro social que ha organizado ha empezado tan bien.

Por supuesto, con Elspeth aquí no podré preguntarle a Bridie por la

historia de mis padres como esperaba hacer. De hecho, se las ha apañado para volver las tornas. Con la ayuda de una aliada que me conoce tan bien desde hace años, esta es la ocasión perfecta para que ella me pregunte a mí por mi pasado reciente.

De mala gana, me veo obligada a aceptarlo. Bridie Macdonald no es ninguna tonta. Pero la manera de arrancar una lapa de una roca es sorprenderla cuando no se lo espera, así que tal vez un día de estos pueda sonsacarle la verdad, cuando tenga la guardia baja. Solo tengo que ser paciente y esperar el momento adecuado.

Me fuerzo a sonreír, me coloco a Daisy en el regazo y, dócil, me pongo a cantar *Pop Goes the Weasel*[10] con las demás, consciente de lo mal que lo hago. Esto es todo lo que queda de la voz que un día llenó los teatros del West End. Pero si a Elspeth le sorprende, no lo demuestra. Bridie, al volver con una bandeja con tazas de té y una jarra de zumo de naranja, tiene menos tacto.

—Me encanta ver la habitación llena de sonrisas de niños —dice mientras pone el zumo en los vasos infantiles que hemos traído con nosotras—. Y también volver a oírte cantar, Lexie. Recuerdo cuando cantaste el solo en el concierto de villancicos cuando solo tenías siete años. Tu madre estaba tan nerviosa por ti la primera vez que creí que iba a explotar. Y para cuando terminaste, a todos se les saltaban las lágrimas de la emoción. ¡Lo hiciste perfecto!

Ayudo a mi hija a levantar el vaso y a beber con cuidado para que no se le caiga el zumo de naranja en la alfombra.

—Me temo que ahora, cuando canto, a la gente se le saltan las lágrimas, pero por el motivo contrario —bromeo, en un intento de quitarle hierro al asunto.

—¿Qué te ha pasado? —quiere concretar Elspeth.

—Forcé la voz. Tengo lesiones en las cuerdas vocales. Me operaron, pero no funcionó, dejaron demasiado tejido cicatricial. Y eso es todo, se acabó mi carrera como cantante.

—¿No recuperarás la voz con el tiempo?

Sacudo la cabeza en silencio, no puedo hablar.

—Es una pena —dice Elspeth para intentar suavizarlo—. Es un golpe muy duro.

Me vuelvo hacia Bridie, que está ocupada con la tetera. Agradezco esa distracción que me da un momento para parpadear y quitarme las lágrimas de los ojos.

—Solo leche, gracias, Bridie. —Me vuelvo para secarle la barbilla a mi hija con una servilleta de papel y reconozco—: De todos modos, todo habría cambiado con ella en camino. Hay muchas cantantes esperando subirse a un escenario del West End que no están ni embarazadas ni atadas a un bebé.

Bridie se sienta en el sofá y me da la sensación de que se está

preparando para lanzarme un interrogatorio tal que hará que lo de la Inquisición española parezca, más bien, una encantadora charla junto al fuego.

Pero, de manera inesperada, Elspeth llega al rescate. Cambia con tacto de tema y me saca del embrollo.

—¿Sabes?, hay un grupo de juegos al que podrías traer a Daisy si quieres. Solo somos otro par de madres jóvenes y yo, nos reunimos en casa de una o de otra los viernes por la mañana. Mañana me toca a mí ser la anfitriona, así que eres bienvenida si quieres asistir.

Le lanzo una mirada de agradecimiento.

—Me encantaría. Y sé que a Daisy también.

Jack está muy ocupado colocando piezas de un rompecabezas en los agujeros que corresponde, en una pelota de plástico que ya conoce bien, mientras mi hija le ofrece piezas de Lego para así contribuir a su manera. Al principio, él no le hace caso, concentrado como está en lo suyo, pero luego le sonríe con timidez, toma lo que le da y lo mete por uno de los agujeros. Daisy le ofrece otra de inmediato y él sonríe, dándose cuenta de que ese juego nuevo es divertido.

—Se lo están pasando bien, muy bien —dice Elspeth con una sonrisa, lo que hace que sienta que el hielo se deshace un poco más entre nosotras.

Puede que la vida nos haya llevado por caminos distintos durante un tiempo, pero tal vez esos años en que hemos estado separadas puedan olvidarse y nuestros bebés nos unan de nuevo, reaviven el cariño que nos tuvimos en nuestra infancia.

Más tarde, acabado el zumo de naranja y cuando los dos niños tienen la frente felizmente llena de glaseado de galletas Playbox, recogemos los juguetes, los vasos y los libros, y nos preparamos para volver a casa.

—Muchas gracias por la merienda, Bridie.

Le doy un abrazo, se lo agradezco de verdad. Después de todo, para mi sorpresa, ha sido una tarde muy agradable, a pesar del hecho de no haber podido enterarme de nada de la historia de mi propia familia.

Elspeth y yo colocamos cada una a nuestro bebé en su sillita de paseo y caminamos juntas un rato por el camino antes de despedirnos. Los niños están tranquilos, cansados después del juego, y las dos caminamos en silencio durante unos momentos, cada cual perdida en sus propios pensamientos. Cuando llegamos a la puerta de su jardín nos detenemos para contemplar cómo el sol poniente dibuja un halo entre rojo y dorado en torno a las nubes. Vuelvo la cara hacia ella y le digo:

—Lamento la manera en que perdimos el contacto. Cuando te vi en la tienda, pensé que tal vez estarías enfadada conmigo porque me fui, ¿no es así?

Mira las aguas de la bahía, cada vez más oscuras, un momento, pensando. Luego, dice:

—No, Lexie, no me enfadé porque te fueras. Me enfadé porque volviste. —Me mira a los ojos—. Eras mi esperanza, ¿sabes? La prueba de que había un mundo fuera, y quizá se tratase de un mundo del que yo nunca formara parte, pero aun así tú me unías a ese mundo, incluso después de que hubiéramos perdido el contacto. Guardé todas tus cartas y postales. Todavía conservo algunos de los programas de tus actuaciones y esa entrada firmada que me enviaste de cuando estabas actuando en *Godspell* y conociste a David Essex. —Sonríe un poco triste—. Cuando te vi en la tienda aquel día, fue como si al final hubiera perdido lo que me unía a ese otro mundo. Como si una puerta se hubiera cerrado de un portazo para siempre. Disculpa que no fuera lo que se dice amable. Sé que tiene que haber sido duro para ti volver.

Abre los brazos y me da un abrazo breve, luego gira la sillita de Jack y entra en el caminito que la llevará hasta la puerta amarilla de su casa.

—¿Elspeth?

Vuelve la cabeza y me mira.

—Gracias.

Asiente con la cabeza mientras busca la llave en el bolsillo.

—Mañana nos vemos.

Mientras voy por la carretera de vuelta a casa, me doy cuenta de que tarareo una canción bajito, casi no se oye con la respiración. Y una vez Daisy ha comido y la he bañado, la tomo en brazos y le canto una nana para acompañar así el ruido de las olas.

—Duérmete, mi niña…

Aunque algunas notas me salen quebradas y rotas, estoy encantada de volver a usar la voz, de mirarle esas pestañas rubio rosado que tiene y de cantarle para que se duerma.

---

10 N. de la Trad.: Canción tradicional de mediados del siglo XIX que a veces se cantaba como nana o como juego.

Capítulo 12

Flora, 1940

Ya era marzo cuando Flora y Alec pudieron tener un día lo bastante tranquilo como para preparar un pícnic y salir a dar una vuelta por los sitios que recordaban de su infancia. Ella estaba envolviendo unos sándwiches de ternera en conserva en papel de periódico cuando vio que su automóvil se acercaba a la puerta del jardín. Lo vio a él recorrer el camino en tres grandes zancadas antes de que llegara a verla por la ventana de la cocina. A Alec se le encendió la cara y le dedicó un saludo alegre mientras Flora abría la puerta de entrada de par en par. Ella se puso de puntillas para besarle y, a medio camino, él se agachó para hacer lo propio.

—Solo tengo que ponerme las botas y ya está. Tengo sándwiches y una botella de agua ahí en la mesa.

—Los meteremos también en la cesta. Me las he apañado para conseguir una barca. Pensé que podríamos dar una vuelta por la bahía de Firemore, si quieres. La carretera está cerrada, hay un control, pero se puede llegar a la playa de la isla por mar, así que, mientras no nos tomen por agentes enemigos y nos disparen, ¡perfecto! —Viendo que ella estaba un poco nerviosa, la abrazó—. Estoy bromeando. No te preocupes, lo he hablado con el oficial al mando y me ha dado permiso para navegar.

Cuando sacaban la comida del automóvil para llevarla hasta el embarcadero, Moira Carmichael salió de su casa.

—Buenos días, Alec, Flora. ¿No os parece que hace un día precioso? ¿Y adónde vais vosotros dos?

—Vamos a ir a dar una vuelta por la isla. ¿Y usted, señora Carmichael?

La mujer levantó la bolsa, de la que sobresalían un par de agujas de hacer punto, haciendo una floritura.

—Tengo en Poolewe unas cuantas nuevas incorporaciones de la Rural a las que hay que enseñar. —Le puso ojitos a Alec, coqueta, por sorprendente que resultara—. ¡Nunca dejes para mañana lo que

puedas hacer hoy, como dicen! —Estiró el cuello para bajar la vista y mirar el muelle del embarcadero, y gritó, más fuerte de lo que solía—: ¡Stuart! ¡David! Voy a salir. Os he dejado un poco de pan y manteca para almorzar. Volveré en torno a las tres. Aseguraos de cavar los surcos para la siembra como os he dicho, que estén listos para cuando vuelva.

Dos figurillas que hacían dibujos en el agua con las manos, sentadas una junto a la otra en el embarcadero, se volvieron y le hicieron un gesto con el pulgar hacia arriba.

—De verdad, esos chicos me van a matar —gruñó—. Archie y yo tenemos mucho que hacer todavía para que aprendan incluso los modales más básicos, creedme.

—¿Qué sabe de Johnny, Matthew y Jamie? —preguntó Alec.

Ella sonrió.

—He recibido carta de Johnny y Jamie justo la semana pasada. De Matthew no me ha llegado nada, pero estará fuera, vete tú a saber dónde, de maniobras con el segundo batallón, eso dicen sus hermanos. No obstante, todos se encuentran bien, gracias, Alec. Dale recuerdos a tu madre de mi parte, querido. Y por favor transmítele el agradecimiento por la generosa donación que ha hecho para los fondos de la cantina. Marca la diferencia poder proporcionar comida casera a quienes están tan lejos de sus casas.

—Sé lo mucho que los chicos lo valoran —asintió Alec—. Mi madre estuvo más que encantada de poder ofrecer un poco de ayuda.

—Bueno, basta de charla. Tenemos que tejer calcetines. —Moira metió la bolsa de las labores en la cesta de la bicicleta que estaba apoyada contra la valla y luego se colocó el sombrero con firmeza sobre los rizos grises, montó y, de un modo algo inestable, se puso en camino, tambaleante.

Alec llevó la cesta de mimbre hasta el embarcadero y la dejó en el suelo, junto a Stuart y David, mientras iba a por la barca.

—Hola, chicos —los saludó Flora—. ¿Habéis pescado algo?

Stuart negó con la cabeza.

—No han picado ni siquiera una sola vez.

David añadió:

—Queremos pescar algo para la señora C., para que no esté tan enfadada. No es fácil tener dos bocas más a las que alimentar.

—Calla, Davy —le advirtió su hermano—. Se enfadará todavía más si te oye repetir eso.

—Pero es lo que dice siempre —protestó David, y se apartó para evitar que su hermano le diera una bofetada cerca de la oreja.

—En realidad, no está enfadada contigo, ¿sabes? Lo que le pasa es que está nerviosa porque sus hijos se encuentran luchando en la guerra. —Flora les sonrió de manera tranquilizadora—. Os está

cuidando bien, ¿a que sí?

—Sí, claro, supongo que sí —admitió Stuart, que tiraba del sedal para quitar un trozo de alga que se había enganchado en el anzuelo—. Prepara una carne con puré de patatas muy rica. Y, cuando tiene tiempo, a veces nos hace panecillos dulces.[11]

Flora abrió la cesta y sacó una botella de cerveza de jengibre.

—Aquí tenéis. ¿Por qué no la compartís mientras pescáis? O también la podéis guardar para tomárosla con el pan con manteca si queréis.

—¿Van ustedes de pícnic? —preguntó David—. ¿Podemos acompañarlos?

Alec, que acercaba ya el bote, se rio.

—Lo lamento, muchachos, pero no necesito competencia. Esta salida es solo para la señorita Gordon y para mí.

—¿Entonces es su novio? —preguntó David a Flora, algo cabizbajo.

—Es un viejo amigo mío —repuso ella con una sonrisa.

—Y sí, espero ser también su novio, porque, desde luego, ella sí es mi novia. —Alec sonrió—. En cualquier caso, no me apetecería nada tener que explicarle a la señora Carmichael por qué no habéis hecho los surcos para cuando regrese.

e

Flora le pasó la cesta, que él colocó junto a un travesaño, antes de darle la mano para subir a la barca. Empujaron para alejarse del embarcadero y les dijeron adiós con la mano a los niños.

Alec se dispuso a navegar por la bahía, puso rumbo norte en dirección a la isla. Pasaron por donde estaban los barcos de guerra anclados. Una cisterna de combustible agitaba la superficie del agua cubierta de petróleo y los vapores que llegaban hicieron que a Flora le raspara la garganta, pero cuando llegaron a la isla el viento soplaba un poco y el aire se notaba limpio de nuevo, olía a sal y a algas. Flora se quitó el gorrito de lana y dejó que la brisa le rozara la cabeza, algunos mechones de pelo se le escaparon de la trenza.

—Oh, qué gusto volver aquí. Si no te vuelves para ver Aultbea, casi puedes imaginar que no hay guerra, que la bahía y las montañas siguen tan agrestes y vacías como siempre.

En silencio, Alec señaló el cielo sobre ellos, donde un águila alzaba el vuelo desde un pequeño grupo de árboles en la isla y se alejaba por encima de las olas, rumbo oeste. Se quedaron mirándola hasta que desapareció entre las montañas de Melvaig.

—Al menos hay algunas cosas que siguen igual. Pero la guerra se acerca. ¿Te has enterado del bombardeo en Scapa Flow hace dos días? La Luftwaffe consiguió hundir el *Norfolk*. La flota allí amarrada se está dispersando ahora, así que creo que Loch Ewe estará todavía más

concurrido.

Flora asintió con la cabeza y luego le tomó la mano.

—No hablemos hoy de la guerra, por favor, ¿quieres? Al menos durante una o dos horas, hagamos como si fuéramos tan libres como el viento y el mar.

El joven sonrió. Entrelazó los dedos de ella con los suyos antes de llevárselos a los labios y besárselos.

—De acuerdo. Hoy nada de guerra. Además, pronto llegará la primavera. Mira allí, están saliendo las agujas nuevas de los abetos. Me gusta lo mucho que destacan sobre el fondo oscuro de los árboles.

Las montañas de la isla ocultaban los barcos amarrados en la bahía de Aultbea, así que, desde luego, podían imaginarse que la suya era la única embarcación que se había hecho a la mar ese día y así olvidar, al menos durante un rato, la transformación que la diminuta comunidad asentada a orillas de la bahía había sufrido. Cada vez que la proa de la barca se topaba con una ola, se levantaban una especie de alas de espuma que hacían que Flora sintiera que flotaba, acompañando a las aves marinas en su vuelo.

Alec acercó la barca a las arenas blancas de la playa de Firemore y la dejó entre las rocas. Al abrigo del promontorio, el agua allí estaba tan en calma como la de un lago de la ladera de las montañas, lo que le facilitaba a Flora bajar a tierra. Mantuvo el equilibrio en la parte alta de las rocas, alargando los brazos hacia atrás para que Alec pudiera darle la cesta, y, mientras él amarraba la barca, ella extendió una manta sobre la arena seca, en la parte alta de la playa. Levantando una mano para protegerse los ojos del reflejo del sol de primavera sobre el agua, le sonrió a Alec, cuyas botas crujían sobre la maraña de fucus que adornaban la bahía, mientras se acercaba. Él se lanzó sobre la manta, que, extendida junto a ella mirando el cielo, tenía el mismo color de las campanillas que crecían aquí y allá a lo largo de la carretera en verano.

—Nos están mirando. —Señaló hacia arriba y ella se echó también sobre la manta para seguir los plácidos círculos que el águila dibujaba al volar en espiral, cada vez más alto, y subir por encima de las montañas.

Alec buscó un par de prismáticos que había metido en la cesta junto con los sándwiches y la cerveza de jengibre. Se los dio y ella, al enfocarlos, pudo ver incluso las plumas primarias del final de cada ala, hermosas y con forma de dedo. Luego le pasó los prismáticos a Alec y este aceptó su turno. Después de pocos minutos, el joven se sentó y miró a las colinas que quedaban en el lado más alejado de la bahía.

—El águila no es la única que nos observa —apuntó con una sonrisa. Señaló la cadena de montañas más allá, en la orilla este,

donde ella solo podía distinguir las paredes grises de un cobertizo de cemento, uno de los muchos que habían aparecido por la bahía en los últimos meses—. Esa es la estación de señalización. Será mejor que me porte bien, porque tu hermano me está echando un ojo. —Volvió a darle a ella los prismáticos.

—¿Cómo sabes que Ruaridh está hoy de servicio? —preguntó Flora, entrecerrando los ojos para ver mejor con los prismáticos.

—Mira a la izquierda, justo al lado del cobertizo. ¿Qué ves?

—Hay lo que parece una bandera de hacer señales atada a un palo. Tiene una cruz azul sobre fondo blanco. ¿Qué significa? —preguntó Flora.

Alec rio.

—Es la letra X. Que también se emplea para el siguiente mensaje: «Ojo con seguir adelante con lo que intentas y estate atento a mis señales». Es tu hermano. Ves, no la ha izado a lo alto del mástil. Esa advertencia es solo para nosotros. O, más probablemente, ¡para mí!

—Vaya, ¡qué cara! Estoy segura de que tus intenciones son honorables.

Alec se apoyó sobre un codo y contempló el perfil de Flora mientras esta observaba el paisaje con los prismáticos.

—Desde luego que lo son. Pero las tengo, ¿sabes, Flora?, y tienen que ver contigo.

Ella dejó los prismáticos de lado, riéndose.

—Y dime, ¿puedo preguntar qué intenciones son esas, Alec Mackenzie-Grant?

De repente, él se puso serio al tiempo que alargaba un dedo para apartarle un mechón de pelo de la mejilla.

—Tengo la intención de pasar el resto de mi vida contigo, Flora Gordon. Si me aceptas, claro. No puedo hacerte una proposición formal todavía, tengo que despejar algunos obstáculos antes de estar en posición de hacerlo. Pero una vez que nuestras respectivas familias se den cuenta de lo en serio que voy contigo, y una vez lo haya hablado con tu padre y con el mío, te pediré en matrimonio. Es lo que quiero. Ya lo sabes, por si te quedaba alguna duda.

Ella estaba tumbada de lado, mirándolo a la cara, contemplando el juego de luces y sombras que el sol le hacía en el rostro. Le dijo:

—No tengo duda alguna en lo que respecta a ti, Alec. Pero hace solo unos meses estabas comprometido con otra. No estoy nada segura de que esto sea muy apropiado.

Él se llenó el puño de arena y miró cómo esta le caía por entre los dedos. Abrió la palma de la mano para dejar que el viento se llevara los últimos granos por la playa.

—Me avergüenza decir que permití que mi padre me convenciera de casarme con Diana. Era un buen partido, dijo que lo sería. Pero

nunca estuve enamorado de ella. Y desde luego ella tampoco lo estaba de mí, dada la rapidez con la que me cambió por otro en cuanto volvió a Londres. No volveré a cometer un error así.

—Sí, pero no creo que tu padre piense que yo sea ni mucho menos adecuada para ti. ¿La hija del guarda para el hijo del *laird*? Pertenecemos a mundos distintos tú y yo.

Él sacudió la cabeza. Los ojos oscuros le brillaron de repente con la fuerza de sus sentimientos.

—Esta guerra lo ha cambiado todo. Ahora no hay más que un solo mundo, un mundo unido en esta lucha. ¿No lo ves, Flora? ¿No ves que las barreras han caído? Y eso ha hecho que me diera cuenta de lo que de verdad quiero en la vida. —Dudó, luego alargó la mano para alcanzar la de ella, mezcló los dedos con los suyos—. De a quién quiero de verdad. Eres tú, Flora. En realidad, siempre has sido tú.

La acercó hacia sí y ella le puso las manos contra el pecho para sentir el calor de la piel y el latido del corazón a través de la lana gruesa del jersey. Entonces levantó los labios hacia los de él y ambos sellaron su promesa de un futuro juntos con un beso.

e

Después del almuerzo, volvieron a subir a la barca y Alec puso rumbo oeste bordeando las orillas de la bahía, bajo las casitas blancas de Cove, donde la carretera se convertía en un camino lleno de baches. Saludaron con la mano a la señora Kennedy, que estaba tendiendo la ropa en el tendedero frente a su casita de campo, las sábanas blancas ondeando al viento, bajo la brisa intensa, como velas de un barco, y entonces Alec acercó la barca a las rocas para poder echar un vistazo a los nidos de las gaviotas, cuyos graznidos llenaban el aire y cuyos excrementos blanqueaban el oscuro cúmulo de rocas con rayas y salpicaduras.

Por fin, cuando el sol se puso tras las montañas de Gairloch y las aguas de Loch Ewe empezaron a oscurecerse, se dieron la vuelta, rumbo a casa.

e

El embarcadero estaba vacío para cuando ellos se pusieron a sacar sus cosas de la barca. Alec se dio prisa con esa tarea y ambos regresaron al automóvil de él. Mientras lo metía todo en el maletero, Flora levantó la vista para mirar más adelante, pues le había llamado la atención el ruido de la ventana de una buhardilla en el tejado de la casa de los Carmichael. Alec miró adonde ella había dirigido la vista, sonrió y saludó al ver a Stuart y David, que tenían la nariz pegada al cristal. Con dificultad, Stuart se las había apañado para quitar el cierre

y abrirla.

—Tened cuidado —gritó Flora—. No os apoyéis así; podríais caeros.

—¿Qué hacéis ahí, bribones? —preguntó Alec.

—No gran cosa —aseguró Stuart encogiéndose de hombros—. Se nos olvidó lo de cavar los surcos en el huerto mientras pescábamos, así que la señora C. nos ha encerrado en nuestra habitación sin cenar. Estamos muertos de hambre, porque tampoco almorzamos mucho. El señor C. y ella han salido para una reunión en la iglesia. Davy ha estado llorando —añadió.

—Tú también llorarías si la tripa te doliera tanto como a mí —apostilló su hermano. Entonces se apoyó otra vez sobre el marco de la ventana, bajando el cuello para ver mejor a la pareja—. Esa cerveza de jengibre estaba muy rica —valoró el niño con nostalgia—. ¿No les habrá quedado un poco?

—Lo siento, no. Me temo que nos hemos bebido la otra botella. No obstante, dejadme ver… —Alec se puso a rebuscar en la cesta—. Aquí hay un sándwich de carne en conserva y un huevo cocido. Solo tenemos que encontrar la manera de subirlos hasta donde estáis.

—Espere un segundo —gritó Stuart, entusiasmado—. Aquí tengo la caña de pescar.

Un minuto después, bajaron el sedal y Alec pudo alcanzar el anzuelo sin pincharse. Enrolló el sedal en el cuello de la bolsa de papel que contenía lo que les había sobrado del pícnic y lo aseguró bien.

—¡Ya está! Tirad despacio, ¡eso es!

Triunfantes, los chicos recibieron la captura con un hurra.

—No digáis que os lo hemos dado nosotros —rio Alec—. No me gustaría nada que la señora Carmichael se enfadara conmigo.

—Y la próxima vez, acordaos de hacer lo que os diga, chicos —les advirtió Flora.

—Lo haremos, se lo prometo. Y no diremos nada. Gracias, señorita Flora y novio de la señorita Flora. Nos han salvado de morir de hambre —gritó Stuart.

—Se llama Alec —apuntó ella sonriente.

Mientras se marchaban, Alec señaló:

—Así que ya soy oficialmente el novio de la señorita Flora, ¿no ? Bien; desde luego, ha sido un día redondo, y eso a pesar de los esfuerzos del señor Gordon y sus señales.

A modo de respuesta, ella le apoyó la cabeza sobre el hombro y Alec condujo de vuelta a Keeper’s Cottage feliz y en silencio.

---

11 N. de la Trad.: En el original, *scones,* unos panecillos típicos de la cocina escocesa que pueden estar rellenos de pasas, dátiles, arándanos o queso.

Capítulo 13

Lexie, 1978

Daisy se lo pasa fenomenal en el grupo de juegos en casa de Elspeth. Para mi sorpresa, yo también. Al principio me siento un poco cohibida cuando la anfitriona me presenta a las demás, pues después de haber estado tantos años fuera soy una recién llegada, una extraña en mi propia comunidad. Pero los niños hacen que romper el hielo sea fácil y para cuando Elspeth trae unas tazas con café sobre una bandeja metálica ya estamos compartiendo juguetes y un paquete de bizcochos de soletilla. Daisy está sentada, regia, en el centro de una alfombra de tartán, chupando el azúcar de su galleta, mientras Jack le da toda una serie de animalillos de madera de su arca de Noé. Ella se los va poniendo con mucho cuidado uno a uno en el regazo, sin saber bien qué hacer con ellos, pero encantada, no obstante, con esos regalos.

Los demás chiquitines son algo mayores, tres niños seguros de sí mismos que están empezando a andar y empujan automóviles pequeñitos arriba y abajo de una rampa de un garaje de madera, y construyen torres con bloques de plástico que podrían venirse abajo por los gritos de alegría que dan.

—Típico de los varones —sonríe Elspeth—. Estoy encantada de tener a Daisy aquí para equilibrar un poco las cosas.

Una de las otras mamás se toca el vientre, está de nuevo embarazada.

—Puede que este sea también una niña —dice. Entonces se vuelve hacia mí con una sonrisa—. Ya me toca. Tengo tres niños.

Me arrodillo sobre la alfombra para retirar un trozo de bizcocho pegajoso que a Daisy se le ha quedado entre los rizos, y Jack, siempre el anfitrión perfecto, me da un brillante xilófono de colores. Tomo las baquetas que me ofrece y me pongo tocar las primeras notas de *The White Cockade.*[12] Al principio parece sorprendido, luego sonríe cuando me pongo a tararear la canción con suavidad para él, y Daisy sigue el ritmo con los restos pegajosos de su galleta.

Cuando le doy a Jack las baquetas para que sea él quien toque, me

las devuelve.

—Más —pide, decidido.

—De acuerdo —accedo yo, y me pongo a cantar las primeras letras de *The Skye Boat Song.*[13] Ni a Jack ni a mi hija parece importarles que tenga la voz un poco quebrada.

Una a una, las demás mamás se unen a nosotros cantando: «Acelera, bonita barca, como un ave en el aire…». Y sus hijos dejan los pequeños autos y los bloques con los que jugaban y se ponen a escuchar.

—¡Mira eso! —exclama Elspeth cuando acabamos de repetir el estribillo final—. Se dice que cantar puede hechizar a las focas de la bahía, pero nunca me imaginé que pudiera apartar a los niños de sus juegos. Me encanta.

—Bueno, a todos los niños les gusta la música —digo al tiempo que le paso el xilófono a uno de los otros pequeños, que parece muy interesado en el sonido que sale de él.

—Me recuerda a cuando de niñas escuchábamos esas canciones. La generación de nuestros padres creció con ellas; también jugó con ellas. Mi padre aprendió a tocar el violín cuando solo era un niño, pero, no sé cómo, nunca tuvo tiempo de enseñarme o, si lo tuvo, yo no mostré interés en aprender. —Elspeth se pone a buscar en la caja de los juguetes y saca una pandereta, que le da a Jack.

—Tampoco les enseñan ahora en el colegio. No han dejado muchas horas en el currículo escolar para la música —dice una de las madres.

—Pues es una pena. Mira cómo les gusta. —Otra madre señala con la cabeza al grupo de los mayores, que se han puesto a golpear con entusiasmo todo aquello que les cae en las manos en un intento de seguir con la sesión de música.

—¿Qué os parece si incluimos algunas de las canciones cada vez que nos reunamos? ¿Y si se las enseñamos nosotras?

—Es una gran idea —dice Elspeth—. Lexie podría ayudarnos a hacerlo bien. —Me acaricia el brazo—. Conoces la melodía, después de todo, y seguro que recuerdas más de la letra que yo. Casi se me ha olvidado la mitad.

—Tendré que ponerme un poco al día —digo—. Pero estoy segura de que en casa tengo un viejo libro de canciones de mi madre. Lo sacaré.

Elspeth asiente con la cabeza.

—Tu madre era la que se sabía bien todas las canciones. Recuerdo cómo cantaba mientras nos preparaba *stovies*[14] cuando yo iba a tu casa para que hiciéramos juntas los deberes.

Poco después, los juegos se acaban y llega el caos, los niños tienen hambre y están cansados. Alzo a mi pequeña, despeinada, que ahora trata de comerse la cabeza de una jirafa de madera, y le limpio los

residuos pegajosos de galleta de los dedos.
—Hora de marcharse a casa, Daisy Mae.
En la puerta, le agradezco a Elspeth esa mañana. Me da un abrazo y se acerca los pocos centímetros que nos separan.
—Espero verte la próxima vez. Me ha gustado que vinieras, Lexie —dice.
Y esas palabras hacen que me sienta como si flotara en el aire como un globo y me animan el paso mientras giro la sillita de mi hija y la pongo en dirección a Keeper's Cottage al tiempo que me despido de las demás con la mano.
Cuando pasamos de largo el embarcadero, hay alguien que también nos saluda con la mano desde allí. Está junto a un montón de nasas. Levanto la mano para saludar.
—«Arco» —dice Daisy, contenta.
—Hola, Davy.
De piernas largas, vestido con sus habituales pantalones con peto de piel encerada, llega hasta nosotras dando unas pocas zancadas. Me doy cuenta de que su Land Rover está aparcado frente a la casa que se encuentra a nuestro lado. Es una de las casas más grandes del pueblo, con ventanas en la buhardilla, el tejado de pizarra y un jardín bien cuidado al que se accede por una puerta de madera.
—Hola, Lexie. Y también hola a ti, señorita Daisy. Venís de hacer vida social en casa de Elspeth, ¿verdad?
Asiento con la cabeza. Me doy cuenta de que no me importa que sepa dónde he pasado la mañana. Para variar, me ha sentado bien, en lugar de agobiarme, el modo en que esta pequeña comunidad cuida de mi hija y de mí.
—Bien, me alegro de haberos visto —dice—. Lleva un par de días haciendo buen tiempo. Si tenéis libre mañana, podríamos dar una vuelta en barco. Si queréis, claro.
—«Arco» —dice Daisy otra vez, inclinándose hacia él y pataleando en el aire.
Ambos nos reímos.
—Entonces ¿tengo que tomarme eso como un sí? —Davy sonríe.
—Muy bien —digo—. ¿Qué quieres que traiga?
—Con que vengáis bien abrigadas será suficiente. Siempre hace frío una vez te adentras en el agua. Añade además unas cuantas mantas. ¿Y tal vez un poco de zumo para Daisy? Tengo chalecos salvavidas y todo lo demás que podamos necesitar. Podemos salir a media mañana y tomar el almuerzo en el barco si queréis quedaros un poco más. Según veamos; dejaremos que os vayáis familiarizando con el mar, a ver si os gusta.
—Gracias, Davy, suena estupendo. Tenemos una cita. —Lo digo sin pensar, luego me doy cuenta y me sonrojo bastante—. Quiero decir

que no es exactamente una cita, claro. Lo que quiero decir es que nos gustaría…, en realidad nos encantaría… —Me estoy liando.

Sus ojos de color gris azulado brillan divertidos, aunque mantiene la cara seria, tratando con amabilidad de que no me dé cuenta de que estoy haciendo el ridículo.

—Pasaré a recogeros por casa, ¿te parece? ¿Hacia las diez y media?

Entonces sonrío y asiento de nuevo con la cabeza, dando gracias a la brisa de la bahía por refrescarme las mejillas, que me arden. Según voy empujando la sillita de Daisy para casa, me doy cuenta de que ese sentimiento de estar volando como un globo sigue conmigo y de que, una vez más, estoy tarareando bajito una canción.

e

Fiel a su palabra, Davy sube hasta Keeper’s Cottage a las diez y media en punto. Viene por el camino, silbando, y me apresuro a abrirle la puerta. Me pongo las botas de agua y la cazadora, y tomo a mi hija en brazos. Le he puesto tanta ropa de abrigo que parece un osito de peluche rellenito, así que mueve los bracitos casi en ángulo recto desde los costados del cuerpo pequeño y bien cubierto. Davy toma las bolsas con la ropa de repuesto, gorros y guantes, pañales, una esterilla para cambiarla, un vaso con dos asas y boquilla, dos botellas de leche, un cartón de zumo de manzana, unos plátanos y un paquete de galletas de crema en la parte trasera del Land Rover.

—Solo había planeado ir hasta la bahía de Firemore —dice alegre —. ¡Parece que vosotras venís preparadas poco menos que para cruzar el Atlántico!

La bahía está en calma y el cielo despejado y azul; y las aguas, las profundas y las que no lo son, reflejan la luz y las sombras en la superficie como si fueran retales de seda. A lo largo de la costa, los ostreros van y vienen por la arena, tratando de encontrar almejas o mejillones entre las rocas para alimentar a su prole. Davy señala hacia un par de colimbos chicos que levantan su largo pico hacia el cielo cuando pasamos y muestran la mancha plateada que tienen en el cuello, un cuello parecido a una serpiente, que se tornará escarlata cuando llegue el verano.

El *Bonnie Stuart* ya está amarrado en el embarcadero y Davy salta a bordo el primero para luego alargar los brazos y recibir a Daisy de los míos; después me ofrece una mano en que apoyarme para subir a cubierta.

—Ya estamos —dice, y me da un par de chalecos salvavidas, uno pequeño y otro grande—. Podéis sentaros ahí, si queréis. Pongámonos en marcha.

Me apoyo en el banco de madera que recorre un lado del barco y ajusto los cierres del chaleco salvavidas de mi hija. Ella sacude esas

manitas en forma de estrella de mar que tiene, feliz, saludando a las gaviotas que vuelan en círculos por encima de nosotros como anticipándose a una posible comida al ver que Davy pone en marcha el motor.

—Tengo que revisar unas cuantas filas de nasas y luego pondremos rumbo a la orilla oeste —grita Davy por encima del hombro desde la timonera.

Asiento con la cabeza y le digo que sí levantando el pulgar mientras me coloco a Daisy en el regazo y la sujeto envolviéndola con los brazos para darle seguridad mientras salimos del embarcadero. Ella abre mucho los ojos al ver cómo la franja de agua que nos separa de tierra firme va haciéndose más y más ancha. Le doy un beso en la frente, para tranquilizarla, y ella se vuelve y me regala su sonrisa más amplia, feliz por estar viendo algo nuevo. El *Bonnie Stuart* se abre camino con facilidad por el agua, deja a su paso una estela de encaje de espuma.

Primero nos dirigimos hacia el extremo sur de la bahía, donde un muelle alto sobresale de la orilla bajo las colinas cubiertas de pinos. Es una construcción de tiempos de la guerra que, según me cuenta Davy, todavía está en uso y se emplea como punto de repostaje para barcos. Señala algunas otras cosas que todavía quedan de esa época: las ruinas de puestos de vigilancia, de cemento gris; una estación de señales y posiciones antiaéreas que un día rodearon Loch Ewe para proteger a los barcos atracados aquí. Y me muestra la negra línea que deja la marea en las rocas de las orillas, una marca que dejó el petróleo que un día flotaba en estas aguas, un petróleo que venía de aquellos barcos y que dejó una marca indeleble que separa los brezos y líquenes de la parte de arriba de las rocas desnudas de la parte de abajo. Cuesta imaginarse qué aspecto tendría todo esto cuando la bahía estaba abarrotada de barcos. En la actualidad las aguas están limpias como un cristal y su superficie, que parece un espejo, refleja las montañas que nos rodean.

—Hoy hace bueno y el mar está en calma —señala él—. Pero, no obstante, nos quedaremos al abrigo de la bahía. Incluso en un día así, seguro que habrá más oleaje en mar abierto. Los *kelpies* de la tormenta[15] no suelen descansar mucho rato.

Se da cuenta de que lo miro con cara burlona.

—Vaya, ¿y dices que eres de aquí? ¿Es que nunca te han hablado de ellos, Lexie Gordon? Los *kelpies* son espíritus del mar que viven en el estrecho que nos separa de las islas exteriores. Siempre están ahí para hacer daño, buscando marineros a los que ahogar o barcos que hundir. Se dice que tienen el poder de llamar a la tormenta. Las aguas de El Minch son de las más traicioneras del mundo: he visto corrientes marinas que fluyen desde las islas Shiant como ríos embravecidos

cuando sube la marea. Se dice que los *kelpies* habitan en cuevas que hay en los acantilados de las islas. Desde luego, no es lugar para amarrar un barco.

Sin embargo, esos espíritus parecen estar hoy muy lejos. El agua está tranquila, acaricia el barco como si fuera seda mientras nos deslizamos sobre ella. Una garza nos contempla desde un brazo de aguas poco profundas.

Davy deja el motor en punto muerto y permite que la inercia nos lleve hasta una boya naranja que se balancea en la superficie, cerca de la entrada a una pequeña ensenada rocosa. Con un bichero, ase la cuerda que hay bajo la boya y la pasa por una polea. Mientras tira del mango, la cuerda empieza a tensarse y de las profundidades emerge una nasa, negra y que gotea. Se inclina por la borda para subirla a cubierta y nos muestra la captura. Hay media docena de deliciosos cangrejos de mar, otro más grande y una pequeña langosta. Se queda con el cangrejo grande y con la media docena de los otros, separados en distintos cubos llenos de agua de mar, pero vuelve a tirar la langosta al agua.

—Todavía es muy pequeña, así que será mejor que la dejemos crecer.

A Daisy le fascina la captura y me veo obligada a agarrarle la mano, pues quiere tocar el cangrejo.

—¡Cuidado! Esas tenazas podrían hacerte daño —le explico.

Davy tira de lo que queda de cuerda y se declara satisfecho con la captura. Tiene dos langostas de buen tamaño y bastantes cangrejos de mar que añadir a los cubos. Luego vuelve a cebar las nasas con cabezas de caballa y hace que el barco se deslice despacio hacia adelante para volver a colocar la cuerda con las nasas. Cada una de ellas aterriza en el agua salpicando, lo que hace que Daisy se ría y aplauda, hasta que, al hundirse con lentitud, la cuerda vuelve a su sitio. Cuando nos vamos, no queda más que la boya naranja en la superficie marcando el lugar donde están.

Seguimos adelante, siguiendo la curva de la costa hacia el oeste, hasta que llegamos a tierra firme en Inverewe. Los árboles exóticos que hay plantados en la finca, capaces de florecer en un lugar tan al norte como este gracias al aire cálido que trae hasta aquí la corriente del Golfo, destacan de entre los bosques de pino negro de la Forestry Commision. Imponentes rododendros pintan el promontorio rocoso de carmesí y de un escarlata brillante.

—Almacenaban municiones en esta cueva de aquí al lado —me cuenta Davy, que apunta a un entrante escondido, que casi no se ve, oculto por una hilera de rocas—. Pero en la actualidad son otros quienes aquí se esconden—. Apaga el motor y el silencio solo se ve truncado por la brisa que sopla entre los árboles y el ruido que hace

una bandada de zarapitos en la orilla.

Entonces empieza a silbar una canción. Daisy levanta la vista, sorprendida al principio, pero luego, después de alzar los ojos y mirarme, empieza a sacudir los bracitos al ritmo de la música. Davy me hace gestos para que me una a ellos y pongo letra a la música, cantando bajito para que la voz no se me quiebre.

> Heel ya ho, *muchachos, dejad que se vaya, muchachos,*
> *levanta la cabeza hacia el tiempo.*
> Heel ya ho, *muchachos, dejad que se vaya, muchachos,*
> *volvamos a casa en Mingulay…*[16]

Entonces me detengo, asombrada, al ver aparecer en el agua tres cabezas redondeadas. Davy hace un gesto hacia mí para que siga cantando y las focas se acercan. En ese momento señala detrás de mí y al volverme veo a dos más mirándonos. Sujeto en alto a Daisy para que también pueda verlas. Abre los ojos casi tanto como nuestras espectadoras.

—Mira —le digo—. ¡A las focas les gusta oírnos cantar!

Las señala con un dedo.

—¿«Ocas»? —pregunta.

—Sí, focas.

Una de ellas se sumerge, arqueando su elegante lomo mientras desaparece bajo el barco solo para emerger por el otro lado pocos segundos después. Las otras la miran, con la cabeza flotando en el agua como si fuera boyas negras.

Davy sonríe antes de encender de nuevo el motor. Mientras nos alejamos con calma, las focas nos miran desde su cala secreta y luego, una a una, van desapareciendo bajo el agua.

Al otro lado de la isla, Davy saca dos cuerdas más con nasas. Hay otra langosta de buen tamaño (además de una que guarda bajo las patas sus huevos, así que Davy vuelve a dejarla en el agua para que tenga a sus crías y que de ese modo el caladero se mantenga lleno), además de dos bueyes de mar, así como más cangrejos de esos enormes y un cazón algo enfadado que Davy vuelve a tirar al agua.

—Por hoy, ha sido una buena captura —resume. Luego echa un vistazo al reloj de pulsera—. ¿Qué tal vais? ¿Queréis que vayamos un poco más allá o preferís que volvamos a casa?

—Creo que preferimos seguir adelante —digo con una sonrisa.

El sol rebota sobre el agua, nos deslumbra y levanta el espíritu. Ni Daisy ni yo queremos regresar a tierra todavía.

Davy asiente con la cabeza. Gira el *Bonnie Stuart* hacia el norte y navegamos siguiendo las colinas del oeste en dirección a una tira de arena blanca que bordea la orilla y que hace que las aguas se vean de

color azul turquesa, como en un póster de una agencia de viajes.

Él acelera el motor, luego echa el ancla y, mientras suelta la cuerda, nos deslizamos con suavidad hacia la playa hasta que bajo nosotros, al fondo de las aguas cristalinas, vemos conchas de vieira.

—Hora de comer algo —anuncia Davy. Arrastra una cesta pesada de debajo del banco y saca unos sándwiches envueltos en papel parafinado—. No estaba seguro de qué os gustaría, así que traigo unos cuantos de jamón y otros de *crowdie*[17] que pensé que Daisy podría comer.

Parece que a Daisy le gusta el queso cremoso y se mete en la boca con gusto los pedacitos de sándwich que le doy. Nos sentamos a tomar el sol como hacen las focas, comiéndonos lo que llevamos y disfrutando de la luz en la cara. Luego le doy a mi hija un poco de plátano y un biberón de leche, después de lo cual se acomoda en la curva de mi brazo con un suspiro de satisfacción y, soñolienta, contempla los dibujos que la luz hace sobre la puerta de la timonera.

Davy pone en marcha una pequeña cocina de *camping* y coloca el hervidor sobre ella para calentar el agua.

—Menudo lujo —me admiro—. Estamos como en un restaurante.

—Me alegro de que esté al nivel de lo que acostumbrabas en Londres —afirma Davy con una sonrisa que hace que sus ojos gris azulado brillen. Me fijo en que tiene los dientes muy blancos y que contrastan con lo curtida que tiene la piel. Luego se pone más serio—. Seguro que lo echas todo de menos, la vida que tenías allí.

Pienso en lo que me dice, que es más una afirmación que una pregunta, mientras pone las bolsitas de té en las tazas y añade el agua hirviendo.

—En realidad, no —confieso a la vez que asiento con la cabeza mientras me ofrece un tarro de cristal que contiene leche; levanta las cejas como preguntando—. Solo un chorrito, por favor. Gracias. —Tomo la taza de metal que me ofrece y soplo un poco por encima para que se enfríe—. Cuando me fui de Londres pensé que lo echaría muchísimo de menos, pero la verdad es que no. De hecho, tener un sitio como Ardtuath al que regresar ha acabado siendo lo mejor. Para Daisy y para mí. Lo que de verdad echo de menos es poder cantar. Pero esa capacidad parece pertenecerle ahora a otra persona, a la persona que fui en otro tiempo.

—Tiene que haber sido muy duro perder la voz así.

Asiento con la cabeza, tomo un sorbo de té y pongo a Daisy un poquito más cómoda porque veo que está empezando a cerrar los ojos.

—Lo fue. En ese momento, me pareció el fin del mundo. Era todo lo que tenía. Mi voz se había convertido en mi identidad. En solo unas semanas pasé de ser una estrella en ascenso a convertirme en alguien de quien nadie se acuerda.

Davy permanece en silencio un momento, mirando a un ave de presa que vuela en círculos sobre las colinas.

—¿Siempre eres así de dura contigo misma? —me pregunta al final, y lo hace en un tono muy ligero, para no ofenderme.

—Supongo que sí —respondo—. Tengo que serlo. He hecho de mi vida un desastre.

Se ríe.

—Ahí lo tienes, me estás dando la razón. Desde mi punto de vista, no lo has hecho nada mal. Has logrado cosas con las que la mayoría solo sueñan y ahora estás aquí, con tu hija, para criarla, y ese es otro logro.

Bajo la vista y le paso un dedo por la mejilla a mi niña allí donde el sol y el mar se la han puesto colorada. Se ha dormido, arrullada por una tripa llena y por el tranquilo movimiento del barco.

Davy me mira y luego me pregunta con amabilidad:

—¿Y qué hay del padre de Daisy?

Sin levantar la vista, sacudo la cabeza, incapaz de hablar. Cuando todo pasó, lo que Piers me dijo fue espantoso. Pero su silencio posterior y el hecho de que nos niegue tanto a mí como a la niña son aún peores.

No obstante, a Davy no le cuento nada de eso. Solo me encojo de hombros y al final digo:

—Su padre no forma parte de nuestra vida. —Menudo eufemismo.

—Ya veo. Él se lo pierde —afirma Davy con toda tranquilidad.

Por el modo en que me mira, veo que lo entiende. Y puede que Bridie le haya contado lo que mi madre y yo ya suponíamos: que Piers no estaba preparado para la paternidad.

—¿Te duele ahora si cantas? —pregunta, tras una pausa.

Sacudo la cabeza.

—No. Pero me he quedado sin voz y el rango en el que puedo cantar es inferior. Es un poco más áspera, eso también, a veces. Desde luego, ya no puedo cantar sobre un escenario.

—No obstante, tienes un tono muy bonito —alaba—. Transmite sentimiento. —Y añade—: Si te gustan las viejas canciones, vente al bar cualquier sábado por la noche. Algunos de nosotros tocamos. Todo el que tenga en el cuerpo un gramo de gusto por la música está invitado a venir.

—¿Qué tocáis?

—Guitarra. Y mandolina.

Asiento con la cabeza.

—Me gusta. —Aunque me hará falta que alguien se cuide de Daisy y me entra el pánico al pensarlo. Nunca he salido sin ella.

Me acabo el té y Davy alarga una mano para tomar la taza. Lo recoge todo en la cesta y luego, cuando Daisy empieza a moverse,

echa un vistazo al reloj.

—Creo que es hora de retornar. Iremos solo un poquito más allá para que puedas ver el arco de roca y luego rodearemos el cabo norte de la isla y regresaremos a Aultbea.

e

De vuelta en el embarcadero, amarra el barco y luego me ayuda a desembarcar con mi hija en brazos. Mete unos cuantos de esos cangrejos enormes en una bolsa.

—Serán suficientes para la cena. Voy a llevaros a casa y luego volveré para terminar de recogerlo todo por aquí —me informa, y acarrea mis muchas bolsas hasta el Land Rover.

Me río al darme cuenta de que lo ha dejado aparcado frente a su casa con la llave puesta en el contacto.

—¿Qué? —dice, encogiéndose de hombros—. Todos lo hacemos. Recuerda que esto no es Londres.

Al llegar a Keeper's Cottage, lo descargamos todo.

—Gracias por esta maravillosa excursión. Me ha encantado salir y navegar.

—De nada. Encantado de que lo hayáis pasado bien. —Se vuelve para marcharse.

—Davy —lo llamo—, ¿te apetecería venir a cenar a casa mañana? ¿Qué te parece si los compartimos? —Levanto la bolsa con los enormes cangrejos.

—Sería estupendo —acepta—. Gracias, Lexie. Hasta pronto entonces.

—Hasta pronto —me despido.

Y en cuanto empiezo a colgar los abrigos y los gorros y a guardar los guantes, que no nos han hecho falta, me pongo a cantar la canción con la que llamamos la atención de las focas mientras Daisy se toma su tiempo para beberse un zumo.

---

12 N. de la Trad.: Se trata de una canción escocesa típica. Se dice que allá por el año 1745 el príncipe Carlos Eduardo Estuardo (Bonnie Prince Charlie) llevaba en el bonete una rosa blanca que era el símbolo de la rebelión jacobita. Mucho después, el poeta escocés Robert Burns llamó a esa rosa *white cockade*.

13 N. de la Trad.: También es una canción típica escocesa que habla de la época de la rebelión jacobita. Narra la historia de Flora MacDonald, que ayudó a Carlos Eduardo Estuardo, disfrazado de sirvienta, a huir hasta la isla de Sky tras la derrota en la batalla de Culloden en 1746.

14 N. de la Trad.: Plato típico escocés; es una especie de cocido con patatas, verduras y carne.

15 N. de la Trad.: Los hombres azules de El Minch, o *kelpies* de la tormenta, son unos seres de la mitología escocesa que habitan entre las islas Hébridas y la tierra firme de Escocia. Solo viven en El Minch.

16 N. de la Trad.: En el original: *Heel ya ho, boys, let her go, boys, / Heave her head round to the weather, / Heel ya ho, boys, let her go, boys, / Sailing homeward to Mingulay…* Estrofa de una canción típica de Escocia, *Mingulay Boat Song,* escrita por sir Hugh S. Roberton, que habla

de los pescadores cuando navegan de vuelta a Mingulay, la isla que es su hogar, donde los esperan sus familias.

17 N. de la Trad.: Tipo de queso cremoso escocés que puede untarse.

Capítulo 14

Flora, 1940

Al sol le costaba ponerse los días de pleno verano. Parecía bajar solo un poco en el horizonte, al oeste, más o menos una hora después de la medianoche, antes de reaparecer por el este en las primeras horas de la mañana. Por las tardes, ya libres de sus obligaciones, Flora, Alec y Ruaridh tomaban sus cañas y subían por los acantilados para pescar. Sus capturas les proporcionaban a las raciones un extra muy bienvenido tanto en la mesa sencilla de pino de la cocina de Keeper's Cottage como en la mesa elegante de caoba del comedor de Ardtuath House.

Desde lo alto de las colinas de Aultbea y Mellon Charles podían echar un vistazo a la actividad constante que se desarrollaba en Loch Ewe, donde los barcos se movían con pesadez como enormes bancos de arena gris y las lanchas corrían entre ellos como si fueran insectos que patinasen sobre la superficie del agua donde pescaban. No obstante, preferían darle la espalda a la actividad que se desarrollaba con las maniobras navales y contemplar las aguas calmas remansadas en la laguna de la laderas de las colinas, donde los nenúfares blancos flotaban entre los reflejos de las nubes y ocultaban bajo las grandes hojas a las truchas.

Los tres dejaban lo que llevaban junto al viejo refugio y se dispersaban, cada uno en busca de su sitio favorito para echar el anzuelo. No hablaban gran cosa, aparte de hacer algún tranquilo comentario ocasional cuando un pez picaba. El canto de las alondras y el lastimero graznido de los zarapitos desde el acantilado llenaba las tardes de verano con su melodía.

Una de esas tardes, Flora estaba a punto de lanzar al agua la última mosca en la parte más profunda de la laguna donde pescaban, allí donde los juncos crecían más, cuando *Corry,* el *spaniel* de sir Charles, la sorprendió. Llegó dando saltos por entre el musgo estrellado que crecía fuerte en los montículos que rodeaban el agua.

—Hola, chico. —Se inclinó para acariciarle las orejas sedosas y el

animal sacudió todo el cuerpo con entusiasmo—. ¿Dónde está tu dueño?

Poco después apareció el *laird* con su caña de pescar.

—Vaya, veo que habéis llegado antes que yo. Seguro que ya habéis capturado los peces más grandes, ¿a que sí? —La profunda voz de barítono de sir Charles retumbó en el aire de la tarde, silenciando a las alondras. Se acercó a donde estaba Flora, cuya captura yacía sobre el banco de musgo—. Ha hecho un buen trabajo esta tarde, señorita Gordon. Veo que se las ha arreglado para ganarles a los chicos. —Dos de las tres truchas que había pescado eran más grandes que las que Ruaridh y Alec habían capturado, una cada uno.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Alec se llevará esas dos su casa. Serán una buena cena para ustedes.

Sir Charles apenas hizo caso de su comentario. Se volvió hacia su hijo.

—Recoge tus cosas y vuelve a casa. Tu madre está preocupada porque los Urquhart van a llegar mañana a pasar el fin de semana. Hemos planeado para ellos un día de pesca y después invitaremos a cenar a los Kingsley-Scott. Llévale esas truchas, le encantarán, y a ver qué puedes hacer para echar una mano. Ya sabes lo cortos de personal que andamos en estos tiempos. Desde luego, no tengo intención alguna de que los estándares caigan solo porque estemos en guerra.

Al escuchar lo de los Kingsley-Scott, Flora se puso un poco rígida y lanzó una mirada rápida a Alec. No le había dicho que irían. Se preguntaba si Diana llegaría con sus padres. Colocó lo que había pescado en la nasa de sauce y se la dio a Alec sin mirarlo mucho a los ojos.

—Ten —él trató de devolverle los tres peces más pequeños—, quédatelos para vuestra cena.

—No —se negó ella, y los introdujo de nuevo en la cesta, con seguridad—. Me parece que los vas a necesitar si os visita toda esa gente.

—Gracias —susurró él—. No sabía que mi padre hubiera invitado a los Kingsley-Scott. —Le puso una mano en la mejilla, para darle confianza, y se agachó para besarla.

—Será mejor que vayas para casa, Alec. —La voz de su padre sonó impaciente, afilada—. De hecho, ya que tus amigos y tú habéis sido tan amables de hacer el trabajo por mí esta tarde, creo que voy a ir contigo. Así los dos podremos echarle una mano a tu madre. —El hombre se puso la caña en el hombro y llamó a *Corry* para que lo siguiera—. Buenas tardes, Ruaridh, Flora. —Los saludó con un breve asentimiento de cabeza y ella se fijó en lo fríos que eran sus ojos; la alegría previa se había esfumado—. Dile a tu padre que me gustaría

hablar con él mañana por la mañana sobre los preparativos para este fin de semana.

Alec dudó, no quería irse, pero su padre espetó:

—Vamos, hombre, no tengo tiempo que perder.

Sin palabras, Ruaridh y Flora contemplaron a las dos figuras que se alejaban colina abajo. Luego recogieron sus cosas, clavaron los anzuelos en el mango de corcho de las cañas, se pusieron los chaquetones que antes se habían quitado y regresaron, ellos más despacio, tras los pasos de Alec y sir Charles.

e

Flora estaba lavando los platos del desayuno cuando su padre regresó de la reunión matutina con sir Charles allá arriba en la casa. Por fuera, se le veía tan tranquilo como siempre, pero se dio cuenta de que estaba de mal humor por el modo en que se quitó la gorra de caza y la lanzó sobre la mesa.

—¿Te espera un día de mucho ajetreo con los invitados? —le preguntó mientras se secaba las manos en el delantal que llevaba sobre las caderas.

Las obligaciones de Iain como guarda se habían ampliado de manera extraoficial y ahora incluían también las de guía de pesca, aunque sabía que él prefería salir a la montaña a quedarse de pie en un banco del río o a remar en un bote dando instrucciones a invitados ineptos para que pescaran un salmón.

—Sí —gruñó en tono brusco—. Pero no voy a ser el único. Sir Charles me ha pedido que subas a la casa y ayudes con la cena de esta noche. Quiere que lady Helen participe también en la partida de pesca, así que desea que tú te ocupes de terminar en la cocina. No me gusta. No es una tarea que debas hacer. Pero ya sabes lo cortos de personal que están ahora.

Flora asintió con la cabeza. El ama de llaves se había ido a finales del mes anterior, pues tenía que volver a su casa, en Clydebank, para ocuparse de su madre. Allí encontraría un empleo bien pagado, pues estaban las fábricas de munición, y también había una vida social más activa que la que se podía hacer en la cocina de Ardtuath House. Así las cosas, aparte de la señora McTaggart, que iba desde el pueblo para ayudar en la limpieza por las mañanas y para cocinar un poco, lady Helen estaba teniendo que ocuparse de todo ella misma.

—No te preocupes, papá. No me importa. Estaré encantada de echar una mano. A lady Helen le vendrá bien que, por una vez, la inviten a participar, casi nunca va a pescar.

Las palabras de Flora desmentían los sentimientos encontrados que la abordaban. Así tendría la oportunidad de ver a Alec y quería ser útil, pero también era consciente de que el *laird* aprovecharía la

oportunidad para ponerla en su sitio.

—Es ridículo, el señor en persona invitando a esa gente. El mundo ha cambiado para todos excepto para él, según parece. No está bien que esperen que hagas de criada para ellos.

—Pero, papá, tenemos esta casa gracias a él. Y lady Helen siempre ha sido muy buena con nosotros. No voy a negarme a ayudar de vez en cuando. En cualquier caso, esta noche tampoco tenía nada que hacer.

Por lo general, un sábado por la tarde Alec y ella hubieran salido a bailar o a ver una película en el ayuntamiento de Aultbea o hubieran disfrutado de un pícnic con Mairi, Bridie y Ruaridh si se daba una de esas raras ocasiones en las que todos estaban libres de servicio y hacía buen tiempo. Pero aquella tarde Mairi tenía que ayudar a su madre en casa y Ruaridh se había citado con Wendy. Y sabía desde hacía semanas que Alec tendría que asistir a la cena con los invitados de Ardtuath House.

—Bien; aun así, sigue sin gustarme —refunfuñó Iain, a quien no le apetecía ir a por las cañas y las nasas que necesitaban para aquel día de pesca. Desde la entrada, gritó—: Ve a la casa después del almuerzo. Lady Helen te dejará instrucciones en la cocina.

Como si pudiera percibir el mal humor de su amo, *Braan* presionó el hocico húmedo contra la mano de Flora y ella lo acarició detrás de aquellas orejas de terciopelo negro para tranquilizarlo.

—De verdad, papá, no te preocupes —gritó en respuesta—. Estoy encantada de ayudar.

Volviéndose a colocar su gorra de caza de *tweed,* su padre le lanzó una mirada cariñosa al tiempo que llamaba a *Braan* para que acudiera a su lado.

—Eres una buena chica, Flora —la alabó con suavidad—. Solo espero que ellos también lo aprecien.

e

Ardtuath House estaba en silencio cuando Flora subía por el camino. El edificio tenía una fachada simétrica bonita y elegante; el pabellón de caza original, de dos pisos, estaba flanqueado por dos torres gemelas de estilo baronial escocés que habían añadido cien años atrás los antepasados de sir Charles. De manera automática, caminó dando la vuelta hacia la parte de atrás, tomó la llave de acero que se guardaba en su escondite, detrás de la piedra junto a la puerta, y entró. El ambiente de la oscura cocina estaba cargado debido al calor de los fogones, de modo que abrió la ventana para que entrara el aire fresco. Sobre la amplia mesa que se encontraba en el centro de la estancia había un cuenco cubierto con un paño limpio y una nota escrita por lady Helen de su puño y letra en una hoja de papel color

crema.

Flora, querida, gracias por echarme una mano.

En la despensa hay un salmón que ya he escalfado. Solo hace falta quitarle la piel y añadir algo de guarnición para decorar la fuente (tienes pepinillo en la despensa para hacerlo).

Encontrarás también una pierna de venado en el mismo sitio. Hay que asarla. Por favor, métela en el horno hacia las cinco en punto con unas bayas de enebro y un poco del clarete que hallarás en el comedor. Hay patatas y zanahorias en la despensa para acompañarla.

La señora McTaggart ha preparado masa para hacer un pastel de ruibarbo (está ya en el molde). Por favor, si no te importa, ocúpate de esto también.

Gracias de nuevo por tu ayuda.
H. M-G.

Flora se puso el delantal y empezó a trabajar. Tomó los ingredientes y los utensilios que necesitaba y comenzó por preparar la carne de un buen venado que un par de semanas atrás su padre y sir Charles habían cazado junto con Ruaridh, que, como de costumbre, lideraba la partida de caza. Justo el día anterior había preparado en Keeper's Cottage un estofado con los cortes más duros, que su padre se llevó a casa una vez colgaron todo lo demás en la despensa donde se guardaba la caza. Los cortes más finos siempre se reservaban para la casa grande, por supuesto. La caza de la finca les permitía aumentar un poco sus raciones, aunque su padre siempre compartía lo que tenían con la gente del pueblo que necesitaba un poco más.

Tras colocar la carne en una fuente de asar alargada, Flora añadió un buen puñado de bayas de enebro y un poco de tomillo. Luego recorrió el pasillo y atravesó la puerta tapizada de verde que llevaba a la parte delantera de la casa. Allí notó el aire perfumado con el olor de la cera de abejas que se empleaba para pulir el mobiliario de caoba, además de un ligero aroma a humo de madera. Habían preparado el comedor para la noche, la mesa estaba cubierta con un mantel de damasco sobre el que se habían dispuesto la cubertería de plata y candelabros. En el centro había un arreglo floral muy bonito, de rosas y tiras de hiedra del jardín rodeado por un muro que había en la casa; sería un detalle que había preparado lady Helen. En la mesa auxiliar se veían varias botellas de vino tinto. Flora abrió una, vertió con cuidado la mayor parte del contenido en un decantador de cristal y luego se llevó lo que quedaba a la cocina para echarlo en la carne y

dejarla en la despensa macerando.

Peladas las verduras y lista la fruta para el pastel, Flora puso el hervidor al fuego y se preparó una taza de té antes de extender la masa. Trabajaba de manera constante y metódica, con la pulcritud y habilidad propias de alguien acostumbrado a preparar esos platos, tarareando para sí una cancioncilla que rompiera el pesado silencio que parecía estar suspendido entre las paredes de la casa vacía.

Justo antes de las seis en punto, mientras le echaba un vistazo al asado, oyó el ruido de unos automóviles que se acercaban a la casa y las voces de los que volvían de pescar. Un minuto después, lady Helen entró a toda prisa en la cocina, quitándose el sombrero de ala ancha y colocándose un poco el pelo.

—Flora, querida, ¡huele de maravilla! Eres un sol, gracias por venir. Mi marido se mostró inflexible respecto de que acompañara a nuestros invitados, así que no habría podido arreglármelas sin ti. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—No hace falta, lady Helen. Espero que haya tenido un buen día de pesca. Todo está listo, así que tiene tiempo de vestirse para la cena.

La voz de sir Charles estalló al final del pasillo. Llamaba a su mujer para que regresara al otro lado de la puerta tapizada de verde, de manera que la mujer sonrió a la joven, como disculpándose, y salió corriendo.

Poco después, la puerta de la cocina se abrió de par en par y entró Alec, ataviado con su atuendo de *tweed* y todavía con las botas altas de pescar puestas. Sin decir palabra, abrazó a Flora y la besó. Ella notó en el chaquetón que vestía el olor de las montañas y del río.

—Cielo, estoy más que enfadado con mi padre por todo esto. No tenía derecho a pedirte que te hicieras cargo de la cena para esta noche. Tendrían que haberle pedido a la señora McTaggart que se quedara. O haber pagado a alguien para que viniera.

—Bah, no me importa lo más mínimo. Me lo he pasado bien preparándola y, además, eso me ha servido para verte.

El joven la miró con cariño y le limpió con el pulgar, gentil, un poco de harina de la mejilla.

—¿Me dejas que te ayude? ¿Puedo fregar los platos? En eso soy un experto aunque mis habilidades culinarias dejen mucho que desear.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya está todo hecho. De verdad, Alec, estoy bien. Será mejor que te vayas y te cambies. La cena estará lista dentro de una hora y no querrás hacer esperar a tus invitados.

De mala gana, dejó que lo echara de la cocina, aunque solo después haberle robado otro beso. Ella sonrió al escuchar sus pasos alejándose por el pasillo hasta el cuartito donde se guardaba el calzado. Luego se puso manos a la obra con los últimos toques, colocando platos y

salseras para que se calentaran y afilando el cuchillo que se emplearía para cortar el asado.

e

Cuando lady Helen reapareció en la cocina para informar a Flora de que los invitados ya se habían sentado a la mesa del comedor, se había transformado. Llevaba el cabello rubio oscuro, con aquellas pocas hebras plateadas, peinado hacia atrás y sujeto con un par de pasadores de diamantes, lo que le realzaba las delicadas mejillas. La ropa de tweed que llevara para ir de pesca había desaparecido, reemplazada por un vestido de noche del color del mar, adornado con cuentas de cristal que brillaban delicadas; recordaban a la luz de la luna sobre el agua.

Sin embargo, a Flora se le fue la vista a un broche que llevaba prendido en el vestido. Era mucho menos lujoso que el resto de su atuendo, una sencilla ancla de plata sobre la que había una corona encima de una guirnalda de hojas de acanto.

Lady Helen se dio cuenta de que la joven lo miraba.

—Es bastante bonito, ¿verdad? Es un broche de la Marina Real, de compromiso, mi padre se lo regaló a mi madre. Mi padre sirvió en la Gran Guerra. Sé que no va mucho con lo demás, pero para mí es mucho más valioso que todos estos diamantes. —Hizo un gesto hacia los pasadores del pelo y los anillos que llevaba en los dedos, cuyas facetas brillaban al atrapar la luz de la tarde que entraba por la ventana que había tras ella.

Alargó las manos para alcanzar la pesada bandeja en la que Flora había dispuesto el salmón, decorado con finas rodajas de pepino a modo de escamas. Pero al intentar levantarla, se dobló de dolor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la joven.

—Qué tonta soy… Me hice daño en la muñeca hace unos días y, según parece, todavía no puedo usar la mano. —Lady Helen se tocó el brazo con los dedos. Flora se dio cuenta de que lo tenía inflamado y de que la fina piel de la parte inferior del brazo estaba teñida de un color amoratado.

—¿No debería vendárselo? —inquirió Flora.

Había recibido un poco de formación en primeros auxilios como parte del curso de conducción de ambulancias y estaba deseosa de poner en práctica esas habilidades recién adquiridas. Hasta ahora solo había practicado con Mairi y Bridie, pero ahora tenía ante sí algo que merecía de verdad ese tipo de atención.

—No pasa nada, Flora, querida, de verdad, no es nada. —Lady Helen hizo un gesto para que se apartara.

—Bueno, al menos deje que lleve eso —insistió la muchacha, tomando la bandeja—. Debe descansar esa muñeca para que se le

cure. Y no querrá arriesgarse a que la bandeja se le caiga y le arruine el vestido.

En el comedor, la conversación era animada y los invitados ya se habían mojado la garganta con generosos tragos de *whisky* y copas de jerez antes, en la sala de estar. Tras echar un vistazo rápido a la mesa, Flora advirtió que Diana no estaba, aunque la señora Kingsley-Scott hablaba de lo difícil que era planear una boda en la finca familiar de Borders con una guerra en marcha.

Los hombres hablaban de la pesca del día, especulaban acerca del peso del salmón que había atrapado sir Charles y contaban historias de otras capturas en otros ríos.

Uno de los que hablaban estalló desde su puesto en la mesa:

—Ese guía tuyo no es precisamente un tipo muy hablador, ¿verdad, Charlie? Es un viejo un poco cascarrabias, ¿no? Eso sí, sabe lo que se hace.

Lady Helen sonrió a Flora como pidiendo disculpas antes de decir con tranquilidad:

—Deja la bandeja sobre el aparador, querida. Voy a pedirle a Alec que me ayude a servir la cena.

El joven ya había echado su silla hacia atrás y estaba junto a ella para tomar la pesada bandeja.

—Deberías sentarte junto a mí, no estar aquí sirviéndonos —murmuró.

Ella le sonrió dándole las gracias, pero sacudió la cabeza y se marchó a toda prisa. Prefería la paz y la tranquilidad de la cocina y daba gracias de que la puerta tapizada de verde estuviera allí, amortiguando el ruido que llegaba desde el comedor.

Sacó el asado del horno y lo dejó reposar sobre una fuente caliente, luego se puso a preparar una salsa con el jugo en la sartén.

Mientras hervía, y cuando estaba escurriendo las verduras y emplatándolas, apareció Alec, cargado con una pila de platos de pescado. Los depositó en la mesa y la abrazó enterrándole la cara en el pelo.

—¿Cómo va todo? —preguntó ella, al tiempo que alargaba la mano para alcanzar las salseras.

—El salmón les ha encantado. Estaba delicioso. Trae, deja que me lleve el asado; ahórrate la penosa experiencia de tener que escuchar sus tonterías.

—No te preocupes, no me importa. Llevaré lo demás —afirmó ella, y lo colocó todo sobre una bandeja.

—¡Alec! —llamó sir Charles con voz afilada y dura. Flora dio tal salto que casi se le cae la salsa. Miró por encima de su hombro y vio que estaba en el umbral de la puerta—. Vuelve al comedor ahora mismo. Es de muy mala educación descuidar a tus invitados.

—Pero, padre, Flora no puede con todo ella sola.

—Tonterías. La chica es muy capaz de servir una cena. Lo que no le hace falta es que tú estés por ahí estorbándole mientras se ocupa de sus obligaciones.

Se quedó de pie a un lado e hizo un gesto a su hijo para que saliera de la cocina; después se fue, pisándole los talones.

A Flora le ardían las mejillas por una mezcla del calor de los fogones y la humillación que le habían infligido las palabras del *laird*. No obstante, levantó la bandeja y pasó por la puerta tapizada con la cabeza en alto, colocó los platos en la mesa del comedor y tranquilizó a Alec con una sonrisa mientras lo hacía. Este había vuelto a sentarse en su sitio, entre dos de las invitadas, y parecía triste mientras ellas charlaban por delante de él sobre Churchill, el nuevo primer ministro, y su esposa, que vestía los abrigos más bonitos y se tocaba con sombreros muy elegantes.

Lady Helen la agarró de la muñeca según pasaba.

—Flora, querida, vete a casa. Ya has hecho más que suficiente. Yo me ocuparé de lo demás. —La mujer habló con discreción, bajito, para que sus palabras quedaran por debajo de las carcajadas y los gritos de risa con que sir Charles regalaba a la mesa mientras relataba otra de sus anécdotas de pesca. Sacó de su bolso de cuentas un pequeño sobre marrón que deslizó en el bolsillo del delantal de la joven—-. Toma, por todo el trabajo que has hecho hoy.

Flora sacudió la cabeza, tratando de devolverle el sobre, pero lady Helen se puso un dedo en los labios, insistiendo con amabilidad en que se fuera.

—Gracias —mumuró Flora, hablando bajo también, pues entendió que aquel gesto no era algo que sir Charles hubiera aprobado. Era un acto de amabilidad, pero al mismo tiempo la hacía sentir todavía peor respecto del papel que se había visto forzada a desempeñar aquella noche—. El pastel está caliente en el horno y hay una jarra de nata en la despensa para acompañarlo.

Asintiendo con la cabeza y dándole un golpecito amable en la mano, lady Helen la despidió y ella se apresuró a regresar a la cocina. Antes de marcharse, tiró los desperdicios de pescado de los platos y los lavó, y también los cubiertos. Lo demás tendría que esperar a la señora McTaggart, que llegaría a la mañana siguiente para preparar el desayuno, pero lo dejó todo lo más recogido que pudo.

Buscó en el bolsillo el sobre marrón y luego dobló la hoja de papel color crema con las instrucciones que le había dejado lady Helen. Con un trozo de lápiz escribió: «Gracias; no obstante, ha sido un placer ayudarla». Dejó la nota bajo la pala para cortar la tarta, que había puesto sobre la mesa, con el fin de que fuera lady Helen quien la encontrase.

Flora tomó su delantal, cerró con cuidado la puerta trasera tras ella y se fue camino abajo hacia el sendero que llevaba a los pinares y a Keeper's Cottage. Un par de cárabos se ululaban el uno al otro, quedos, entre los árboles. Los ojos se le acostumbraron enseguida a la luz de la luna e inspiró el aire nocturno varias veces, hondo y dando gracias. Al doblar una curva, se detuvo un momento, dejando que la ligera brisa le refrescara la cara y el cuello, y miró hacia atrás, en dirección a la casa. Tras las ventanas cerradas, solo podía percibir un destello de la luz de las velas, y otra carcajada silenció la tranquila charla de las aves nocturnas por un momento. Entonces le dio la espalda a Ardtuath House y se encaminó hacia Keeper's Cottage, el sitio al que sentía que pertenecía.

Capítulo 15

Lexie, 1978

Daisy ya está acostada en su cuna cuando llega Davy a cenar y, por una vez, la sala de estar de Keeper's Cottage casi se ha convertido en uno de esos sitios donde dos adultos pueden pasar una velada civilizada juntos mientras se toman una copa de vino. He recogido los juguetes y he puesto en una estantería los libros de cuentos, y me he cambiado los *jeans* y el jersey holgado por una falda y una camiseta de manga larga que he sacado de un cajón del armario.

Mientras preparo un tazón de mayonesa de ajo para acompañar a los cangrejos de mar, que he preparado según una receta de mi madre, vuelvo a intentar recordar dónde encaja Davy en la vida de Aultbea. Tengo en un rincón de la memoria un revoltijo de recuerdos mezclados que archivé cuando me fui a Londres; un revoltijo similar al de trastos que hay en el desván, todos apretujados. Algo tira una y otra vez de una hebra de esos recuerdos, tratando de desenredarlos. Incluso después de que hayamos salido a dar una vuelta en barco, todavía no consigo recordar bien quién es. Pero en sus ojos veo familiaridad y desde el día que apareció en la puerta de mi casa, cuando lo envió Bridie, me trata de una manera que da por descontado que nos une la amistad.

Oigo el golpe de la puerta de su Land Rover y luego ese habitual silbido suyo mientras llega por el camino hasta la puerta, que abro antes de que pueda llamar.

Me da una botella de Mateus Rosé con forma de mandolina.

—Lo mejor que la tienda puede ofrecer —me dice con una sonrisa.

Se sienta en uno de los sillones y cruza las piernas, muy largas.

—Qué bonito —alaba al contemplar la estancia—. Todavía conserva el aire de cuando estaba tu madre, aunque Daisy y tú habéis dejado ya vuestra huella. La última vez que estuve aquí, era tu madre la que estaba sentada justo donde tú estás ahora y quien me servía una taza de té.

—Gracias por visitarla.

—Bah, no hice más que los demás. Bridie era la que más venía, claro. Si veía algo que había que hacer, me lo decía y yo me acercaba y lo hacía para Flora. Tu madre era una mujer encantadora. Siempre tuve la sensación de que no importaba lo mucho que hiciera, nunca podría pagarle la amabilidad que tuvo para con mi hermano y para conmigo cuando nos trajeron aquí de niños, en la guerra.

Esos recuerdos que vienen y van se vuelven más claros según el fango que me ciega la memoria empieza a asentarse.

—¿Os evacuaron? —pregunto.

Davy asiente con la cabeza.

—A Stuart y a mí nos enviaron junto con unos treinta niños más desde Clydeside. Nos alojaron con una pareja de aquí, del pueblo. Cuando la guerra acabó, volvimos a casa.

—¿Qué edad teníais? —pregunto.

—Yo solo tenía cuatro años cuando nos enviaron aquí…, nueve para cuando la guerra acabó. Mi hermano era unos años mayor. Siempre me cuidó.

Se inclina hacia delante y toma la foto de mamá de la repisa.

—Es una foto estupenda. Tenía este aspecto la primera vez que la vi, nunca cambió mucho. Y murió demasiado joven.

Toma un sorbo de vino.

—Este año habría cumplido los sesenta.

Vuelve a dejar la fotografía sobre la repisa de la chimenea y levanta su copa.

—Un brindis por ella, por Flora Gordon: muy querida y a la que echamos mucho de menos.

Al escuchar sus palabras, una inesperada punzada de pena amenaza con superarme. Para ocultar las lágrimas repentinas que se me escapan, le paso un tazón de Twiglets y cambio de tema.

—Gracias por lo de ayer. Fue estupendo salir a navegar. Un día mágico. —El recuerdo de la luz del sol sobre el mar y las focas viniendo a escuchar nuestra canción sigue inalterable en mi memoria.

—Me gustó tener compañía. Me alegro de que hiciera buen tiempo para que pudiéramos salir. No solemos tener días así de tranquilos, ni siquiera estando al resguardo de la bahía.

Cuando pongo el plato de cangrejos de mar sobre la mesa de la cocina, junto al jarrón con collejas y rosas silvestres que Daisy y yo hemos recogido hace un rato, vuelvo a llevar la conversación a su historia, tratando de desvelar eso que no consigo recordar.

—Entonces, ¿cuándo volviste a Aultbea?

—Regresé a principios de los sesenta. Tú debías de tener unos dieciséis más o menos, creo. Fue justo cuando te estabas preparando para marcharte a Londres. Todo el mundo hablaba de que habías conseguido una plaza en una escuela de arte dramático. Eras la

heroína de la comunidad. Bridie y tu madre no podían estar más orgullosas de ti.

Por fin, vuelven a mí recuerdos olvidados durante largo tiempo.

—Oh, sí, ya me acuerdo. Te mudaste a tu casa aquel año, me parece. —Rememoro con vaguedad los cuchicheos que rodearon su llegada, algo relativo a que había heredado la casa en la que había vivido durante la guerra—. Claro. Era la casa de los Carmichael.

Asiente con la cabeza.

—Para mí fue como volver a casa el estar aquí de vuelta, en Aultbea. Y tuve suerte de tener una casa a la que regresar. Glasgow era un sitio muy duro. A pesar de que nos costó alejarnos de la ciudad cuando éramos pequeños, resultó que ser refugiados fue lo mejor que pudo pasarnos a Stuart y a mí.

—¿Y dónde está Stuart? ¿Sigue en Glasgow?

Los ojos se le nublan y baja la cabeza. Luego, dice:

—Murió. Lo apuñalaron durante una pelea después de un partido de fútbol.

—Lo siento. —Alargo un brazo y le pongo la mano sobre la suya.

Sacude la cabeza, recordando.

—Íbamos de camino a casa después del partido. Nos topamos con un grupo de seguidores del equipo rival. Empezaron a meterse conmigo. Stuart intervino para defenderme, como solía hacer. Alguien sacó una navaja… Todo sucedió en segundos.

—Eso es horrible. Lamento mucho no haberle conocido.

Davy mira a las aguas de la bahía, que se están poniendo doradas con la luz de la tarde.

—Amaba este lugar —confiesa—. Le hubiera encantado pescar. Le puse su nombre al barco. Y el de mi madre. Ella tampoco está ya.

—¿Bonnie? ¿Era su nombre?

—Sí. Intentó hacerlo lo mejor que pudo como madre, pero estaba sola y la vida era dura, y cuando nos separaron de ella siendo tan pequeños se dio a la bebida. Trató de dejarlo cuando volvimos a su lado, pero nunca acabó de conseguirlo. Perder a Stuart fue la gota que colmó el vaso.

Nos quedamos en silencio unos segundos; él perdido en su pena, yo sin palabras.

—No fui capaz de salvar a ninguno de los dos. Y eso es algo con lo que he tenido que vivir desde entonces. Así que escribí sus nombres en el barco cuando volví a Loch Ewe y así ellos navegan conmigo cuando salgo a faenar.

—Y desde entonces te has dedicado a rescatar a todo el que puedes, has cuidado de Bridie y de mi madre y de cualquiera que necesitara que le echaran una mano, ¿verdad? —Las palabras se me escapan por la boca antes de que pueda detenerlas. Se lo digo en un sentido

amable, pero puede que no haya sonado así.

Me mira durante un buen rato. Luego dice con mesura:

—No estoy muy seguro de que eso sea cierto. Solo me comporto como lo hace la gente por aquí. Todos nos cuidamos los unos a los otros. Quizá sea algo que hayas olvidado después de pasar tantos años en Londres.

La rabia me invade el pecho, pero luego me doy cuenta de que está en su derecho de defenderse de lo que le he dicho sin pensar.

—De acuerdo, tienes razón —reconozco—. He perdido las costumbres de la costa oeste y tal vez eso no haya sido para mejor.

Descubro que admitirlo me alivia, me sirve para cortar un poco con las zarzas que he dejado crecer a mi alrededor para protegerme de mi propia culpa.

Me rellena el vaso de agua.

—Lo siento, Lexie. Puede que tú también tengas razón. Quizá tienda un poco a rescatar a gente.

Levanto mi vaso de agua hacia él.

—Entonces, brindemos por nuestra conciencia culpable.

Choca el vaso con el mío y canta una estrofa de una canción.

Cuando todo esté encaminado, fresco y puro,
no sentiré culpa en el corazón.

Levanto las cejas, inquisitiva.

—Una canción infantil muy muy antigua —aclara.

—¿Forma parte de tu repertorio de los sábados por la noche?

Se ríe.

—Por lo general, no. Tratamos de crear un ambiente un poco más alegre. No queremos que nuestra audiencia se vaya y nos deje solos.

Le paso el plato y se sirve un puñado de cangrejos.

—Entonces, ¿cuándo piensas venir a escucharnos?

Me encojo de hombros.

—No sé. Tendría que buscar a alguien que se ocupara de Daisy.

—Bridie ya se ha ofrecido —asegura.

Sonríe al ver que me mosquea un poco el hecho de que hayan estado hablando de mi hipotética vida social y haciendo planes para que se haga realidad.

—Vamos, supéralo, Lexie Gordon. Deja que tus amigos te ayuden de vez en cuando. Eso no te matará.

Me río, levantando las manos y aceptando la derrota. Sé que disfrutaré de pasar una velada en el bar escuchando música, y sé que Bridie y Daisy pasarán un buen rato juntas aquí en casa.

—Decidido entonces —dice—. Será este sábado.

—¿Y cómo sabes que no voy a tener otros planes este sábado? —

pregunto, en un último y fútil intento por recuperar el control de la conversación.

—Es solo una corazonada —aventura.

—Que se fundamenta, supongo, en que todos saben que no he tenido nada que hacer ningún otro fin de semana desde que llegué aquí, ¿verdad?

—Más o menos —admite, y me rellena la copa de vino—. Ahora, háblame de todos esos grandes teatros en los que cantaste allí en Londres. ¿Cuál era el mayor?

e

Cuando vuelvo a echar un vistazo al reloj de la cocina ya casi es medianoche; no sé cómo, pero hemos estado hablando durante horas. Davy apura el café que preparé hace sabe Dios cuándo y empuja su silla hacia atrás para retirarse de la mesa.

—Gracias por esta velada tan estupenda, Lexie. Ha sido maravilloso estar sentado a la mesa de Flora otra vez, oyendo a su hija reírse un poco. Esta casa siempre estuvo llena de música y de buen humor.

Cuando se va, la casa se queda vacía. He disfrutado de su compañía y ahora ya sé quién es, ya lo he ubicado, y recuerdo que mi madre mencionaba su nombre de vez en cuando. Mientras recojo las tazas y las llevo al fregadero, sus palabras retumban en la cocina vacía. El fogón chasca al enfriarse, llega la noche y desde la colina que hay detrás de la casa llega el canto de un rey de codornices. Voy hasta la sala de estar y tomo la fotografía de mi madre que reposa sobre la chimenea.

—Creo que ha llegado el momento de que esta casa vuelva a estar llena de música y buen humor —le digo.

Y ella me sonríe, aprobadora, mientras vuelvo a dejar la foto en su sitio y apago la luz.

Capítulo 16

Flora, 1940

El domingo por la tarde, el día después de que cocinara para el grupo de invitados que habían estado de pesca en Ardtuath House, Flora estaba sentada en el banco que tenían frente a la casa tomando el sol, cuyos rayos hacían que los tonos rojizos y dorados del pelo le brillaran más, mientras el astro trazaba un sendero lánguido por el cielo del oeste. Tenía junto a ella el cesto con la ropa que había que remendar y estaba cosiéndole un botón a una camisa de su padre. Lo aseguró con unas cuantas puntadas rápidas, luego cortó el hilo y dobló la camisa con cuidado, dejándola a un lado. Antes de que pudiera tomar del cesto la siguiente prenda, se relajó un momento. Apoyó la cabeza contra la pared de la casa a su espalda, cerró los ojos y levantó la cara hacia el calor del sol.

A pesar de que el final del día era tranquilo, había cosas que no paraban de darle vueltas en la cabeza, como una de esas moscas pesadas que te irritan y no de te dejan en paz. Las noticias de la radio aquella mañana habían sido de lo más inquietantes: justo la semana anterior habían evacuado miles de tropas desde Dunquerque ante el avance alemán, los Países Bajos habían caído y Bélgica se había rendido pocos días atrás; barcos de guerra alemanes habían hundido un portaaviones británico en Noruega; París había sido bombardeado, e Italia emitía declaraciones cada vez más beligerantes. Había sido un alivio que los partes de guerra llegaran a su fin y que empezara el programa musical. Pero ni siquiera cantar las canciones de siempre le había servido para animarse. Y entonces, para recordarle que la guerra afectaba también a los que estaban más cerca de casa, se había ido a dar una vuelta con Bridie después de comer y esta le había contado que una familia de Poolewe acababa de recibir un telegrama que decía que habían derribado en el canal de la Mancha el avión que su hijo pilotaba y que él estaba desaparecido, quizá muerto. Bridie había dicho también que, mientras la evacuación desde Dunquerque había salvado muchas vidas, se había filtrado la noticia de que la División

51 de las Tierras Altas se había visto atrapada en el interior y de que muchos de sus hombres habían caído prisioneros. El peligro de la guerra, que al principio parecía estar muy lejos, más allá de las montañas, había empezado a insinuarse por entre las casitas blancas que bordeaban la bahía y lanzaba la sombra de un miedo siempre presente, incluso en los días en que el sol brillaba por encima de las aguas.

Aquello le ocupaba el pensamiento en aquellos días y hacía que sus asuntos personales parecieran poca cosa en comparación. Y a pesar de todo no podía dejar de pensar en cómo se había comportado con ella sir Charles la noche anterior. ¡Había sido tan frío! Por lo general, la asustaba con una jovialidad frágil o con la indiferencia. Pero algo había cambiado desde que se había dado cuenta de la cercanía que existía entre ella y Alec. Todavía tenía el orgullo herido por el modo en que la había humillado.

Trató de quitarse esos pensamientos de la cabeza. Sabía que Alec la quería, pero ¿desafiaría a su padre llegado el momento? El día previo había notado la rabia del joven, que aun así no había podido hacer nada. Tanto su madre como él estaban bajo el férreo control que el *laird* ejercía sobre su familia. ¿Sería su amor lo bastante firme como para resistirse a esa fuerza?

Suspiró y abrió mucho los ojos al oír la sirena de un barco en la bahía. Otro buque de guerra estaba entrando, maniobraba al tiempo que echaba el ancla, y una cisterna se acercaba para que repostara. A la mañana siguiente ella estaría otra vez de servicio en Mellon Charles. Al menos eso le serviría para distraerse, sabiendo que estaba aportando su granito de arena al esfuerzo de guerra.

Metió la mano en el cesto de la ropa para remendar, sacó un calcetín que necesitaba un zurcido y empezó a coser con una aguja gruesa enhebrada con lana Lovat de color verde. El sonido de unos pasos en el camino de detrás de la casa hizo que se diera la vuelta, esperaba que fuera su padre que regresaba de ver al poni. Pero fue Alec el que apareció, con el ceño fruncido. Al verla allí sentada, le cambió la cara, en la que se dibujó una amplia sonrisa. Se sentó a su lado en el banco y la abrazó, evitando por poco que le pinchara con la aguja con la que estaba cosiendo.

No tardó en pedirle disculpas por el comportamiento de su padre.

—No puedo creerme lo mal que se portó ayer, pavoneándose así delante de los Urquhart. Por no hablar de que invitara a los Kingsley-Scott. Ha estado intratable durante todo el fin de semana. La pobre mamá ha tenido que retirarse y meterse en la cama con dolor de cabeza ahora que ya se han ido. Lo que le pasa es que no acepta que la guerra lo haya cambiado todo.

—Pero ¿lo ha cambiado todo de verdad? —preguntó Flora,

apoyándose en su hombro y mirando a lo lejos los enormes buques anclados en la bahía—. ¿Ha cambiado tanto el mundo como para que el hijo del *laird* pueda estar con la hija del guarda?

Él se echó hacia atrás, sosteniéndola con los brazos rectos, tratando de leerle la cara. El joven tenía los ojos llenos de amor y dolor.

—Flora, nunca he pensado en ti así. Ni en tu padre, ni en Ruaridh. Para mí sois como mi familia, siempre ha sido así. Y tú… En fin, tienes que saber que te amo desde hace años. Y quiero seguir haciéndolo muchos más, los años que tengamos. En este mundo incierto es como si mi amor por ti fuera lo único seguro a lo que puedo aferrarme. Pase lo que pase, por Dios, Flora, no dejes que mi padre nos quite eso.

Ella bajó la vista, tratando de ocultar las dudas que la seguían asaltando. Con mucha delicadeza, él le resiguió el perfil de la cara con la palma de la mano, luego le levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos.

—Sé que no es fácil —afirmó—, pero, una vez haya acabado la guerra, el poder que mi padre tiene sobre nosotros desaparecerá. Entonces seremos libres para casarnos.

—¿Y qué hay de tu madre?

Flora sabía lo mucho que le preocupaba dejar a lady Helen sola en Ardtuath House. Sir Charles se había ido volviendo cada vez más irascible a medida que el estilo de vida al que siempre había creído que tenía derecho se había visto erosionado por la guerra, y más de una vez Alec había admitido ante ella que había visto que su madre tenía moratones en los brazos y que sospechaba que eran marcas que había dejado el mal genio de su padre. Cuando le preguntaba cómo se los había hecho, no obstante, lady Helen siempre buscaba excusas y no le contestaba. Inquieto por la salud de su madre, pasaba en la casa grande todo el tiempo que podía. Le faltaba tiempo para atender los requerimientos de su empleo y para estar con Flora y pasar más tiempo con ella.

Suspiró.

—Quizá todo mejore para nosotros una vez la guerra haya terminado. Mi padre volverá a pasar la mayor parte del tiempo en Londres y para mi madre todo se tornará más fácil. —Alargó el brazo para tomarla de la mano—. Por favor, Flora, tienes que creer en nosotros, igual que hago yo. Lo bueno de romper mi compromiso con Diana fue que me di cuenta de que nunca sentiría por nadie lo que siento por ti. La otra noche fue una experiencia horrible para ambos. Pero un día, te lo prometo, tú serás la señora de Ardtuath House y tendrás el lugar que te corresponde en esa mesa.

A modo de respuesta, ella entrelazó los dedos con los de él y le trazó los tendones del envés de la mano con el pulgar. Aquí, se sentía segura junto a él. Pero mientras permanecían sentados mirando más

allá de la bahía a las colinas de poniente, el cielo comenzó a oscurecerse mientras las nubes se concentraban a lo lejos, tragándose el sol. A pesar del calor de aquella tarde de verano, Flora temblaba un poco. La recia pared de su casita de campo, contra la que se había apoyado, todavía desprendía el calor que había acumulado durante el día. Pero sabía demasiado bien que aquella casa, la única que había conocido, podían quitársela de la noche a la mañana si la ira de sir Charles respecto de su relación hacía que decidiera que había llegado el momento de echar al guarda.

e

Las tareas de Flora en la base naval consistían básicamente en llevar y traer oficiales desde el embarcadero o en recoger y transportar personal destinado a los puestos de vigilancia que se habían construido en torno a la bahía. En ocasiones, también tenía que conducir vehículos más grandes, camionetas o ambulancias, cuando surgía la necesidad. Estaba sentada en el NAAFI[18] con Mairi cuando llegó la orden de llevar una ambulancia hasta Cove, al otro extremo de Loch Ewe. Un Tilly,[19] uno de esos vehículos ligeros que se empleaban en los servicios, se había salido de la carretera y se había atascado en la zanja del arcén, y sus ocupantes habían resultado heridos, aunque ninguno grave.

Flora condujo, con Mairi de copiloto, por la orilla de la bahía hasta donde la carretera se estrechaba y se convertía en una vía de un solo carril, más allá de Poolewe. Pasado un kilómetro y medio llegaron adonde se encontraba el vehículo, que se inclinaba de manera alarmante hacia un lado. Un subteniente estaba tratando de calzarlo metiendo una piedra grande bajo una de las ruedas. Su colega, un oficial de artillería destinado al servicio antiaéreo en un puesto de vigilancia, estaba sentado, aturdido, junto a la carretera, sin otra ayuda que la de Bridie, que trataba de hacerle un cabestrillo con un trozo de tela que, según parecía, había obtenido rasgándose las enaguas.

Las dos jóvenes saltaron de su vehículo.

—¡Bridie! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó Flora.

—Ha sido una oveja, se cruzó en la carretera —repuso Bridie alegremente—. Tuve que dar un volantazo para evitarla. Yo solo tengo unos cuantos rasguños y moratones, pero creo que este pobre tipo tiene el brazo roto. La oveja está bien, eso sí —añadió.

—A ver —intervino Mairi—, deja que le eche un vistazo.

Tomó unos vendajes y un cabestrillo en condiciones de la parte trasera de la ambulancia y se arrodilló junto al oficial. Con habilidad, le examinó la herida y le vendó el brazo con cuidado pero con firmeza, junto al pecho, para inmovilizarle la muñeca, que ya se le

había empezado a inflamar.

Flora dejó en manos de Mairi al herido y ayudó al otro joven oficial a atar una cuerda al parachoques del vehículo. Dando a la ambulancia marcha atrás, se las arregló para sacar al Tilly de la zanja, enderezándolo de manera que pudieran echar un vistazo a los daños que había sufrido.

—Caramba —señaló Bridie—, ese eje posterior no tiene muy buena pinta.

—Creo que no se puede conducir, no es seguro. Tendremos que remolcarlo de vuelta y llevarlo al taller —opinó Flora.

El joven echó un vistazo a su reloj.

—Llego tarde para el relevo en el punto de vigilancia. ¿No podría llevarme hasta allí y luego volver aquí?

—Pues claro. Suba.

Flora condujo hasta pasada la hilera de granjas encaladas de Cove, las mismas casitas que Alec y ella habían visto desde el agua cuando estuvieron de excursión por el arco de piedra más allá de la playa de Firemore en primavera, a donde la pista terminaba, pasado el búnker de hormigón que se había construido como puesto de vigilancia en la entrada de la bahía. Mientras se hacía el relevo, ella se acercó al borde del acantilado. Lejos, bajo sus pies, las olas se estrellaban contra las paredes negras y dentadas de Furadh Mor, un peñasco que se alzaba sobre el agua a poca distancia de la orilla, donde surgía el mar y lanzaba la espuma sobre las rocas como si se arrojara, frustrado, contra el refugio que la tierra firme ofrecía, donde las aguas eran más tranquilas. Sabía que la fuerza de las olas no era el único peligro allí en el Atlántico Norte, donde los barcos de guerra alemanes esperaban más allá del horizonte y los submarinos se movían en grupo, acechando a sus presas como si fueran una manada de lobos hambrientos.

El regreso al muelle de Mellon Charles fue lento, ralentizado por el peso del vehículo accidentado, que iba tambaleándose tras la ambulancia, atado con la cuerda como si fuera una ballena borracha, con Bridie al volante. El revuelo que levantó su llegada hizo que el comandante del campo saliera de su cobertizo. Levantó las cejas al ver el vehículo accidentado y las levantó todavía más, casi hasta que desaparecieron bajo la visera de la gorra que llevaba, al ver al oficial de artillería herido.

—Lleven a ese hombre al cirujano. Y usted, señorita Macdonald, ¿verdad?, preséntese en mi cobertizo una vez se haya lavado esa grasa que tiene en las manos.

Flora le lanzó una mirada de empatía a Bridie, aunque su amiga no parecía estar preocupada por lo que el comandante pudiera decirle. Después de todo, no era la primera vez que tenía un incidente como el

de la oveja; en otra ocasión se había topado con otro Tilly que venía de frente y lo esquivó por poco, aunque esa vez quien acabó en la zanja fue el otro conductor.

A la hora de comer, a Bridie la reasignaron a otro servicio. Esta vez no era conducir, sino estar tras el mostrador del NAAFI, donde las posibilidades de que causara mayores daños a la flota de vehículos del ejército se reducían de manera considerable. Pero, como les dijo tan contenta a Flora y Alec en la taberna El Tarro de Mermelada más tarde, mientras se tomaba un oporto con limón, aquella nueva tarea se le daría mejor, pues había adquirido una experiencia muy valiosa con la señora Carmichael y las damas de la Rural. Todo el mundo llegaba y quería hablar, así que era un buen sitio para enterarse de todo.

Además, el oficial de artillería que se había roto la muñeca había ido a verla y la había invitado a que ambos fueran la semana siguiente al salón del ayuntamiento a ver una película, la última de Laurel y Hardy.

—¡Caramba! —exclamó Flora entre risas—. ¿Quién hubiera pensado que en Aultbea podríamos vivir tantas emociones?

---

18 N. de la Trad.: Navy, Army and Air Force Institutes. Se trata de una empresa gubernamental creada en 1920 para proporcionar a los soldados británicos, allí donde estén, entretenimiento y bienes de consumo, tanto para ellos como para sus familias. Tiene bares, cantinas, supermercados, tiendas, etc. sitos en bases militares.

19 N. de la Trad.: Se trataba de un vehículo ligero utilizado por el ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial. Se componía de dos elementos: una parte para pasajeros, que construyó Austin, y una parte trasera para llevar mercancías que se cubría con una lona. También se le conocía como Light Utility Car.

Capítulo 17

Lexie, 1978

Tardo en darle a Bridie instrucciones claras de a qué hora tiene que irse Daisy a dormir —y eso que sé que no me está haciendo ni caso, tan ocupada como está meciendo a mi hija sobre la rodilla y contándole historias sobre su abuelita— y la música del bar ya se oye para cuando llego al hotel.

El estómago se me contrae de los nervios al abrir la puerta y traspasar el umbral. Quizá haya sido un error venir esta noche. ¿Qué va a pasar si no conozco a nadie? El hecho de que entre en un bar sola, con todo el descaro, ¿no servirá para reafirmar mi estatus de mujer caída en desgracia?

Pero todo el mundo, bajo ese aire viciado, cargado por el olor de la cerveza y el humo del tabaco, está demasiado concentrado en disfrutar de la música como para fijarse en mí. Veo a Elspeth y a su marido, Andy, y a una de las mamás del grupo de juegos con su acompañante sentados a la mesa del rincón.

Elspeth me hace una señal con la mano.

—Lexie, nos preguntábamos adónde ibas a ir. Bridie me dijo que se quedaba cuidando de Daisy esta noche. Lleva todo el día entusiasmada con eso.

—Hola, Lexie —saluda Andy—. Qué bien verte de nuevo después de tantos años. ¿Qué vas a tomar?

Insiste en ocuparse de mi bebida y se abre paso por entre la estancia abarrotada hasta la barra, deteniéndose para bromear con otros hombres de camino.

Me siento en la silla que Elspeth me ha estado reservando y siento que la tensión en los hombros se relaja un poco. Quizá vaya a estar bien, después de todo. Pensé que sería una extraña, pero descubro que estoy entre amigos.

Vuelvo la silla un poco para poder ver a los músicos. Están Davy con su guitarra y otro hombre que toca el acordeón, un batería con un bodhrán y un violinista. Se encuentran en plena actuación:

Durante muchos años, he sido un explorador indomable.
Me lo gasté todo en whisky y cerveza.
Ahora vuelvo con oro en gran reserva.
Nunca volveré a jugar al Wild Rover…[20]

La música fluye y te envuelve, es una melodía fácil y tan firme como las mareas en la bahía, sube y baja y nos arrastra. Todo el mundo sigue el ritmo con los pies al tiempo que se unen al coro, levantando un gran estruendo:

Y no, no, nunca,
no, no, nunca más
seré un explorador indomable,
jamás de los jamases.

Cuando la canción termina la gente grita y aplaude, y acto seguido el grupo hace un descanso. Los músicos dejan sus instrumentos para acercarse al bar, donde les pasan unos tragos que van a cargo de la casa.

Davy se abre camino por la multitud hasta donde estamos sentados y Elspeth hace que nos apretemos un poco para hacerle sitio.

—Al final has venido —dice, gritando para que se le pueda oír—. Pensé que a última hora lo dejarías y que acabaría con Bridie en lugar de verte a ti.

—Me habría echado de casa a escobazos si hubiera tratado de quedarme. Daisy y ella van a disfrutar de su propia fiesta, de eso no me cabe duda, le dará muchas bolitas de chocolate y me temo que habrá pocas posibilidades de que mi hija se vaya pronto a dormir.

—Mejor para ti en ese caso; se despertará más tarde por la mañana. Así podrás tomarte otra copa y pasarlo bien. ¿Qué te ha parecido la música?

—Tocan bien —valoro—. El guitarrista podría mejorar con un poco más de práctica, claro, pero los demás son magníficos.

—Ojo —me advierte él, entre risas—. Que a lo mejor te sacamos más tarde a cantar y puede que entonces agradezcas un poco de guitarra de acompañamiento.

Bajo la cabeza, lamentando haberle tomado el pelo, y entonces lo miro a los ojos, suplicándole.

—Esta noche no. Por favor, Davy, todavía no estoy lista para volver a cantar.

Ve que hablo en serio.

—De acuerdo —asiente—. Dejaremos que vayas entrando poco a poco. Esta noche puedes cantar con los demás. Pero uno de estos días

te subiré al escenario, Lexie Gordon. Cuando llevas la música en el alma, no te la puedes guardar dentro para siempre.

Elspeth lo empuja por el otro lado.

—Dale un respiro, Davy. Se está reservando para el próximo concierto. —Se inclina hacia delante y me dice que hay otro grupo en Poolewe que se ha enterado de esas sesiones musicales y que ha pedido participar.

—Podemos preguntar si el salón del ayuntamiento está libre una mañana y usarlo. Así podría venir más gente y también habría sitio de sobra para que los niños corretearan alrededor.

Davy asiente con la cabeza.

—Ahí lo tienes. ¿Qué te había dicho? Llevas la música en el alma.

Los componentes del grupo están tomando sus instrumentos de nuevo y Davy se pone en pie.

—Parece que vamos a volver a tocar.

Lo miro tocar. A pesar de la broma que le he gastado, lo cierto es que lo hace muy bien. Varios de los que están entre el público se ponen en pie durante distintos momentos de la velada para participar, con la banda de fondo. Hay un tipo con una flauta irlandesa y una mujer con una flauta celta, otro que toca la harmónica y un segundo violinista, y la chica que ha estado sirviendo las bebidas tras la barra sube también al escenario para cantar una canción. Davy alterna la guitarra con la mandolina y me impresiona cómo lo hace, casi sin esfuerzo, y cómo las notas le salen de los dedos.

e

La noche transcurre con rapidez y el timbre que anuncia que es el momento de pedir los últimos tragos suena demasiado pronto. Cantamos hasta quedarnos roncos, una última vez, *The Bonny Lass o' Fyvie-O* y luego llega el momento de marcharse a casa. Nos despedimos diciéndonos: «Hasta la próxima…».

—Te acompaño de vuelta por la carretera —se ofrece Davy.

—No hace falta —rechazo.

—Ya sé que no hace falta, pero un paseo me vendrá bien para quitarme las telarañas. Luego traeré de vuelta a Bridie y me aseguraré también de que llegue bien a casa.

—Ya lo ves, siempre estás cuidando de los demás. —Le tomo el pelo de nuevo.

—Uf, vaya, ya me conoces. —Se encoge de hombros.

Durante un rato, vamos caminando por la carretera de la costa en silencio, hasta que digo:

—Ha sido una gran noche. Gracias por invitarme a venir. Vuestra banda es muy buena, ¿sabes?

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien. La próxima vez no te

hará falta que te invite nadie, sabes que te encuentras entre amigos.

Al llegar a Keeper's Cottage veo que las luces de la cocina y de la sala de estar están encendidas, pero cuando me acerco y miro por las ventanas veo a Bridie dormida en el sillón, roncando apaciblemente. Con cuidado, hago un poco de ruido al entrar para que tenga tiempo de despertarse y estirarse el cárdigan.

—¿Qué tal ha ido? —pregunto.

—Oh, muy bien —asegura—. Jugamos, le leí unos cuentos y luego se durmió sin rechistar. ¿Qué tal la música?

—¡Estupendamente! Pero no se lo digas —señalo con la cabeza en dirección a Davy— o no cabrá por la puerta de orgullo.

Davy sonríe.

—No hay peligro de que suceda tal cosa teniéndoos a las dos por aquí para ponerme en mi sitio. Pensé que lo mejor era acompañar a Lexie de vuelta a casa y luego llevarte a ti a la tuya, Bridie. Ya sabes lo que dicen de que el roce…

Ella se ríe, encantada con la broma.

—Siempre tan caballeroso, Davy Laverock. Buenas noches, Lexie, me alegro de que te lo hayas pasado bien. Llámame si vuelves a necesitar una niñera.

Una vez se han ido, subo en silencio al piso de arriba y echo un vistazo a Daisy en su cuna, tapada con el chal de punto de conchas, los bracitos por encima de la cabeza y un gesto de relajación total. Le paso un dedo por la palma suave de la manita y sonríe un poco, al tiempo que me lo agarra con los dedos por un momento. Luego le doy un beso suave en la frente y me voy de puntillas a mi dormitorio. La música sigue sonando en mi cabeza hasta que me quedo dormida.

---

20 N. de la Trad.: Juego de tragaperras.

Capítulo 18

Flora, 1941

Los ruidos de la guerra seguían, aunque muy lejos, más allá del horizonte, como si fueran una tormenta lejana al otro lado del océano. Flora daba gracias todos los días por las montañas que rodeaban la bahía y ofrecían refugio a aquellos a quienes amaba. En el este, Noruega había caído bajo la ocupación alemana y se decía que Hitler estaba reuniendo a sus tropas en la frontera con Rusia; en el sur, más allá de las altas montañas escocesas, la Luftwaffe no dejaba de bombardear las ciudades de Escocia e Inglaterra en su *Blitzkrieg,*[21] que sembraba el terror en los cielos, mientras que sus habitantes resistían de frente el embate.

Las aguas tranquilas de Loch Ewe todavía eran un puerto seguro para la flota británica, pues el enemigo no conocía su ubicación, y también para los mercantes que atracaban ahí antes de emprender su peligroso viaje por el Atlántico para traer suministros desde América hasta Gran Bretaña. Pero entonces, una noche de junio de esas que duran muy poco, esa sensación de seguridad se vio alterada.

El zumbido de una sirena de una batería antiaérea que sonaba más abajo de la finca Ardtuath despertó a Flora. Al despertar de su profundo sueño, advirtió que el zumbido del motor de un avión, un ruido insistente, se acercaba cada vez más. Se aproximó corriendo a la ventana y se escondió entre las sombras. Una luna menguante proyectaba su luz sobre las aguas, agregando su brillo tenue al haz de luz que desplegaba un reflector que barría la negrura del cielo. De repente, cortinas de fuego cruzado iluminaron la oscuridad. Con el resplandor, pudo ver la enorme batería antiaérea girar hacia el cielo mientras los soldados apuntaban a su objetivo. Con un destello y una explosión que hizo temblar los tablones del suelo bajo los pies descalzos, ráfagas antiaéreas iluminaron la escena. Cuatro aviones descendieron en picado para luego ladearse de repente, esquivando los proyectiles que estallaban a su alrededor. Los artilleros reajustaron las baterías para seguir a los Junkers que volaban sobre los barcos

anclados en la bahía. Volvieron a disparar y el aire reverberó con el ruido sordo y el estruendo de más proyectiles al entrar también en acción los cañones Tournaig.

Uno de los aviones recibió un impacto, se tambaleó y luego giró hacia el noroeste, y después otro proyectil estalló junto a un segundo avión que también se desvió hacia El Minch, dejando tras de sí una estela de humo negro.

Parecía que las baterías de costa habían conseguido acabar con el ataque, pero entonces, horrorizada, vio que llegaba un quinto avión, que volaba bajo y en línea recta, con los motores silenciados. Las baterías antiaéreas no le disparaban, distraídas con los otros aviones, que no eran sino señuelos. El avión dejó caer sus bombas sobre los barcos atracados. Las explosiones hicieron que las paredes de la casa se estremecieran y levantaron una columna de humo y agua por encima de la bahía. Después de eso, los aviones que quedaban se inclinaron y giraron, ascendiendo con rapidez en el cielo nocturno, mientras el ruido de sus motores se desvanecía según huían. Miró en la oscuridad, aguzando la vista para ver si había llamas.

Cuando los cañones dejaron de hablar, fue hasta la puerta delantera, la abrió con un crujido y miró afuera. Su padre y su hermano aparecieron en el recibidor tras ella, en pijama.

—¿Ha habido muchos daños? —preguntó Ruaridh.

—Está demasiado oscuro, no puedo ver con claridad. Pero, por suerte, las bombas no parecen haber impactado directamente sobre nada. No veo que haya fuego, menos mal.

—Será mejor que cierres esa puerta, muchacha —le aconsejó su padre—. No querrás estar ahí si vuelven esos aviones a dar una segunda vuelta. —Se volvió hacia Ruaridh—. Según parece, el enemigo ha descubierto lo que se escondía aquí. Después de todo, quizá nos convenga construir ese cobertizo Anderson.

e

Alec acudió en busca de Flora a la base al día siguiente y ambos pasearon un rato junto a la orilla.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —manifestó él—. A la casa no le ha pasado nada, ¿verdad? El bombardeo ha hecho que se cayera un pedazo del techo del comedor en nuestra casa. Mi madre estaba bastante asustada, pero a mi padre parece que lo que más le molesta es lo que va a costar la reparación…, aparte de que no será fácil encontrar quien pueda hacerla; hoy en día ya no se localiza a nadie que sepa restaurar escayolas decorativas como las que hay en casa.

—¿Te has enterado de qué ha pasado? —preguntó Flora.

Alec asintió con la cabeza.

—Uno de los barcos de abastecimiento casi recibe un impacto, está algo dañado, aunque, por suerte, no se han producido bajas. —Sonrió—. Según parece, en la oscuridad el enemigo erró su objetivo, ya que solo han recibido impactos las rocas de la parte alta de la isla, allí donde se han fijado las redes antiminas. Por la forma que tienen, parecen un barco.

Algo en el cielo, lejos, en el horizonte, le llamó la atención, y entonces se puso más serio.

Flora se hizo visera con la mano sobre los ojos, siguió su mirada y vio una mancha oscura que aparecía por entre la luz del sol, que la deslumbraba.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un busardo? ¿O tal vez un águila?

Él sacudió la cabeza.

—Las águilas no vuelan así, en línea recta. Podría ser un avión de reconocimiento. Tengo que ir e informar, no vaya a ser que los vigías no lo hayan transmitido todavía. Dile a tu padre que será mejor que os mantengáis a cubierto esta noche. Sé que lo de anoche no ha sido sino el principio.

e

En efecto, durante las semanas siguientes los aviones alemanes volvieron a aparecer de manera esporádica en los cielos de verano de Loch Ewe. La mayoría de las veces llegaban de noche y las baterías antiaéreas los detectaban, así que las tropas se volvieron expertas en ahuyentarlos. Pero una tarde, cuando Flora regresaba de haber llevado al comandante de la base de Aultbea al cuartel del oficial, bahía abajo, en Pool House, tuvo que detenerse y ponerse a cubierto bajo las ramas de un pino al ver aparecer por la bahía a un avión alemán de no se sabía dónde.

Se llevó una mano a la boca, horrorizada, mientras lo veía volar bajo sobre la escuela; los niños estaban jugando en el patio. Pero, para su sorpresa, el piloto pareció apagar los motores y bajar las alas, como si quisiera saludar, dejando helados a los sorprendidos niños, mientras el director los llamaba frenético para que regresaran dentro.

El avión giró hacia el oeste y los motores volvieron a rugir en cuanto las baterías antiaéreas empezaron a disparar. Como a cámara lenta, dos bombas cayeron de la tripa de la aeronave y alcanzaron a uno de los mercantes amarrados al otro lado de la isla. Cuando el avión desapareció más allá de las montañas, Flora volvió al vehículo y regresó a toda prisa a la base, desde donde se había puesto en marcha una operación de rescate para recoger a los supervivientes del barco hundido, cuya popa había resultado destrozada por la explosión.

Tras aquel último incidente, no obstante, fue como si la Luftwaffe hubiera encontrado otros objetivos más urgentes en el frente ruso, así

que los bombardeos se acabaron; lo que, según comentó Alec más tarde, resultaba irónico en extremo, pues solo unos días después del último bombardeo se había nombrado a Loch Ewe base naval oficial: su nombre sería *HMS Helicon.*

e

—¿Qué demonios…? Mira eso —señaló Alec, haciendo una pausa para recuperar el aliento.

Ruaridh, Flora y él habían salido por las colinas para ayudar a su padre a cazar un venado. La despensa de caza estaba vacía y sir Charles no tenía previsto organizar una partida hasta diciembre; para entonces, sus amigos irían solo a matar pájaros que servir en la mesa en Navidad. Así que Iain había pedido a Ruaridh y a Flora que le echaran una mano con la caza del día. Flora se ocuparía de guiar al poni y Ruaridh le ayudaría con las armas. Alec, que se había enterado de la salida por Flora, también quiso participar.

Más abajo de donde estaban, en los terrenos que rodeaban la bahía junto a la centralita telefónica local, un escuadrón de técnicos de la RAF se afanaba en hinchar un enorme globo plateado. Como lo estaban llenando de hidrógeno empezó a tambalearse; se levantó del suelo, cubierto por la hierba, y volvió el morro hacia las aguas de la bahía mientras el viento le atrapaba las aletas. Los hombres lucharon por mantenerlo bajo control hasta que estuvo tan lleno de gas como para dejar que se elevara hacia el cielo, balanceándose en el extremo de los largos cables que lo mantenían sujeto al suelo.

—Divertido, ¿no te parece? —valoró Ruaridh—. Llevamos meses sin que haya habido un ataque aéreo. Es un poco tarde para empezar a volar globos de barrera.

—Pero es que ahora hay tantos barcos… Muchos más que proteger si esos pilotos alemanes deciden volver a darse otra vuelta por aquí —apuntó Alec.

Los militares empezaron a trabajar en otro globo, extendiendo metros y metros de material de color plateado y atándolo a cables.

Iain sacudió la cabeza.

—Vaya, no tiene mucho sentido, a decir verdad. ¿Cuánto tiempo creen que va a durar semejante trasto en cuanto sople el primer vendaval?

El poni, que había aprovechado la oportunidad de aquella breve pausa para pastar un poco de hierba por entre los brezos, pateó el suelo y sacudió las crines blancas, tirando de las riendas que Flora sujetaba con la mano.

—Vamos, mirad, el poni se está impacientando y todavía nos queda bastante trecho por subir hasta que lleguemos adonde se encuentran los ciervos.

Tras una hora de caminata, mientras se aproximaban al terreno más alto, su padre se llevó un dedo a los labios y les hizo un gesto para que se dirigieran hacia el sur, de manera que el viento del oeste no llevara su olor y los delatara ante el fino olfato de sus posibles presas. Conocía las colinas como la palma de su mano, su propio padre había sido el guarda de aquella finca antes que él. Todavía no habían visto nada, pero en aquel momento estaban rodeando una elevación donde los venados solían reunirse a menudo. Asintió con la cabeza hacia Flora, era la señal para que se detuviera con el poni. Ella condujo al animal al abrigo del acantilado y ató las riendas en torno a una roca que sobresalía. Conocía aquel sitio, pues ya había ayudado antes a su padre y a su hermano alguna vez, y se sentó sobre un brezo seco mientras miraba a los hombres subir más, al tiempo que el poni pastaba la hierba cubierta de musgo que crecía a sus pies.

Al llegar a la cresta de la montaña, se agazaparon y se tendieron bocabajo. Sabía que el ciervo debía de estar en su escondite, y al ver Ruaridh que Iain le hacía un gesto, le pasó el rifle.

Su padre esperó, tomándose su tiempo, aguardando a tenerlo a tiro. Sin duda trataba de apuntar a uno de los más viejos para, así, no distorsionar el equilibrio de la manada. Siempre tenía en cuenta lo que era costumbre al salir de caza; incluso una vez se atrevió a provocar la ira de sir Charles impidiendo a un invitado que abatiera a un ciervo solo un día después de que se hubiera cerrado la temporada de caza.

El arma chasqueó, haciendo que el poni se estremeciera, y luego Flora oyó el ruido de unos cascos lejos, en la distancia. Al mirar, vio a su padre poniendo el seguro al rifle y pasándoselo a su hermano. Entonces, Iain se puso en pie y le hizo una señal para que se acercara con el poni: había abatido a su presa de un solo disparo.

Una vez Iain la hubo desollado, dejó las vísceras sobre una roca, para que las cornejas cenicientas dieran buena cuenta de ellas a no mucho tardar, y envainó su navaja. Después, cargaron la caza a lomos del poni y aseguraron las correas para que el peso del animal abatido se distribuyera de manera uniforme sobre el lomo de la montura y que así esta descendiera con seguridad hasta la carretera.

Mientras bajaban de la montaña, se sorprendieron al ver el espectáculo que se desarrollaba en la bahía. Una docena de globos de bombardeo se alzaban desde barcos allí anclados y brillaban como si fueran un banco enorme de arenques plateados nadando por el cielo de Loch Ewe. Incluso había uno que se balanceaba por encima del tejado de la central telefónica. Por debajo de ellos, los militares seguían inflando más globos, que se mantenían anclados al extremo de largos cables. De este modo, si aparecía algún avión volando bajo sobre un objetivo, se estrellaría.

—Tranquilo, precioso, no pasa nada. —Flora calmó al poni, asustado al ver algo tan extraño.

—Desde luego, han estado muy ocupados —gruñó su padre, cuyas cejas desaparecieron bajo la gorra de doble ala que llevaba.

El sendero conducía hasta la carretera, y al regresar y pasar por el pueblo de camino a Ardtuath House un grupo de chiquillos llegó corriendo.

—¡Caramba, mirad eso!

—¡Han cazado un venado!

—¿Es ese su rifle, señor Gordon?

—¿Me deja disparar?

—Mi papá también tiene uno, está en el desierto, en África. Lo usa para cazar alemanes.

—Me apostaría algo a que con el suyo también podría cazar alguno, ¿a que sí, señor Gordon?

Iain tranquilizó a los ruidosos niños mientras ellos se arremolinaban en torno al poni, tratando de ver mejor la presa que acarreaba el animal.

—Vamos, vamos, chicos, apartaos de las patas traseras del poni. Si se asusta, podría daros una coz. Sí, ese rifle podría sin duda matar a un hombre, y por eso, y con mayor motivo teniendo la edad que tenéis, es mejor que os mantengáis lejos de un arma así.

Flora sonrió a Stuart y Davy, que se encontraban hacia el final del grupo, un poco inseguros al darse cuenta de la fuerza que tenía el poni.

—Venid, mirad. —Los invitó a que se acercaran—. Podéis acariciarle el morro si queréis. No muerde.

Davy se escondió detrás de su hermano, pero Stuart fue más valiente y se atrevió a alargar la mano y a tocarle el hocico.

—¿Por qué tiene el pelo tan largo? —preguntó, maravillado.

—Se llama crin. Le sirve para mantenerse calentito en invierno y espantar las moscas de los ojos en verano.

—¡Vamos! —gritó el líder de grupo—. Vayamos allí y veamos todos esos globos o lo que sean otra vez.

Los chiquillos salieron corriendo hacia el embarcadero, pero Davy se quedó atrás un momento.

—Señorita Flora, ¿para qué son esos globos tan grandes? Stuart dice que son barcos voladores y que pueden disparar y matar a gente.

—No son más que globos de barrera, Davy. Los han puesto ahí para protegernos, por si se produce otra incursión aérea.

—La señora Carmichael dice que ha habido ataques aéreos en Glasgow. Espero que mi mamá esté a salvo.

—Seguro que sí. ¿Os escribe? —preguntó Flora.

Davy la miró, sin saber bien qué decir.

—A veces. Pero Stuart dice que está muy ocupada con su trabajo, fabricando bombas para matar alemanes, así que no puede escribirnos mucho.

—Toma —terció Flora, sacándose del bolsillo un trozo de manzana —. ¿Quieres darle de comer? Abre la palma de la mano, así, muy bien. Así, bien hecho; no hay nada que temer, ¿lo ves?

Davy le sonrió, sacudiendo la cabeza con entusiasmo, y luego, al oír que su hermano lo llamaba desde la orilla, se dio la vuelta y corrió a reunirse con sus amigos.

De vuelta en Keeper's Cottage, Flora dejó a su padre, a Ruaridh y a Alec descargando la caza y ocupándose del poni y entró en casa corriendo para atizar el fuego y preparar la cena mientras. Fuera, en la bahía, otro de aquellos globos plateados subía a los cielos para reunirse con los demás, que flotaban como un banco de peces extraño y brillante que sobrevolara los barcos anclados, destacando contra el fondo púrpura de las montañas.

---

21 N. de la Trad.: Guerra relámpago, una táctica militar que sirvió a la Alemania nazi para mantener el control de la guerra al menos durante un par de años. Consistía en concentrar su poderío ofensivo en un lugar específico para así romper las líneas de la defensa enemiga.

Capítulo 19

Lexie, 1978

Por fin me las he ingeniado para sacarle a Bridie un poquito de información, y lo he logrado haciendo que me hablara de cómo eran las cosas aquí en Aultbea cuando la guerra llegó. He tenido que recurrir al final a un poco de mano izquierda y he empezado a invitarla a que venga a casa los miércoles por la tarde para tomar el té, usando a mi pequeña Daisy como cebo sin el menor reparo. De hecho, es muy buena compañía y la verdad es que espero sus visitas con ilusión. Ofrecerle té y un poco de conversación me parece lo menos que podía hacer después de lo amable que ha sido conmigo. Ha asumido enseguida el rol de madre adoptiva y de abuela, algo que sé que a mi madre le hubiera encantado.

La cara se le ilumina cuando me habla de que fue una WRNS y me trae un álbum de fotos para mostrarme instantáneas de ella con mi madre y con Mairi, las tres de uniforme. En las fotografías se las ve sonrientes, van como un pincel con esos uniformes hechos a medida. Lucen unos *blazers* de cruce doble con botones de latón en el delantero, brillantes, y en la manga tienen cosido el logo de las WRNS, un emblema bordado que consiste en unas anclas bajo una corona, que lucen con orgullo.

—Tuvo que ser extraordinario —digo a la vez que le ofrezco unas galletas de chocolate en un plato—. Loch Ewe pasó de ser una comunidad de solo unos cientos de personas a convertirse de un día para otro en una base militar de más de tres mil efectivos.

Asiente con la cabeza, masticando pensativa.

—Desde luego, fueron tiempos excepcionales. También emocionantes, con toda esa gente llegada de todas partes del mundo. Tuvimos por aquí polacos e hindúes, estadounidenses y rusos. Y entre las WRNS existía una gran camaradería. Vinieron muchas chicas de Inglaterra y Gales, así que hicimos montones de amigas.

Daisy ha ido a gatas hasta donde está mi invitada, se ha puesto en pie y ha tratado de subirse al sofá junto a ella.

—Vamos, cariño, ¡arriba, Daisy! —Bridie se la pone en el regazo y mi hija se le acurruca feliz en los brazos—. Como es natural, la presencia de los militares aquí también causó inconvenientes. Nos dieron unos pases de seguridad que teníamos que llevar en todo momento. Sellaron con puntos de control las carreteras en torno a la bahía en Laide, Gairloch y Achnasheen, y nadie podía pasar sin mostrar su documentación. Yo solía olvidar la mía, pero, por suerte, los guardias me conocían de la NAAFI y me dejaban pasar. También hubo momentos tristes. Muchos de nuestros muchachos se encontraban lejos, en el frente, y de vez en cuando llegaba un telegrama con noticias de que alguno había muerto. Cada vez que perdíamos a uno de los nuestros era un golpe duro para la gente del pueblo.

Los ojos se le nublan al recordar aquellas pérdidas. Pero cuando trato de preguntarle más en detalle, en especial en lo relativo a mi padre y mi madre, esquiva el tema como se desvía de su camino un ciervo asustado y se pone a hablar de otra cosa.

Mientras la observo jugando con Daisy, pienso en que hubiera sido una madre maravillosa, y también una abuela maravillosa más tarde, de haber tenido hijos. Su vida hubiese sido muy distinta.

—¿Y qué me dices de ti, Bridie? —pregunto—. Con todos esos soldados y marineros por aquí, ¿no te enamoraste de ninguno?

Por un instante, la cara le brilla y percibo a la joven bonita y vivaracha que un día fue. Pero, al igual que una nube tapa el sol, el rostro vuelve a cambiarle.

—Oh, sí —suspira—. La guerra trajo oportunidades para algunas. Pero, ya sabes, por cada historia de un nuevo amor hay diez más de pérdida y de corazones rotos. —Rebusca un pañuelito en la manga del cárdigan y se suena. Luego vuelve a fijarse en el álbum de fotos que hay junto a ella—. A ver, ¿te he hablado de cómo empezaron los convoyes del Ártico? Me habían transferido a la cantina de la NAAFI cuando llegaron noticias…

Capítulo 20

Flora, 1941

Soplaba un viento gélido aquella tarde, un viento que empujaba las sombras de las nubes por las aguas del lago, y la luz ya estaba disminuyendo, pues el corto día de invierno daba paso a otra larga noche. Flora se sentó frente a Mairi a una de las mesas alargadas de la NAAFI con las manos en torno a su taza de té para calentárselas con el poco calor que todavía guardaba la gruesa porcelana.

La cantina se encontraba en silencio, algo poco habitual, y Bridie tuvo tiempo de acercarse y sentarse con ellas después de volver a llenarles las tazas con una gran tetera de metal que empuñaba con gusto y de poner sobre la mesa un plato con tres pedazos del pastel seco que era la base de la alimentación en la NAAFI. Los hombres lo llamaban «Peligro Amarillo»,[22] pues se elaboraba con natillas en polvo y cuando te lo metías en la boca parecía serrín, así que había que tomarse unos cuantos tragos más de té aguado para poder engullirlo.

Como de costumbre, estaba deseando compartir con sus amigas los últimos cotilleos.

—Han llamado a todos los hombres para darles instrucciones —reveló Bridie—. Debe de ser algo importante.

Resultaba que la función de la base tal vez cambiaría, algo que no sorprendió a nadie. La guerra se estaba extendiendo como un incendio sin control, era como si el mapa del mundo estuviera cambiando de color delante de sus narices al ver cómo más y más países eran devorados por las llamas. La noche anterior, en las noticias, habían visto las consecuencias de un ataque japonés sobre un lugar que estaba muy lejos, al otro lado del mundo, llamado Pearl Harbor. Las imágenes de barcos destrozados y medio hundidos en unas aguas manchadas por el combustible, de camillas en las que transportaban cuerpos carbonizados, provocaron en el salón del ayuntamiento un silencio que contrastaba con el parloteo que allí se solía oír. Aunque aquella destrucción se encontraba a miles de kilómetros, para aquellos que estaban en Loch Ewe, donde fondeaban los barcos, todo parecía

muy cercano. Aquellos barcos habrían podido ser los suyos. Aquellos cuerpos destrozados y ensangrentados habrían podido ser los de sus amigos o sus camaradas de a bordo.

—Ahora que los yanquis han entrado en la guerra, puede que recibamos visitantes estadounidenses —conjeturó Bridie, esperanzada.

Hasta la fecha, todas sus relaciones amorosas habían acabado en lágrimas, bien porque a él lo enviaban a otra base o, una vez, porque descubrió que el chico tenía una novia esperándolo en casa.

Mairi se rio.

—¿Es que crees que apostar por uno de ellos será mejor que hacerlo por nuestros muchachos? Estarán de paso mucho más de lo que lo están los de aquí.

Bridie dio un mordisco al pastel y valoró lo que su amiga le decía.

—Sí, pero puede que traigan cosas consigo. ¿No os parecería maravilloso volver a tener un poco de perfume? ¿Una barra de labios? Puede que incluso unas medias que no te hagan las piernas como si fueras una levantadora de pesas, ¿qué tal eso? —Suspiró desconsolada, rascándose la pantorrilla; los calcetines de lana gruesa siempre le picaban.

—Me conformaría con una pastilla de jabón —confesó Mairi—. También lo van a racionar, ¿os habéis enterado?

—Viniendo de ti, eso no tiene sentido, Mairi Macleod —repuso Bridie—. Tú nunca te conformas con nada.

Flora sabía que, en opinión de Bridie, Mairi era demasiado quisquillosa, pues había rechazado a varios jóvenes que le habían pedido una cita.

—No hay nada de malo en esperar a que llegue el adecuado —medió.

—Para ti eso está bien. —Bridie suspiró de nuevo—. Tú ya has encontrado al tuyo.

Mairi le lanzó a Flora una mirada comprensiva. Esta le había confiado que el padre de Alec era un obstáculo para su compromiso. Había amenazado con mover algunos hilos entre sus amigos de las altas instancias para que transfirieran a Alec a Portsmouth si su hijo no ponía fin a aquella «relación absurda» con la hija del guarda de la finca. Ambos sabían que tenía el poder de hacerlo, como podía también despedir al guarda, así que ahora se veían en secreto, con cuidado de que no los descubrieran.

Para cuando acabó la sesión informativa, el viento soplaba fuerte y arrojaba aguanieve sobre los cobertizos de metal corrugado. El personal que estaba fuera de servició cruzó el campamento para reunirse al calor de la NAAFI y Bridie se apresuró a regresar a su puesto tras el mostrador para preparar otra enorme tetera.

Ruaridh y Alec se unieron a Flora y Mairi, se quitaron la gorra y la

dejaron sobre la mesa para que se secaran, y de inmediato les contaron las últimas noticias. Rusia estaba luchando contra el ejército de Hitler en muchos frentes, así que mantener abiertas las líneas de abastecimiento soviéticas era crucial. Pero en el sur, las fronteras estaban bajo control alemán en aquel momento. La única manera de hacerles llegar a los rusos las vitales municiones y equipo era atravesar el Ártico. Convoyes de barcos tendrían que navegar hacia allí y pasar por el cabo más al norte de Noruega, que ahora defendían barcos de guerra y submarinos alemanes, además de la Luftwaffe. Y Low Ewe se convertiría en uno de los puntos de reunión desde donde partirían dichos convoyes.

El ambiente de la cantina, por lo general alegre y jocoso, donde se solía oír grupos de amigos bromeando, el ruido de los cubiertos y el sonido de la caldera al calentarse el agua, se había vuelto mucho más serio de repente. Lo que habían visto hasta entonces había sido solo el principio.

Mientras Bridie les rellenaba las tazas, las tres intercambiaron una mirada de miedo al darse cuenta de que aquella bahía hasta el momento segura se había convertido, junto a sus casas, en un punto estratégico dentro de un mundo destrozado por la guerra.

e

A la mañana siguiente, las cumbres de las montañas aparecieron cubiertas por un manto de nieve. Flora se sopló las manos para calentárselas un poco. Tenía que cambiar una bujía de la ambulancia que iba a conducir aquel día, que no quería arrancar, así que la yema de los dedos se le había quedado helada. Se subió a la cabina y trató de ponerla en marcha de nuevo. Al ver que arrancaba con facilidad, suspiró aliviada. Tenía órdenes de trasladar a dos pacientes de la enfermería de la base hasta Gairloch, donde habían convertido un hotel en hospital militar. Rascó la capa de hielo del parabrisas y luego, mientras esperaba a que le llevaran a los enfermos, hundió las manos en los bolsillos de su abrigo militar y se puso a dar vueltas de un lado para otro a ver si entraba en calor. Vio a alguien que le resultaba familiar salir del cobertizo de mando y cruzar el campamento.

—¡Alec! —gritó, sacudiendo una mano para llamar su atención.

Se acercó. Estaba pensativo; llevaba los ojos fijos en el camino, pero, en cuanto la vio, se le iluminaron.

Corrió hacia ella.

—Flora, gracias a Dios que estás aquí. Tengo que contarte algo. —Hablaba con un tono de voz plano, y ella se dio cuenta de que, tras la sonrisa, la cara ocultaba bastante tensión.

—¿De qué se trata?

—Verás, la buena noticia es que he ascendido a capitán de corbeta.

—¡Pero, Alec, eso es maravilloso! Creía que te quedaban dos años para eso.

—Sí, así era. Pero las cosas se han precipitado un poco.

Ella lo miraba, confundida por la falta de entusiasmo en su respuesta.

—¿Pero…? —preguntó ella.

A él se le cayó la mandíbula como resultado de las emociones encontradas.

—Con ese ascenso me han asignado también un nuevo servicio. Voy a volver a embarcar, en uno de los destructores. Hay que proteger a los convoyes que van a Rusia.

Ella se quedó en silencio mientras digería la noticia y lo que implicaba. De modo automático, se puso a mirar más allá de las aguas oscuras como el estaño hacia donde un mar que no perdonaba se agitaba inquieto, subiendo y chocando con las rocas a lo lejos.

—Podría haber sido peor —la animó él. Ella sabía que estaba haciendo un esfuerzo para aparentar que estaba contento, tratando de que no se preocupara—. Sobre todo, vamos a escoltar a los barcos que zarpen de Islandia, pero de vez en cuando tendré la oportunidad de venir, así que podré verte cuando esté en casa. Y no voy a embarcarme de inmediato. Todavía me quedan un par de semanas de estar aquí; al menos hasta después de Navidad.

Ella tragó saliva con dificultad en un intento de dejar atrás la angustia que le cerraba la garganta.

—Bueno, no está mal —repuso cuando fue capaz de hablar, tratando de imitar el tono positivo con que él había hablado.

Justo en ese momento llevaron a los dos pacientes de la enfermería; uno podía caminar con ayuda de un par de muletas y el otro iba en una camilla que acarreaban un par de ordenanzas.

—Disculpa, Alec, tengo que irme. ¿Hablamos más tarde?

El joven asintió, triste.

Se moría de ganas de abrazarlo y sentir su calor; de mantenerlo ahí, en la seguridad de su abrazo, pero tenía un deber que cumplir, así que no le quedó más remedio que ofrecerle la sonrisa más valiente que fue capaz de componer.

Abrió las puertas traseras de la ambulancia y ayudó a subir al herido que podía caminar.

Alec se quedó junto al vehículo, reacio a dejarla marchar.

—Conduce con cuidado —le pidió—. Las carreteras estarán heladas.

Ella vio su reflejo por el retrovisor al salir del campamento. Seguía de pie, en mitad de la plaza de armas, con las manos metidas en los bolsillos del chaquetón azul marino, el vaho saliéndole de la boca y formando una nube. Miró hasta que lo perdió de vista.

Mientras conducía por la carretera de la costa, divisó una lancha de suministros que se balanceaba sobre las agitadas olas. Había partido del almacén de municiones en la cerrada bahía que quedaba bajo Inverewe House, llevaba provisiones a los barcos amarrados. ¿Sería suficiente aquella carga mortal para proteger el barco si lo atacaba el enemigo? Y ¿sabían los hombres que iban a bordo que además había otro enemigo que amenazaba la vida de todos ellos más allá de los brazos protectores de Loch Ewe? Además del peligro nazi, estaba el Ártico, cuyas aguas eran traicioneras, a menudo agitadas por fuertes tormentas y lo bastante frías como matar a alguien en segundos. También estaba la niebla, que se arremolinaba y era tan densa que podía ocultar un acorazado hasta que este se encontraba prácticamente encima de su presa.

Sabía lo valiente que era Alec, y también que era muy capaz, pero pensar en él allí, enfrentándose a la crueldad de esas dos fuerzas sin ella, le helaba la sangre más que el frío gélido que hacía aquel día.

e

Las partidas de caza de diciembre se organizaron para el segundo y el tercer fin de semana del mes, de manera que los invitados de los Mackenzie-Grant pudieran llevarse a casa unos pájaros para la Navidad. Una vez más, sir Charles solicitó la presencia de Flora en la cocina de la Ardtuath House. Ella aceptó contenta cuando su padre se lo dijo; no le importaba ayudar a lady Helen y tal vez eso le diera la oportunidad de pasar unos momentos más con Alec. Cada segundo que compartían era precioso, teniendo en cuenta que su partida para Islandia se avecinaba.

Llegó pronto y empezó a organizar las muchas cestas que acompañarían al grupo de caza a la montaña. Había tarros de sopa caliente y pilas de sándwiches que preparar. Cortó porciones de pastel de Madeira[23] y las envolvió en papel marrón para que cada cual se las guardara en los bolsillos del chaquetón y se las comiera en las pausas. Era un pícnic mucho más sencillo que el que hubiera preparado de no haber habido racionamiento, pero aun así trató de hacer que todo pareciera lo más apetitoso posible.

Tras terminar de prepararlo y dejarlo sobre la mesa del cuarto ropero para que su padre lo recogiera, la puerta de la cocina se abrió y apareció lady Helen.

—Buenos días, Flora. Te agradezco mucho que hayas venido a ayudarnos otra vez. Espero que lo hayas encontrado todo, ¿ha sido así? He venido a buscar un poco más de pan, nos estamos quedando sin nada en el comedor. ¿Podrías reservar unas cuantas rebanadas de esa hogaza?

—Pues claro —sonrió Flora, y empuñó el cuchillo de cortar pan una

vez más.

Se volvió y oyó otros pasos que se acercaban. Ojalá fuera Alec. Pero la sonrisa se le borró de la cara al ver a Diana Kingsley-Scott entrando en la cocina.

—Nos hemos quedado sin agua caliente. Me pregunto si su criada podría llenar esto y traerlo al comedor. —Se dirigía a lady Helen, pero le alargó la tetera de plata que llevaba a Flora sin apenas reparar en ella.

—Desde luego, Diana. Lamento que hayas tenido que venir tú. ¿Te importaría, Flora, querida?

Flora sacudió la cabeza, no se atrevía a hablar. Cuando Diana le dio la tetera, no le había pasado desapercibido que no llevaba en las manos anillo alguno. ¿Qué demonios había sucedido? ¿No se suponía que se había casado en la finca familiar el otoño anterior? ¿Dónde estaba su marido? Y, lo más importante, ¿por qué Alec no le había dicho que esa chica iría a pasar el fin de semana?

Llenó la tetera con el agua del hervidor que estaba al fuego y siguió a las dos mujeres más allá de la puerta tapizada de verde. El pasillo, que le había parecido tan opresivo cuando estuvo allí en Nochevieja, volvió a cerrarse sobre ella, pesado y amenazante. Cuadró los hombros y abrió la puerta del comedor.

Allí no estaba Alec, pero sí Diana, sentada a la derecha de sir Charles, que se hallaba ocupado escarbando con gusto en un plato de beicon con huevos mientras regalaba a sus invitados historias de cacerías anteriores. Al verla, levantó la vista.

—Ah, la estimada señorita Gordon. Qué bien que nos haya honrado con su presencia esta mañana. —Flora sabía que aquella amabilidad era falsa, solo hablaba así por la audiencia allí presente—. ¿Sería tan amable de decirle a su padre que la señorita Kingsley-Scott necesitará la Beretta? —Entonces se volvió hacia Diana—. Ya que va a ser tu primera salida, haremos que empieces con un arma un poco más ligera, querida. —Miró su reloj de pulsera—. Me pregunto dónde estará Alec… Si bien es cierto que, después de una cena tan copiosa como la de anoche, no sorprende que esta mañana vaya a levantarse tarde, ¿verdad?

A Flora le temblaron las manos al colocar la tetera en la mesita auxiliar, consciente de que sir Charles hablaba para ella. La joven salió del comedor con toda la dignidad que fue capaz de reunir. Una vez en el recibidor, casi se tropezó con Alec, que bajaba las escaleras corriendo. Él no miraba por dónde iba, enfrascado como estaba en abrocharse los botones de su *blazer* de caza.

—¡Flora! —exclamó—. No sabía que hubieras venido esta mañana.

—No, pero aquí estoy. Tu padre me pidió que viniera. Ya sabes que siempre me gusta echarle una mano a tu madre cuando tiene tantos

invitados.

Se movió hacia ella como si fuera a besarla, pero la joven apartó la cabeza y se volvió hacia otro lado.

—Será mejor que vuelva a la cocina —espetó—. Y será mejor que entres ahí. —Flora señaló hacia el comedor al tiempo que una carcajada escapaba de la estancia.

Él trató de agarrarle la mano.

—Flora, espera, yo…

Pero fuera lo que fuese que Alec iba a decir, no lo dijo, pues apareció Diana.

—Buenos días, dormilón —lo saludó, bromeando—. Qué bien que ya estés levantado. Tu padre acaba de enviarme para que llame a la puerta de tu dormitorio y haga que te pongas en marcha si pretendes desayunar algo antes de que salgamos.

Flora giró sobre sus talones y se apresuró a volver a la cocina, con las mejillas ardiendo. Estaba enfadadísima a causa de que sir Charles se las hubiera ingeniado para recordarle, una vez más, la diferencia que había entre su mundo y el de Alec. Y estaba furiosa consigo misma por el hecho de que la hubieran manipulado de ese modo. Se quitó el delantal y salió por la puerta de atrás.

—Eh, oye, ¿por qué tanta prisa, muchacha? —inquirió su padre, estabilizándola cuando chocó con él en el camino.

Ella sacudió la cabeza a modo de respuesta; apenas podía respirar por el enfado y la humillación a que había sido sometida. Luego, tragando saliva, dijo:

—Te están esperando. El pícnic lo tienes en el cuarto vestidor. Y no se te olvide llevar la Beretta para la señorita Kingsley-Scott.

Y se alejó a grandes zancadas por el camino que llevaba a Keeper’s Cottage, llorando de rabia y secándose las lágrimas con el envés de la mano, sin saber muy bien si estaba más enfadada con el *laird,* con Alec o consigo misma por haber pensado que tal vez llegaría el día en que encajaría en aquel mundo.

---

22 N. de la Trad.: Es un juego de palabras. En el original, *Yellow Peril* hace referencia al color del pastel, de mala calidad, comparándolo con la alusión a las personas de Asia Oriental y el Sudeste Asiático, a las que se consideraba un peligro para Occidente.

23 N. de la Trad.: Típico pastel inglés de forma rectangular que solía servirse con vino de Madeira (de ahí su nombre) y, más tarde, con el té.

Capítulo 21

Lexie, 1978

Hace mal día, hay mucha humedad. La cola de una tormenta atlántica lanza cortinas de lluvia por la bahía y envía ráfagas de viento que agitan las olas y las lanza contra las rocas. Días como este son un recordatorio de lo rápido que las condiciones atmosféricas pueden cambiar, haciendo que una jornada pase de tranquila a tempestuosa. Un día hace bueno y al siguiente cuesta imaginarse que el sol pueda volver a salir alguna vez. En la costa oeste hay un dicho que reza que, si no te gusta el tiempo que hace, esperes cinco minutos, verás como cambia. Estoy volviendo a acostumbrarme a eso, a aceptar que los elementos dicten los planes del día. Aquí, que haga sol es casi un lujo.

Esta mañana, Elspeth ha reservado el salón del ayuntamiento y vamos a organizar un grupo de juego ampliado en el que se incluirá una sesión de música y movimiento. Las madres y sus pequeños van a venir desde Poolewe e incluso desde un sitio tan alejado como Gairloch. Al principio había planeado dar una vuelta por el pueblo, con Daisy en su sillita, llevando los instrumentos musicales y el casete que iba a utilizar. Pero con este tiempo he tenido que cambiar de planes, así que, en lugar de eso, no me quedará otra que ir y venir con el automóvil, tratando de que nada se moje y con Daisy en su portabebés, procurando no acabar calada hasta los huesos.

Descuelgo del perchero de la puerta uno de los viejos abrigos de mi madre, uno más adecuado para el día que hace que el que yo tenía en Londres. Me lo pongo, me meto las llaves del automóvil en uno de los bolsillos y tomo una bolsa con el casete y las cintas. Dejo a Daisy sentada en la trona acabándose una tostada con miel, calentita en la cocina, y corro por el camino hasta mi vehículo. Buscando las llaves en el bolsillo toco con los dedos algo distinto. Lo saco del bolsillo. Es un pequeño broche. Tiene un diseño muy elaborado, una corona y un ancla engastadas sobre una guirnalda de hojas. Ha perdido el lustre, pero al frotarlo con el dedo un destello plateado reluce a través de la capa negra. Mientras estoy ahí, de pie, con él en la mano, la lluvia me

gotea de la capucha y se desliza, como si fueran lágrimas, sobre las volutas de las hojas. Este era el abrigo que mi madre se ponía a diario. Se metía la mano en el bolsillo y agarraba el broche, lo apretaba mientras iba de camino a la tienda o a visitar a Bridie.

Una ráfaga de viento me golpea, tan fuerte que casi hace que me caiga, recordándome que tengo que seguir con lo que estaba haciendo. Vuelvo a guardarme el broche en el bolsillo y busco las llaves del automóvil. El broche se lo enseñaré a Bridie la próxima vez que venga a tomar el té. Tal vez pueda contarme algo sobre él.

e

El grupo de juegos es perfecto para pasar la mañana cuando hace viento, llueve y no se puede salir. Ha venido bastante gente y los niños parecen encantados al escuchar cómo cantan las mamás y al acompañarlas con tambores, xilófonos y sonajeros. Aquellos que no tienen ningún instrumento bailan por ahí mientras esperan que les toque su turno. Al final, para cuando compartimos bebidas y galletas, todo el mundo está agotado y riéndose.

Elspeth y yo nos ocupamos de recogerlo todo, además de un par de madres que se han quedado para echar una mano.

Mientras una de ellas me ayuda a apilar sillas, dice:

—¿Vendrías a Gairloch para organizar algo así de vez en cuando? Allí tenemos un grupo de juegos y sé que a los niños les encantaría. Podrías cobrar… No nos importaría pagar tu tiempo y la gasolina. —Anota su número de teléfono en un pedazo de papel—. Llámame y lo arreglamos.

Elspeth me sonríe.

—Vaya, yo diría que ha sido todo un éxito. Ha estado bien reunir a tantas madres jóvenes, eso también. A veces pueden estar muy solas. Podríamos ver si este salón está libre cada cierto tiempo…, tal vez organizar lo mismo cada quince días.

Mientras conduzco de camino a casa, Daisy va cantando en su portabebés del asiento de atrás, pataleando para seguir el ritmo, y me hace reír. Las nubes bajas se abren un poco y un rayo de luz plateada hace que las olas brillen. Al instante, me sube la moral de la misma manera que las aves marinas suben con el viento por encima de nosotras; a pesar de que la tormenta las azota, siguen volando.

Capítulo 22

Flora, 1942

Flora apenas había tenido oportunidad de ver a Alec después de la salida de caza y, cuando lo hizo, fue incapaz de contenerse.

—Pero, Flora, cariño —le había dicho él—, Diana no significa nada para mí. Fue mi padre quien la invitó a pasar el fin de semana. Yo ni siquiera sabía que vendría hasta que apareció con sus padres. Ha pasado una temporada algo difícil después de que la abandonaran solo un mes antes de la boda, aunque estoy seguro de que encontrará a otra persona ahora que está de vuelta en Londres.

En lugar de tranquilizarla, cada cosa que decía parecía avivar aún más las llamas de la inseguridad que le ardían dentro. Era muy consciente de que, si por sir Charles fuera, Alec y Diana acabarían de nuevo comprometidos a no mucho tardar. Sin embargo, había cedido un poco; era su último día y no quería despacharlo así, con esa tremenda distancia entre ellos. Le dijo que lo amaba y se permitió relajarse en sus brazos.

Y ahora que había partido para cumplir con su servicio en los convoyes, lamentaba con amargura haber discutido siquiera con él. Lo echaba de menos muchísimo, le confesó a Mairi al cruzar el campamento en dirección a la cantina.

Al entrar por la puerta, Bridie salió corriendo de detrás del mostrador con el rostro contraído por el dolor. Se estaba secando las manos en un paño de cocina y siguió retorciéndolas, por los nervios, mientras les contaba las noticias.

—Los Carmichael han recibido un telegrama. Vi al cartero llamar a su puerta cuando venía de camino hacia aquí esta mañana, así que me pasé por donde la señorita Cameron para preguntarle y me dijo que eran malas noticias sobre Matthew, aunque no supo decirme si lo habían hecho prisionero o si estaba herido. Era el que estaba en Extremo Oriente, ¿verdad?

Mairi asintió con la cabeza.

—Fue lo último que supimos. Su batallón estaba en Malasia y los

obligaron a regresar a Singapur. Sé que estaba preocupada por él cuando llegaron noticias de la derrota. Mi madre estuvo hablando con ella sobre eso justo el otro día.

—¿Crees que deberíamos ir a verla al salir del trabajo?

—Dejémoslo hasta que sepamos más. Mi madre seguro que habrá ido. Nos enteraremos.

Flora alargó el brazo y tomó con delicadeza el paño de cocina de Bridie.

—Siéntate un poco. Es un golpe para todos nosotros.

Matthew iba un año por delante de ellas en el colegio y su hermano menor, Jamie, estaba en su curso. Johnny, el mayor, tenía tres años más que ellas. Los tres chicos Carmichael eran valientes y buenos deportistas. Al pensar en ellos, Flora los veía practicando con sus palos en la playa, con esas piernas largas que tenían, lanzándose la pelota de uno a otro con facilidad, como si fueran atletas profesionales. Ahora, Loch Ewe les quedaba muy lejos a los tres: Johnny y Jamie estaban luchando en el desierto, en el norte de África. Trató de imaginarse dónde estaría Matthew: en un campo de prisioneros, tal vez, entre sus amigos de los Highlanders de Argyll y Sutherland. Luego pensó en otra imagen, una aún más horrible, la de un cuerpo tirado en el suelo en la selva, indefenso bajo una gruesa cubierta verde de árboles cuya sombra no ofrecería refugio del calor tropical.

Una vez terminado su turno, las tres chicas decidieron ir a pie hasta Aultbea para ver si la madre de Mairi sabía algo más. De camino, Flora vio a los niños Laverock abajo en la orilla. Habían construido unas catapultas y estaban practicando con guijarros, que lanzaban contra una roca más grande.

—¡Stuart! ¡Davy! —llamó, corriendo por la arena húmeda.

Vio que Davy retrocedía al oír su nombre, y, al volverse hacia ella, advirtió que en el rostro de ambos se reflejaba la cautela. Los dos estaban temblando bajo el frío del atardecer de febrero.

—Hola, señorita Flora. —Stuart se relajó de modo evidente al verla, aunque tenía la cara pálida bajo la luz del crepúsculo.

—Nos hemos enterado de que los Carmichael han recibido un telegrama esta mañana.

Stuart asintió con la cabeza. Por la cara que ponía, pudo ver qué iba a decirle.

—Matthew ha muerto. La señora C. está destrozada. No queríamos ir a casa después del colegio, así que nos hemos quedado aquí.

Davy sujetó su honda.

—Hemos hecho unos tirachinas de uno de esos globos. Estamos practicando por si los alemanes vienen, para apresarlos.

Como Iain ya había predicho, los globos de barrera no habían resistido el invierno. Habían permanecido flotando sobre la bahía unas

cuantas semanas, pero las inmisericordes tormentas que llegaban del oeste los habían arrancado de los anclajes y se habían llevado lejos lo que quedaba de ellos, dispersándolos por todas partes. No era raro ver aquí y allá alguna cabaña con el tejado plateado o un pajar cuya cubierta brillaba con el sol acuoso. Los campesinos habían dado buen uso a aquellos restos.

—Bueno, es hora de que estéis en casa. No importa lo trastornada que esté la señora Carmichael, seguro que estará preocupada por vosotros. Vamos, os llevaremos de vuelta.

De mala gana, los niños recogieron las catapultas y se las guardaron en los bolsillos de sus respectivos abrigos al tiempo que Flora los guiaba de vuelta por la carretera, donde Bridie y Mairi esperaban. Miró a sus amigas a los ojos, apretó los labios y sacudió la cabeza, y con ese único gesto les dijo todo lo que tenían que saber. Bridie sollozó y Mairi la tomó del brazo para tranquilizarla mientras ambas caminaban por la carretera; eran un grupo de figuras que iban arrastrando los pies, pues la pena que sentían era una carga demasiado pesada para soportarla.

Flora llamó a la puerta delantera de la casa de los Carmichael. Ya habían apagado las luces y las ventanas tenían el aspecto de unos ojos ciegos que se habían vuelto hacia el interior de una casa helada por el dolor. Fue Archie Carmichael quien abrió la puerta. Parecía haber envejecido en un solo día; tenía las mejillas hundidas y sus maneras enérgicas y capaces se habían esfumado.

—Ah, ya estáis aquí, chicos —saludó con voz temblorosa—. Entrad, que hace frío. Vosotras también, Mairi, Flora, Bridie. Muchas gracias por haberlos traído a casa.

—Gracias, pero no vamos a quedarnos —respondió Mairi—. Solo queríamos dejar a Stuart y Davy en casa y decirles que sentimos mucho su pérdida.

—Oh, sí, es muy amable de vuestra parte, queridas… —Se quedó sin palabras y los ojos se le pusieron vidriosos. Con esfuerzo, se recompuso—. Le diré a Moira que habéis venido. Agradecerá que lo hayáis hecho. Me temo que ahora mismo no está muy bien… Ha venido el doctor Greig y le ha dado algo para dormir.

—Claro. Si hay algo que podamos hacer, por favor, no dude en pedirlo. —Mairi le puso una mano sobre el brazo.

—Sois muy amables —repitió, como por inercia—. Tu madre ha estado aquí y ha sido de gran consuelo para Moira, estoy seguro.

Flora les lanzó una mirada ansiosa a los niños, que se habían quedado en el umbral de la puerta, sin querer entrar en casa.

—¿Podemos traerles algo para cenar, tal vez? Seguro que necesitarán comer algo.

—No te preocupes. Tenemos un poco de sopa que la señora

Macleod ha traído. Todo va a ir bien, ¿a que sí, chicos? —los interpeló el hombre, tratando de sonar seguro de sí mismo—. Vamos, entrad, que hace frío —repitió, con la mirada perdida.

A las chicas les rompió el corazón darse la vuelta y seguir camino abajo tras ver cerrarse con lentitud tras ellas la puerta, la puerta de una casa a la que uno de los jóvenes que la llamaban hogar nunca volvería.

e

Desde la ventana de la cocina de Keeper's Cottage, Flora observaba cómo día a día iba reuniéndose una cantidad cada vez mayor de barcos mercantes en el extremo más alejado de la isla. Algunos venían del sur, abrazándose a las costas del este, más seguras, para luego enfrentarse a las inmisericordes aguas del Pentland Firth hasta llegar al puerto de Loch Ewe. Otros habían desafiado al Atlántico y habían llevado suministros y equipo desde América. Esos barcos viajaban en grupo y ya habían corrido el riesgo de que los submarinos alemanes que vagabundeaban por el océano en busca de objetivos los atraparan. Al menos, eso sí, los depredadores tenían miles de millas de aguas que patrullar, así que los convoyes tenían más oportunidades de que no los detectaran. No obstante, algunos de esos barcos se unirían ahora a los convoyes del Ártico, así que tendrían que pasar por un corredor marítimo relativamente estrecho, encajonado entre, de un lado, el hielo, y de otro, los bombarderos y barcos de guerra alemanes estacionados en el cabo Norte, en Noruega. Y Alec estaría allí también, formando parte de la pequeña escolta enviada con un convoy para defender a los cargueros.

Le había hablado del destructor a bordo del cual le habían asignado el servicio y había intentado tranquilizarla al contarle que tenía unas defensas impresionantes, aun a pesar de que su puente abierto dejaba a la tripulación expuesta al duro clima ártico. Pero Flora había oído hablar de refilón a un par de oficiales a los que había llevado durante el servicio hacía unos días; discutían sobre lo vulnerables que serían los convoyes sin apoyo aéreo.

—Blanco fácil —había resumido uno de los hombres.

—He oído decir que están dando armas al personal de los mercantes —repuso el otro—. Aunque eso es como darle a un niño una pistola de juguete y decir que se proteja contra un Messerschmitt.[24]

—Nuestros muchachos no lo tendrán fácil si el enemigo se entera de los planes de la flotilla.

—La cuestión no es si se enteran, sino si saben cuándo viajarán. Suelen enviar aviones de reconocimiento desde sus bases de Noruega cada maldito día. Ya están echando un ojo en las Spitsbergen y en

Islandia. Así que desde luego que una docena de barcos navegando juntos hacia la puerta trasera de Rusia van a despertar su interés, y más al ir escoltados por algunos de los mejores navíos de la Marina.

Flora apretó el volante con más fuerza, tanto que los nudillos se le quedaron blancos, pues se daba cuenta del riesgo que implicaba el servicio al que habían asignado a Alec. No importaba lo difícil que fuera que estuvieran juntos, sabía que lo amaba y confiaba en él cuando le dijo que la quería.

Todavía estaba conmocionada cuando volvió a la base al final de su turno. Mairi y Bridie terminaban en ese momento las tareas del día, aunque a Bridie le encantó que sus amigas fueran con ella a El Tarro de Mermelada aquella noche. Había estado haciendo cola frente a una pareja de estadounidenses de uno de los mercantes en la oficina de correos y tenía cosas que contar.

—Preguntaron qué podía hacerse por aquí, así que les hablé de las películas y de los bailes. Entonces, ¡uno me preguntó si había algún sitio donde se pudiera invitar a una chica a una copa! ¿Os lo imagináis? ¡Justo ahí, en la oficina de correos, delante de la señorita Cameron! En cualquier caso, esta noche estarán en el hotel y yo solo puedo ir si vosotras dos me acompañáis. De otro modo, mi madre se pondría como una fiera. Por favor, ¿vendréis?

Mairi tuvo que llamar la atención de Flora. Se había distraído mirando un destructor que esperaba a la entrada de la bahía mientras las lanchas retiraban las redes de protección para que pudiera entrar. No podía ver bien cuál era, pero ojalá Alec estuviera a bordo.

Mairi volvió a interpelarla.

—¿Qué opinas?

—¿Mmm?

—¿Sobre hacer de carabinas para Bridie con los yanquis esta noche?

—Oh, sí, está bien. Voy a ver si Ruaridh puede venir, ¿os parece? A él también le gustará conocerlos.

—Buena idea. Cuantos más seamos, mejor, así no habrá peligro de que alguno intente hacerle perder la cabeza a Bridie y llevársela a Nueva York.

—¡No se dará el caso! —replicó Bridie, aunque, por su mirada, esperanzada, podría decirse que ya se había estado imaginando algo así.

e

Cuando salieron al frío helador de la noche, el aire espeso y acogedor de la taberna abarrotada les dio la bienvenida; la atmósfera estaba cargada por los vapores de la cerveza y el humo de los cigarrillos. Ruaridh se abrió paso a empujones entre la multitud y las chicas lo

siguieron de cerca, pegadas a sus talones. Los hombres se arremolinaban en filas de tres cerca de la barra y se oía una cacofónica mezcla de idiomas y acentos: Flora se dio cuenta de que había escoceses, ingleses, galeses, estadounidenses, polacos y franceses, así como algunos otros que hablaban idiomas extranjeros que no sabía identificar. Empezaban a desesperarse porque no encontraban asiento cuando oyeron que alguien les gritaba:

—¡Señorita Macdonald! ¡Aquí!

Un estadounidense alto y rubio hacía señas con la mano desde una mesa que había en un rincón con la que habían logrado hacerse él y unos cuantos amigos. Tres de ellos se levantaron para ofrecerles sus asientos a las chicas mientras el nuevo amigo de Bridie hacía las presentaciones.

—Es estupendo que hayas venido. Caramba, lo que hay aquí. ¡No esperábamos que la hospitalidad escocesa fuera así! —El marino agarró de la mano a Bridie con entusiasmo antes de volverse hacia Flora y Mairi—. Soy Hal Gustavsen, encantado de conoceros. Estos son Stan, Greg y Ralph. Y ahí está —dijo, haciendo un gesto hacia un joven incluso más alto con el mismo pelo de color lino— mi hermano mayor, Roy.

Hal insistió en pagar la siguiente ronda y rechazó la oferta de Ruaridh.

—De ninguna manera, hombre. Esta noche, las bebidas van a cargo del Tío Sam.[25]

Las maneras sencillas de los estadounidenses y su generosidad contagiaron a toda la sala. Había varios barcos mercantes atracados en el puerto y sus tripulaciones estaban felices de contar con unos cuantos días de descanso después de haber superado los peligros de la travesía atlántica. Quedaba por delante el viaje por el Ártico, pero esa noche podrían relajarse y divertirse. Hal monopolizó a Bridie, y Flora y Ruaridh charlaron con los demás, respondiendo a sus preguntas acerca de cuáles eran los mejores sitios para jugar al golf o las mejores playas por las que pasear por aquella zona.

—Aunque febrero no es precisamente el mejor mes para salir a caminar, la verdad —señaló Ruaridh.

—Acostumbrado a los inviernos de nuestro Medio Oeste, el tiempo que tenéis aquí se me hace casi bueno —rio Ralph, impávido—. Nosotros estamos más acostumbrados a nevadas que te llegan hasta la cabeza. Y hemos pasado semanas encerrados en ese barco. Nos vendrá bien estirar las piernas en tierra firme durante un par de días.

En un rincón, Mairi estaba sentada junto a Roy, que parecía bastante más callado que su hablador hermano menor. Pero pronto descubrieron su mutuo interés por la ganadería de leche, pues Roy y Hal vivían con sus padres en una granja en Wisconsin antes de

alistarse voluntarios en la marina mercante cuando Estados Unidos entró en guerra. De manera que ambos se hallaban centrados en su conversación cuando Hal y Stan se abrieron paso con dificultad para regresar hasta la mesa con la segunda ronda de bebidas. Aquellos chicos de campo habían crecido rodeados de un océano de tierra. Mairi y Flora estaban fascinadas escuchando a Roy hablar de praderas interminables sembradas de un mar de trigo que se mecía bajo el viento.

—Nunca habíamos visto tanta agua junta hasta el día en que nos embarcamos en Nueva York. ¡El lago Michigan nos parecía grande hasta que vimos el Atlántico! Hubo días en que creí que no volveríamos a ver tierra firme.

—Debes de echar de menos la granja —supuso Mairi.

—Desde luego. Pero tenemos una misión que cumplir: ayudaros a vosotros, los británicos, a mantener a los rusos abastecidos para que así puedan pararle los pies al señor Hitler. Además, cuando Hal decidió alistarse, yo no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que mi hermano pequeño se embarcara en semejante locura solo. Les prometí a mis padres que lo cuidaría en su lugar. —Se puso serio al describir lo que significaba para ellos cumplir con su cometido—: Nuestros abuelos emigraron a Estados Unidos desde Noruega. Así que nos vendrá bien navegar por el país de nuestros antepasados, a pesar de que lo hayan ocupado los nazis. Todavía con más motivo, tenemos que ayudar a que vuelva a ser libre otra vez. Los que allí viven son nuestra gente y duele mucho saber que están sufriendo.

Más tarde, aquella noche, los presentes empezaron a dispersarse y a regresar a su barco o a su casa. Hal y Roy insistieron en acompañar a Bridie y a Mairi a casa, aun sabiendo que Flora y Ruaridh pasarían por allí de camino a Keeper's Cottage. Ruaridh había prometido subir hasta la laguna para pescar tímalos al día siguiente con los hermanos y con cualquiera que estuviera libre de servicio.

Flora miró hacia atrás después de que pasaran de largo la puerta del jardín de casa de Mairi. En la oscuridad, solo pudo ver el perfil de Mairi y de Roy, que seguían con su conversación.

Sonrió para sí mientras seguía adelante. No se atrevía a jurarlo, pues tal vez las sombras la engañaran, pero le había parecido que Roy había alargado las manos para tomar las de Mairi en las suyas mientras aquel cabello rubio que tenía brillaba pálido bajo la luz de la luna al inclinar la cabeza hacia ella.

---

24 N. de la Trad.: Se refiere a los cazas fabricados por la empresa aeronáutica alemana Messerschmitt AG, que más tarde pasó a denominarse Messerschmitt-Bölkow-Blohm (MBB) y que, tras la creación del grupo DASA en 1989, se convirtió en una división de este. Los modelos de caza más habituales fueron el Bf 109 y el Me 262.

25 N. de la Trad.: El Tío Sam es un símbolo nacional de Estados Unidos. En realidad existió, fue un carnicero llamado Samuel Wilson que abasteció al ejército estadounidense durante la

guerra de la Independencia entre 1812 y 1815.

Capítulo 23

Lexie, 1978

Todo está organizado para que nos veamos en el bar esta noche y Davy y su banda van a tocar, como de costumbre.

Bridie vendrá a cuidar de Daisy.

—Disfruta de la celebración —me dice mientras me pongo el chaquetón.

—¿Qué celebración? —pregunto.

—Oh, Lexie, ¡no me digas que se te ha olvidado! Hoy es el cumpleaños de Elspeth.

Claro. Tendría que haberme acordado. Esta fecha nunca se me olvidaba cuando estábamos en el colegio. Le escribía postales de felicitación y me gastaba mi dinero de bolsillo en sales de baño o en dulces para ella (sabiendo, eso sí, que los compartiría conmigo), y ella hacía lo mismo cuando el cumpleaños era el mío.

Me regaño a mí misma mientras camino por la carretera de la costa hasta el pueblo. Puedo pagarle una copa como regalo de cumpleaños, pero no creo que eso sea suficiente para alguien que ha sido tu amiga en las duras y en las maduras.

El bar está lleno y la música suena a todo volumen, esta noche parece más alegre que nunca. Al encaminarme de vuelta a nuestra mesa, llevando con cuidado una buena ronda de bebidas en una bandeja, me detengo un momento a decirle a Davy un par de cosas y a darle la pinta de cerveza que he traído para él.

El corazón me late nervioso cuando me siento a su lado. En ese momento, él se levanta, toma el micro y pide silencio.

—Esta noche deseamos felicitar a nuestra querida Elspeth McKinnes. —La estancia se llena de aplausos estridentes y gritos de celebración. Davy levanta las manos, esperando a que cesen—. Y una buena amiga suya va a unirse a nosotros en este momento para desearle feliz cumpleaños a su manera.

Me pongo en pie y camino hacia donde está el grupo, tragando saliva, preguntándome si me saldrá algo de la boca, que se me ha

quedado seca de repente. Tengo la garganta que parece cerrarse sobre ella misma, se me ha puesto tensa por el miedo a parecer una completa idiota. Ocupo mi lugar junto al violinista y este asiente con la cabeza, levantando el arco. Y de repente, siento que una oleada de mareo hace presa en mí; entro en pánico al recordar la voz de la preparadora vocal sacudiendo la cabeza cuando me escuchó tratando de cantar de nuevo tras la operación. «Lo siento, Alexandra», concluyó. «Es que no funciona. Creo que el daño que tienes es irreversible. No volverás a cantar sobre un escenario».

Pero entonces miro a mi alrededor y veo a Elspeth sonreír. Su sonrisa se amplía incluso más al ver que Davy me da el micro. Me aprieta la mano un segundo, para tranquilizarme. Elspeth asiente con la cabeza, animándome, y cierro los ojos un momento, diciéndome a mí misma que es como si les cantara a los niños del grupo de juegos o a las focas de la bahía oculta.

Empieza a sonar el violín, son las melodiosas notas del principio. Inspiro hondo y empiezo a cantar.

Oh serbal, oh serbal,
tan querido para mí,
entrelazado conmigo
a mi hogar y mi infancia…[26]

Entran los demás instrumentos y alzo la voz, creciendo en confianza con la familiar melodía, cuyas notas se entretejen, entran y salen junto con el acompañamiento. Noto que la voz me chirría un pelín, que las palabras me salen un poco ásperas al final, pero eso solo parece añadir profundidad a la sencillez de la canción. Y entonces, uno a uno, los presentes empiezan a cantar conmigo, con suavidad, hasta que las voces de todos y cada uno de nosotros se unen para llenar el bar.

Cuando se desvanecen las últimas notas, se hace el silencio. Y entonces estallan los gritos y los aplausos.

—¿Vas a cantar otra? —me pregunta Davy, acercándose para que pueda oírlo por encima del griterío.

Sonrío y sacudo la cabeza.

—Esta noche no. Esa ha sido para Elspeth. El resto de la velada os la dejaré a vosotros, chicos.

Cuando vuelvo a la mesa, mi amiga me abraza fuerte.

—Ha sido el mejor regalo que podías hacerme —asegura.

—¿No me digas? ¿Mejor incluso que una sombra de ojos verde brillante y que un cuarto de libra de tofes?[27] —digo, refiriéndome al último regalo que le hice.

—Casi casi. —Sonríe—. ¡Es que esa canción ha sido muy bonita!

Al volver a sentarme y tomar un sorbo de mi bebida, pienso en que últimamente he estado cantando bastante para ser alguien que se supone que ha perdido la voz.

Davy me mira desde el otro lado de la estancia. Levanta su pinta en mi dirección, luego toma su guitarra y el grupo se pone a tocar la siguiente canción.

e

Cuando Bridie viene a tomar el té el miércoles siguiente, como de costumbre, le muestro el broche que encontré en el abrigo de mi madre.

Al verlo, se le ilumina la cara.

—Se lo dio Alec. Fue un regalo de compromiso; antes había pertenecido a su madre, según creo. Los soldados y los marineros se los solían regalar a su novia o a su esposa para que así pudieran mantener su amor cerca del corazón incluso aunque ellos estuvieran lejos. —Se saca un pañuelito de la manga de la rebeca y lo frota un poco—. Mira, es plata. Solo tienes que pulirlo un poco y volverá a quedar como nuevo. A tu mamá siempre le gustó ponérselo o llevarlo con ella en el bolsillo.

Decido no dejar que se salga por la tangente y le pregunto:

—Bridie, ¿qué pasó con mis padres? Me has contado solo algunas cosas y quiero saberlo todo.

Levanta la vista, sorprendida.

—Hay algo que no me dices, ¿verdad? —insisto.

—Bueno, a ver, sí, Lexie, hay una historia, es verdad. Pero no estoy segura de ser la persona a quien le correspondería contártela.

No me puedo contener, me está sacando de quicio.

—Si no eres tú, ¿quién?

—Mairi.

—¡Pero si vive en Estados Unidos!

—Sí. —Bridie alarga el brazo con calma para tomar otra galleta—. Pero no tardará en venir. Siempre regresa una vez al año para visitar a sus hermanos. Le he dicho que estás aquí. Tiene muchas ganas de verte.

---

26 N. de la Trad.: *The Rowan Tree (El serbal)* es una canción escocesa típica. En esta escena la protagonista canta la primera estrofa: *Oh rowan tree, oh rowan tree / Thou'll ay be dear to me / Entwined thou art wi' many ties / O' home and infancy…* La canción toma su nombre de las leyendas celtas y escocesas que hablan de un serbal mágico que simbolizaba la belleza, lo privado, la paz y el refugio.

27 N. de la Trad: En el original, *treacle toffees,* unos caramelos elaborados con melaza o azúcar caramelizado.

Capítulo 24

Flora, 1942

Aquella mañana hacía fresco, el aire estaba tan limpio como las aguas de los arroyos que bajaban de las colinas. Esa mañana, Mairi y Bridie se habían citado con Roy y Hal en el embarcadero para mostrarles el camino hasta Keeper's Cottage.

Flora estaba encantada con que tuvieran la oportunidad de pasar tiempo todos juntos ese día, aunque no podía evitar echar mucho de menos a Alec. Después de recoger los utensilios de cocina que había empleado para preparar unos panecillos dulces, trató de sacudirse las preocupaciones y sonrió al oír la voz de Bridie acercarse por la carretera.

En la estrecha cocina, Iain dio la mano a los estadounidenses y les mostró las mejores moscas para pescar tímalos mientras Ruaridh preparaba las cañas. Lo estaban poniendo todo a punto para darse una vuelta por las colinas cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Alec! ¡Has vuelto! —Flora le echó los brazos alrededor del cuello y él la abrazó con fuerza. Todas sus dudas y todos sus miedos parecieron desvanecerse con su abrazo.

—Llegamos a primera hora. El convoy partirá mañana, así que no tengo mucho tiempo. Quería pasar cada minuto que tuviera contigo.

El joven estuvo más que contento de unirse al grupo de pesca, así que tomó la lata de moscas que le dio Iain y se la guardó en el bolsillo del chaquetón.

La hierba crujía bajo sus pies, por la escarcha, mientras el pequeño grupo avanzaba por el sendero que discurría a lo largo del arroyo. Sus risas asustaron a un ciervo que andaba por allí en busca de forraje y que se alejó, y cuyas patas tamborilearon sobre el suelo helado mientras sacudía la cornamenta, molesto.

Al llegar a la laguna, encontraron sus aguas oscuras y calmadas. El sol, aunque débil, había derretido el hielo y Flora se había acalorado con la subida. Se metió una mano en el bolsillo del abrigo y Alec la agarró de la otra y se la apretó, y así el calor de la piel de él y el que

ella misma tenía sirvió para que los dedos no se le enfriaran.

Dejaron su equipo a cubierto en la vieja cabaña y Alec ayudó a Mairi y a Roy a preparar sus cañas.

—En casa no hay nada que nos guste más que pasar las tardes de verano pescando en los estanques de las marismas de la granja —les contó Roy—. Allí no necesitamos estas moscas tan finas para pescar percas; las percas se comen prácticamente cualquier cosa que les pongas en el anzuelo.

—Ese es el truco aquí con los tímalos, ¿no? —preguntó Hal.

Bridie, que había rechazado una caña, se había sentado junto a él en un banco.

—Tienes que lanzarlo hacia lo más hondo. Se quedan en lo más profundo, donde el agua está un poco más caliente. —Ruaridh le señaló las mejores zonas, lejos de los juncos raquíticos, blanquecinos por el frío que hacía en la orilla.

El grupo se dispersó y se quedaron en silencio, concentrados en tirar el anzuelo. Solo se oía el siseo de los sedales al atravesar el aire y el leve zumbido de los carretes, interrumpido de manera ocasional por el pisar de las botas de alguien que se movía. Incluso Bridie permanecía sentada y callada, contenta, mirando a Hal mientras este observaba el agua. Al principio, no picaban. Pero entonces, la superficie del agua, lisa como un espejo, se rompió y apareció un pez, tentado por las moscas de los anzuelos que habían lanzado. Como un rayo plateado, se lanzó hacia el anzuelo de Ruaridh, pero falló y regresó al fondo, dejando tras de sí unas ondas cada vez más grandes que se dispersaron por todo el lago.

—Bien —comentó Alec en voz baja—. Al menos sabemos que están ahí.

El primero en pescar uno fue Hal, que gritó al ver que la punta de su caña de pescar se doblaba por la tensión del sedal.

—Bien hecho —aprobó Alec—. Tira de él, con cuidado, que no se te escape.

Bridie corrió en busca del salabre y se hizo con el pez con delicadeza.

—Es un tímalo de buen tamaño —Ruaridh asintió con la cabeza a modo de aprobación.

Un par de horas después, cuando ya tenían cuatro peces en la cesta, la luz del día empezó a disminuir y unos finos cirros comenzaron a velar el sol, cada vez más frágil, en su camino hacia el oeste, haciendo que el tiempo cambiara.

—Tttt. —Bridie tiritaba—. Me estoy quedando helada.

Hal sonrió y le puso un brazo alrededor de los hombros.

—Ya está. ¡Vamos a calentarnos!

Mientras recogían los sedales, Flora y Mairi intercambiaron una

sonrisa; se daban cuenta de que a Bridie no le corría ninguna prisa librarse del abrazo de su compañero de pesca.

e

De vuelta en casa, Flora puso el hervidor al fuego mientras Mairi sacaba unas tazas y Bridie se disponía a untar mantequilla en unos panecillos dulces. El grupo de pesca se sentó a la mesa de la cocina, estirando las piernas, cerca de la estufa para calentarse los dedos de los pies, que se les habían quedado congelados con los calcetines mojados.

Roy le sonrió a Mairi mientras se tomaba el té.

—Desde luego, ha sido un gran día. Sienta bien hacer cosas como si la vida fuera normal otra vez, aunque solo sea por unas horas. —Dejó la taza sobre la mesa con cuidado y alargó el brazo para agarrarla de la mano por debajo de la mesa.

Los demás hicieron como que no se daban cuenta y adelantaron las manos, entusiasmados, para alcanzar el plato en el que Bridie traía más panecillos dulces.

Inclinada sobre el fogón, esperando que el agua volviera a hervir para llenar la tetera, Flora miró al grupo reunido en la cocina. Llenaba la estancia con buena conversación y risas que caldeaban el alma. Habían pasado un buen día, uno de esos días que merece la pena recordar. Porque al día siguiente Ruaridh subiría a la montaña a ocupar su puesto en la estación de señalización y Alec, Roy y Hal volverían a embarcarse. Y, cuando llegara el momento, los remolcadores retirarían las redes de minas que protegían la bahía y se daría la señal de salida. Los barcos se pondrían en marcha despacio y el convoy iniciaría su peligroso viaje, dejando la seguridad de Loch Ewe para adentrarse en las aguas heladas y grises del océano Ártico.

e

Alec se quedó un poco más después de que los demás se fueran. Ya se había hecho de noche cuando Ruaridh salió para ayudar a su padre a atender al poni. Flora recogió las tazas y se las llevó al fregadero. Cuando empezó a lavarlas, Alec se acercó y se quedó de pie detrás de ella, abrazándola por la cintura. Enterró la cara en el cabello de la joven un rato antes de tomar un paño de cocina y ponerse a secar las tazas. Cuando hubieron terminado, ella le quitó el paño y se secó las manos antes de ponérselas en el cuello y besarle.

Los ojos oscuros del joven brillaron de amor mientras la observaba, fijándose en cada centímetro de su piel.

—Esta será la imagen que me llevaré conmigo cuando zarpemos mañana —le dijo, retirándole de la mejilla un mechón de pelo—. Tu

sonrisa me servirá para hacer frente al mar más hostil y volver de nuevo a casa.

Dejó de abrazarla un momento y se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta de *tweed*.

—Tengo algo para ti.

El broche de plata con el ancla y la corona yacía en la palma de la mano de Alec.

—Mi madre quiere que lo tengas tú. Dice que ahora solo tú deberías llevarlo. —Se lo prendió con delicadeza en el jersey, encima del corazón.

Flora fue incapaz de articular palabra durante uno o dos minutos, la emoción la superaba. Sabía lo mucho que aquel broche significaba para lady Helen, de manera que aquello era una señal de que la mujer aprobaba la relación de su hijo con ella, a pesar de que el *laird* no lo hiciera.

—Me lo pondré todos los días —contestó al fin— y lo guardaré como un tesoro, al igual que ha hecho tu madre. Al igual que ambas te queremos.

—Eres mi chica, Flora. La única. No nos digamos adiós. Solo nos diremos «hasta pronto».

Ella se quedó de pie en el umbral de la puerta, mirando cómo se alejaba con lentitud, camino arriba, hacia Ardtuath House. Mientras lo miraba, pasaba los dedos por encima del broche, que le protegía el corazón como si fuera un escudo, trazando el perfil del ancla y la corona.

—Vuelve sano y salvo conmigo —susurró—. Te estaré esperando.

Y aquellas palabras lo siguieron en la oscuridad de la noche invernal.

e

Las tres jóvenes miraban desde el muelle a Mellon Charles mientras salía el convoy. A Flora se la veía bien por fuera, pero se había abrazado a sí misma, tirando con fuerza de los costados de la americana de su uniforme azul oscuro como si quisiera juntarlos.

A Mairi se le había quedado la cara tensa y pálida al ver que los cargueros empezaban a moverse despacio en las posiciones que les habían asignado, como si estuvieran jugando un juego lento y siniestro de «sigue al líder».

—Chisss, Bridie, estás llorando —observó Mairi con cariño—. Eso no le hará ningún bien, ¿no crees?

—Oh, por Dios, ¿cómo podéis estar así, tan tranquilas? —soltó Bridie.

Buscó en el bolsillo su pañuelo y se sonó fuerte durante un buen rato.

Mientras Bridie hablaba, Flora no despegaba los ojos del *Isla,* el destructor que lideraba al grupo de mercantes, pues sabía que Alec estaría en el puente de mando; seguro que se imaginaba que ella se hallaba allí.

—Tenemos que mantener la calma, Bridie, para ayudarles a que sean lo bastante fuertes como para partir. Y esperemos que eso también les ayude a ser lo bastante fuertes como para enfrentarse al viaje que tienen por delante y volver sanos y salvos.

Capítulo 25

Lexie, 1978

Mairi es al mismo tiempo una extraña y alguien tan cercano que al abrazarnos los ojos se me llenan de lágrimas. La recuerdo, claro, de mi infancia. A pesar de que dejó la granja familiar para emprender una nueva vida en Estados Unidos cuando acabó la guerra, volvía de vez en cuanto a Aultbea y siempre venía a vernos a Keeper's Cottage; me traía juguetes y unas cajas enormes de unos caramelos extranjeros muy ricos. Aparte de que ahora tiene el pelo tan blanco como las primeras nieves que caen en las montañas, por lo demás sigue igual: con esos cariñosos ojos marrones y esa cara radiante que tenía a los veinte años.

Ha traído para Daisy un par de petos preciosos con unas lindísimas rayas de color rosa y blanco, y además un gran álbum de fotos y recortes de periódico.

—Flora me los fue enviando durante años. Siempre me mantenía al corriente de las noticias de aquí. Creí que te gustaría verlos. —A pesar de que se fue hace tantos años, aún conserva las suaves inflexiones del acento de las Tierras Altas.

Ella y Bridie se turnan para mecer a Daisy, que disfruta de la atención de sus dos abuelas adoptivas, a las que hechiza con su propio estilo de conversación.

—Mira —le dice Mairi a Daisy—, aquí tienes una foto de tu mamá cuando era pequeña, haciendo castillos de arena en la playa. Y aquí en el primer día de colegio. Mira lo guapa que estaba con su uniforme nuevo, ¿qué te parece? Y aquí está cantando un solo en la función del colegio.

—Mamá —dice Daisy, apuntando un dedito regordete hacia el álbum.

—Muy lista —aprueba Bridie, que le ofrece un caramelo[28] que mi hija se lleva a la boca con una sonrisa de querubín.

Las fotos me fascinan, las examino con detenimiento. Fue mi madre quien las tomó para documentar mi infancia. Las metió en sobres y las

envió al otro lado del océano, al otro lado del mundo, donde Mairi las guardó con sumo cuidado, conservándolas con cariño en este álbum. Me abruma un poco sentirme así de querida.

—También tengo aquí algunas de las cartas de Flora. —Mairi saca del bolso un fajo de cartas sujeto con una cinta a cuadros escoceses—. Pensé que te gustaría leerlas algún día.

—Gracias. —De momento las dejo a un lado, por educación, pero la verdad es que tengo tantas ganas de echarles un vistazo que me cuesta hacerlo; puede que en ellas halle las pruebas de lo que quiera que sea que Bridie me oculta.

Como si pudiera leerme la mente, Mairi dice:

—Bridie me ha dicho que has estado haciendo preguntas sobre la familia de tu padre.

—Así es. Supongo que el haber tenido a Daisy me ha abierto un poco los ojos a lo que debió de ser para mi madre criarme sola. Nunca me contó gran cosa de mi padre. Ni ella ni nadie. Tengo curiosidad por llenar los vacíos para así poder contárselo todo a mi hija cuando sea mayor.

Mairi asiente con la cabeza y abre los brazos para tomar a Daisy de los de Bridie y así permitir que descanse un poco y se beba su té.

—Es natural —opina—. Sé que Bridie te ha contado muchas cosas de los años de la guerra, de cómo nuestra vida dio un vuelco. Será un placer relatarte lo que recuerdo. El álbum y esas cartas serán un buen punto de partida. Y luego nos podrás preguntar lo que quieras una vez les hayas echado un vistazo. Voy a quedarme una temporada en casa de mi hermano, en la granja. Tendremos muchas ocasiones para charlar.

—Gracias, Mairi —respondo—. Os lo agradezco a ambas.

Voy a la cocina para preparar otra tetera y, mientras espero a que el hervidor empiece a sonar, pienso en lo fácil que ahora será encajar las piezas que faltan de mi historia familiar. No obstante, al regresar a la sala de estar veo que Mairi le está murmurando algo a Bridie, que sacude la cabeza con vehemencia.

Ambas levantan la vista al verme atravesar el umbral de la puerta, se callan y parece, por la cara que ponen, que se han puesto un poco en guardia. Las dos sonríen enseguida, pero me da la impresión de que esas sonrisas son un poquito exageradas para ser del todo naturales.

Mmm… Puede que encajar las piezas que faltan de la historia de mi madre no vaya a ser tan fácil después de todo.

---

28 N. de la Trad.: Lo que le ofrece es una especie de dulce inglés, *liquorice allsorts,* que son unos caramelos hechos de regaliz, coco, azúcar, anís.

Capítulo 26

Flora, 1942

—¡Lo han conseguido! ¡Ya están de vuelta!

A Bridie se le había iluminado la cara por la alegría y el alivio que sentía al llevar tales noticias a sus amigas. Un primer lugarteniente que trabajaba en la estación de radio le había dicho que los dos primeros convoyes que habían partido de Loch Ewe habían llegado sin novedad a Múrmansk, que habían atravesado el estrecho corredor que discurría entre el hielo ártico y el cabo Norte sin toparse con ningún enemigo; ninguno que llegara del cielo ni tampoco del mar.

—Todavía les queda camino que recorrer hasta que lleguen a puerto seguro —les recordó Mairi, que se negaba a bajar la guardia hasta que viera con sus propios ojos a los barcos de vuelta en la bahía.

—Sí, pero me dijo que ya casi han llegado al sur de la isla Jan Mayen. Si el tiempo sigue así, estarán aquí dentro de una semana. Y se están acercando lo suficiente a Islandia como para que nuestros barcos de guerra puedan protegerlos. Eso también tendría que disuadir a los alemanes.

En un gesto automático, Flora se llevó la mano al bolsillo del chaquetón, donde guardaba el broche cuando estaba de servicio. Era su punto de unión con Alec, ahora que navegaba por aquellas aguas implacables, y lo apretó con todas sus fuerzas. Por primera vez en un mes se permitió respirar un poco aliviada, al tiempo que una ola de esperanza le llenaba el corazón al pensar que pronto lo vería en casa, sano y salvo.

e

A Alec le llevó un buen rato desembarcar después de que el *Isla* amarrara en el muelle Mellon Charles. Flora justo acababa de finalizar su turno y se quedó ahí de pie, sobre la arena mojada del rincón de la bahía, esperando a que apareciera, mientras la tripulación lo amarraba y terminaba con sus tareas a bordo. Se sacó el broche que él le había regalado del bolsillo y se lo prendió en la solapa del

chaquetón, y luego se sopló los dedos para calentárselos.

Todo el mundo en la base estaba loco de contento por el hecho de que el primer convoy que había salido de Loch Ewe hubiera llegado con éxito a su destino y por el de que todos los barcos que lo componían hubieran regresado sin novedad. Aquella tarde, las remolcadoras que operaban las redes de protección las habían retirado y la fila de barcos había entrado con calma en las aguas tranquilas de la bahía sin ceremonias. Los cargueros y su tripulación echaron el ancla en el extremo más alejado de la isla y Mairi y Bridie fueron hasta allí en bicicleta para dar la bienvenida a Roy y Hal.

El frío de la tarde subía desde el suelo y le atravesaba las suelas de los zapatos, así que Flora dio unos pisotones, tanto para disipar la impaciencia que sentía como para que la sangre le siguiera circulando por los pies, mientras miraba con atención las caras de los que desembarcaban en busca de aquella que haría que el corazón le diera un salto de alegría. Y entonces, ahí estaba él, por fin. En unas cuantas zancadas, recorrió los metros que les separaban y la abrazó fuerte. Flora inspiró el olor del viaje que se desprendía del abrigo de loneta que llevaba; olía a sal húmeda del mar mezclada con el aroma químico de fueloil. Luego, se perdió en su beso.

—Ven a casa conmigo —le pidió él—. No puedo soportar pasar otra tarde sin ti. Ya ha sido lo bastante malo estar tan lejos, en el mar, así que ahora sería una tortura saber que no estás más que bajando el camino mientras estoy en Ardtuath.

Ella dudó, le daban escalofríos al pensar en volver a aquella casa.

—¿Seguro que eso les gustará a tus padres?

Él le tomó la cara entre las manos y volvió a besarla.

—Tendrá que gustarles. Lo he estado pensando; después de todo, estar de vigía a las dos de la madrugada te da mucho tiempo para pensar. Mi padre va a tener que acostumbrarse de ahora en adelante a la idea de que estamos juntos.

Según subían por el camino, se veía Ardtuath House a oscuras por completo. Sus torretas negras destacaban sobre el cielo, plagado de estrellas. Flora notaba que se iba poniendo más tensa al pensar en que tendría que enfrentarse a sir Charles cuando llegara al otro lado de aquella oscuridad y asió la mano a Alec. Sin embargo, se encontraron con que la puerta principal estaba cerrada con llave y con que al llamar el sonido retumbaba en la oscuridad, el silencio era absoluto.

—Parece que no están —concluyó él—. Vamos, entraremos por la parte de atrás.

Abrió la puerta de la cocina y ambos pusieron los pies en el interior de la calma de la casa vacía. Habían dejado que el fogón se apagara, así que dentro la temperatura era solo un poco más alta que fuera.

—Puede que estén en casa de los Urquhart —supuso Alec—.

Vamos, encendamos la chimenea de la biblioteca y veamos qué podemos encontrar en la despensa.

Media hora después los troncos ardían en la chimenea y frente a ella ambos se prepararon un pequeño pícnic. La atmósfera en la casa era del todo diferente cuando sir Charles no estaba allí. Flora se quitó los zapatos y se arrodilló sobre la alfombra para tostar un poco unas rebanadas de pan acercándolas a las llamas y movió los dedos de los pies dentro de los calcetines, disfrutando del calor. Una vez se tostaba una rebanada, la sacaba del soporte que empleaba para acercarla al fuego y se la pasaba a Alec para que la untara con mantequilla mientras ella preparaba la siguiente. Se las comieron con unas lonchas de jamón y para bajarlas se tomaron un par de botellas de cerveza que habían encontrado al buscar en un rincón olvidado de la despensa.

—Es lo más rico que he comido en años —aseguró Alec—. Aunque puede que tenga que ver no solo con el menú, sino también con la compañía. —Se estiró satisfecho frente al fuego y apoyó la cabeza en el regazo de ella.

—¿Cómo ha sido? Me refiero por ahí, en el mar.

Ella le acariciaba el pelo, contemplando la luz del fuego, que bailaba sobre la cara de él mientras miraba a las llamas y le contaba los pormenores del viaje. Describió la mezcla de miedo y emoción que sintió cuando zarparon, sentimiento que pronto se convirtió en una especie de pavor aburrido cuando se enfrentaron a la monotonía de las aguas grises del Ártico, un día y otro, sin saber en ningún momento si los estaban observando ni qué podría esconderse bajo las olas.

Algunas noches hubo tormenta, una tormenta que enviaba unas olas enormes de agua verdosa y helada que se estrellaban sobre cubierta. Con unas temperaturas tan bajas como aquellas, el agua acababa por helarse y formar una gruesa capa de hielo a barlovento. Por turnos, ataban un cabo para poder pasar por la cubierta resbaladiza y traicionera sin caerse, mientras el barco se inclinaba y balanceaba. De ese modo habían ido retirando el hielo con un hacha, con el fin de evitar que, a causa de la diferencia de peso, la nave se escorara.

No podían llamar por radio, para evitar que las estaciones de escucha enemigas se apercibieran de su presencia, de manera que, aunque viajaban en grupo, cada barco manteniendo su posición en la línea, existía una sensación de soledad que se incrementaba todavía más al ver el hielo del Ártico en la distancia. El hielo del invierno había hecho que el paso por el que debían navegar se hubiera estrechado, lo que los había obligado a desplazarse en una fila de a uno entre los icebergs del norte y la costa noruega del sur, ocupada por los alemanes. Además, los cortos días de invierno llevaban

también niebla, una niebla que cubría el mar como una manta baja, tan densa, contaba Alec, que apenas podías ver el mástil donde ondeaba la bandera desde el puente de mando del *Isla.* Por lo general, que hubiera niebla era algo que no gustaba, pues no era sino un peligro más que sortear en aquellas peligrosas aguas. Sin embargo, gracias a aquel velo blanco que los ocultaba, podían cruzar el cabo Norte sin que los detectaran. Por fin, aliviados, habían puesto rumbo sudoeste hasta llegar a la costa rusa, en la bahía de Kola, que llevaba hasta el puerto de Múrmansk.

Flora le pasó su vaso y él se levantó y se apoyó en un codo mientras tomaba la botella y lo rellenaba. Luego se lo devolvió, tomó otro tronco del cesto y lo lanzó al fuego, lo que hizo que saltara una cascada de chispas cuando las llamas lo rodearon.

—¿Cómo es Rusia? —preguntó.

—Fría. Oscura. Inmensa. Pero también tiene una belleza en cierto modo temible. Allí nos encontramos con un buque práctico que nos guio adentro y he de decir que la verdad es que nos gustó verlo. Es un fiordo profundo, pero el acceso es tan estrecho que tienes que estar muy atento al cruzarlo. A estribor se alzaban unas montañas muy escarpadas, lo que nos alegraba, ya que se interponían entre los alemanes y nosotros. Y lo más extraordinario sucedió cuando nos aproximábamos a Múrmansk… Todas las estructuras superiores de los barcos, los mástiles y las vergas, empezaron a brillar de repente con una luz blanca que parpadeaba. Había oído hablar de aquel fenómeno con anterioridad, el Fuego de San Telmo, pero era la primera vez que lo veía. En mitad de la niebla, todo se carga con electricidad estática y esta descarga desde cualquier cosa que le ofrezca un contacto. Fue como un espectáculo de luces particular. Dimos gracias a Dios de que no tuviera lugar al pasar por Noruega, eso sí, ¡porque de tanta luz como se reflejaba en los barcos parecíamos un árbol de Navidad y el enemigo nos hubiera visto!

—Los rusos debieron de quedar encantados al veros llegar con todo ese equipamiento para ellos.

—Supongo que sí. —Hizo una pausa y tomó un trago de cerveza—. Los estibadores rusos no es que sean precisamente efusivos. De hecho, una vez se hubo descargado la mercancía, uno de ellos dijo: «¿Es todo lo que nos han traído?». En fin, llevan una vida muy dura allá arriba en el Círculo Polar Ártico. Y por estas fechas apenas tienen una o dos horas de luz, además de que el tiempo es brutal. Creo que más que nada sobreviven gracias al vodka, que es lo que les permite seguir adelante. La guerra ha traído consigo también para su país un sufrimiento horrible. Desde el avance alemán del año pasado se han producido enfrentamientos muy duros en el sur y algunos de los que trabajaban en el muelle habían sido testigos. Eso los ha endurecido

mucho.

—Bueno, gracias a Dios todos habéis vuelto sanos y salvos.

Asintió con la cabeza.

—Tuvimos suerte. Una vez localizamos en el radar un avión alemán del servicio meteorológico y puede que ellos también nos localizaran. Pero esta vez no ha pasado nada.

Al oír lo de «esta vez», Flora se estremeció.

—¿Sabes cuándo tendréis que haceros de nuevo a la mar?

Él sacudió la cabeza.

—Todavía no. Llevará un poco de tiempo organizar el siguiente convoy. Tal vez dentro de un mes, más o menos, supongo. Al menos, para entonces debería hacer mejor tiempo. Y, si el hielo se retira, el paso para cruzar el cabo Norte será más ancho.

Flora no decía nada. Sabía que él le estaba poniendo al mal tiempo buena cara, pues las horas de luz también serían más y los convoyes pasarían asimismo más tiempo en el mar si navegaban mucho más al norte. Aquello tenía sus pros y sus contras: el cambio de estación solo haría que los riesgos cambiaran, pero no que el viaje fuera menos peligroso. Trató de no pensar en ello aquella noche, no obstante. Él estaba ahí; ella se sentía segura en sus brazos junto al calor del fuego. Sabía que ambos recordarían aquel momento, así que se inclinó para borrar con un beso las arrugas que por la tensión se le habían dibujado en la frente mientras en el pelo rubio rojizo se le reflejaban las llamas danzantes del fuego a su lado.

e

El barco de Roy y Hal permanecía anclado en la bahía junto con otros cargueros, así que sus tripulantes tenían la oportunidad de disfrutar de un par de días libres. Ambos jóvenes pasaron todo el tiempo que pudieron en tierra con Mairi y Bridie. El nivel de ruido en la taberna de El Tarro de Mermelada alcanzó nuevas cotas, pues el regreso a puerto del convoy sin problemas fue celebrado la primera noche, y los hermanos pasaron el día siguiente con las chicas, dando paseos por la costa y visitando la casa de Bridie y Mairi respectivamente. La familia de ellas estaba impresionada por sus buenas maneras y por lo divertidos que eran los estadounidenses, aunque Flora oyó de pasada que la señora Macdonald le decía a Bridie que no debería enamorarse de un yanqui que lo más seguro era que desapareciera cualquier día antes de que la guerra terminase.

Dos días después, los buques mercantes repostaron combustible y estuvieron listos para cruzar el Atlántico de nuevo, pues tenían órdenes de regresar para que embarcara otro cargamento.

Bridie lloraba desconsolada mientras se despedía de ellos. Flora le pasó un pañuelo y le puso un brazo alrededor de los hombros,

mientras Mairi seguía de pie, protegiéndose los ojos, tratando de ver a Roy. El joven había desaparecido por el lado de estribor para ayudar a sus compañeros a levar anclas, aunque apareció de nuevo para saludarla y lanzarle un beso. El cabello rubio le brillaba bajo la luz plateada que se reflejaba sobre la superficie mientras las hélices del buque se ponían en marcha y agitaban las aguas.

—Volverán —aseguró Flora—. Ya sabéis que han prometido que lo intentarán y que participarán en otro convoy al Ártico, así que los volveréis a ver. Eso demuestra lo mucho que debéis de gustarles, las dos; otros hombres probablemente no tendrían muchas ganas de volver a cruzar el Atlántico y de viajar al Ártico tan pronto… o nunca.

—¡Oooh, oooh! —sollozó Bridie—. ¡Es tan peligroso! La verdad es que no me siento bien por desear que vuelvan cuando eso implica poner su vida en peligro. Pero es que no puedo evitarlo… —Cortó la frase ahí y sonó la sirena del barco, a cuya llamada respondieron el resto de los buques del convoy. El ruido retumbó por las colinas.

Las tres jóvenes contemplaron al convoy partir, esta vez en dirección oeste desde la entrada de la bahía. Una vez hubo zarpado el último barco, volvieron a colocar las redes de protección tras él y las aguas de Loch Ewe fueron apaciguándose poco a poco, hasta quedar de nuevo en calma.

Las chicas caminaron de regreso a Aultbea, cada una perdida en sus propios pensamientos, aunque en ese momento el cielo se despejó un poco y un rayo de sol primaveral se abrió paso entre las nubes.

—Mira —le indicó Flora a Bridie.

Señaló hacia donde el sol había animado a las primeras prímulas de la primavera para que levantaran los capullos de debajo del musgo en los sitios más resguardados junto al agua; allí habían abierto los pétalos. Aquella imagen las animó, solo un poco, y Bridie empezó a hablar otra vez, ahora más esperanzada, de los pícnics que podrían hacer cuando los hermanos Gustavsen regresaran.

Capítulo 27

Lexie, 1978

Hace otro día precioso, las aguas de la bahía brillan después de un largo período de lluvia, por fin ha escampado. Unas cuantas nubecillas atraviesan corriendo el cielo azul, tan blancas como las ovejas que pastan en los campos que hay debajo. Voy de camino a casa con Daisy, con la sillita de la niña llena de juguetes y cargada con la compra, pues hemos pasado la mañana una vez más en el salón del ayuntamiento, haciendo música. Ha llegado la hora de comer, así que la carretera está vacía, y ella y yo vamos cantando una de sus canciones favoritas:

> *Tú tomarás la carretera de arriba*
> *y yo tomaré la de abajo…*

Al acercarnos al muelle, se une a las nuestras una tercera voz, de tenor; la de mi hija es de soprano aflautada y la mía es un contralto algo tosco.

Davy nos saluda.

—¡Hola, chicas! —Solo se le ven la cabeza y los hombros desde la cubierta del *Bonnie Stuart* mientras iza nasas que coloca sobre las duras tablas del embarcadero.

Al llegar donde está, Daisy tira de las correas que la sujetan, quiere que se las desabroche y lo hago para que pueda llegar hasta donde se encuentra la captura de la mañana y echarle un vistazo. Davy levanta un cangrejo enorme, cuyas tremendas pinzas ha atado previamente, y la deja que le toque el caparazón, tan brillante como si lo hubieran barnizado. El barco se balancea sin descanso bajo la brisa, tirando de las amarras que lo mantienen sujeto al extremo del embarcadero, rebotando con suavidad contra los topes. Daisy asiente satisfecha con la cabeza, deja que Davy vuelva a depositar el cangrejo en el cubo de agua de mar y se pone a buscar por ahí. Encuentra la concha de una ostra que alguna ave marina debe de haber dejado caer al pasar.

—A todo el mundo le gustó oírte cantar la otra noche —me dice Davy—. Deberías hacerlo de forma habitual. Nos encantaría que cantaras con el grupo, si quieres.

Me mira a los ojos, tiene la mirada tan clara como las aguas que nos rodean. Me siento incómoda, como si pudiera ver directamente dentro de mi alma, allí donde trato de esconderme del mundo, en esos rincones olvidados donde la pena y la culpa y el dolor me acechan. Miro hacia otra parte, tratando de mostrar mi fascinación por un banco de algas que arrastra sus dedos nudosos por la marea baja.

—De verdad —insiste—, ¿es que no lo echas de menos, Lexie? ¿No echas de menos cantar? Al ser algo que llevas en la sangre, quizá te estás negando a ti misma en buena parte al no hacer música.

—Estoy haciendo música —afirmo, gesticulando en dirección a la bolsa con los instrumentos que cuelgan del manillar de la sillita de Daisy. Pero me sale un poco a bocajarro, más de lo que quería en realidad.

—Sí, para otros —rebate—. Pero ¿qué hay de la música que haces para ti? Yo no podría vivir sin ella. Si alguna vez dejara de tocar y cantar, para mí sería como si me cortaran una extremidad.

Una oleada de enfado crece dentro de mí, alza la cresta como cuando una ola se acerca a la orilla. Estoy harta de que todos me juzguen. Sé que solo quiere animarme, pero a mí me suena a crítica; reprueba lo que decido y lo que elijo hacer, la manera en que trato de vivir mi vida.

Estoy a punto de replicarle y decirle que me estoy tomando mi tiempo, que puede que nunca más quiera volver a cantar en público y que cómo demonios va a saber él cómo me siento.

Tengo las palabras en la boca. Pero al oír un chapoteo me interrumpo.

Asustada, miro hacia donde estaba mi hija colocando piedrecillas en los agujeros de los tablones y justo en ese momento Davy grita su nombre. Entonces se oye otro chapoteo y él desaparece tras el costado del barco.

Durante una décima de segundo me quedo así, de pie, helada, sola en el embarcadero. Y entonces me desgarro la garganta gritando el nombre de mi hija una y otra vez. Caigo de rodillas, desesperada, tratando de apartar el barco del borde de madera, angustiada, procurando evitar que aplaste a mi pequeña o de que la atrape bajo el agua; de evitar que se selle la brecha por la que ha caído, donde el agua salada se la ha tragado por completo.

Hay un silencio que me llena la cabeza, son los ruidos del viento y las olas y los graznidos de las gaviotas, no puedo oír nada de lo asustada que estoy, siento un terror ciego mientras espero… y rezo… y espero, sin respirar…, y es como si los huesos de los brazos se me

fueran a romper de tanto empujar el barco y luchar contra la fuerza del viento.

Y en ese momento, el mundo a mi alrededor estalla con una ráfaga de movimiento. Davy sale del agua en el extremo más alejado del barco, sujetando un paquete sin vida en los brazos, gritando algo que no soy capaz de entender. Oigo pasos que corren, pisando los tablones del embarcadero, voces que llaman, alguien que da instrucciones… «¡Llamad al médico!». Unos brazos se alargan hacia Davy y toman el paquete que sujeta, lo alzan con cuidado sobre los tablones, lo ayudan subir.

Trato de moverme hacia donde está mi niña en mitad de un charco de agua. Pero está quieta, quieta, demasiado quieta, y hay más manos que tratan de apartarme mientras Davy cae de rodillas junto a ella y empieza, Dios mío, con qué suavidad, a tratar de insuflarle vida, de convencer a su corazón de que vuelva a latir.

El pequeño gentío que se ha formado, gente que ha salido de no se sabe dónde, corriendo desde su casa, se abre un poco y veo que Bridie y Mairi corren hacia mí, con cara de preocupación, blancas como la cera. Y entonces oigo unos gritos salvajes y ásperos, una y otra vez, como el gemido de un animal herido, que siguen y siguen, como si nunca fueran a detenerse. Miro a mi alrededor, desesperada, con los ojos muy abiertos, aterrorizada, preguntándome de dónde vendrán.

Solo cuando Bridie me agarra y me abraza me doy cuenta de que esos gritos son los que yo misma estoy dando.

Lucho por acercarme adonde yace ni hija, necesito por encima de todo abrazarla. Cuando llego, se oye un ruido de gorgoteo, de ahogo, y veo cómo Davy le vuelve la cabecita hacia un lado y le sale un chorro de agua de mar de la boca. Presiona un dedo contra el cuello de mi niña y levanta la vista para mirarme, con cara de alivio.

—Tiene pulso.

Pero Daisy sigue con los ojos cerrados. Tiene mojadas las pestañas, que le contrastan contra la palidez translúcida de la carita. Poco a poco, con suavidad, le acaricio un mechón de pelo que tiene en la frente, donde empieza a formársele lo que parece que será un moratón. Se la ve tan pequeña, tan frágil, yaciendo ahí, sin moverse… Jadeo al sentir que un sollozo me hace temblar por completo, es un temblor tan violento que hace que ambas, Bridie y Mairi, me sujeten para que me sostenga.

La gente se aparta al ver llegar al doctor. Se agacha junto a mi hija, deja su maletín y le abre el abriguito para ponerle un estetoscopio sobre el pecho.

—Se cayó por entre el barco y el muelle —le cuenta Davy—. Creo que puede haberse golpeado la cabeza al caer. No ha estado en el agua más de uno o dos minutos, pero parecía inconsciente cuando la saqué.

No respiraba y no tenía pulso. Le he hecho la reanimación cardiopulmonar, ha vomitado un poco de agua y ahora respira y tiene pulso. —Suena profesional, clínico, mientras le cuenta al médico lo que necesita saber, pero a mí me entra el pánico todavía más al verlos hablar así sobre mi hija, como si no fuera más que un cuerpo vacío, una carcasa, no mi risueña Daisy, mi niña llena de vida.

El doctor asiente con la cabeza.

—No la moveremos. Puede haber sufrido algún daño en la cabeza o en el cuerpo. El helicóptero está de camino.

El hombre gira sobre sus talones y se vuelve hacia mí.

—No se preocupe, Lexie, la llevaremos al hospital tan rápido como podamos. Usted puede acompañarla. Davy ha hecho todo lo que había que hacer. —Se da cuenta de que estoy temblando y de que me castañean los dientes—. Está en *shock* —le dice a Bridie—. Por favor, ¿hay alguien que pueda prestarle un abrigo? —pide.

Alguien me pone un chaquetón por encima de los hombros y Mairi me abraza, haciendo que el calor de su cuerpo sostenga al mío. Otra persona ha traído unas mantas con las que han envuelto a Davy, porque también está temblando. Otra se la han puesto a Daisy por encima, con suavidad, con delicadeza, como veo al arrodillarme junto a ella y agarrarle una de las manitas, deseando que me agarre un dedo. Pero sus dedos no responden. Y yo no soy capaz de oír en la cabeza otra cosa que no sea: «Por favor…, por favor…, por favor». Hasta que, después de lo que me ha parecido un siglo, oigo la hélice del helicóptero cortar el aire en mil pedazos por encima de nuestras cabezas, como si revoloteara a nuestro alrededor como hojas marchitas que caen de los árboles.

e

Nuestra llegada al hospital es como un borrón de impresiones que recuerdo a medias: en el helicóptero, la amabilidad del médico, que me sostenía la mano durante un viaje sorprendentemente corto mientras volábamos sobre las montañas y las bahías; Daisy ahí, con ese aspecto tan frágil, tan pequeña, y su cuerpecito inmóvil sujeto a una camilla que habían sacado y puesto sobre una cunita que levantaron y colocaron sobre un carrito como si pesara menos que una pluma; el equipo médico que la rodeó y que corría por el entramado de pasillos bien iluminados; el mirar, sin poder hacer nada que se la llevaban a los rayos-X; la espera; los minutos en que no me atrevía a respirar, que me parecieron horas, mientras permanecía sentada, abrazándome, tratando de no desmoronarme, esperando, esperando y volviendo a esperar un poco más.

Y entonces, por fin, llega el momento en que aparece la doctora, sonriente. Me toma la mano en la suya y me dice que, con precaución,

son optimistas. Que Davy haya actuado tan rápido ha salvado, sin duda alguna, la vida de Daisy.

—No tiene ningún hueso roto y no parece haber ningún daño en la columna vertebral. Pero sí ha sufrido una conmoción severa y todavía no está consciente. Solo hay que esperar y ver cómo está cuando vuelva en sí… Si fuera necesario, podemos organizarlo todo para llevarla de Yorkhill a otro de los hospitales de Glasgow donde tengan los medios para hacerle un escáner de la cabeza. Pero de momento es demasiado pronto para decir si se han producido daños cerebrales permanentes.

Hago lo que está en mi mano para tragarme el pánico que me atenaza al escuchar esas palabras.

—¿Puedo verla? —pregunto como puedo.

—Claro. La estamos trasladando a una habitación de un lateral del edificio donde podremos observarla de cerca. Puede venir ahora si quiere.

e

Mientras espero atenta, sentada en un sillón cubierto de plástico junto a la cuna de Daisy, pierdo la noción del tiempo, de si es de día o de noche. Las amables enfermeras van y vienen, me traen de vez en cuando una taza de té o algo de comer. Me caigo de sueño y cabeceo a veces, pero la mayor parte del tiempo no hago sino permanecer sentada mirándola bajo la luz fluorescente sujetándole la manita, con cuidado de no tocar los tubos y el gotero que la mantienen con vida aunque tan lejos de mí, sumida en la oscuridad, más allá de mi alcance. Y a pesar de todo, para que siga ahí conmigo y para no perder el control, me pongo a tararear y a cantar todo lo que se me ocurre, llamándola para que vuelva de donde quiera que se haya ido.

Una enfermera asoma la cabeza por la puerta.

—Me voy. Mi turno acaba ahora. Solo quería echarle un vistazo a la chiquitina una vez más antes de marcharme.

Fuerzo una sonrisa, tengo los labios secos y agrietados.

—Sigue igual. Pero me ha parecido que movía los dedos un poco más hace un rato.

La enfermera asiente con la cabeza.

—Voy a pedir que le traigan un poco más de té. ¿Tal vez le apetecerían unas gachas? Tiene que mantenerse fuerte.

Tengo la voz ronca, a pesar del sorbo de té, mientras le canto *The Eriskay Love Lilt* una vez más:

Por la mañana, cuando me vaya
al mar, blanco y brillante,
acudiendo a la llamada de las focas

que me llaman con su suave canto…

Y en ese momento, parpadea y abre sus preciosos ojitos y me sonríe, además de decirme, con toda claridad:

—¿Focas? ¿Se bañan?

Y me echo a reír entre lágrimas mientras la abrazo y la vuelvo a abrazar, sintiendo como si el corazón me fuera a estallar de alegría y alivio.

Capítulo 28

Flora, 1942

Mientras le decía adiós con la mano a Alec, a bordo del convoy que iba a emprender el siguiente viaje a Múrmansk, Flora trataba con todas sus fuerzas de no hacer caso del presentimiento que se le había alojado en la base del estómago. Le pesaba como el plomo y tiraba de ella hacia abajo, y eso a pesar de que Alec y ella habían pasado juntos la última noche en tierra. Él se había esforzado por parecer contento, pero ella se daba cuenta de que estaba distraído mientras ambos veían la película de Aboot y Costello que ponían en el abarrotado salón del ayuntamiento. De hecho, las risas de los espectadores le habían sonado un tanto forzadas, como si muchos de los que estaban allí sentados tuvieran la cabeza en otra parte. Este convoy era el número trece, así que dejar de lado la superstición no resultaba fácil.

Corría el mes de marzo y los primeros corderos se tambaleaban por los campos sobre sus patitas frágiles mientras correteaban balando para acurrucarse junto a su madre, buscando ponerse a cubierto del viento cruel e impredecible. Un viento que, al día siguiente, cuando el convoy dejaba la bahía, justo a la salida, soplaba más fuerte aún mientras los barcos se adentraban en las oscuras aguas. Flora sabía que la tripulación se mantendría ocupada, evitando el aburrimiento y la ansiedad constante según la estricta rutina que Alec le había descrito. Le había contado cómo pasaban los días a bordo, en un horario que incluía comer, dormir y hacer el mantenimiento y la limpieza. Los hombres habían bautizado aquel ciclo como «las tres tes»: tedio, más tedio y terror. De vez en cuando, para que todos se mantuvieran alerta y listos para entrar en combate, se hacía algún ejercicio táctico durante el cual se apresuraban a situarse en sus puestos y a lanzar ataques a los bloques de hielo que pasaban. Esos subidones de adrenalina mantenían a los hombres con la moral alta, pues de otro modo se habrían sentido como si fueran a hundirse en la monotonía gris que los aprisionaba de un horizonte a otro mientras los barcos avanzaban cabeceando por entre las implacables olas.

Tal vez fuese el saber qué se hacía lo que la ponía nerviosa en esa ocasión. Pero de la misma manera que el susurro del viento predice la lluvia mucho antes de que las primeras gotas caigan, sabía que Alec podía sentir lo decididas que estaban las fuerzas nazis ahora que sabían que los convoyes habían cruzado frente a sus bases en Noruega sin haber sido detectados para mantener la maquinaria de guerra rusa en marcha. Se imaginaba la jauría de submarinos, hambrienta y deseosa de salir a la caza.

Se volvió, incapaz de soportar la visión de la larga hilera de naves que dejaban la seguridad de la bahía, diciéndose a sí misma que él volvería. Que solo tenía que mantenerse ocupada durante un mes más o menos. Eso, junto con un viento que soplara a su favor y un poco de suerte, haría que él estuviera de vuelta en casa para Pascua.

Pero el peso que sentía en el estómago volvió a manifestarse, insistente como la brisa cortante que la despeinaba, sacándole mechones de pelo de debajo del sombrero y enviándoselos a las mejillas, donde se le pegaban, pues las tenía llenas de lágrimas.

e

Flora y Bridie estaban ayudando a Mairi y a dos de sus hermanitas pequeñas a recoger algas de entre las rocas con la marea baja, seleccionando con mucho cuidado las translúcidas, de color rojo oscuro, y poniéndolas en un escurridor cuya porcelana estaba saltada debido a los muchos años de uso. El racionamiento había limitado en gran medida lo que se comía, pero quienes vivían en torno a la bahía estaban acostumbrados desde hacía tiempo a suplementar su dieta con alimentos procedentes de los bosques o del mar, de los que seguía habiendo en abundancia. Con tantas bocas que alimentar, los Macleod sabían mejor que nadie cuáles eran los mejores sitios para salir a recoger lo que fuera.

Stuart y Davy Laverock aparecieron, trepando por las rocas, con los tirachinas en la mano.

—¿Qué estáis haciendo? —inquirió Stuart.

Flora se enderezó y le dio un puñado de algas que había recogido para que las viera.

—Estamos recogiendo esto. Se pueden comer y están especialmente ricas si les pones un poco de mantequilla una vez las has cocido.

—¿Podemos ayudar? —preguntó Davy.

—Pues claro. Mira, toma las que estén más frescas, como esta, ¿ves?

Después de unos minutos, los chicos se aburrieron de recoger algas y empezaron a tirarle piedras a un pedazo de madera que flotaba en una balsa de roca, haciendo como que era un submarino alemán.

—¡Buen disparo, le has dado! Está perdido —gritó Stuart antes de

lanzar otro palo a la balsa.

Al ver a Hamish McTaggart pasando por la carretera en su bicicleta, todos se detuvieron, mirando hacia dónde se dirigía. Desde que lo habían desmovilizado después de haber perdido un ojo a causa de la metralla cuando estaba en el norte de África luchando contra los italianos, se había puesto a trabajar con la señorita Cameron y se dedicaba a repartir los telegramas que habían empezado a llegar cada vez con mayor frecuencia. Muy pocos de esos telegramas eran portadores de buenas noticias. Levantó una mano para saludar, pero siguió pedaleando y pasó de largo, dejando atrás el final del pueblo hasta que una curva lo alejó de la vista.

Mairi suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Será para alguien de Poolewe. Otro pobre que ha resultado herido, si no algo peor.

—Nuestra mamá estuvo en los bombardeos de Glasgow, dice la señora C. —comentó Davy—. Pero no le pasó nada porque han construido un refugio muy grande en Port Glasgow y ella se metió allí cuando los bombarderos llegaron.

—Chist, Davy, eso fue hace mucho, ya no ha habido más bombardeos en esa zona. Los alemanes están ahora demasiado ocupados luchando con todo el mundo —lo frenó Stuart, que tomó una piedra y la lanzó al agua con la indiferencia de la juventud.

—¿Cómo está la señora Carmichael? —les preguntó Flora a los chicos.

Stuart se encogió de hombros.

—Está bien. Siempre tiene la habitación de Matthew cerrada. Ahora ya no se puede entrar. Solíamos ir a ver los sellos que coleccionaba; tiene una colección impresionante, de todos los países del mundo. Pero, ahora que está muerto, todas sus cosas son demasiado preciosas y no se pueden tocar. A veces se mete allí y tarda años en salir.

—Eso es porque le saluda —añade Davy—. La he oído. A veces no sale ni aunque sea la hora de preparar la cena. El señor C. trató de preparar un día carne picada, pero se le quemó todo y al final tuvo que tirar la sartén. Así que, cuando tiene esos días, lo único que comemos es pan con manteca.

—Pobrecilla —se apiadó Flora, sacudiendo la cabeza.

Los niños se fueron corriendo, habían visto a algunos de sus amigos de camino a la oficina de correos y acariciaban la esperanza de que alguien tuviera algún cupón para que les dieran un palo de regaliz que todos pudieran compartir.

—Es impresionante cómo mantiene las apariencias en público —valoró Bridie—. Todavía sigue llevando a todas las damas de la Rural derechas como una vela.

—Puede que le haga bien distraerse con eso —supuso Mairi—. Lo siento por todos ellos, también por esos dos chicos. —Sacudió el escurridor con suavidad para que el montón de algas dulces se asentara, ya lo tenían hasta arriba—. Creo que ya tenemos suficientes. Vamos, llevémoslas a casa y preparémoslas. Papá llegará de ordeñar dentro de poco.

Flora le dijo adiós a Bridie en la puerta de su jardín.

—¿Has sabido algo de Hal? —preguntó.

Bridie sonrió y sacó del bolsillo una postal con un perro.

—Desde Nueva York. Dice que volverán tan pronto como haya otro cargamento de regalos para el tío Stalin. Y dice que me traerá una botellita de perfume de Macy's, que es una tienda enorme que tienen allí.

—Son buenas noticias. —Flora sonrió.

Bridie se metió la tarjeta otra vez en el bolsillo.

—Y Alec también volverá, antes de que te des cuenta. Sé que las semanas se harán eternas mientras esté fuera, pero seguro que pronto llegarán noticias de que por fin han conseguido llegar a Múrmansk.

Flora asintió con la cabeza.

—Eso espero. Cualquier día. —Pero en esta ocasión, la sonrisa apenas le llegó a los ojos. Se volvió y se encaminó a su casa.

e

Llegó la Pascua, pero el advenimiento de la primavera no logró animarla. Las noticias del desafortunado decimotercer convoy habían llegado al pueblo y se habían extendido por los campos y las casas, donde se hablaba en susurros, con ojos bajos y sacudiendo la cabeza. Flora había escuchado los comunicados en la base: cinco barcos mercantes habían desaparecido con todos sus tripulantes, torpedeados desde el mar y bombardeados desde el cielo. Justo al sur de la isla del Oso, el mal tiempo había dispersado la flota por un área muy amplia y los escoltas navales habían sido incapaces de defender a todo el convoy. Separados del grupo, los rezagados se convirtieron en presa fácil para los submarinos y los aviones alemanes.

Los barcos que quedaron llegaron como pudieron hasta Múrmansk después de tres semanas tensas en el mar. Uno de los buques de la escolta, que había resultado dañado por uno de sus propios torpedos cuando su giroscopio se congeló debido a las bajas temperaturas, tendría que quedarse en ese puerto ruso durante un tiempo para que lo repararan, junto con otros barcos mercantes que habían sufrido daños durante los ataques.

Cuando la voz de Flora se unió a la de los demás en la iglesia para cantar los himnos del domingo de Pascua, sabía que para entonces la carga que transportaba el convoy ya debía de haber sido descargada y

que por tanto el barco en que viajaba Alec volvería a adentrarse en aquellas aguas traicioneras para hacer el viaje de vuelta. Inclinó la cabeza sobre las manos, que tenía entrelazadas, mientras todos rezaban para que tanto los barcos como sus tripulantes regresaran a casa sanos y salvos. Las pestañas se le oscurecieron por las lágrimas cuando por fin volvió a abrir los ojos.

En la puerta del jardín de la iglesia, la congregación se deshizo en grupos más pequeños que se quedaron ahí de pie, charlando bajo el sol, acerca de las noticias, con cara de preocupación, sacudiendo la cabeza mientras miraban atentos hacia las aguas de un azul imposible de la bahía y al oscuro horizonte que se encontraba sobre ellas. Los Macleod y los Macdonald se unieron a los Gordon. Mairi y Bridie abrazaron a Flora, compartiendo su angustia. Se sentían bastante aliviadas porque los hermanos Gustavsen se habían presentado demasiado tarde como voluntarios para participar en aquel último convoy, pero al mismo tiempo sabían que Roy y Hal todavía trataban de conseguir un pasaje para el siguiente buque que cruzara el Atlántico. Que un marino cualquiera perdiera la vida los afectaba a todos, y lo sentían mucho tanto por las familias como las novias a ambos lados del océano que, en ese momento, hubieran recibido uno de esos temidos y descorazonadores telegramas.

Flora vio a los Mackenzie-Grant entre la multitud y sin pensar se llevó los dedos al broche que llevaba prendido en el abrigo de los domingos, resiguiendo el perfil del ancla y de la corona con los dedos. Sir Charles, que conversaba con el ministro, no pareció darse cuenta de que estaban ahí, pero cuando lady Helen vio a los Gordon se acercó a ellos para darles a mano a su padre y a su hermano, y a ella un abrazo rápido.

—Me alegro mucho de ver que lo llevas —murmuró mientras la estrechaba solo un instante antes de volver a toda prisa junto a su marido.

Cuando caminaban junto a la carretera, alcanzaron a los Carmichael. Aquel era su primer día de Pascua desde que perdieran a Matthew, y tanto Johnny como Jamie seguían luchando en el norte de África, así que Flora sabía que aquella situación debía de estar pasándoles factura, y una factura considerable. Por fuera, no obstante, se mantenían firmes y ambos seguían tan comprometidos como siempre con el esfuerzo de guerra de la comunidad.

—¿Tienes noticias de Alec, querida? —Moira Carmichael iba ataviada con su mejor atuendo de los domingos, aunque Flora se dio cuenta de que el abrigo, cuyos botones antes le tiraban del pecho, ahora caía bastante suelto de aquellos hombros decididamente enhiestos.

Flora negó con la cabeza.

—Todavía nada. Ahora deben de estar de vuelta, supongo, así que durante un tiempo no habrá mensajes de radio.

—No te preocupes, volverá sano y salvo. —Aquellas palabras se suponía que la tranquilizarían, pero Flora pudo notar el temblor del miedo y la tristeza que escondían, pues la mujer estaría pensando en sus propios hijos—. A ver, ¿y dónde están estos chicos? —Se puso a mirar a su alrededor en busca de los dos hermanos, que se habían escabullido de su lado para unirse a algunos de sus amigos del colegio.

—Creo que son ellos, allí, en la playa, ¿no? —Flora señaló en dirección a un grupo de niños que estaban trepando por las rocas.

—Stuart y David Laverock, ¡venid aquí ahora mismo! —La voz de la señora Carmichael estalló y atravesó la carretera, haciendo que los chicos se quedaran clavados en el sitio—. De verdad, es que son tremendos. El agua salada va a arruinarles los zapatos buenos. —Mientras miraban, vieron que Stuart se deslizaba sentado por una roca al apresurarse para traer de vuelta a su hermano. La mujer hizo una mueca—. Y ahí va otro par de pantalones con las culeras rotas, no sé por qué me sorprendo.

Con ese lamento de despedida, se alejó para llevarse de vuelta a casa a los niños y que todos tomaran la cena del domingo. Flora, Iain y Ruaridh regresaron a Keeper's Cottage, donde los esperaba un pastel de carne caliente en el horno, listo para cuando llegaran.

e

Cuando por fin arribó el *Isla* a puerto, Alec parecía cambiado. Se mostraba distante, tenía la cabeza en otra parte incluso cuando Flora y él pasaban la tarde juntos, a salvo en la caldeada cocina de Keeper's Cottage. No se repitió su velada de Ardtuath House. Aunque Alec nunca hablaba de ello, Flora estaba segura de que sir Charles debía de haberse negado en redondo a que fuera allí, a no ser que se quedara más allá de la puerta tapizada de verde, que no era sino un recordatorio constante de la barrera que los separaba, al menos para la mentalidad de su señoría, y que nunca debía cruzarse.

Al principio Alec era reacio también a hablar de lo que había pasado con el convoy, pero de vez en cuando Flora lo obligaba a que le contara algo, pensando que compartirlo serviría para que pudiera sobrellevar mejor el dolor. Le habló de los barcos que habían perdido de vista y a los que no habían vuelto a ver, y de los hombres que murieron quemados al prenderse con las explosiones el cargamento de gasolina de la bodega del *Induna.* Aquellos que no perecieron en ese momento tuvieron que enfrentarse a una decisión imposible, atrapados entre el hielo y el fuego: quedarse y morir quemados, o saltar a las aguas heladas, en las que la muerte estaba asegurada, pues se hundirían por el peso de las gruesas trencas de lana que llevaban y

de las botas, que se les llenarían de agua al instante. Unos cuantos afortunados se las apañaron para sobrevivir subiendo a un bote salvavidas que los aviones de reconocimiento rusos localizaron días después. Los supervivientes fueron llevados a Múrmansk y tratados allí en el hospital militar, aunque muchos estaban tan mal que no lograron sobrevivir. Otros sufrían tremendas congelaciones de miembros, debido a los días y noches que habían pasado a la intemperie sobre aquella barca endeble que les había salvado la vida, así que varios perdieron manos y pies.

Lo miraba a la cara mientras hablaba, dándose cuenta de cómo se le endurecían las facciones, de cómo las sombras del dolor cincelaban una máscara de piedra. Ella le juntó las manos en las suyas, fuerte, como si estuviera decidida a mantenerlo a flote en la oscuridad.

—¿Cuánto tiempo te queda esta vez antes de que tengas que volver?

Él se encogió de hombros.

—Los próximos convoyes, pocos, zarparán de Islandia. Tiene mucho más sentido que se reúnan allí, ahora que el tiempo va a mejorar y que los días serán más largos. Según se vaya retirando el hielo, los barcos podrán navegar más al norte y al menos eso los mantendrá fuera del alcance de los aviones alemanes, en su mayor parte. Así que me temo que voy a estar ausente una temporada. No sé cuándo regresaré… Aunque tendrán que darnos algún descanso en verano, en algún momento. No creo que vuelvan a destinarme aquí hasta el otoño, aunque la idea es que el punto de reunión vuelva a ser Loch Ewe.

Flora se esforzó por no dejar que se le notaran el miedo ni la desilusión. Aunque estaba encantada con que la ruta del convoy pudiera quedar más lejos del alcance de los ataques alemanes desde las bases en Noruega, el hecho de que el viaje fuera más largo hacía también que durara más días. Y cada uno de esos días se llenaría con muchas horas de la persistente luz del Ártico, lo que haría también que los barcos fueran más visibles. Sabía que eso tampoco les gustaría ni a Bridie ni a Mairi. Usar Islandia como punto de reunión para los convoyes también disminuía las posibilidades de que pudieran ver a Roy o a Hal de vuelta antes del otoño.

Pero el poder de los nazis amenazaba a toda Europa y, con las otras potencias del Eje ahora alineadas, la guerra se había extendido hasta los rincones más lejanos del mundo. Los noticieros que se proyectaban en la improvisada sala de cine junto a las remotas aguas de Loch Ewe hablaban de bombardeos de la RAF en Alemania y de tropas estadounidenses desplegadas en el Lejano Oriente. Eran sitios de los que Flora nunca había oído hablar hasta que se les dio vida en imágenes en blanco y negro granuladas: Essen, Lübeck, La Valeta,

Leningrado, Rangún, Darwin, Bataan… Parecía que no había ningún lugar que estuviera a salvo, en todos se veían imágenes de la devastación. Así que sabía lo vitales que eran cada barco y su carga para ayudar a que el rumbo de la guerra cambiara, y se sentía culpable de que hubiera tanta gente pasándolo mal y sufriendo cuando lo único por lo que ella rezaba era por que Alec regresara a casa sano y salvo.

El último día antes de que se marchara, él fue a buscarla al establo de camino al barco en el que tenía que embarcar. Ella terminó de llenar el saco de heno y lo colgó del cubículo en que estaba el poni, haciéndole una caricia en el cuello, ancho, antes de cerrar la media puerta tras ella. Después de cepillarse algunas pajas de los pantalones, abrazó a Alec.

El joven estaba pálido; ella se dio cuenta de que tenía ojeras y de que los huesos de las mejillas parecían perfilársele más, a pesar de que las últimas dos semanas las había pasado de permiso. Apenas le devolvió el abrazo, parecía distraído. Ella sabía que tenía la cabeza ya en el mar.

Por su bien, le habló con voz suave, tratando de mantener el ánimo, pensando que así a él le resultaría más fácil partir.

—Bien, cuídate. Ya nos veremos.

Pero en lugar de sonreírle como ella había esperado, la cara se le oscureció, iracunda. Y entonces, sin previo aviso, dio un golpe al enlucido del establo a pocos centímetros del hombro de ella.

Flora se estremeció involuntariamente e hizo una mueca al verle los nudillos ensangrentados y la mancha roja en el enlucido.

—¡Alec! —jadeó, sorprendida y asustada —. ¿Qué te pasa?

En ese momento, pensó que apenas lo conocía. La amabilidad y caballerosidad del protector de su infancia habían desaparecido y en su lugar vislumbró en él la posibilidad de una violencia tremenda, de una ira y una tristeza que podrían llevárselos por delante a los dos. Eso la aterrorizó.

Él se tapó la cara con las manos, tenía el cuerpo destrozado por unos sollozos que trataba de silenciar.

Con mucho cuidado, no fuera a ser que volviera a arremeter otra vez contra algo —y que, en esta ocasión, lo hiciera contra ella—, lo rodeó con los brazos y le colocó la cabeza sobre el hombro, sujetándolo mientras sollozaba, ahora haciendo más ruido.

—No puedo… —articuló por fin, cuando se hubo calmado lo suficiente como para volver a hablar—. Es que no puedo hacer esto, Flora. No puedo seguir dejándote. No puedo volver ahí fuera. No puedo mirar más barcos bombardeados. No puedo navegar pasando de largo de hombres que gritan pidiendo ayuda. No puedo dar más órdenes que sé que causarán más muerte y más sufrimiento.

Ella lo consoló acariciándole el cabello, liso y oscuro, apartándoselo de la frente, y le buscó los ojos.

—Alec, ¿recuerdas el día en que te encontré en los establos? ¿El día en que ibas a irte al colegio por primera vez?

Él asintió con la cabeza, con los ojos rojos, apenas capaz de mirarla a la cara.

—¿Y te acuerdas de lo que te dije entonces? ¿De que estaríamos aquí, esperándote? ¿Ruaridh, el poni, yo? Bien, pues seguiremos aquí. Volverás y yo seguiré aquí. Te lo prometo.

Sus palabras destilaban mayor confianza de la que sentía. Así de furioso, con esa rabia inútil, no parecía él y eso había sembrado la semilla de la desconfianza en ella.

Flora podía sentir la distancia que se abría entre ellos otra vez, pues él se estaba volviendo más inalcanzable, se apartaba de ella. La distancia física que se impondría entre ellos cuando él fuera a cumplir con su deber para con su país una vez más era algo que ella sabía que podría soportar, pero también se estaba alejando emocionalmente. Y esa era una distancia que la asustaba mucho más. Era una distancia que no estaba segura de poder acortar.

Sintió una punzada de culpa. ¿Era correcto animarlo a partir, a que volviera a enfrentarse de nuevo al terror y el tedio de los convoyes? Cuando era niño, que se fuera al colegio había supuesto sin duda un coste emocional. Marchase ahora para hacer frente a la muerte y la desolación del océano Ártico tendría un coste mucho mayor. Pero ¿qué iba a ganar si le rogaba que no se fuera? Solo serviría para ponerle las cosas todavía más difíciles. Sabía que no podía desertar y que no lo haría.

Una vez más, no obstante, como ya había ocurrido tantos años atrás, sus palabras parecieron tranquilizarlo y calmarlo. Poco a poco, él fue levantando los ojos para mirarla mientras el dolor se disolvía en ellos al sostenerle ella la mirada.

El joven respiró hondo y los temblores que sufría se atenuaron a medida que recobraba el control. Ella asintió con la cabeza, tranquilizándolo sin palabras.

—Lo siento —susurró él—. Es que a veces es insoportable.

Ella se llevó a los labios aquella mano de nudillos ensangrentados y la besó con delicadeza.

Desde la bahía, el sonido de una sirena de barco les llegó transportado por el viento.

Él se cuadró de hombros, irguiéndose todo lo alto que era, y Flora vio cómo se armaba de valor para partir.

—¿Qué te parece si antes te despides de Ruaridh y de mi padre? Además, también hay que curarte esa pobre mano.

Él asintió con la cabeza, colgándose al hombro su mochila, y ella lo

tomó de la mano y caminó junto a él entre los pinos en dirección a Keeper's Cottage con la esperanza de que reuniera fuerzas al pasar el rato que le quedaba allí con ellos.

Después de que se despidiera de Iain y Ruaridh, tomó a Flora en los brazos cuando ya salía por la puerta y ambos se quedaron así, en silencio, pues no había nada que decir, ya que el tiempo se les acababa, solo les quedaban los latidos del corazón. Ella lucía el broche que él le había regalado, prendido en el jersey. Aquel broche era lo único que evitaba que el corazón se le rompiera en mil pedazos al verlo partir.

Capítulo 29

Lexie, 1978

Dudo antes de abrir la puerta de entrada del salón. Es la primera vez que Daisy y yo volvemos a participar en el grupo de juegos desde que sufriera el accidente y me pregunto cómo le sentarán la emoción y el ruido. Llevamos en casa unos diez días, pero la verdad es que todo el mundo nos ha dado tiempo y espacio para que nos recuperemos. No he visto a nadie, aparte de a Bridie y a Mairi, que han venido para traerme pan y leche y un buen tarro con caldo casero.

Para ser sincera, también siento una punzada de autoprotección, pues me pregunto cómo van a juzgarme las otras mamás. Solo puedo imaginármelas diciendo: «Vaya, vaya», afirmando que ellas nunca hubieran dejado a sus propios hijos correr así por el embarcadero.

Pero no hacía falta haberse preocupado, en cualquier caso. Daisy hace ruiditos mientras la tengo en brazos, feliz de que la ponga en el suelo para jugar con los demás niños, y el pequeño Jack se acerca enseguida para dedicarle un abrazo tímido y darle una pandereta. Mi hija acepta ambas cosas con una sonrisa.

Elspeth cruza el salón a toda prisa para envolverme en un abrazo de los suyos antes de que otras madres nos rodeen diciendo lo mucho que nos han echado de menos y lo contentas que están de que hayamos vuelto. En cualquier caso, parecen más solidarias que nunca. Quizá lo de que iban a juzgarme hayan sido solo imaginaciones mías; quizá lo único que siempre he temido ha sido mi propio juicio sobre mí misma. Tal vez Davy tenía razón y lo que me hace falta es ser un poco más indulgente para conmigo en lugar de ser tan dura.

—No ha sido lo mismo sin ti, Lexie —me asegura Elspeth—. He hecho lo que he podido para llenar el vacío, pero no recuerdo las canciones tan bien como tú.

—¿Qué vamos a cantar hoy? —pregunta alguien.

Meto la mano en mi bolso y saco el viejo libro de canciones de mi madre.

—Pensé que tal vez *The Bonnie Lass o'Fyvie-O* sería la mejor.

Echo un vistazo para encontrar la página que he marcado y la pongo en el piano. Los niños se reúnen a nuestro alrededor, expectantes, y las madres reparten los instrumentos que hemos improvisado entre nosotras, que van desde frascos de plástico llenos de macarrones que se pueden agitar como si fueran un sonajero a cacerolas para golpear con cucharas de madera; estos son los más caseros. Luego tenemos otros más convencionales: xilófonos y un triángulo. Elspeth se pone a Daisy en el regazo y le sonrío para expresarle mi gratitud al tiempo que empiezo a elegir las notas. Me gusta estar de vuelta con el grupo, después de todo, y no percibo ni un ápice de condena por parte de las demás madres. En lugar de eso, siento su apoyo, dándonos la bienvenida. Las voces se juntan, se mezclan para llenar la estancia con la música que nos han enseñado nuestros padres, y a ellos los suyos, mientras cantamos canciones que nos unen a nuestro pasado común y que unirán a nuestros hijos en el futuro.

e

Después de la sesión, ayudo a Elspeth a llevar a casa parte de la parafernalia colgando de la sillita de Daisy una bolsa llena de instrumentos. Fue ella quien los recogió del embarcadero el día que los dejé allí abandonados, cuando el accidente, y tiene más sentido que sea ella quien los guarde en su casa: cuenta con más espacio que yo en la mía y además la suya queda más cerca del salón del ayuntamiento.

—¿Quieres quedarte a comer algo? —me propone cuando llegamos a la puerta amarilla.

Pero Daisy parece agotada después de todas las emociones de la mañana, así que le digo que será mejor que volvamos a casa para que pueda darle de comer y ponerla a dormir una siesta.

Elspeth asiente con la cabeza.

—El sol y el aire fresco le harán bien de camino a casa, volverá a tener las mejillas rosaditas. Cuídate, Lexie. Hasta pronto.

Daisy dice adiós con la manita y yo giro la sillita de paseo y me encamino a Keeper’s Cottage. Mientras vamos a casa, le voy cantando para que se mantenga despierta, no quiero que se duerma antes de que le haya dado la comida, y de vez en cuando canta conmigo, contenta, pataleando cuando entonamos el estribillo.

Cuando llegamos a casa, cerca del embarcadero, a nuestras voces se une un silbido, una melodía perfecta que hace que cada nota suene tan clara como el trino de un pájaro. Daisy deja de cantar y se ríe al ver que la cabeza de Davy asoma detrás de la madreselva que trepa por la valla de enfrente de su casa. Está de rodillas, recogiendo frambuesas de las matas que han crecido por entre el seto.

Nuestro encuentro resulta un poco extraño, ya que no nos habíamos vuelto a ver desde el accidente. Quizá haya estado evitándome. O quizá sea yo quien le haya estado evitando. He pensado en llamarle por teléfono para darle las gracias como es debido, pero la verdad es que todavía no lo he hecho.

—Hola a las dos —saluda, poniéndose en pie y sacudiéndose la tierra de las rodillas—. Caramba, qué maravilla veros a ambas de nuevo, bien y saliendo de casa. Habéis estado ocupadas haciendo música, ¿verdad?

Abro los brazos y le doy un abrazo fuerte, sin decir nada de momento.

—Davy, yo… Gracias. Muchas gracias por lo que hiciste.

Me sonríe, las comisuras de los ojos se le arrugan, y sacude la cabeza, como si no hubiera nada que agradecer.

—Siento mucho que pasara. Tendría que haber prestado más atención.

—La responsabilidad de vigilarla era mía, no tuya.

—Bueno, me alegro de que al fin haya pasado y todo haya quedado en nada. —Alarga un dedo y le toca la mejilla.

—¿«Arco»? —tantea Daisy, señalando esperanzada al embarcadero. El accidente no parece haber afectado su entusiasmo por el mar ni siquiera un poquitín.

—Ya he salido esta mañana —le dice, y le ofrece un tazón de frambuesas. Ella toma una y la mira pensativa antes de metérsela en la boca—. Saqué al *Bonnie Stuart* hasta más allá de la bahía y he pescado un salmón salvaje estupendo.

—«Mon» —valora Daisy en tono aprobatorio.

—Pero volveremos a salir con el barco uno de estos días, cuando haga menos viento, ¿qué te parece? Hoy hace todavía un poco de fresco.

—Eso sería estupendo —le digo, pues mi hija se muestra demasiado ocupada tratando de alcanzar otra frambuesa como para contestarle.

Pesco en el bolsillo un pañuelo que saco para limpiarle los dedos, manchados de frambuesa.

—Y ahora será mejor que me la lleve a casa y le dé de comer. Vaya; según parece, ya ha acabado con la mayor parte de tus frambuesas.

—Adiós, Daisy —se despide, y estrecha la manita pegajosa en la suya—. Nos vemos, Lexie.

Giro la sillita de paseo en dirección a casa.

—De acuerdo. —Y sonrío—. Hasta luego, Davy.

Y mientras seguimos nuestro camino por la carretera, el viento trae hasta nosotras las suaves notas de alguien que silba *The Bonnie Lass o'Fyvie-O*.

Capítulo 30

Flora, 1942

Por lo general, el verano en Escocia nunca parecía durar lo suficiente, pero aquel año a Flora, Mairi y Bridie se les hizo interminable. Trataron de veras de dar gracias por que hiciera buen tiempo y los días fueran más largos, a sabiendas de que eso haría que la vida a bordo de un barco fuera un poco más fácil para Alec, Roy y Hal, así como para los miles de jóvenes que navegaban sin descanso por los mares del norte. Pero cuando las tres se reunían, podían confiarse las unas a las otras el deseo secreto y compartido de que el verano llegara a su fin y de que los vientos del otoño llevaran de vuelta a sus hombres a Loch Ewe.

Flora agradecía que sus deberes la mantuvieran tan ocupada como estaba. Mairi y ella habían sido elegidas para recibir formación médica básica y pasaban más tiempo conduciendo la ambulancia que les habían asignado, trabajando en equipo. Se sabían las carreteras que rodeaban la bahía como si fueran la palma de su mano y hacían carreras casi a diario llevando a los enfermos y los heridos de un sitio para otro entre la enfermería de Mellon Charles y el hospital de Gairloch.

—No puedo acostumbrarme a lo mucho que ha cambiado todo —reflexionó Flora. Las habían enviado para recoger a un oficial polaco en su alojamiento de Poolewe, pues tenían que tratarle un absceso en un diente. Por el camino, iba charlando con ellas, describiéndoles cómo había conseguido escapar de Varsovia cuando llegaron los alemanes y lo decididos que él y sus colegas estaban a recuperar su país de manos de los nazis. Lo dejaron en el hospital y él las saludó con elegancia mientras se alejaban—. Quién iba a decirnos que acabaríamos haciendo esto. —Acarició el volante de la ambulancia.

—Lo sé, es raro, ¿verdad? Pero, al mismo tiempo, ahora se ha convertido en algo normal. No puedo imaginarme volviendo a ser como era antes, ocupándome solo de la granja y de los niños. ¿Crees que algún día nuestra vida volverá a ser lo que era?

Flora se encogió de hombros.

—La guerra se acabará tarde o temprano. Pero tienes razón: creo que cuando termine nos daremos cuenta de que nos ha cambiado la vida para siempre, para bien o para mal, supongo.

Mairi se volvió para mirar a su amiga.

—¿Te has enterado? Quieren organizar fiestas con música para entretener a las tropas. Vi el anuncio en la cantina, pedían voluntarios. Deberías cantar para ellos, Flora. No tardarían ni un segundo en aceptarte.

—Oh, no estoy segura de tener el valor de cantar frente a una audiencia así.

Flora sacudió la cabeza despacio. Estaba deshecha. Le hubiera encantado cantar en un concierto, la verdad, pero podía imaginarse lo que diría sir Charles si se enteraba. Sería otro punto negativo en su contra; meterse en semejantes frivolidades mientras Alec estaba fuera, en el mar. Desde luego, lo desaprobaría. Y no estaba muy segura de que Alec no lo desaprobara también. El estallido de rabia que había sufrido había sembrado la semilla de la duda en ella. No sabía muy bien por qué aquello la había puesto tan nerviosa, pero en aquel momento le había parecido que él se había convertido en otra persona, no en el Alec al que ella pensaba que conocía.

—Flora Gordon, ¿eres una mujer o un ratón? Nunca habías tenido miedo de cantar. Y esa voz…, sería un crimen que no la compartieras con esos pobres hombres y mujeres que están atrapados aquí, tan lejos de su casa y soñando con pasarlo bien una noche.

Flora rio.

—¿Me estás desafiando, Mairi Macleod? Porque sabes de sobra que tú también tienes una voz más que buena para cantar, así que podría decirte lo mismo.

—¡Desde luego que te estoy retando, si eso es lo que hace falta! Pero sabes de sobra que no tengo la voz que tú tienes. Aunque supongo que Bridie y yo podríamos cantar contigo, si de verdad no te atreves de cantar tú sola frente a una audiencia tan grande. De hecho, ¡a Bridie le encantaría! Vamos, intentémoslo.

Y así fue como las tres amigas se convirtieron en Los Pájaros Cantores de Aultbea. Aparecían con regularidad en los conciertos semanales en el salón de actos del pueblo y se hicieron muy populares. Seguro que Alec no pondría ninguna objeción, se dijo Flora a sí misma, si cantaba formando parte de un grupo, poniendo su granito de arena para mantener la moral alta. Y si empezaba a imaginarse adónde podría llevarla su voz, eran sueños que jamás compartía con nadie, ni siquiera con Mairi y Bridie, a pesar de que le habían dicho muchas veces que tenía una voz tan bonita que cualquiera pagaría un buen dinero por escucharla.

Lejos de la diversión y las risas y los aplausos del auditorio, durante las largas tardes de verano, una vez había recogido la cena y quedaba libre, Flora subía por la colina hasta llegar donde se encontraba la laguna. A veces pescaba truchas, a las que veía brillar por entre los tallos de los nenúfares, pero lo que hacía más a menudo era sentarse, perdida en sus pensamientos, mirando a lo lejos, al mar, imaginándose a Alec allí, en alguna parte, y preguntándose si las olas que chocaban con las rocas a la entrada de la bahía se habrían topado con el barco de él en su camino hacia las costas del norte de Escocia. Una vez, mientras estaba sentada junto al estanque plateado, en las faldas de las colinas, vio a un ciervo que la miraba, quieto y en silencio, desde más arriba de donde ella se encontraba; y, más arriba todavía, el canto de las alondras flotaba en el aire de la noche.

Por fin, a finales de agosto, las hojas de los helechos empezaron a tornarse broncíneas y de las ramas de los serbales comenzaron a colgar racimos de bayas de color escarlata. Cuando aparecieron sobre los cielos las primeras bandadas de gansos, con sus roncos graznidos, anunciando el final del verano, se retiraron las redes de protección de la bahía para permitir que tres barcos mercantes entraran; había empezado a reunirse el siguiente convoy ártico. Ruaridh resultó ser una buena fuente de información, pues controlaba las últimas llegadas desde su puesto en la estación de señales allá arriba, en la colina. De ese modo, mantuvo informadas a Flora, Mairi y Bridie.

—Son barcos británicos, llegan de la costa este desde Tilbury y Hull. Pero dicen que hay otro convoy atlántico que viene de camino y algunos de los barcos de la marina mercante estadounidense traen suministros para Rusia. Así que tal vez veamos a Roy y Hal a no mucho tardar.

Bridie y Mairi no habían recibido ninguna postal de los hermanos desde hacía un par de semanas. Tenían la sensación de que eso podría ser o muy bueno o muy malo, así que miraban al horizonte incluso con mayor frecuencia con una mezcla de anticipación y miedo. Flora había sabido de Alec que seguía ocupado patrullando la costa de Islandia, pero ella también esperaba impaciente el regreso del *Isla.*

Según subía el sol por encima de las colinas, Flora y Mairi preparaban la ambulancia para el día, haciendo las comprobaciones rutinarias. Mairi se aseguró de que disponían de todo lo necesario en el botiquín de primeros auxilios, mientras Flora secaba la condensación que el frío de la noche había dejado en el parabrisas. Tenían órdenes de llevar a un paciente al hospital y de recoger a dos soldados a los que iban a dar de alta, y devolverlos a su base en el viaje de vuelta.

Hacía uno de esos días tranquilos de primeros de otoño en que la tierra y el mar parecían haber recibido una nueva capa de pintura: el

agua tenía el color de la aguamarina más pura y el verde de las colinas se veía salpicado aquí y allá por el dorado de los alerces. Aun así, los dos soldados, que resultaba que pertenecían al regimiento indio acampado más allá de Mellangaun, parecían un poco tristes cuando los dejaron en el campamento.

—Me dan pena —confesó Mairi—. Para ellos tiene que ser un trauma tener que vivir en tiendas de campaña en estas latitudes. Están acostumbrados al calor y al polvo, no a la lluvia y el barro. Y en cuanto a la comida… En fin, no me extrañaría que estos dos acabaran con semejantes molestias en el estómago. La comida del hospital no les habrá ayudado mucho a mejorar.

—Lo sé —asintió Flora—. Pero, aun así, no estaban tan desanimados como para olvidarse de flirtear con nosotras de camino a Gairloch.

—Desde luego —concedió Mairi—. Parece que el frío no les ha enfriado las ilusiones románticas. Aunque creo que es muy probable que lo que les pasa es que están solos, nada más…

Se interrumpió de repente, distraída al ver un barco que acababa de aparecer a la vista. Protegiéndose los ojos del sol, se echó hacia delante en su asiento, tratando de divisar la bandera izada en cubierta. Esta se desplegó poco a poco bajo la insistencia de la ligera brisa y dejó ver las inconfundibles barras y estrellas de la bandera estadounidense.

Flora detuvo el vehículo al borde de la carretera, en un punto desde donde se veía la bahía, en la que estaban anclados los cargueros británicos. Las jóvenes observaron cómo los remolcadores maniobraban para abrir las redes y permitir así que el barco entrara al puerto de Loch Ewe. Y entonces, de repente, Mairi saltó del vehículo y se puso a sacudir la gorra de WRNS por encima de su cabeza. Y en ese momento, el sol del otoño brilló sobre el cabello rubio de los dos marineros que le devolvían el saludo, igual de entusiasmados, desde sus puestos en cubierta junto al mástil de la bandera.

e

El otro lado de la bahía estaba abarrotado de barcos mercantes y la escolta naval se había reunido en Mellon Charles. La semana siguiente, el primer convoy de la temporada partiría desde Loch Ewe, pero en esos momentos apenas se podía ver el agua entre los barcos debido a la densidad de la flotilla.

El salón del ayuntamiento de Aultbea estaba igual de abarrotado para el baile del viernes por la noche cuando Flora, Mairi y Bridie llegaron con sus propios escoltas, Alec, Roy y Hal. A petición popular, Los Pájaros Cantores de Aultbea ofrecerían un par de canciones más tarde, pero lo primero fue salir a la pista mientras la banda tocaba;

tenían que aprovechar al máximo los pocos días que podrían pasar juntos.

Flora se había sentido incómoda en compañía de Alec cuando este volvió de permiso. El destello de mal genio que había visto en él, tan alejado de su dulzura habitual, seguía enervándola. Había tratado de quitárselo de la cabeza diciéndose a sí misma que solo era el estrés de los convoyes y el pensar que tenía que volver a embarcarse durante tantos días. Pero había acabado por darse cuenta de que en el momento en que golpeó la pared con el puño había visto algo más en él, algo que la hizo retroceder: se parecía a su padre. No podía quitarse eso de la cabeza, ni tampoco los moratones que le había visto a lady Helen por la parte de debajo de la muñeca aquella noche en que la ayudó a servir la cena.

La ausencia de Alec había dejado un vacío que dudas y miedos podrían llenar con facilidad. Y tal vez era por eso por lo que se mantenía siempre tan ocupada. Al igual que en los conciertos de la noche, se lanzaba a su trabajo durante el día, ocupándose de manera voluntaria de tareas adicionales, como mantener los motores de los barcos más pequeños, además de ocuparse de las ambulancias de la base. Pronto descubrió que se le daba bien hacer que los motores más díscolos volvieran a la vida a pesar de la humedad y de la sal. Distraerse cantando y con el trabajo, además de la camaradería de las demás WRNS con las que trabajaba, la había ayudado a pasar el tiempo mientras Alec estaba lejos. Más aún, también estaba desarrollando un sentimiento de que cumplía con una tarea: un sentimiento de quién era y de la voz que tenía. Pero ¿le gustaría a él aquella nueva faceta suya? Flora pensó en lady Helen, que siempre tenía el aspecto de ser solo la sombra de la mujer que en realidad podría haber sido. ¿Empezaría ella misma a desaparecer también si se casaba con Alec?

A pesar de sus miedos, cuando lo vio en el umbral de la puerta de Keeper’s Cottage de nuevo le pareció que se había vuelto más precavido, que había perdido parte de su antigua seguridad en sí mismo, de la misma manera que ella se había vuelto más fuerte y tenía más confianza en lo que hacía. El joven dudó, como si no estuviera seguro de que fuera a darle la bienvenida, pero ella abrió los brazos enseguida y lo abrazó, haciendo desaparecer la distancia que los separaba, dándole seguridad con un beso que quería decir que todo iba bien y que ella todavía lo amaba. Se dijo que solo hacía falta un poco más de tiempo para que ambos volvieran a acostumbrarse a estar juntos. Trató una vez más de dejar de lado la imagen de él con la cara oscurecida por la ira el día que dio un puñetazo a la pared del establo. Cada vez que pensaba en eso, el rostro que veía era el de sir Charles, y esa imagen la inquietaba mucho más que la ira de Alec.

Su antigua cercanía fue volviendo, no obstante, según pasaban tiempo juntos paseando por la costa o por las colinas más allá de Ardtuath House. También era más fácil cuando estaban con Mairi y Roy y Bridie y Hal, cuya alegría era contagiosa.

e

Ese mismo día, pronto, antes del baile, las tres parejas habían salido de pícnic por las colinas hasta la bahía de Slaggan y habían extendido unas mantas en el suelo sobre la hierba, junto al borde de arena dorada. Desde aquel punto, los barcos que moraban en la bahía quedaban ocultos por el brazo de tierra que cerraba la playa, lo que les permitía olvidarse de la inminente partida del convoy una o dos horas después.

Roy y Hal contaban historias de sus viajes cruzando el Atlántico desde la última vez que estuvieron en Aultbea, viajes que los habían llevado hasta Portsmouth y Liverpool.

—En cierto modo fue frustrante estar tan cerca y tan lejos al mismo tiempo —confesó Roy.

Hal sonrió.

—Tratamos de que nos dieran permiso para ver si podíamos tomar un tren y venir hasta aquí, aunque solo fuera por un día. Pero no teníamos papeles para viajar, así que tuvimos que volver antes de poder siquiera salir del puerto.

Estaban orgullosos de formar parte de la tripulación del *Patrick Henry,* uno de los buques más nuevos de la clase Liberty, que los estadounidenses estaban construyendo en tiempo récord para reemplazar a los barcos que se perdían en los ataques enemigos.

—Lo botó el propio Franklin Delano Roosevelt —detalló Hal.

—Es un bonito nombre para un barco —opinó Bridie, tomando una brizna de hierba y mordiéndola pensativa—. Sea como fuere, ¿quién es el tal Patrick Henry?

—Fue el tipo que dijo: «Antes muerto que no ser un hombre libre». Este nuevo tipo de barcos va a traer la libertad a Europa. —Hal alargó un brazo y le dio una clavelina de mar que había arrancado de la media luna de vegetación que crecía junto a la playa—. Para usted, milady.

La joven se rio y se puso la flor entre los rizos oscuros, desde donde los pétalos rosas le resaltaron el rosado de las mejillas, coloreadas por la acción del viento y del sol.

«Está muy guapa», pensó Flora, «porque está feliz. Hoy todos lo estamos». Pero entonces bajó la vista y miró a Alec a la cara. Yacía echado sobre la manta de tartán, apoyado en los codos, mirando cómo los rayos del sol se reflejaban en las aguas de la bahía. Incluso así, relajado, desprendía algo oscuro, algo que lo corría por dentro, oculto

bajo la sonrisa que le dedicó cuando vio que lo miraba.

El destructor en el que había estado embarcado acababa de regresar de patrullar el paso norte entre las islas Orcadas y las Shetland.

—¿Cómo es todo por allí arriba? —le preguntó Roy.

Alec permaneció en silencio unos momentos, dudando si permitir que la realidad de la guerra ensombreciera aquel día. Pero entonces se puso a describir los paisajes de otro mundo que había visto: las Orcadas, dispersas y bajas, con sus playas pálidas y sus campos verdes; las agrestes colinas de las Shetland, que se alzaban frente a las olas como una fortaleza, fuertes y amenazantes; e Islandia, con esas extrañas playas de arena negra y esos volcanes cubiertos por el hielo. Habló con tranquilidad del último convoy ártico que había navegado desde Reikiavik a principios del verano.

—Era inmenso, casi unos cuarenta barcos, y el viaje también fue más largo esa vez, todo el camino hasta Arcángel. Sabíamos que era un riesgo, pero esperábamos que navegar más al norte sería mejor. —Entonces se quedó en silencio un momento, mirando, discreto, las olas que bañaban la arena—. Fue un desastre. Los alemanes localizaron el convoy y nos atacaron. Estábamos listos para repeler el ataque, pero entonces llegó una orden desde el Almirantazgo en Londres que decía que la escolta naval debía regresar. Todavía no puedo entender en qué demonios pensaban. Todos los que allí se encontraban estaban convencidos de que era un error. Abandonar a aquellos hombres de los cargueros fue uno de los peores momentos de mi vida. Sabíamos que, una vez nos fuéramos, entre los submarinos y la Luftwaffe acabarían con ellos.

Apartó la cabeza lejos de los demás, pero no antes de que Flora se diera cuenta de cómo se le reflejaba el dolor en la cara; eran unos recuerdos demasiado difíciles de soportar. Alargó una mano para alcanzar la de él y entrelazar los dedos con los suyos, para apartarlo así de la oscuridad de aquellos pensamientos y devolverlo a la luz del sol suave del otoño que lo bañaba y le daba su brillo curativo.

Haciendo un esfuerzo, él se recompuso y le dio un apretón de agradecimiento. Sacudió la cabeza, como si tratara de dejar de lado unas imágenes que se le habían quedado grabadas en la mente.

—Perdimos veintisiete barcos y cientos de hombres a manos de los submarinos y los aviones alemanes. Al final, solo once llegaron hasta Arcángel. Fue entonces cuando decidieron suspender los viajes para lo que quedaba del verano. Así pues, en lugar de eso hemos pasado los últimos meses patrullando el extremo occidental del océano Ártico, procurando detener a los barcos alemanes que tratan de pasar desde el este para atacar convoyes en el Atlántico. Sabemos que tienen al *Tirpitz* escondido un uno de los fiordos noruegos, es uno de sus mayores barcos de guerra y no queríamos arriesgarnos a que pudiera

atravesar nuestro control y llegar al Atlántico.

—Menos mal, compañero —suspiró Hal—. Cuando estábamos cruzando el océano nos tranquilizaba saber que vosotros los de la Marina nos guardabais las espaldas.

Los demás cambiaron de tema con tacto al notar que Alec se sentía incómodo. Pero a Flora le parecía que las sombras que los rodeaban se estaban haciendo más intensas y que si escuchabas con atención el sonido de las olas al llegar a la playa llevaba consigo ecos tristes, los gritos de las almas que se habían perdido. Se acercó un poco a él, tratando de estrechar el espacio que parecía amenazar con llevárselo de su lado otra vez, y se sentaron en silencio, dejando que la conversación fuera y viniese a su alrededor.

e

Aquella noche, en el baile, Flora lo abrazó con fuerza mientras el acordeón tocaba el último vals. Alec había aplaudido con tanto entusiasmo como los demás cuando ella cantó *The Eriskay Love Lilt*. Pero, aun así, se daba cuenta del precio que aquellas pérdidas le estaban cobrando. Solo podía imaginar lo que él había visto durante el tiempo que había navegado junto a los convoyes: barcos incendiados; cadáveres de hombres ahogados y quemados que habían sacado del agua como habían podido; los entierros en el mar a medida que más jóvenes iban siendo enviados a una tumba fría y sin lápida, una tumba que nadie visitaría. Y peor habría sido con aquellos a los que hubieran dejado atrás, en el agua, navegando por entre brazos extendidos y gritos desesperados de súplica, sin poder ayudarlos. Y se imaginó la última oleada de telegramas que llegarían a muchos hogares por toda Inglaterra y por Estados Unidos, cómo las familias recibirían en la puerta una llamada ni mucho menos bienvenida que anunciaba la entrega de un trozo de papel que sería todo lo que les quedaría de su padre, de su hijo.

Deseaba con todo su corazón que la música no cesara; que pudieran quedarse allí bailando, abrazándose, para siempre. Porque así no habría ni más dudas ni más temores, no haría falta decirse adiós. Y no tendría que ver cómo su barco se alejaba con la marea de la mañana, que los separaba una vez más mientras a él lo esperaban el frío brutal y el miedo implacable de otra jornada ártica.

e

La lluvia caía sin cesar y los alerces lloraban lágrimas doradas el día en que Hamish McTaggart recorrió con su bicicleta una vez más, despacio, la corta distancia que separaba la oficina de correos de la casa que se encontraba al final del embarcadero. Y esta vez el

telegrama que llevaba, dirigido al señor y la señora Carmichael, le pesaba mucho más en la cartera de cuero que cualquier otro que hubiera entregado el año anterior. Estaba ahí en el momento en que la señorita Cameron transcribía al detalle las palabras y se lo entregaba, asintiendo con la cabeza.

> *Lamentamos enormemente informarles de la muerte de sus hijos John Archibald Carmichael y James Ross Carmichael en el campo de batalla en El Alamein. Se enviará una carta.*

Capítulo 31

Lexie, 1978

—¿Cómo fue que te enviaran a Aultbea como evacuado? —le pregunto a Davy.

Está sentado en la cocina, pues ha venido a casa para ver cómo estaba Daisy y ha aceptado mi invitación para entrar a tomar una taza de té. Me gustaría quedarme con parte de lo que ha pescado hoy para preparar la cena.

Se echa azúcar en la taza y lo remueve, pensando en lo que le acabo de preguntar.

—Era tan pequeño que la verdad es que no me acuerdo muy bien del día en que llegamos. Creo que todavía recuerdo un poco del viaje en autobús, los nervios por vernos enviados lejos de nuestra casa mezclados con la emoción de ver el mar. Eso es lo que nuestra madre nos había dicho, que iríamos a la costa, según me contó Stuart. Que viviríamos en la costa. Recuerdo cómo me olía el abrigo a vómito porque devolví y no había nada en el autobús para limpiarlo. Y me parece que también recuerdo la mesa con caballetes a la que nos sentamos junto con los demás niños y que nos sirvieron carne picada con puré de patatas, aunque puede que eso sea algo que Stuart me contó mucho más tarde. Lo primero que conservo en la memoria con toda seguridad es una estrella de mar que vi en un charco de una roca un día y el modo en que chirriaba la tiza del profesor sobre la pizarra en la clase. Debía de tener unos seis años por entonces. Y recuerdo los días en que llegaron los telegramas para los Carmichael. El primero, informando de que Matthew había desaparecido y de que probablemente había muerto en el Lejano Oriente, y luego el de Johnny y Jamie en El Alamein.

Se queda en silencio y se vuelve hacia la ventana, mirando a la bahía. Pero me da la sensación de que no ve el agua, que brilla como si fuera plata bajo el sol contra el fondo de colinas de color púrpura que hay más allá; y no, tampoco oye los graznidos de las gaviotas que la sobrevuelan. Lo que sí está viendo es cómo el dolor destroza la cara de Archie Carmichael y escucha los gritos de angustia de Moira, que le

salen de muy dentro y que se resumen en una única palabra: «¡No!».

Por fin, baja la vista y mira la taza de té que sujeta entre los dedos, unos dedos callosos y bronceados, como si le sorprendiera tenerla ahí. Toma un sorbo.

—Debió de ser horrible para Stuart y para ti presenciarlo —apunto con delicadeza.

—Fue horrible estar en la casa, oír cómo llamaban a la puerta, echar un vistazo desde la ventana de nuestra habitación y ver ahí al señor McTaggart sabiendo lo que traía consigo. —Asiente con la cabeza—. Pero lo que vino después fue incluso peor. Los Carmichael eran amables, pero mi hermano y yo siempre tuvimos la sensación de que no deberíamos haber estado allí. De que estábamos apropiándonos del sitio que tendrían que haber ocupado sus hijos. Detestábamos ser el recordatorio de lo que habían perdido, los chicos equivocados que vivían bajo su mismo techo, que dormían en las camas de sus hijos muertos. Las cosas de sus chicos estaban por todas partes: las estanterías estaban llenas de sus libros sobre los ases de la aviación de la Primera Guerra Mundial y sus tebeos; sus palos de jugar *shinty*[29] seguían en el porche de la puerta principal; la colección de sellos de Matthew…, los vidrios de colores que Jamie recogía en la playa…, los esbozos de aves marinas que hacía Johnny. Tenían sus fotos enmarcadas en la repisa de la chimenea, eran el orgullo y la alegría de los Carmichael, y yo casi no podía mirarlas. Parecían tan llenos de vida en aquellas fotografías; no podía creerme que hubieran muerto.

Como si notara su tristeza, Daisy se acerca tambaleante adonde está y se le agarra a la rodilla para no caerse. Luego le da su conejito azul. Él le sonríe, la levanta y se la coloca en el regazo, tomando la precaución de poner lejos de su alcance la taza de té caliente. Sin embargo, me doy cuenta de que está distraído, de que sigue todavía en aquella casa demasiado vacía de su infancia.

—Nosotros andábamos por ahí, tratando de no molestar a la señora C. en esos días tan difíciles. Tuvo muchos, eran días en que apenas podía levantarse de la cama. ¿Y cómo íbamos a culparla? Y menos habiendo perdido a sus tres hijos de aquella manera. Lo mismo les ocurrió a muchas otras familias en las Tierras Altas. Y para estos pueblecillos de granjeros, quedarse sin los jóvenes fue una tragedia.

Pienso en mi madre y en los Carmichael y en todos aquellos que tanto perdieron en la guerra. Fueron una generación que tuvo que acostumbrarse a las despedidas. Me doy cuenta de la suerte que tuve de haber nacido justo cuando la guerra acabó, de pertenecer a una generación que solo conoce el optimismo de un futuro en paz.

Miro a Davy sonreírle a mi hija y tomarle la manita en la de él, mucho más grande, para jugar un juego de dedos. Tiene los ojos oscuros como una tormenta marina, pero también desprenden el calor

de una piedra que se ha calentado al sol en una tarde de verano. En la cara se le ven las arrugas que le han ido dejando la historia de su vida, la brisa del mar y las pérdidas que ha tenido que soportar. Y al mismo tiempo, parece en paz consigo mismo y con el mundo, que tanto le ha arrebatado. Pienso en él en el bar, tocando con su grupo, en cómo la música parece fluir por él hasta un punto en que resulta difícil decir dónde acaban sus brazos y dónde empieza la guitarra, porque ambos forman parte de la misma canción. Puede que tocar le haya servido para sanar en parte esas viejas heridas. Le han dejado cicatrices, por supuesto. Pero tal vez tocar y cantar unas canciones que antes cantaron muchos otros lo haya llevado hasta un lugar donde él ha sido capaz de encontrar una forma de convivir con la pérdida. Quizá sea esa la única manera de lidiar con la pena. Supone un peso enorme para llevarlo a cuestas uno solo, pero saber que hay otros con quienes compartirlo siempre ayuda.

Mi propia pena ha sido una carga muy pesada para mí. Tanto que he hecho todo lo posible para dejarla de lado, para hacer como si no existiera. Ahora me doy cuenta.

Daisy sonríe y alarga un brazo para tocarle la cara, insistiéndole para que juegue con ella a ese juego con los dedos.

—¡Gané!

Y cuando él hace lo que le pide, algo en mi interior parece cambiar, deshacer ese nudo de dolor frío que lleva tanto tiempo ahí.

Levanta la vista hacia mí y me ve algo en la cara, tal vez la amplitud de una sonrisa o una mirada de ternura en los ojos, y eso hace que alce los suyos hacia los míos, interpelándome. Le sostengo la mirada y así le doy una respuesta.

Traga saliva, como tratando de reunir el valor necesario para decir algo, y yo le espero, le doy tiempo.

—¿Crees que podríamos convencer a Bridie y Mairi para que hicieran de canguro y salir a cenar una noche? —pregunta—. ¿Nosotros dos solos?

Asiento con la cabeza.

—Eso me gusta. Mucho.

—Entonces, tenemos una cita. —Davy me sonríe—. No una cita-cita, claro —precisa.

No puedo evitarlo, me pongo colorada.

—Aunque —añade, sin despegar los ojos de mí— me pregunto si habría alguna posibilidad de que fuera una cita-cita. ¿Qué me dices, Lexie?

—¿Qué? —Finjo asombro—. ¿Me estás pidiendo una cita-cita «de verdad», Davy Laverock?

—Bueno, pues sí, creo que sí. Por supuesto, Bridie y Mairi y todo el mundo en Aultbea se enterará de que salimos y no nos quitarán la

vista de encima. Así que tendrás que volver a casa antes de medianoche si no quieres que tu reputación acabe por los suelos.

Me río.

—Creo que mi reputación se fue por el desagüe hace muchos años. Pero si a ti no te importa arriesgar la tuya saliendo con la chica de cascos ligeros de Aultbea, a mí me encantaría.

—De acuerdo entonces. ¿Qué te parece mañana?

Asiento con la cabeza.

—De acuerdo, sí —digo, imitando ese ligero eco de alivio que me parece haber notado tras sus palabras—. Será mañana. Una cita-cita de verdad.

e

Davy viene a recogerme y nos vamos al mejor restaurante del pueblo. Por supuesto, también es el único restaurante del pueblo, el que hay en el hotel. Se me hace un poco raro que, para variar, no sea al bar adonde vayamos, y al principio ambos nos sentimos un poco cohibidos al estar ahí sentados, el uno frente al otro y separados por una mesa con servilletas de hilo y copas de vino brillantes. El hotel se encuentra ubicado abajo en la bahía, así que al menos así tenemos para distraernos la vista del agua, donde el sol ha empezado a ponerse y a pintar el cielo con unas sombras profundas de rosa coral.

No puedo evitar preocuparme por Daisy. Es la primera vez que la dejo con otras personas desde que tuvo el accidente y, aunque sé que está bien y que estará disfrutando de todo tipo de juegos y pasándoselo pipa con Bridie en casa, la ansiedad me pica en el cuello y hace que encorve los hombros. Tomo aire y me siento un poco más erguida, tratando de relajarme.

—Estás guapa —dice Davy.

—Tú también —respondo, colocándome la servilleta en el regazo para distraerme de lo extraño que todo esto suena.

Levanto la vista y veo que me sonríe.

—Sabes, la verdad es que me gustó volver a oírte cantar, en el cumpleaños de Elspeth. Como te decía en el embarcadero aquel día, antes de que Daisy tuviera el accidente, si alguna vez quieres cantar, serás bienvenida. Tu nueva voz encaja con las viejas canciones.

—Gracias. Quizá. —No admito que me da la sensación de que fue hace mucho y que creo que tengo otra vez la voz cascada.

Hacemos una pausa mientras el camarero nos trae la carta y nos sirve agua. Me bebo la mía, agradecida.

—Es divertido, ¿no te parece? —dice Davy—. La gente de las Tierras Altas suele ser de pocas palabras. Y por eso las canciones típicas dicen lo que nosotros no solemos expresar. Supongo que por eso las escribieron un día. Para decir cosas que importan y pasarlas de

generación en generación.

Me río.

—Bueno, sí, aunque la mayoría hablan de amor y pérdida. Me imagino que de eso va la vida.

Sacude la cabeza y suspira de manera teatral.

—Bah, Lexie Gordon, mira que eres cínica para ser tan joven.

—¡No soy tan joven! Desde luego, tengo edad suficiente para haber vivido el amor y la pérdida. Y te apuesto lo que quieras a que por cada canción que me nombres yo puedo mencionar tres penas.

—Sí, bueno, nadie dijo que la vida tuviera que ser fácil, ¿a que no? Y seguro que era mucho más dura cuando esas canciones se escribieron. Pero eso es lo que nos une, ¿no te parece? Compartir las dificultades y la eterna esperanza de que ya llegarán tiempos mejores. Al menos para nuestros hijos, si no para nosotros.

Por un instante pienso en lo que me acaba de decir y hago como que estoy concentrada en la carta. Me viene a la cabeza una imagen de mi madre, flotando ante mí, y empiezo a recordar las canciones que solía cantar. Tuvo una vida bastante dura, si lo pienso bien, pero Davy tiene razón: siempre había esperanza mezclada con la tristeza. Y formar parte de una comunidad tan unida como la de Loch Ewe le dio sensación de fuerza, de pertenecer a algo tan inamovible como las colinas y tan constante como las mareas. La música de este lugar es algo tan natural para nosotros como los graznidos de las aves marinas y el sonido del viento que sopla en las colinas; las secciones de viento y de cuerda de la orquesta nos proporcionan la partitura de las canciones de nuestras vidas.

Mientras mira con atención la carta, tararea una cancioncilla y me doy cuenta de que se trata de *The Parting Glass.*

Sabe un par de cosas sobre las despedidas, por lo que veo. Tiene que haber sido muy duro para él perder a su hermano de una manera tan repentina y presenciar la lenta e interminable muerte de su madre a causa del alcohol. Mi madre también cantaba a menudo esa canción. Tal vez estuviera pensando en toda la gente a la que perdió en la guerra. Debió de resultarle difícil dejarme marchar cuando llegó el momento de que me mudara a Londres con la promesa de empezar una nueva vida allí (pero qué fácil fue para mí partir), una versión moderna de los muchos adioses que se han cantado en estas casas de campo por toda la bahía. Las Tierras Altas son innegablemente hermosas, pero también pueden ser duras, como la vida misma. Esta es una tierra acostumbrada a las despedidas desde hace mucho tiempo.

Como si pudiera leerme los pensamientos, alza la vista de la carta y dice:

—No estés tan triste, Lexie. La vida está llena de comienzos, igual

que de finales. —Sirve en nuestras copas el vino de la botella que el camarero ha dejado entre los dos—. Un brindis —propone—. Por los comienzos. Y por que encontremos nuevas canciones que cantar.

Levanto mi copa y repito sus palabras.

—Por que encontremos nuevas canciones que cantar.

Según charlamos y comemos y charlamos un poco más, empiezo a relajarme. Y parece que hay algo que me llena aparte del filete y de las patatas tan buenos que estamos tomando. Una vez hemos acabado de comer y hemos apurado los últimos tragos de vino de las copas, siento una sensación de satisfacción que se asienta en mí. Es algo nuevo. No es solo la satisfacción de tener la tripa llena después de haber tomado una buena cena, es más que eso. Parece que tiene que ver con estar ahí en compañía de Davy Laverock.

Hacia el final de la velada, cuando me da un beso de buenas noches a la puerta de Keeper’s Cottage (se supone que Bridie no nos ve, pero estoy segura de haber captado una rendija de luz que se ha colado por entre las cortinas de la sala de estar), noto algo. Bajo el latir de mi corazón y el susurro de las olas, por las venas me corre algo que parece más fuerte que las mareas.

Creo que sé lo que es, lo recuerdo de otros tiempos: se llama esperanza.

---

29 N. de la Trad.: El *shinty* es un juego típico de las Tierras Altas de Escocia que se juega con un palo curvo y una pelota de cuero. Se juega tradicionalmente sobre hierba y consiste en hacer llegar la pelota hasta una de las porterías, que se encuentran en los extremos del campo.

Capítulo 32

Flora, 1943

A medida que pasaba el año, Flora empezó a acostumbrarse al ciclo de llegadas y salidas. La bahía rara vez estaba en calma, con ese continuo ir y venir de los barcos y la incesante actividad de los buques cisterna y de los arrastreros que ponían y retiraban las redes de protección. Después de que un convoy se fuera, agitando las aguas hasta convertirlas en espuma, a veces había uno o dos días de calma relativa. Pero en pocos días aparecían más mercantes, que anclaban más allá de la isla, y a ellos se unían otros, treinta o cuarenta más, los suficientes para formar un buen grupo. Entonces, se colocaban en posición, uno tras otro, y emprendían el siguiente viaje, nunca exento de peligro.

Pero no importaba cuántas veces se reunieran los barcos y cuántas veces zarparan; ella no se acostumbraba a decirle adiós a Alec. Cada vez que se iba, se quedaba entre sus brazos, saboreando esos preciosos instantes antes de que se dijeran el uno al otro «hasta pronto» y luego ella lo viera alejarse caminando una vez más. No importaba lo mucho que lo intentara, no era capaz de hacer que el corazón se le endureciera para resistir la sacudida de dolor que sentía al ver que sus hombros anchos desaparecían camino abajo, cuadrados con determinación mientras él se preparaba para afrontar la navegación por el Ártico una vez más. Solo parecía dolerle más, sabiendo que cada vez que se fuera tendría que soportar todo aquello que le corroía el alma un poco más. A veces le daba la sensación de que ambos iban a la deriva por aquellas aguas frías y grises, nadando contra corriente y enfrentándose a una fuerza que trataba de separarlos y que bien podría ser lo bastante fuerte como para impedir que su relación sobreviviera.

Flora sabía que tras la desesperada resistencia aquel horrible invierno de 1942 de Stalingrado, sitiada por las fuerzas de Hitler, mantener abiertas las rutas de abastecimiento a los soviéticos se había convertido en algo crítico. Además, y justo por esa misma razón, para los nazis era incluso más importante tratar de impedir que los

mercantes llegaran a su destino. Se imaginaba a Alec a bordo del *Isla,* tratando de proteger a los convoyes mientras avanzaban en la oscuridad por entre el hielo y la tormenta en las aguas del mar de Barents. Los hombres que iban a bordo no sabían cuándo podía producirse el siguiente ataque ni si llegaría desde el cielo o desde el mar, y además batallaban contra olas enormes que convertían la cubierta de los barcos en palacios de hielo escorados y pesados que amenazaban con hacer zozobrar incluso a los buques más pesados. Podrían haber contado con baterías antiaéreas y cargas de profundidad para defenderse de los submarinos y de los bombarderos Heinkel, pero todo lo que tenían para luchar contra la asfixiante capa de hielo polar eran picos y palas. De alguna manera, no obstante, muchos cargueros lograban atravesar la zona y entregar su preciosa carga: aviones de combate, tanques, camiones y armas, así como alimentos, munición y combustible.

Al llegar el final del invierno, los convoyes fueron suspendidos de nuevo y durante los meses de verano a Alec lo enviaron de vuelta para realizar tareas de patrulla en el tramo de mar entre las islas del norte. Una y otra vez, Flora esperaba y miraba mientras conducía la ambulancia por la bahía, oteando el horizonte para ver si llegaban barcos y buscando el de él entre la flotilla que echaba el ancla en la bahía.

Y entonces, por fin, su paciencia se veía recompensada. Le habían dado unos cuantos días de permiso, días que ella esperaba que pasaran paseando por la costa o yendo de pesca a la laguna cubierta de nenúfares. Pero al llegar, el padre de Alec le había encontrado cosas que hacer en la finca, lo que la hacía sospechar que el *laird* mantenía a Alec lejos de Keeper’s Cottage aposta.

Una noche de buen tiempo, hacía calor, Flora se fue paseando hasta los establos. Se había ofrecido a echarle un vistazo al poni. Al acercarse, oyó el golpeteo rítmico de un hacha que cortaba madera. Tras los establos, encontró a Alec. Al principio sonrió, mirando cómo los músculos de la espalda se le movían bajo la camisa con cada movimiento del hacha y cada golpe que daba. Se dio cuenta de que debía de llevar horas trabajando al ver la cantidad de troncos partidos desperdigados a su alrededor, sin apilar. Entonces advirtió que tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor.

—Alec —llamó con voz suave.

Pero él estaba concentrado en el movimiento del hacha, levantándola y bajándola para cortar otro leño. La fuerza del movimiento cortó el tronco, partiéndolo en dos. Volvió a llamarlo por su nombre, esta vez un poco más fuerte. Él se dio la vuelta con el hacha en alto y, por un segundo que fue horrible, pensó que se disponía a bajarla sobre su cabeza y a partirle el cráneo de la misma

manera en que había partido la leña esparcida a los pies.

Ese segundo pareció prolongarse en el tiempo mientras ambos permanecían en pie, helados, formando un cuadro grotesco que combinara furia y miedo. Entonces le vio la cara. La tenía oscurecida por la misma rabia que ya había visto antes en él, los rasgos se contorsionaban hasta convertirse en los mismos que los de su padre. Con un suspiro, miró el mango del hacha. Estaba manchado de sangre, de la de Alec. Consumido por la ira, se había desollado la piel de las manos hasta que estas se habían convertido en garras retorcidas y enrojecidas.

En ese momento, apenas si lo reconoció. Parecía perdido por completo en la oscuridad de la ira. De manera instintiva, Flora retrocedió hasta la pared del establo y contuvo la respiración hasta que él fue bajando poco a poco el hacha y la soltó, dejando que cayera al suelo junto a él. Ella se tragó el miedo y se le acercó al ver que los sollozos lo atormentaban y que no dejaba de jadear.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Lo sostuvo hasta que se hubo calmado un poco, luego se lo llevó a casa en silencio y allí le lavó las manos y se las vendó.

—Tienes que descansar —le indicó—. Se supone que estás de permiso.

Él sacudió la cabeza.

—No puedo descansar. No puedo dormir —confesó—. Cada vez que cierro los ojos, veo olas que corren hacia mí, que vienen a por mí. Me siento como si me estuviera ahogando, Flora. Es mejor mantenerse ocupado porque así no tengo que pensar, no tengo tiempo de acordarme de la cara de los hombres que hemos perdido.

Ella le sostuvo las manos vendadas entre las suyas, como si tratara de evitar que se hundiera en la desesperación y la ira que tanto le recordaban a sir Charles. Pero tenía miedo. Cada vez que Alec se hacía a la mar, temía perderlo. Y a veces le daba la sensación de que, de hecho, ya lo había perdido en lo que a ella respectaba.

El día de su partida se sentaron juntos en la playa y ella lo abrazó y le habló del día que llegaría, un día en que ya no tendrían que decirse adiós: llevarían a sus hijos a pescar en las oscuras aguas de la laguna y a recoger conchas marinas de las charcas que se formaban junto a ella. No se refirió en ningún momento a la postura de sir Charles en contra de aquella visión color de rosa del futuro: pensaba que el tiempo se ocuparía de acabar con eso, de una manera u otra. Y no dijo nada de las dudas que albergaba su propio corazón respecto de la distancia que los separaba y de las corrientes oscuras de ira y dolor que corrían por dentro de él, justo debajo de la superficie. En lugar de eso, resiguió con los dedos el perfil del ancla y la corona del broche que llevaba prendido en la rebeca y empezó a imaginarse cómo serían los años

que tenían por delante, para que así los dos tuvieran algo a lo que aferrarse.

e

Las estaciones fueron siguiendo su ciclo siempre cambiante y las colinas cubiertas de brezos pasaron del verde al púrpura y luego al marrón. Entonces, una mañana, Flora se despertó y vio que estaban cubiertas de una capa de polvo blanco. Y el corazón se le alegró al ver los primeros rayos de sol y que las cimas de las colinas destacaban sobre el azul del cielo invernal, porque sabía que eso quería decir que Alec volvería cualquier día.

Una semana después, preparaba el té mientras tarareaba una canción para sí. Ruaridh estaba sentado junto a la ventana de la cocina con su tazón de gachas, observando cómo un nuevo convoy de mercantes empezaba a formarse en Loch Ewe. Ambos llevaban el uniforme de la Marina, se hallaban preparados para cumplir con las tareas del día.

Ruaridh alcanzó los prismáticos que reposaban en el alféizar de la ventana y miró la bahía, fijándose en la actividad que allí se desarrollaba. Luego se volvió hacia Flora sonriente.

—Ven y echa un vistazo —la llamó, sujetando los binoculares para que ella los tomara.

Enfocó y entonces suspiró de alegría, pues vio el ya familiar perfil del *Isla* que se acercaba al muelle. Y de pie en el puente, junto al timón, podía ver a un oficial que levantaba la mano para saludar a Keeper's Cottage mientras una ráfaga de viento hacía bailar la superficie del agua.

Agarrando su sobretodo y su gorra, Flora bajó corriendo hasta la base. Pero, para su disgusto, se encontró con que no era la única que había ido hasta allí para darle a Alec la bienvenida. Sir Charles estaba de pie al final de muelle, con su *spaniel* a los pies. Al ver a Flora, el perro dio un salto, moviendo la cola, y le acercó el morro húmedo a la mano hasta que ella lo acarició en las orejas, suaves, y en la frente, ancha y huesuda.

—Buenos días, sir Charles —saludó al *laird,* educada—. Qué bien volver a ver al *Isla* de nuevo en puerto, ¿verdad?

Él la miró con frialdad antes de volverse para contemplar el barco mientras este maniobraba para colocarse en su posición.

—¿No debería usted estar ocupándose de sus tareas, señorita Gordon?

Ella se miró el reloj de pulsera.

—Todavía me quedan diez minutos hasta que empiece mi turno, así que pensé que podría bajar hasta aquí y darle antes la bienvenida a Alec.

Al hombre se le movió un músculo de la mejilla, estaba enfadado.

—Bien, como puede ver, yo ya estoy aquí. No hace falta que delegue en nadie. Estoy seguro de que mi hijo querrá ir directamente a Ardtuath House para ver a su madre. Ya habrá tiempo para que usted le dé su «bienvenida» —espetó él, subrayando de manera burlona y sarcástica la palabra—. Más tarde, cuando usted haya terminado su trabajo. La Marina de su majestad no le paga para que esté holgazaneando, distrayendo a los hombres e interponiéndose en el camino de operaciones importantes.

Flora cerró los dedos en torno al broche que llevaba en el bolsillo del abrigo, apretándolo de tal manera que la punta de la corona se le clavó en la mano. Estaba a punto de contestarle cuando él se volvió para mirarla con el rostro oscurecido por la ira. Ella reculó horrorizada, reconociendo una vez más ese destello de parecido entre padre e hijo.

—¿Quiere que tenga unas palabras con su oficial al mando, señorita Gordon? ¿O quizá con el comandante de campo? Es un amigo personal, haría usted bien en recordar ese dato. No me sería difícil hacer que la trasladaran a otra base, al igual que a ese hermano suyo. No me cabe duda de que está encantado con ese puesto en tierra, a salvo, mientras que otros, como mi hijo, están fuera, enfrentándose a los peligros del mar. —Le escupió las palabras así y, al hacerlo, la saliva se le acumuló en las comisuras de los labios.

De manera involuntaria, ella se apartó de él, sintiendo una mezcla de miedo e indignación por el veneno que destilaba lo que le estaba diciendo. Por un instante, se quedó sin palabras. Trató de recomponerse; no obstante, se tragó la respuesta cortante que le subía a la garganta al notar que una mano firme la agarraba de la manga. Al volverse, parpadeando para que las lágrimas de rabia que le inundaban los ojos no se le escaparan, vio que Mairi se encontraba junto a ella.

—Vamos, Flora —conminó su amiga, tirándole del brazo—. Vayámonos y ocupémonos de lo que tengamos que hacer.

Mientras caminaban en dirección al semicírculo de cobertizos que rodeaban la plaza de armas, Mairi le dijo:

—¿De qué iba todo eso? Te vi recular desde el camino después de que te dijera algo que te hirió. Es que no acepta que Alec y tú estéis juntos, ¿verdad?

Flora sacudió la cabeza, mordiéndose el labio para que no se le escaparan las lágrimas. Estaba decidida a no darle a aquel hombre esa satisfacción.

—No importa —repuso una vez estuvo segura de que no se le quebraría la voz—. Alec ha vuelto, eso es lo que importa. Le veré pronto. —Miró a su amiga, agradecida—. Gracias por acercarte

cuando lo hiciste. Estaba a punto de decir cosas que desde luego no hubieran ayudado a que la situación mejorara.

Mairi sacudió la cabeza.

—No merece la pena discutir con un hombre así. No escuchará lo que le digas, de todos modos. Deja que pase el tiempo. Todo será distinto cuando haya acabado la guerra, ya lo verás.

Flora suspiró.

—Todavía más tiempo… ¿Y cómo vamos a soportarlo? Me siento como si nuestra vida ya hubiera estado en suspenso durante años.

—Lo sé, pero las cosas están mejorando. ¿Has oído hablar del *Tirpitz*? Bridie dice que ha habido una misión secreta a Noruega y justo ayer llegaron noticias de que ha sido un éxito. Según parece, han empleado minisubmarinos y han llegado hasta el barco, al fiordo donde estaba escondido. Han informado de que lleva ahí, fuera de servicio, meses. Así que alegrémonos, un peligro menos del que tendremos que preocuparnos cuando Alec y Roy vuelvan a navegar por ahí, ¿no te parece?

Flora sonrió, cariñosa.

—Tienes razón. Cada día que pasa es un día menos que falta para que vuelvan a casa.

—¡Y no te atrevas a olvidarlo, Flora Gordon! —Mairi le dio un abrazo rápido—. Si no vas a dejar que el señor Hitler te derrote, tampoco puedes permitir que sir Charles lo haga. Ahora, sigamos poniendo nuestro granito de arena para que ese día tarde un poquito menos en llegar.

e

El año llegaba a sus últimos días y Flora decoró la parte de arriba del espejo de la entrada con ramas de pino para que llenaran la casa con el aroma del bosque y tejió una corona de acebo, lleno de esas bolitas rojas, que colgó en la puerta principal. Tenía la sensación de que lo hacía por inercia, pero debía hacer el esfuerzo para que un poco de la alegría típica de la época le levantara el ánimo.

Que Alec hubiera permanecido en casa unas semanas había estado bien, aunque las veces que habían podido pasar tiempo juntos ella había estado un poco distraída y pensativa al acordarse de las brutales amenazas de sir Charles. No se había atrevido a contarle lo que su padre le había dicho, sabía que eso no haría sino ponerlo en una situación todavía más difícil. Alec estaba al límite. Y ahora había vuelto a marcharse y pasaría el día de Navidad bajo el crepúsculo ártico, mirando hacia un mar de color gris acerado, siempre en guardia por si se producían ataques enemigos.

La última noche, Los Pájaros Cantores de Aultbea habían cantado villancicos en una sala abarrotada. Flora se había dado cuenta de que

tanto hombres como mujeres ponían al mal tiempo buena cara, aunque echaran de menos su hogar y estar con sus familias, y por eso cantaban al unísono melodías navideñas. Ese día una espesa niebla rodeaba los barcos anclados en la bahía y Flora podía sentir sobre los pulmones el peso de su presión, tan asfixiante como el miedo que envolvía aquella quinta Navidad en guerra.

Mientras metía en el horno la fuente con los faisanes, se preguntaba cuántas Navidades más duraría el conflicto bélico. Se exhortaba a todos y cada uno de los miembros de la comunidad de Aultbea, con pósteres clavados en el tablón de anuncios de la oficina de correos, a colaborar en el esfuerzo de guerra: «Haz y repara», «Un plato limpio es una conciencia limpia (no tomes más de lo que te puedas comer)», «Una alimentación saludable, lo mejor para los niños». Flora daba gracias por que las colinas y el mar le proporcionaran un suplemento más que necesario a las monótonas raciones que podían adquirirse en la tienda: había preparado un plato de *skirlie*[30] para aprovechar el jugo de la carne de las aves de caza, pues la avena absorbía el jugo de la sartén; y, ya que no había frutos secos con los que preparar el típico budín escocés,[31] había improvisado con manzanas y miel uno que humeaba sobre el fogón. La fruta la había puesto a macerar en *whisky* de la botella que lady Helen le había regalado a Iain y que guardaban como un tesoro; esperaba que así aquella comida tuviera cierto aire festivo. En la despensa guardaban un cuenco con nata, un presente de la familia de Mairi, y la boca se le hacía agua cuando se imaginaba extendiéndola sobre las rebanadas del budín caliente. Pero incluso mientras preparaba la comida no podía evitar preguntarse qué Navidad estaría pasando Alec. Le había dado una lata de galletas que había elaborado con la mayor parte de la ración de azúcar que les daban al mes y que había cerrado con una cinta de cuadros escoceses, con la esperanza de que su dieta a bordo, basada en sándwiches de ternera enlatada y tazas de chocolate, que los marineros llamaban chocolate aguado, fuera un poco más festiva.

Todos estaban poniendo al mal tiempo buena cara y aprovechando lo que tenían todo lo que podían. Pero estaban agotados por aquella guerra interminable. Cinco Navidades. Y todavía no se veía el final.

e

Con Alec en labores de escolta en el Ártico y Hal y Roy embarcados en otro viaje atlántico, ninguna de las chicas tenía ganas de acudir a la fiesta del Día de San Esteban aquel año. Las tres se habían presentado voluntarias para estar de servicio aquella jornada y estaban haciendo una pausa y tomándose un té en la cantina cuando entró Ruaridh. Justo acababa de terminar la guardia en el puesto de señalización y había ido en busca de una taza de té para entrar en calor después de

pasar horas en aquel espacio de cemento y nada más que apenas ofrecía abrigo del viento helado que se había llevado la niebla del día anterior.

Cuando se quitó la gorra y se pasó los dedos por los rizos, rubios y cortos, vieron que tenía el ceño fruncido.

Flora levantó la vista y se tensó al verle la cara.

—¿Qué pasa?

Él apretó los labios, como reacio a contarle las noticias que le habían llegado por medio del guarda que le había reemplazado en su puesto. Bridie le puso una taza de té sobre la mesa.

—Gracias —le dijo. Luego, miró a Flora a los ojos, ansiosos—. Los han atacado —contó, lacónico—. Ha sido un barco alemán.

Flora se quedó helada y esperó a que siguiera hablando. No hacía falta decir a quiénes se refería.

—Pero yo creía que el *Tirpitz* seguía fuera de servicio. —Mairi irrumpió y alargó de manera instintiva el brazo para ponerle la mano sobre el suyo a Flora.

—Ha sido otro barco alemán, el *Scharnhorst.* Estaba amarrado en uno de los fiordos del cabo Norte. Había zarpado en dirección al convoy a primera hora, así que la escolta intervino.

—¿El *Isla*? —preguntó Flora, que ya sabía cuál sería la respuesta.

Ruaridh asintió con la cabeza.

—Los tres destructores. Es todo lo que sé de momento. El comunicado acaba de llegar.

De modo automático, Flora se llevó la mano al bolsillo del abrigo y cerró los dedos en torno al broche, como si así, apretándolo fuerte, pudiera proteger a Alec. No podía soportar imaginarse a qué se estaría enfrentando en ese mismo instante, pero todo lo que podía hacer era esperar a que llegaran más noticias. Se sentía del todo indefensa.

Sin embargo, Bridie tenía otras ideas. La observaron mientras tomaba un plato de bizcocho de color amarillo brillante e iba hacia donde estaban sentados dos oficiales, inclinados sobre sus tazas de té y enfrascados en una conversación. No podían oír qué se decía, ya que el intercambio no les llegaba por el silbido del hervidor y el murmullo reinante en la cantina, que retumbaba por el tejado de hojalata. Pero pocos minutos después volvió, sin el plato de bizcocho pero con una sonrisa triunfal, y le agarró a Flora la mano que le quedaba libre.

—¡Todo ha salido bien! El *Isla* está a salvo. Creo que la batalla ha terminado y que el barco alemán se ha hundido. El convoy sigue de camino a Múrmansk.

Ruaridh la miró admirado.

—Bridie Macdonald, tus habilidades se están desperdiciando aquí en la NAAFI. Tendrían que emplearte como agente secreta. Si te soltaran con un poco de ese «Peligro Amarillo», sabe Dios qué secretos

de inteligencia serías capaz de desenterrar.

Los cuatro pudieron respirar de nuevo. Pero el alivio que sintieron se vio ensombrecido por la imagen de más vidas perdidas con el hundimiento del barco de guerra enemigo. Sabían que morir y quedarse en las profundidades del océano era morar para siempre en una sepultura solitaria, donde no había lápidas, sino bloques de hielo y criaturas marinas de ojos blancos, las únicas que velarían por los huesos de los marinos muertos en ambos bandos, cuyos cuerpos arrastraban las continuas corrientes.

e

Alec buscó la mano de Flora y tiró de ella durante los últimos metros del camino empinado que llevaba hasta la vieja cabaña que había junto a la laguna. Le quedaban unos días preciosos, pocos, de permiso, y esta vez pasarían juntos cada minuto que ella tuviera libre. Al volver, una tormenta había azotado la bahía, oscureciendo las colinas y enviando cortinas de lluvia desde el mar hacia tierra firme, lo que los obligó a quedarse dentro de casa. Él había bajado hasta Keeper's Cottage cada tarde para verla, y dejaba la cazadora y las botas, chorreando, a la puerta, y luego acercaba las piernas al calor del fogón mientras le preguntaba a Iain cómo le había ido el día o charlaba con Ruaridh acerca de los últimos tipos de barcos que llegarían a la bahía. Se abrió un poco y confirmó las sospechas que Flora tenía desde hacía tiempo al confiarle que prefería sin dudar la bienvenida calurosa de la casa de los Gordon a la formalidad fría de Ardtuath House. Para su alivio, volvía a parecerse más al viejo Alec, tranquilo y relajado, en la atmósfera hogareña de Keeper's Cottage. También le confesó que su relación con su padre se había hecho incluso más tensa. Se habían vuelto a pelear porque él se había negado a pedir un traslado a un puesto en tierra en el sur. Su madre lo había apoyado y el resultado había sido que el ambiente había empeorado para ambos. Se sobreentendía sin necesidad de mencionarlo que la presencia de Flora sería otra espina clavada para sir Charles, así que daba gracias por el hecho de que Alec ya no le pidiera nunca que subieran a la casa grande.

Entonces, por fin, el viento y la lluvia disminuyeron y el día se abrió claro y en calma.

—Aprovechadlo —les advirtió Iain—. Los ciervos se quedan al abrigo de las colinas. Saben cuándo viene otra tormenta.

Mientras Flora y Alec subían por el camino que llevaba hasta la laguna, el viento empezó a soplar de nuevo y el cielo a encapotarse por el oeste, tenso como una vela azul hasta encontrarse con el horizonte. Desde las alturas, vieron que un par de barcos entraban en la bahía.

—¿Volverá a haber pronto otro convoy hacia el Ártico? —preguntó Flora, sorprendida.

Alec negó con la cabeza.

—Todavía no. Esos habrán llegado desde el sur para unirse al siguiente grupo que cruce el Atlántico. Uno de ellos saldrá dentro de unos días.

Flora suspiró de alivio al saber que él se quedaría en tierra un poco más. El día de hoy era un regalo. Estuvieron pescando un rato, pero no había prisa; luego se retiraron al abrigo de los muros de la vieja cabaña, que los protegían un poco del viento burlón: había rolado al noreste, así que aquel aliento ártico les traspasaba la ropa. Había un montoncillo de palos secos y turba en un rincón, medio enterrados bajo unos viejos tablones, y Alec se las apañó para encender un fuego sobre la rejilla de la chimenea para que así ambos pudieran calentarse las manos y tostar las tortas de pan de avena que habían llevado consigo; la mantequilla se derretía en el pan y les chorreaba por los dedos.

Él la acercó hacia sí y echó el abrigo por encima de modo que los cubriera a los dos, protegiéndolos del mundo que quedaba fuera de los muros de la cabaña, mientras ella inspiraba el olor del humo de turba que se desprendía del cabello de él.

—Cuando llegue el verano, vendremos y acamparemos aquí —prometió él.

Y ella asintió con la cabeza, al tiempo que una oleada de esperanza le surgía del interior al pensar que llegaría el verano y que él estaría allí. Y quizá la guerra hubiera acabado para entonces y las dudas y el miedo que proyectaban semejantes sombras, tan alargadas, desaparecerían. Podrían hacer planes para tener una vida sin adioses, sin la angustia silenciosa y paralizante de que cada una de esas despedidas podía ser la última. Y ella abrazaría a Alec hasta que se recuperara.

Llegó el momento en que el brillo de las llamas empezó a debilitarse y la turba a convertirse en polvo gris. Alec se puso en pie, sacudiéndose las migas del jersey, y la agarró de la mano para ayudarla a levantarse. Más allá del abrigo de los muros de la cabaña, notaron el viento, frío y cortante, sobre las mejillas.

—Creo que tu padre tenía razón —asintió él, mirando hacia el oeste. Según el sol de invierno se deslizaba hacia el mar, un banco de nubes negras se alzaba hasta dar con él, devorando hambriento su luz —. Se avecina otra tormenta. Será mejor que regresemos.

Para cuando llegaron a casa, la oscuridad había envuelto la bahía y el viento había pasado de ser escaso a volverse muy intenso. Al entrar en la cocina, una vez dejaron atrás la oscuridad y la tormenta que los amenazan, Flora se estremeció a pesar del calor que allí hacía. No era

una noche para salir al mar. Daba gracias de que Alec estuviera en tierra, quizá la tormenta obligara a que se retrasara la salida del siguiente convoy atlántico. Ojalá todos los barcos permanecieran allí, seguros, en la bahía.

e

Al principio, al despertar, Flora pensó que aquel golpeteo formaba parte de la sinfonía de la tormenta, un bajo que se unía al aullido del viento, que soplaba como si fuera un alma en pena, y a la ventisca que golpeaba contra las paredes de la casita de campo. Pero luego se dio cuenta de que se trataba del golpeteo rítmico, insistente, de alguien que llamaba a la puerta. Salió de la cama y oyó los pasos de su padre por el pasillo al ir a abrir.

Era por la mañana, muy pronto, todavía estaba oscuro. Alec atravesó el umbral de la puerta y la cerró tras de sí a toda prisa, ya que la tormenta amenazaba con arrancársela de la mano. La nieve que tenía sobre el impermeable se derretía en riachuelos y caía al suelo en torno a sus botas.

—Hay un barco con problemas más allá de la bahía —refirió—. Vamos a necesitar más manos, camillas, ambulancias. ¿Flora y Ruaridh…?

—Vamos —asintió Ruaridh, que ya se estaba poniendo el jersey y alcanzando el impermeable, colgado junto a la puerta.

En su habitación, Flora se remetió el camisón a toda prisa en los pantalones y agarró su abrigo.

—Dejadme en la base —les dijo; ellos ya se estaban subiendo de un salto al vehículo aparcado junto a la puerta del jardín, que tenía el motor ya en marcha—. Sacaré la ambulancia y recogeré a Mairi de camino. Os alcanzaremos al final de la carretera.

Alec asintió con la cabeza.

—Está en las rocas de Furadh Mor. No será fácil llegar hasta él. Trae la ambulancia lo más cerca que puedas, siempre que sea seguro.

e

En la oscuridad, los faros de los camiones apenas podían traspasar los remolinos de nieve que se formaban en el parabrisas. Flora miraba al frente, aguzando la vista para tratar de localizar puntos de referencia, mientras conducía todo lo deprisa que se atrevía, dando gracias a Dios por conocer cada curva y cada vuelta como si fueran la palma de su mano. El vendaval sacudía los costados de la ambulancia, haciendo que se balanceara y tambaleara, en tanto que la nieve golpeaba contra el metal como si estuvieran circulando bajo fuego enemigo, así que tenía que luchar para mantenerse en la calzada, resbaladiza por la

nieve derretida. Mairi iba en el asiento del copiloto, con la cara blanca y tensa, agarrándose a los lados del asiento.

Flora sabía qué tenía en la cabeza. Hacía unos días le había enseñado una postal que le había llegado de Hal diciendo que su hermano y él iban de regreso a Loch Ewe; se las habían apañado para subirse a un barco Liberty que partía de Londres y que iba a reunirse con otros allí antes de emprender el camino de vuelta a Estados Unidos para recoger un nuevo cargamento. Ninguna de las chicas habló mientras la ambulancia luchaba por avanzar bajo la tormenta, pero ambas compartían el mismo miedo y cada una rezaba en silencio para que Hal y Roy estuvieran en cualquier otro barco, en cualquier otro puerto, aguantando la tormenta.

Ya se había formado un pequeño cúmulo de vehículos militares que habían aparcado al azar allí donde la carretera acababa, justo detrás de las casitas de campo de Cove. Se abrió una puerta por la cual se ayudó a entrar a una de las víctimas, helada y desaliñada; allí, la señora Kennedy y la señora McKenzie hacían lo que podían para que entraran en calor aquellos que habían logrado llegar hasta la orilla en medio de las olas de fuego. Flora maniobró con cuidado para que la ambulancia pasara por la difícil calzada y se detuvo detrás de otro camión que a su vez se había parado en lo alto del acantilado; sus faros iluminaban la gruesa capa de nieve y las aguas turbulentas a lo lejos.

—¿Tenéis una camilla? —gritó un hombre que lucía galones de capitán en las mangas del abrigo—. Pasádsela a ellos —indicó, gesticulando hacia Alec y Ruaridh— y traed todos los suministros que podáis. Hay heridos en la orilla, pero tened cuidado. Ese camino que discurre por el acantilado es peligroso y no nos podemos permitir más bajas.

Flora jadeó al llegar al borde del acantilado. Allí abajo, al fondo de aquel camino pedregoso y escarpado, la playa había quedado cubierta por la nieve que caía. Por encima de la furia con la que soplaba el viento, podían oírse las olas chocando con las rocas con toda la fuerza del Atlántico. Entrecerró los ojos para ver el barco que se hundía, pero más allá del haz de luz de los faros de la ambulancia no podía distinguirse nada, solo oscuridad. Empezó a bajar la primera, con Mairi pisándole los talones, adentrándose en lo desconocido, con la tormenta tirándole del abrigo y el pelo azotándole la cara, como si tratara de arrancarla de las rocas y lanzarla al caldero de agua y fuego que rugía en alguna parte bajo sus pies.

En la orilla reinaba el caos. La luz de las antorchas oscilaba aquí y allá mientras el equipo de rescate buscaba supervivientes. Era imposible distinguir si aquellos bultos dispersos por la playa, negros como el petróleo, eran rocas o cuerpos hasta que te acercabas y los

tocabas; entonces sí, se notaba si eran piedras o carne. De vez en cuando se oía un grito que decía: «¡Aquí!», pero las palabras se las llevaba el viento y casi se perdían entre el ruido de las olas.

Los granjeros de las casas de Cove habían sido los primeros en llegar al lugar, pues habían visto las bengalas que se había lanzado desde el barco cuando este encalló en las rocas y habían sido alertados por un oficial que había conseguido llegar a nado hasta la orilla y escalar por el acantilado para pedir ayuda. Los hombres se habían apresurado a bajar a la playa, seguidos de las mujeres, que llevaban mantas y té caliente. Habían encendido un fuego y a la luz de las llamas podían verse unas siluetas que se acurrucaban junto al fuego y otras que iban de acá para allá tratando de ayudar a los supervivientes.

Flora y Mairi se acercaron a trompicones a la débil luz de una de las antorchas y ayudaron a colocar a uno de los heridos sobre una camilla. El hombre tenía arcadas y se atragantó, cubierto como estaba por una gruesa capa de petróleo, mientras tosía y echaba agua, agotado por haber nadado hasta la orilla.

En alguna parte, lejos del alcance de la luz de las antorchas y de los faros de los vehículos estacionados en lo alto del acantilado, que iluminaban el febril baile de la nieve, el océano se tragaba el barco, y lo hacía de manera inexorable. Con que solo hubiera navegado unas millas más, la tripulación habría podido alcanzar la seguridad de la bahía, pero, bajo la oscuridad y la ventisca, se habían acercado a la costa demasiado pronto y la tormenta lo había lanzado contra las fauces rocosas de la entrada. Al ver las bengalas lanzadas desde la nave, herida de muerte, un remolcador de la bahía había acudido hasta allí para tratar de sacarla a flote, lanzando un cabo para arrastrarla hasta aguas más seguras, pero el viento y las olas eran demasiado fuertes y habían frustrado el intento de rescate.

—¿Se sabe qué barco era? —preguntó Flora a gritos a uno de los camilleros mientras estos estaban a punto de volver a hacer de nuevo el camino de subida por el acantilado con su paciente.

—Es un barco yanki —respondió él, también a voces—. El *William H. Welch.*

Nerviosa, se volvió hacia Mairi para preguntarle si sabía cómo se llamaba el barco en el que viajaban los hermanos Gustavsen. Pero se quedó helada al ver la cara de angustia de su amiga cuando la iluminó la luz de una antorcha. Para mirar hacia donde esta dirigía la vista, se volvió y vio a Alec y Ruaridh, que cargaban entre los dos con un cuerpo sin vida. Mientras un leve destello de luz los iluminaba, vio algo pálido brillar un instante, como un destello dorado en la oscuridad. Entonces se dio cuenta, horrorizada, de que lo que había visto era un mechón de cabello rubio claro.

—Es Hal —gritó Ruaridh. Al acercarse, Flora le puso las yemas de los dedos sobre el suave cuello, buscándole el pulso. Pero era demasiado tarde.

Mairi se había alejado a trompicones llamando a Roy a gritos, unos gritos de angustia que sonaban como los graznidos de las aves marinas bajo el viento. Lo buscaron como locos, sabían que no podía estar muy lejos de su hermano; que tenía que estar, ahora sí, allí, en alguna parte. Después de una eternidad lo localizaron, el mar lo había arrastrado hasta la orilla y los mechones de pelo rubio flotaban sobre el agua como si fueran algas doradas. Mientras Flora pedía a voces una camilla, Mairi se arrojó a su lado, sin que le importara lo fría que estaba el agua. Le puso la oreja sobre el pecho y dejó escapar un único sollozo, desgarrador, de alivio al notar un aliento débil. En ese momento, Flora la apartó para que los enfermeros pudieran atenderlo; tenía que vivir, que volver a respirar, tenía que nadar contra la misma corriente que se había llevado a su hermano y luchar para volver a la orilla de la vida.

e

Cuando la tormenta comenzó a amainar y se abrió un amanecer gris, por fin, sobre las colinas, Flora y Mairi volvieron a subir, agotadas, por el camino del acantilado, detrás de los camilleros que llevaban al último superviviente. No había muchos, apenas una docena de una tripulación de más de setenta personas había logrado sobrevivir al brutal embate de un mar azotado por la tormenta. Las chicas estaban empapadas hasta los huesos y tiritaban por el *shock* y por el frío, del que apenas se daban cuenta. Durante aquellas horas oscuras de esa mañana de febrero, habían hecho el camino de ida y vuelta al hospital de Gairloch tres veces llevando supervivientes. Cada uno de aquellos hombres era un milagro rescatado de las aguas negras. El primero de ellos había sido Roy Gustavsen.

En el extremo más cercano de la playa yacía una larga hilera de cuerpos. Los habían depositado allí, con delicadeza, sobre la arena húmeda, uno junto a otro, con brazos y piernas estirados con todo cuidado. Dolía ver que algunos eran muy jóvenes, chicos que se habían unido a la marina mercante porque no tenían la edad suficiente para alistarse. En esa hilera yacía Hal Gustavsen, junto a sus compañeros de tripulación, y Flora había llorado inconsolable junto a su cadáver; tenía el corazón destrozado al pensar que debería darle aquella noticia a Bridie, y Mairi tendría que decírselo también a Roy. Y cuando la leve luz del día invernal se impuso a la noche y la alejó hacia el oeste, dejó a la vista lo que quedaba del naufragio del *William H. Welch,* embarrancado en las rocas, donde las olas, hambrientas y carroñeras, seguían lamiendo sus restos.

Todos los vecinos se reunieron en la iglesia aquel domingo para cantar y rezar por las almas que se habían perdido en el naufragio el día anterior. Lloraban a los hijos de otras madres y otros padres como si fueran propios, como les gustaría que lo hicieran con sus hombres si caían en tierras lejanas, porque la humanidad no tiene fronteras.

Moira Carmichael mantenía la cabeza alta, aunque algunos mechones grises de pelo se le escapaban de debajo del sombrero de los domingos. Su profundo contralto servía para apuntalar la voz mucho más débil y vacilante de soprano de lady Helen, mientras que la de Flora se elevaba sobre los bancos y hasta las vigas de la iglesia como si fuera el trino de una alondra. Y cuando todos se unieron en el coro final, un haz de luz del sol de febrero se coló por la ventana y le cegó los ojos con lágrimas de oro fundido al mirar a Bridie, que se había sentado y tenía la cabeza gacha por el peso de la pena, incapaz de mantenerse en pie, incapaz de cantar, incapaz de hablar.

---

30 N. de la Trad.: Se trata de un plato típicamente escocés elaborado con harina de avena frita con grasa, cebolla y otros condimentos. Puede usarse como guarnición o como relleno.

31 N. de la Trad.: En el original, *clootie dumpling,* un tipo de budín que se prepara con harina, pan rallado, frutos secos (pasas, sobre todo), manteca, azúcar y especias. La masa se envuelve en una tela; así se cuece, y luego se seca al horno.

Capítulo 33

Lexie, 1978

Muchas de las canciones típicas de la zona cuentan historias sobre los seres queridos a los que se ha llevado el mar. Supongo que no podía ser de otra manera, siendo este un pueblo de pescadores cuyas mujeres se quedan mirando en la orilla y esperando a aquellos que tal vez no vuelvan. Cuando Mairi y yo aparcamos y vamos a pie por el sendero que nos lleva al promontorio, la letra de una de esas canciones no deja de darme vueltas y más vueltas en la cabeza.

> *Deja de gemir, pajarillo solitario del mar.*
> *Las rocas son tu casa, tu refugio.*
> *Tu casa es la ola furiosa,*
> *pero el mío es una tumba solitaria.*
> Horo*, Mairi* dhu, *vuelve a mí.*

Hemos venido a dar un paseo a Black Bay, donde todavía pueden verse algunos restos, penosos, del naufragio del *William H. Welch,* esparcidos por ahí y oxidándose. La estructura del barco en sí ha desaparecido, se encuentra bajo las aguas que rodean las rocas de Furadh Mor. Pero cuando bajamos por el acantilado hasta la playa veo entre las rocas los restos destrozados y retorcidos de lo que fue un bote salvavidas. Cuando nos disponemos a atravesarlas, tarareo la lastimera canción bajito y el viento atrapa las notas y se las lleva por el agua hasta la isla, traicionera y escarpada, que marca el punto en el que el barco yace. Aquí y allá se ven pedazos de metal oxidado arrancados de la nave por la fuerza de la tormenta aquella noche de 1944, las olas los siguen barriendo por entre las piedras. Me detengo para tomar uno, una especie de perno; me pesa en la mano. Froto con el pulgar la superficie áspera por la sal y me deja una mancha de óxido marrón sangre sobre la piel. Con cuidado, vuelvo a dejar el perno sobre el lecho de piedras donde estaba. Toda esta playa da la sensación de ser una tumba, y en cierto modo es como si algo me

dijera que no hay que tocar nada.

Esta mañana he dejado a Daisy en casa de Bridie para recoger a Mairi e ir con ella hasta el cabo. Al marcharnos, Bridie le ha puesto a Mairi en las manos un ramo de nomeolvides de color azul atado con una cinta de un tono marfil. No ha dicho nada, solo se ha dado la vuelta, con la manita de mi hija en la suya, y ha recorrido despacio el camino que lleva a la puerta de su casa.

Miro de reojo a Mairi. Se ha acercado hasta la orilla del agua y se ha quedado ahí de pie, con el ramillete en las manos, contemplando las olas. Yo me quedo más atrás, le dejo espacio mientras recuerda la noche en que perdieron a Hal y Roy se salvó. Al final rebusca en el bolsillo para dar con un pañuelo y lo saca para secarse las lágrimas de los ojos, y entonces me adelanto por entre los guijarros para estar a su lado.

—Gracias por acompañarme hasta aquí —dice, volviéndose hacia mí con una sonrisa—. Hasta ahora nunca había sido capaz de regresar a este lugar. Pero me ha hecho bien estar aquí contigo, recordando a los que perdimos. Tu madre estuvo impresionante aquella noche. Trabajó sin descanso, haciendo todo lo que se podía por los supervivientes. También cuidó de mí. Después de que encontráramos a Roy y de que lo lleváramos al hospital, ella fue la que insistió en volver un par de veces más para seguir ayudando con el rescate. Yo estaba destrozada; ver el cadáver de Hal y pensar que también habíamos perdido a Roy fue uno de los peores momentos que he vivido. Pero Flora hizo que aquella noche fuera capaz de seguir adelante y yo sabía que aquello era lo correcto. Aunque no pudimos salvar a Hal, había otros que necesitaban nuestra ayuda. Algunos eran chicos como él, apenas tenían dieciocho años. Hubo sitios donde para avanzar tuvimos que servirnos de las manos y palpar, pues entre la tormenta y la oscuridad era imposible distinguir los cuerpos cubiertos de petróleo de las rocas.

Se hace difícil imaginarse aquella noche en un día de verano como el que hace hoy, con las aguas rosadas del mar meciéndose con la brisa y el sol calentando las rocas. Pero, si cierro los ojos, puedo ver a los rescatadores tambaleándose a ciegas bajo la tormenta: granjeros, soldados y marinos unidos en una búsqueda desesperada, con el escenario iluminado desde el punto que queda por encima de nosotras con los faros de los vehículos allí aparcados.

Seguimos caminando hasta el extremo más alejado de la cueva y allí, sobre las rocas, en la orilla, Mairi deposita con cuidado el ramillete. Entonces asiente con la cabeza, me toma del brazo y nos damos la vuelta. Mientras andamos, miro hacia atrás para ver el sitio donde las olas ya están alcanzando al valiente ramillete de flores, cuya cinta de color pálido vuela al viento.

Caminamos de vuelta en silencio desde el promontorio donde mi madre aparcó aquella noche la ambulancia, por el escarpado sendero en dirección a donde he dejado el automóvil, al final de la carretera. Mairi vuelve a mirar una última vez hacia las rocas de Furadh Mor y luego abre la puerta de nuestro vehículo.

—Bien —comienza, con un poco más de entusiasmo y vivacidad de los que son habituales en ella—, no sé tú, pero a mí me vendría muy bien una taza de té y darle un abrazo a Daisy.

—Gracias por mostrarme esto —le respondo—. Lo cierto es que ayuda, ya sabes, que tú y Bridie me contéis más sobre la vida de mi madre antes de que yo naciera.

Asiente con la cabeza.

—Lo sé. A pesar de que sea tan dolorosa, la pena es algo por lo que tenemos que pasar tarde o temprano. No hay forma de rodearla, ni de evitarla. Eso es algo que todos aprendimos en la guerra. Pasas por ello. Pero tener uno o dos amigos que te acompañen durante el camino te ayuda a soportarla.

Absorbo lo que me dice mientras voy conduciendo de vuelta por la orilla de la bahía. Me doy cuenta de que tiene razón. Cada uno a su manera, los amigos que he encontrado aquí me están ayudando a cargar con el peso de la pena mientras hacemos el camino juntos. Me ayuda saber que están a mi lado.

e

Al abrir la puerta de la casita de campo de Bridie, nos recibe el sonido de una canción.

Damos un paso, seguimos adelante,
talón por talón, punta por punta,
brazo por brazo y una hilera tras otra,
todo para la boda de Mairi.

Bridie le está enseñando a mi hijita una canción, la *Lewis Bridal Song,* al tiempo que da palmas para mantener el ritmo.

—«Oh y oh» —canta Daisy, riéndose mientras Bridie la balancea sobre su rodilla.

—Mira, ya están aquí tu mamá y la tía Mairi.

—Ma-má —asiente mi hija, levantando los brazos en mi dirección.

La tomo en brazos y la estrecho, pero enseguida se retuerce para que la deje en el suelo y va caminando, tambaleándose, por la mesita de centro, donde hay un álbum de fotos abierto. Me siento en el sofá y lo tomo. Hay una foto en blanco y negro de Mairi y Roy el día de su boda, en el momento en que salían de la iglesia. A cada lado del camino hay un guardia de honor de las WRNS, de pie, de uniforme. El

velo que lleva Mairi vuela con la brisa mientras ella le sonríe a Roy, cuyo cabello rubio casi blanco brilla bajo el sol al tiempo que él le devuelve la sonrisa a su encantadora novia.

Mairi acude a sentarse junto a mí y Daisy trepa hasta su regazo, en el que se siente tan en casa como si estuviera sobre el mío.

—Mira. —Mairi señala otra fotografía en la página siguiente—. Esa es tu abuelita.

Daisy mira la imagen muy seria y luego la señala con su dedito rechoncho.

—Abu —dice.

—Y también está Bridie; fueron tus madrinas —exclamo.

Nunca había visto estas fotos. Mi madre y Bridie están de pie, flanqueando a Mairi, y las tres llevan un ramillete de flores. Trago saliva con dificultad al darme cuenta de que son nomeolvides atados con una cinta de color pálido; unos ramilletes exactamente iguales al que Bridie le ha dado a Mairi para que lo dejara en la playa de Black Bay. Ella debería estar en la fotografía, casándose con Hal. Tendría que haberse embarcado en la mayor aventura de su vida junto a su amiga, haber puesto rumbo a una nueva vida al otro lado del Atlántico. Pero, en lugar de eso, aquella vida que ella debería haber tenido murió en una playa oscurecida por la tormenta una noche de febrero de 1944. Me duele el corazón al pensar en ella y me pongo a reflexionar sobre lo que Mairi dijo sobre la pena mientras conducía.

Me alegro de que Bridie y mi madre se tuvieran la una a la otra mientras hacían ese camino tan duro y pedregoso juntas, una al lado de la otra.

Capítulo 34

Flora, 1944

Con la llegada de la primavera, reasignaron a Alec a las patrullas del oeste y, después de que lo promocionaran a comandante, se unió a una nueva tripulación a bordo del *Kite*. Para Flora era duro que los separaran de nuevo, pero desde que había presenciado el naufragio y había visto los cuerpos manchados de negro por el petróleo tirados en la playa había empezado a provocarle pesadillas una imagen de él con las manos manchadas de sangre sujetando el hacha, por lo que se le hacía inevitable sentir cierto alivio, aunque era un alivio, en cierto modo, culpable.

Mairi, que tan bien la conocía, fue lo bastante lista como para darse cuenta del cambio de humor de su amiga y abordó el asunto un día que ambas esperaban fuera del hospital, en la ambulancia.

—¿Cómo van las cosas entre Alec y tú?

—Bien —repuso Flora, aunque esta pudo darse cuenta de que en su propia voz había un cierto tono defensivo. Trató de mostrar un poco más de indiferencia—. ¿Por qué lo preguntas? —No estaba muy dispuesta a confiarle sus dudas a su amiga. Después de todo, Bridie había perdido a Hal y Mairi casi pierde a Roy. Ella debería sentirse la más afortunada.

—Porque es extraño. Casi pareces más feliz ahora que se ha embarcado. Antes no era así. ¿Se han puesto las cosas difíciles otra vez con sus padres?

Flora asintió con la cabeza, triste, y luego se volvió para mirar a la cara a su amiga.

—Es eso, sí. Pero hay más —admitió—. Creo que lo estoy perdiendo. Es como si todo estuviera en nuestra contra: no solo su padre y su posición social, sino la guerra, la última promoción… A veces siento como si todo conspirase contra nosotros para separarnos. No sé si podré seguir luchando contra eso mucho más tiempo. A decir verdad, tampoco sé si él podrá.

—Se que es duro estar separados. Todos estamos pagando un precio

muy alto en esta guerra. Pero cualquiera puede ver cuánto te quiere.

—¿Tú crees? Porque yo ya no lo sé. Él está pasándolo mal, Mairi. Y no estoy muy segura de que estar conmigo no le esté poniendo las cosas todavía más difíciles.

—Bah, piensas eso por influencia de sir Charles, su oposición te afecta. ¡No dejes que gane, Flora Gordon! No le des la satisfacción de destruir algo tan bueno.

En ese momento, llegó el pasajero al que esperaban, con lo que la conversación se interrumpió. Mientras iban de vuelta a la base, Flora trataba de sentir mayor confianza en sí misma por las palabras de su amiga. Pero en su corazón, muy adentro, las dudas persistían.

Alec iba a estar embarcado, lejos, hasta que llegara el otoño. Pero, cuando las margaritas del borde de la carretera florecieron y las rosas silvestres se abrieron sonrosadas sobre las piedras grises de los diques, supieron por medio de Ruaridh que existía un plan para enviar otro grupo de barcos en verano, algo muy arriesgado. El convoy se reuniría en la bahía y zarparía en dirección a Arcángel a mediados de agosto. Y así, con una mezcla de sentimientos, ella empezó a mirar al mar otra vez, oteando el horizonte del norte en busca, en el profundo azul del agua, del brillo de una mancha gris que pudiera ser el *Kite,* que volvía a la bahía.

Bridie fue la primera en enterarse, al final, así que echó a correr por medio de la plaza para contárselo a Flora mientras su amiga y Mairi aparcaban la ambulancia al final del día. Era la primera vez en meses que Flora veía una sonrisa en la cara de su amiga y, aunque seguía demacrada, con las mejillas tan pálidas como el invierno y con aquellas sombras de color púrpura en los ojos, le gustó ver que le quedaba un poco de su antigua alegría, incluso aunque fuera a durar tan poco como una cerilla encendida bajo la tormenta un día de viento fuerte.

—El barco de Alec llegará detro de una hora —anunció Bridie, casi sin aliento y presionando una mano a un lado, donde había un punto que le dolía. Dio un abrazo rápido a Flora y luego se apresuró a regresar a toda prisa a su tarea en la cantina.

—Dame. —Mairi extendió una mano para que le diera la llave del vehículo—. Llenaré el depósito y lo dejaré todo listo para la mañana. Tú vas a irte y a quitarte el uniforme, y lo estarás esperando en el muelle cuando llegue.

Flora le sonrió agradecida.

—Saluda a Roy de mi parte.

Mairi asintió con la cabeza. El joven se alojaba en la granja, ayudando a su padre mientras recuperaba fuerzas. Tenía los pulmones muy afectados por el agua del mar la noche del naufragio y había faltado poco para que lo perdieran de una neumonía que se negaba a

curarse, lo que había obligado al muchacho a quedarse en el hospital durante semanas. Recuperaba la consciencia de vez en cuando, luchando entre la vida y la muerte, pero, al final, que Mairi lo hubiera agarrado de la mano con decisión había hecho que volviera a la orilla de los vivos. A ella. Después, lo había ayudado a escribir a sus padres cartas en las que les contaba cómo habían sido las últimas horas de Hal y les describía cómo ambos hermanos habían luchado con denuedo por salvar el barco. El remolcador de Loch Ewe había intentado hasta tres veces lanzar un cabo al barco que se hundía y las tres veces la fuerza de la tormenta había impedido que llegara al *William H. Welch.* Cuando los marineros supieron que todo estaba perdido, los hermanos se lanzaron por fin al agua, juntos, y trataron de nadar hasta la orilla, donde podían verse los faros de las ambulancias estacionadas en lo alto del acantilado iluminando un camino en medio de la vorágine. La fuerza de la tempestad los separó, pero pensar que Hal podría haber llegado a tierra sano y salvo hizo que Roy siguiera luchando, aun a pesar de que el frío amargo minó las fuerzas que le quedaban.

Les contaron lo de Bridie, y lo feliz que Hal había sido con ella y cuánto había deseado volver a verla; les contaron lo mucho que todo el mundo allí, en aquella tierra montañosa y agreste tan lejos de las praderas de su hogar, quería a su hijo pequeño.

Y Roy les dio su palabra de que un día, tan pronto como pudiera navegar con seguridad, volvería junto a ellos llevando consigo a la bonita escocesa con la que se había prometido. Le dijo a Mairi que irían todos juntos a dejar flores sobre la tumba de Hal: una sencilla lápida blanca en la que se leían su nombre, su fecha de nacimiento y la fecha del naufragio, el 26 de febrero de 1944, en un cementerio junto a un ondulante mar de trigo.

e

Por lo callado que estaba, Flora sabía que había algo que le preocupaba. Alec caminaba por delante de ella por el sendero que llevaba a la laguna, cargado con todo lo que necesitaban para acampar en la cabaña un par de días. La turba mullida amortiguaba cada paso que daban, pues la tierra estaba suave y húmeda debido a que hacía poco que había caído una lluvia veraniega. Flora se cambió la cesta de lado, tomó el par de cañas de pescar con la otra mano y ajustó el paso para caminar junto a él allí donde el sendero se ensanchaba lo suficiente como para permitirlo. No obstante, iba con pies de plomo, alerta, no fuera a ser que él volviera a cambiar de humor de repente, a sabiendas de que la oscuridad que se cernía sobre ellos podría llevarlo a otro ataque de ira incontrolable, como ya le había sucedido antes.

Él la miró y le sonrió como pidiendo disculpas.

—Lo siento; hoy no soy, una vez más, muy buena compañía. Esta mañana he tenido otra pelea tremenda con mi padre.

Ella no le preguntó sobre qué habían discutido, sabía de sobra que casi seguro había sido sobre lo inadecuado de mantener una relación con la hija del guarda. Si sir Charles hubiera sospechado que su hijo planeaba pasar un par de días de acampada en las montañas… con ella, seguro que se habría puesto como una fiera. Mientras caminaban, Flora se preguntaba si algún día podrían estar juntos cuando la guerra acabara. Los tiempos extraordinarios que vivían habían permitido que las barreras que los separaban se rompieran, pero ¿qué pasaría cuando la vida volviera a la normalidad? ¿Volvería Alec a ser el que era, a recuperarse? ¿Se reafirmarían las viejas fronteras? ¿Podría ser algún día la señora de Ardtuath House? O, si lo obligaran a elegir, ¿dejaría él atrás su herencia para estar con ella? ¿Qué pesaría más?, se preguntaba, ¿el amor o el deber? ¿Y qué había de la conciencia de sí misma, que había ido creciendo por medio de su trabajo y de sus canciones? La voz que había descubierto que tenía, ¿sería silenciada de nuevo si se convertían en marido y mujer?

Mientras la pareja ascendía más arriba, aquella inseguridad le pesaba más que la cesta que acarreaba y los pensamientos no expresados en palabras hacían pesado el silencio.

Para romperlo, Flora le preguntó:

—¿Cómo está tu madre? —Sabía que el mal genio de su padre bien podría haber tenido repercusiones más amplias.

—Está bien, creo. Se mantiene ocupada ahora que se ha puesto a trabajar con la Rural. Eso le sienta bien; hace que salga de casa.

De la manera tranquila que la caracterizaba, y viendo que hacía falta ayuda, lady Helen había dado un paso al frente para colaborar con la señora Carmichael, insistiendo con amabilidad en que el *statu quo* debía mantenerse y que Moira tenía que seguir siendo la presidenta, pero que a ella le gustaría echar una mano entre bambalinas para mantener el trabajo del SWRI en marcha. Con tantos hombres de servicio yendo y viniendo, y con las raciones cada vez más escasas, la contribución de las damas para llevar la cantina y organizar encuentros sociales había devenido incluso más importante.

En la parte más alta de la escarpada escalada, se detuvieron para recuperar el aliento y se volvieron para mirar la bahía. Alec respiraba hondo y, para alivio de Flora, cuando le sonrió sus ojos oscuros parecieron recuperar algo de su antigua simpatía. Haber salido a la montaña le estaba haciendo bien.

La mayoría de los barcos mercantes ya se habían reunido y permanecían anclados más allá de la isla, los Liberty estadounidenses amarrados junto a los barcos británicos. Los barcos con el combustible

iban y venían entre el punto de repostaje y la flotilla, llenando los tanques de los buques para prepararlos para la partida y dando servicio a un petrolero noruego que acompañaría al convoy para que los barcos pudieran repostar durante el trayecto. En la orilla más cercana de la bahía, el *Kite* permanecía anclado junto al resto de la escolta naval.

—Desde aquí parecen tan pequeños… —reflexionó Flora—. No me gusta nada pensar que estarás ahí, en una nave así de frágil, durante un viaje tan largo. Y todavía será de día hasta casi la medianoche cuando estéis allá arriba.

Alec le puso un brazo alrededor de los hombros para estrecharla y tranquilizarla.

—No te preocupes, hay un par de portaaviones que nos acompañarán desde Scapa Flow, así que también contaremos con el apoyo del Arma Aérea de la Flota británica. Son unos pilotos de lo mejor.

Flora había visto una vez uno de los portaaviones; su enorme masa hacía que el resto de los barcos de la bahía parecieran diminutos. Ruaridh le había explicado que los biplanos Swordfish, a los que se conocía como Stringbags, amarrados en cubierta podían parecieran anticuados, con la cabina abierta y el fuselaje cubierto de tela, pero eran muy eficientes localizando submarinos y lanzando cargas de profundidad y torpedos desde lo alto sobre cualquier atacante. Le había descrito lo hábiles que tenían que ser lo pilotos para lanzarse desde cubierta a toda velocidad sobre las olas y hundir a los submarinos enemigos, y luego volver al portaaviones y aterrizar sobre una superficie en movimiento en la que solo tenían una oportunidad para atrapar el cable que haría que el avión decelerara a tiempo y no se saliera de la cubierta para caer al mar. Flora no se podía imaginar cómo debía de ser aquello para esos pilotos, que a menudo volaban a ciegas y que emergían de la niebla ártica a tan solo unos treinta metros de la superficie de aterrizaje.

Incluso a pesar de contar con el apoyo de dos portaaviones, era consciente de lo vulnerable que sería aquel convoy de verano.

—Un último empujón —decían todos—. Todo habrá acabado en Navidad.

Otra vez. Ojalá aquel convoy fuera el último… Pero ¿cuántas veces había rezado para que así fuera?

Tomaron sus cosas y siguieron subiendo hacia la laguna, volviendo la espalda a la flotilla gris que permanecía en la bahía, allí abajo.

Hacía buen tiempo, así que no hacía falta levantar una cubierta para protegerse. Se pusieron a clavar las moscas en los anzuelos y empezaron a pescar para la cena. La cubierta de verdes nenúfares ofrecía refugio a las truchas, cuyas escamas eran del mismo color que

las aguas de las turberas de la laguna, así que echaron el anzuelo justo al borde de las plantas acuáticas con la esperanza de tentar a los peces para que salieran a la superficie. Pronto pescaron una trucha de buen tamaño y Alec se dispuso a limpiarla mientras Flora encendía el fuego en el hogar de la cabaña en ruinas. Puso una nuez de mantequilla en una sartén ennegrecida que habían llevado consigo y echó los filetes de trucha para que se frieran. Pronto la piel estuvo crujiente y dorada por los bordes, y la carne del pez, bañada con la mantequilla derretida, se transformó en unas hojuelas suculentas. Se las comieron con unas pocas patatas, fritas en la misma sartén, y un puñado de guisantes.

Alec yacía con la cabeza apoyada sobre el regazo de Flora mientras ella se apoyaba contra las piedras caídas de la pared de la cabaña. Durante aquella velada hablaron largo y tendido, sobre qué tal le iba a Roy con la recuperación, que tenía mucho que ver con los cuidados que estaba recibiendo de Mairi y su familia en la granja, y de cómo Bridie parecía estar superando poco a poco lo que le había sucedido.

—¿Cómo les va a Stuart y Davy? —preguntó Alec.

Los Carmichael todavía luchaban con la pena que los embargaba y Flora había temido que los dos niños no recibieran la suficiente atención, así que le había sugerido a la señora Carmichael que fueran a su casa para ayudarla en el huerto y para que le echaran una mano a su padre con las tareas de la finca. Tres días a la semana, durante todas las vacaciones de verano, los chicos se habían presentado en Keeper’s Cottage y se habían lanzado a realizar las tareas que Iain les había buscado; le ayudaban con el poni y con los perros, sacaban patatas y quitaban hierbas del huerto. Stuart estaba creciendo alto como un cardo; tenía tobillos y muñecas delgados, que le sobresalían de los bajos de los pantalones o de los puños de los abrigos, y el pescado y la carne extra que los chicos se comían en casa de los Gordon lo estaban ayudando a ensanchar un poquito. *Braan* siempre los acompañaba, y Davy, en especial, adoraba al poni y estaba encantado de pasarse las horas cepillándole la melena, larga y rubia, y quitándole los enredos y las rebabas.

—Parece que están bien. Han vuelto a la escuela esta semana, pero van a seguir viniendo por la tarde para ayudar a mi padre y cenar con nosotros. Ya tienen edad suficiente como para echar una mano con la caza. Mi padre dice que serán buenos ojeadores.

—¿Ha podido venir su madre a verlos este verano?

Flora negó con la cabeza.

—Sé que los Carmichael la invitaron para que viniera y se quedara unos días, pero no ha conseguido venir. Dijo que lo haría para el cumpleaños de Davy, pero al final no pudo ser. Fue horrible verlo tratando de no demostrar lo desilusionado que estaba. Ha sido muy

valiente; me dijo que su madre tenía demasiado que hacer fabricando bombas para detener a los alemanes como para venir ahora precisamente, pero que llegará y se los llevará a su hermano y a él a casa tan pronto como la guerra haya terminado. De momento, están mejor aquí, la verdad.

Alec se apoyó en un codo y echó otro pedazo de turba al fuego. No hacía frío, pero el humo ayudaba a mantener a los mosquitos a raya.

—Mira eso —Suspiró, se apoyó en ella otra vez y le buscó la mano —. No creo que lleguemos a cansarnos nunca de mirar las puestas de sol en esta costa.

Silueteado en la cresta de la montaña, un rebaño de ciervos permanecía quieto, mirando la puesta de sol según esta pintaba el horizonte del oeste con sombras de color carmesí y bermellón. Los colores se hacían más intensos y fuertes antes de desvanecerse por fin y dejar que la noche lo cubriera todo con una cortina azul y negra, ocultando también a los ciervos.

En ese momento, en la seguridad de las montañas, las sombras de las dudas que se cernían sobre ella se aligeraron un poco. Alec parecía tranquilo, volvía a sonar de nuevo más como su antiguo yo, y Flora sintió que cedía la tensión en el cuello y los brazos. Se acercó más a él y le posó una mano sobre el pecho mientras en el cielo las estrellas empezaban a aparecer.

Sabía algo sobre constelaciones: el Arado, que daba vueltas en torno a la estrella polar, era una imagen constante en el cielo nocturno sobre el lago, un amigo para todas y cada una de las familias de granjeros y para los hombres que pescaban en aquellas aguas traicioneras de El Minch. Y cuando era una niña, su padre le había mostrado cómo el cazador, Orión, aparecía por encima de las montañas del sur en invierno, en busca de las Siete Hermanas, a las que el rey de los dioses había colocado en aquel lugar del cielo por seguridad.

—Cuéntame una historia sobre las estrellas —pidió mimosa.

Alec se puso más cómodo, atrayéndola a la curva de su brazo. Señaló una de las constelaciones del norte.

—¿Ves ese grupo en forma de W de estrellas brillantes? Es una de mis constelaciones favoritas, Casiopea.

—¿Quién fue Casiopea? —preguntó Flora, pasándole el dedo por la mejilla.

Él tenía los ojos tan oscuros como el cielo nocturno.

—Fue una reina muy bella, la madre de Andrómeda. Pero se jactaba ante el dios del mar, Poseidón, de que su hija era más hermosa que sus ninfas del mar. Él se puso furioso y la arrojó al cielo en su trono, condenándola a girar alrededor de la estrella polar para siempre.

—Pobrecilla, debe de pasarse la mayor parte del tiempo colgando boca abajo. —Flora sonrió.

—Bueno, ahora que ya la conoces, cuando yo esté lejos, en el mar, cada uno de nosotros podrá mirar al cielo y verla y saber que la luz de sus estrellas nos ilumina. La distancia que nos separa no es nada si piensas en lo lejos que están las estrellas. Me animaré pensando eso cuando esté de guardia allá arriba, en el Ártico. Me ayudará a saber que en realidad tú no estarás nunca tan lejos.

Entrelazaron los dedos y juntaron las manos.

Mientras contemplaban el cielo, aparecieron más y más estrellas, hasta que pareció que yacían bajo una manta de terciopelo negro que hubiera capturado un millón de gotas de rocío brillantes en los pliegues. Y mientras esas estrellas giraban sobre su cabeza, describiendo una amplia espiral de luz en el cielo nocturno, los dos se acercaron el uno al otro incluso más, hasta que no quedó distancia alguna entre ellos ni su corazón, y se fundieron en uno.

Capítulo 35

Lexie, 1978

Daisy está en su cuna, arropada con su mantita de conchas, y Davy y yo estamos sentados en los escalones que hay frente a Keeper's Cottage, apurando la botella de vino que hemos compartido durante la cena. Apoyo la cabeza sobre su hombro y miro las estrellas materializarse a medida que la noche otoñal lanza su propia capa de oscuridad sobre la bahía.

Tengo una agradable sensación de compañerismo cuando estamos juntos, como si siempre nos hubiéramos conocido, cosa que, en cierto modo, es así. Para mí es una sensación nueva sentirme así de satisfecha y me doy cuenta de que nunca me he sentido tan en casa como me siento ahora.

—Dime cómo se llaman las estrellas —le pido.

Señala al Arado.

—Todo el mundo conoce esa, es una constelación que viene muy bien cuando estás en el mar. Siempre señala a la estrella polar, uno de los pocos puntos fijos que hay en el cielo. Una vez sabes dónde está el norte, puedes navegar con mayor facilidad.

—¿Esa cuál es? —pregunto, trazando una línea en zigzag en el cielo.

—¿La que tiene forma de W? Esa es Casiopea. Es fácil localizarla con esas cinco estrellas brillantes. Y aquella de allí es Sirio, el perro. Es la más brillante del cielo. Si ves algo que reluce más, es probable que se trate de un planeta.

Se echa hacia adelante para mirar en dirección al sur.

—En esta época del año, en las noches claras se puede ver mi constelación favorita, Aquila, el águila. Cuesta verla, pero esa estrella más brillante al borde de la Vía Láctea es Altair y esa es la cabeza del águila. Extiende las alas en forma de V desde Altair, ¿lo ves? —Describe con la mano el movimiento de las alas del águila, esbozando su forma en la oscuridad—. Una noche, cuando esté todo tan en calma como hoy, te sacaré en la barca. Ahí, en el agua, lejos de las luces de

las casas, las estrellas pueden verse incluso con más claridad.

Me imagino ahí fuera; me imagino el agua, profunda y negra, bajo la barca, tragándose la luz de la luna y las estrellas. Pensarlo me hace temblar un poco.

—Vamos —advierte Davy—, te estás quedando fría. Es hora de entrar en casa.

Sacudo la cabeza, me resisto, no quiero romper el embrujo de nuestra cercanía moviéndome ahora.

De todos modos, se pone en pie.

—Bueno, entonces deja al menos que te traiga una manta.

Su calor desaparece de mi piel y me doy cuenta de que me he quedado fría, sí. Él empieza a apartarse y, salido de ninguna parte, un recuerdo del rechazo que sentí en Londres se apodera de mí. Es absurdo, lo sé. Davy no me está dejando, solo está siendo amable. Pero las heridas que me provocó el abandono de Piers deben de ser más profundas de lo que pensaba.

—Ya estás otra vez así, tratando de cuidar de los demás. —Lo digo con suavidad, pero no me sale bien, suena petulante y acusatorio.

—Y tú también estás otra vez así, con miedo de dejar que alguien cuide de ti, no sea que vaya a herirte —responde.

Hay en sus palabras un toque de enfado que me hace recular y trato de leer la cara que pone. Pero las sombras se la oscurecen y se da la vuelta para entrar en casa.

Suspiro y me pongo en pie, yo también, antes de que vuelva con una manta. Al pensarlo me entra claustrofobia y lo que me ha dicho me ha picado. Ahora es demasiado tarde; la magia se ha roto del todo. Entro en casa y enciendo la luz, me pongo a recoger los cacharros de la cena y los dejo en el fregadero, abro el grifo, paso la bayeta por la encimera.

Davy está en el umbral de la puerta con la manta de cuadros escoceses en las manos, ya no nos hace falta. La dobla con cuidado y la deja sobre el respaldo de una de las sillas de la cocina, estirándola para que no queden arrugas.

—Bien, entonces me marcho —anuncia.

Asiento con la cabeza, enfrascada en fregar una sartén, sin mirarlo a los ojos.

Se me acerca y me quita con delicadeza el estropajo de la mano, y luego me envuelve en un abrazo.

No sé cuándo se ha fastidiado esta velada. Tal vez sea que ambos nos hemos acostumbrado demasiado a vivir solos. Quizá sea que somos demasiado distintos, nada más. O puede que el muro que he ido construyendo con los años para proteger mis sentimientos sea demasiado difícil de derribar para cualquiera, incluso para él. De repente, todo me parece demasiado complicado —dejar que alguien

entre, tener que trabajar para mantener una relación— y anhelo la simplicidad de mi vida solitaria con mi hija, y eso que sé lo muy solitaria que puede llegar a ser.

—Lo siento —digo, enterrando la cara en su camisa—. Pero es que no quiero que trates de rescatarme, no de la misma manera que tratas de rescatar a todo el mundo porque no pudiste hacerlo ni con tu madre ni con tu hermano.

Se aparta, herido. Entonces sacude la cabeza y toma su cazadora. Se da la vuelta dispuesto a marcharse, duda, vuelve a mirarme, sus ojos me dicen que le he hecho daño.

—No estoy tratando de rescatarte, Lexie —puntualiza—. Estoy tratando de amarte.

e

Me despierto después de haber tenido pesadillas, tratando de encontrarles sentido a los sonidos que me han interrumpido el sueño. Hemos tenido una semana de buen tiempo y por eso la tormenta repentina que se ha desatado me desconcierta, aúlla como un alma en pena mientras se estrella contra las paredes de la casa con una furia que parece haber surgido de la nada. También oigo algo más, un sonido más insistente y continuado que el viento y la lluvia. Por fin me doy cuenta de que se trata del teléfono y de repente me alarmo. Es medianoche. ¿Quién diablos estará llamando a estas horas?

Choco con la jamba de la puerta y me golpeo el hombro al correr a toda prisa escaleras abajo, y levanto el auricular del teléfono, dando gracias a Dios porque Daisy no se haya despertado con semejante estruendo.

—Lexie, ¿está Davy ahí contigo? —Es Bridie, grita de lo asustada que está.

—No. Hace unos días que no lo veo. —No desde la noche en que le dije lo que le dije, pero eso no se lo voy a contar.

—Salió en su barco ayer. Dijo que iba a estar en el mar un par de días, pescando, mientras hiciera buen tiempo. La previsión meteorológica decía que cambiaría, pero no tan rápido.

Su pánico es contagioso, me atrapa y me dejo llevar por una espiral de miedo.

—¿Dijo exactamente hacia donde se dirigía? —pregunto, tratando de mantener la calma para poder pensar con más claridad.

—No. Solo que saldría a navegar. Oh, Lexie, ¿qué podemos hacer?

—Llamaré al servicio de guardacostas. Vamos a ver si han sabido algo de él por radio. Puede que se haya ido a Gairloch o que se haya refugiado en la bahía de Gruinard. Si no es así, les diré que ha desaparecido para que pongan en marcha la búsqueda. Volveré a llamarte en cuanto haya hablado con ellos.

Sigo al teléfono cuando Bride se planta en la puerta de mi casa, incapaz de quedarse sola en la suya esperando. Está calada hasta los huesos, ha venido caminando bajo la tormenta, así que le doy una toalla para que se seque el pelo. Empieza a temblar de manera incontrolada.

—No pasa nada, Bridie —le digo, y la hago sentarse en una de las sillas de la cocina, tratando de que se calme, aunque yo misma apenas puedo mantenerme serena—. Han puesto en marcha la búsqueda del *Bonnie Stuart*. El último contacto por radio les llegó desde este lado de las islas Shiant; dijo que ponía rumbo a casa para evitar la tormenta.

Trato con todas mis fuerzas de mantener la calma y de quitarme de la cabeza la imagen de los hombrecillos azules de El Minch, esos malvados espíritus de la tormenta que salen de sus cuevas en los acantilados por todas las islas tratando de arrancar a los marineros de sus barcos y llevándolos a la muerte al hundirlos bajo las olas insaciables.

Le sujeto a Bridie las manos, pero no consigo que dejen de temblarle.

—Pasa algo —insiste—. Puedo sentirlo.

Su terror se me contagia. Veo a Davy en mi mente, con sus ojos color azul grisáceo nublados por el dolor cuando salió de mi casa la otra noche, y oigo un eco de su palabras tranquilas y tristes bajo el rugido de la tormenta: «No estoy tratando de rescatarte, Lexie. Estoy tratando de amarte». De repente veo los restos retorcidos y destrozados del bote salvavidas de la playa de Black Bay y sé que tengo que hacer algo, lo que sea. No puedo quedarme aquí sentada sabiendo que él está ahí fuera, en alguna parte.

—Bridie, quédate y cuida de Daisy, ¿de acuerdo? Voy a salir hasta la punta de la bahía.

Asiente con la cabeza, como si eso fuera lo más sensato que se puede hacer en plena noche y cuando sopla un viento de diez nudos. Pero en ese momento, ambas sabemos, sin verbalizarlo, que si él iba a volver de las Shiant lo haría poniendo rumbo a Loch Ewe después de pasar Furadh Mor.

—Llévate su Land Rover —es todo lo que me dice—. Con él podrás circular por el sendero. Ten cuidado, Lexie.

Asiento con la cabeza, me entremeto los pantalones del pijama en las botas de agua y agarro el abrigo de mi madre del perchero. Según me lo abrocho, rozo el broche, que me he prendido en la solapa, y la sensación de tocar la plata con la yema de los dedos me da un poco más de coraje, me recuerda que mi madre emprendió este mismo camino en una noche de tormenta hace muchos años.

Me detengo junto al Land Rover de Davy, que está aparcado enfrente de su casa con las llaves en el contacto, como siempre. El

motor chisporrotea una, dos veces, luego arranca y meto la marcha. Me cuesta un poco acostumbrarme al embrague y me meto en carretera, mientras la intensa lluvia golpea el metal del techo. Giro el volante mientras el viento azota el vehículo, intentando echarme de la carretera. Por suerte, no hay nadie más en la vía esta noche. Levanto la vista al cielo, ojalá hubiera al menos un poco de luz de las estrellas para hacerme compañía, pero las nubes de tormenta han borrado las constelaciones que Davy me enseñó la otra noche. Sin ellas, ¿cómo voy a encontrar el norte de verdad? Solo le pido a Dios que la brújula del *Bonnie Stuart* esté apuntando bien el rumbo a pesar de la bravura del mar.

Por fin llego a las casitas de Cove y al final de la carretera. Avanzo con un poco más de cautela por la pista, incapaz de ver nada más allá del haz de luz de los faros del Land Rover. Soy más que consciente, y me horroriza, de que el suelo empieza a descender abruptamente a la derecha desde donde estoy; la tormenta ruge con toda su fuerza a mi alrededor. Por fin, llego todo lo lejos que me atrevo; me detengo y echo el freno de mano. Bajo las luces un instante, inclinándome hacia adelante sobre el volante para limpiar el vaho del parabrisas con la manga del abrigo, mirando en la oscuridad para ver si hay alguna luz, por débil que sea. Y entonces la veo. Una diminuta cabeza de alfiler, tan débil como la luz de una estrella, aparece un momento y luego vuelve a desaparecer otra vez, aplastada por las olas. Espero, conteniendo la respiración, entrecerrando los ojos. Y vuelve a aparecer. ¡Sí, es un barco! Pero está en el lado equivocado de Furadh Mor y cerca de la costa, gira demasiado pronto, no puede ver las peligrosas rocas del extremo de la bahía en la oscuridad.

Frenética, enciendo los faros otra vez a toda potencia, consciente de que la luz parece acabarse demasiado cerca del vehículo, de que la oscuridad se la traga. Pero si quien maneja el timón del barco, sea o no sea el *Bonnie Stuart,* levanta la vista, verá el leve haz de luz y se dará cuenta de que entre él y la entrada de la bahía hay tierra.

Salto fuera del Land Rover y la tormenta me atrapa, casi me tira, me deja sin aliento. Avanzo a trompicones hacia el borde del acantilado, agarrándome a los brezos para mantener los pies firmes en el suelo. Y ahí está otra vez esa diminuta luz que lucha contra las olas. Pero todavía sigue navegando hacia las rocas, así que grito y sacudo los brazos, aunque sé que no puede verme ni oírme con el rugido del mar.

—¡Da la vuelta! —grito—. ¡Da la vuelta!

Me meto otra vez en el Land Rover y muevo las luces de los faros arriba y abajo, desesperada, tratando de avisar.

La luz del tamaño de una cabeza de alfiler aparece y luego se la vuelven a tragar las olas.

Y entonces dejo escapar un sollozo de alivio. Porque cuando vuelvo a verla ha cambiado de dirección, alejándose de las peligrosas rocas de Furadh Mor. Avanza con muchísima lentitud, la fuerza de la tormenta le impide hacerlo más rápido. Entonces desaparece por completo durante unos minutos que se me hacen interminables, batallando contra las olas que llegan y oculta a la vista en el extremo más alejado de la isla. Cuando la veo reaparecer por el lado derecho del promontorio, habiendo superado el peligro de las rocas, tomo aire y solo entonces me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración mientras esperaba a ver si veía el punto de luz otra vez, ese puntito tan frágil como la luz de una estrella en mitad del negro inmenso del océano.

Espero hasta que el barco puede verse ya lejos del cabo y girar a estribor, corriendo con las olas hacia la entrada de la bahía de Loch Ewe. Entonces conduzco marcha atrás con cuidado por la pista hasta que llego a un punto en el que puedo girar. Mientras voy de vuelta por la orilla de la bahía, levanto la cabeza cada vez que hay una curva en la carretera desde donde pueda ver el agua. De vez en cuando veo brillar la luz, que avanza con paso firme en dirección a Aultbea. La oscuridad parece un poco menos densa, por fin, y la débil luz del alba se abre paso bajo el manto de nubes de tormenta por encima de las aguas turbulentas y de color peltre oscuro de la bahía.

Llevo el Land Rover hasta el embarcadero. Ha corrido la voz y algunos hombres se han reunidos allí y esperan para atrapar las amarras que Davy les lanza y para ayudarle a conducir al *Bonnie Stuart* al abrigo de la bahía. Unas manos se alargan para ayudarle a bajar a tierra y él les da las gracias a gritos a todos, se le oye a pesar de la furia del viento. Le dan palmadas en la espalda, todos agradecen que uno de los suyos esté de vuelta en casa sano y salvo una vez más, de habérselo arrebatado de las garras a los hombrecillos azules. Y entonces me ve, esperando junto a una pila de nasas, y corre hacia mí. Avanzo, y nos encontramos a medio camino, y lo abrazo con una fuerza con la que no he abrazado nunca nada.

—Entonces —dice, cuando por fin recupera el resuello lo suficiente como para poder hablar—, a ver, dime, Lexie Gordon, ¿quién ha rescatado ahora a quién?

Capítulo 36

Flora, 1944

Según se acercaba la fecha de la partida de Alec, Flora sentía cómo la oscuridad volvía a crecer dentro de él. El precioso par de días que habían pasado acampados en la vieja cabaña los había acercado más que nunca, y por un tiempo se había convencido a sí misma de que su amor sería suficiente para curarlo, para mantener las sombras a raya. Pero al acecharlos las semanas de separación, se daba cuenta de que él volvía a alejarse de ella, de que estaba distante y distraído. Sus dudas volvieron con rapidez para llenar el vacío.

Había querido pasar cada minuto que podía con él, pero su trabajo en la base los mantenía separados. Y su ansiedad creció aún más cuando él dejó de acudir a Keeper's Cottage por las tardes para sentarse en la cocina con ella y con su padre y su hermano, y tomarse uno o dos tragos de *whisky*.

La actividad en la bahía había adquirido un mayor grado de urgencia, lo que indicaba que la partida del convoy era inminente, y a Flora le costaba concentrarse en el motor que estaba reparando. Levantó la vista al oír el crujido de botas sobre los guijarros y al notar que una mano manchada de petróleo le apartaba un mechón de pelo de los ojos.

—¡Alec! —El corazón le dio un brinco al verlo.

Él le devolvió el beso que ella le dio, pero no la sonrisa, y apenas la miró a los ojos.

—Qué alegría verte —prosiguió ella—. Me preocupaba que no volviéramos a vernos porque tuvieras que irte pronto y que no tuviéramos la oportunidad de decirnos adiós. —Ella se limpió las manos en un trapo y se recolocó el mechón de pelo que se le había escapado de la trenza.

Él miró hacia la bahía en dirección a donde estaba anclado el *Kite*.

—He venido para que nos lo digamos ahora —dijo—. No zarparemos hasta mañana por la mañana, pero no tendré la oportunidad de verte antes de partir.

—Entonces, ¿no podrás venir a casa esta noche? Ya sabes que a mi padre y a Ruaridh les encantaría verte.

Sacudió la cabeza.

—Me temo que no. Debo hacer unas cuantas cosas en casa. Y luego tengo que estar a bordo pronto para ayudar a poner a punto el barco antes de que nos atrape la marea.

Ahí estaba otra vez, esa enervante distancia entre ellos. Ella lo abrazó, tratando de reclamar un poco de la cercanía de esa noche en que ella yacía entre sus brazos bajo las estrellas, pero era como si él ya la hubiera dejado y solo tuviera la cabeza en el viaje espantoso que le esperaba.

—Oh, muy bien, de acuerdo. ¡Hasta pronto!

Esperaba que aquellas palabras, tan familiares, le arrancaran una sonrisa, pero él seguía serio en el momento en que se detuvo para besarla una última vez. Y entonces se dio la vuelta y se alejó caminando, en dirección a la playa y a Ardtuath House.

Trató de quitarse de encima el miedo que sentía —por él, por ellos— mientras lo miraba marcharse, esperando que se volviera y le sonriera y se despidiera con la mano para que, así, ella pudiera decirse a sí misma que todo iba bien. Pero Alec siguió caminando sin mirar atrás. Cuando desapareció de la vista, tomó sin ganas una llave inglesa y centró la atención en lo que estaba haciendo.

e

Estaba acabando sus tareas del día, volviendo a colocar las herramientas en el almacén, en la parte alta de la base, cuando vio el vehículo. El conductor y su pasajero no la vieron a ella ahí, de pie, junto al muro de chapa ondulada de la cabaña, pero llevaban las ventanillas abiertas para que entrara más luz y para que el calor de la tarde de verano entrara, así que ella los vio muy bien.

Alec aceleró y, cuando lo hizo, Flora vio ondear en la brisa un rizo del pelo rubio de Diana Kingsley-Scott, un rizo que se burlaba de ella mientras los miraba alejarse en el automóvil.

Sintió un brote de rabia y de humillación que le corrió por las venas; era la gota que colmaba el vaso de todas esas veces en que había sentido la vergüenza de ser excluida del mundo al que él pertenecía. Diana no podía haber aparecido en Ardtuath House como por arte de magia. Debía de llevar allí unos días y Alec no se lo había dicho. Y no solo eso, sino que él la había estado evitando: eso explicaba que hubiera puesto fin de repente a sus habituales visitas de las tardes. Había estado disfrutando de cenas con clase con sus padres y Diana en el comedor de la casa grande. Eso dolía mucho más después de los días y las noches que habían pasado juntos en la montaña. Menuda tonta había sido al creer lo que le había dicho sobre

el fin de semana de caza en que Diana había estado allí, en diciembre. Aquello debía de llevar pasando desde entonces, y durante todo ese tiempo él la había estado utilizando. No obstante, no permitiría que volviera a humillarla. Cerró los dedos sobre el broche que llevaba en el bolsillo y lo apretó tan fuerte que las esquinas le arañaron la piel.

Lo sacó y lo miró sobre la palma de la mano, y vio que la plata de la corona de laurel estaba manchada con el óxido rojo de su sangre.

e

Corrió camino arriba hasta la casa grande, tropezando con las raíces de los pinos. No quería volver a ver a Alec, así que tenía que dejar la carta antes de que volviera de dondequiera que hubiera ido con Diana. Para su alivio, no había rastro de su vehículo y la puerta principal estaba abierta. Dejó el sobre con su nota y el broche que le había regalado en la bandeja de plata donde el cartero solía depositar la correspondencia diaria, de manera que Alec pudiera encontrarlo cuando regresara. Y luego se dio la vuelta y regresó a trompicones por el camino, dando gracias a la oscuridad que reinaba bajo los árboles y se la tragaba.

e

Después de haber pasado la noche en vela, Flora se levantó pronto, antes que los demás. Se envolvió en el chal de cuadros escoceses para protegerse del frío del alba y trató de no hacer caso de los mercantes que empezaban a maniobrar para colocarse en posición en el convoy en el extremo más alejado de la bahía mientras se dedicaba a recolectar frambuesas de la maraña de matas que crecían por encima de su casa.

Aquellas bayas les vendrían muy bien en la mesa del desayuno. Y entonces le hablaría a su padre del plan que se le había ocurrido mientras daba vueltas en la cama. Tenía que dejar Ardtuath, alejarse de Alec y de su familia. No podría soportar la idea de su engaño ni verlo junto a Diana otra vez. Su presencia ahí sería incómoda para todo el mundo, no solo para su padre y su hermano, que dependían de la finca que era su hogar. Pero ahora, se dijo a sí misma con firmeza, había descubierto que tenía habilidades que podía poner en práctica para sobrevivir, una voz propia. Pediría que la trasladaran a otra base y así ya no estaría ahí para cuando Alec volviera. Entonces, una vez la guerra hubiera terminado, encontraría un trabajo como fuera allí donde acabase. Echaría de menos a su familia y amigos, lo sabía, sintió un pinchazo en el corazón que hizo que este se le contrajera. Y echaría de menos cantar con Los Pájaros Cantores de Aultbea. Pero habría otras oportunidades, otras posibilidades. Incluso, tal vez,

conocería a otro algún día, alguien en quien pudiera confiar y que la amara tanto como ella a él.

Un movimiento en las sombras por entre los pinos hizo que levantara la vista; dejó el tazón de frambuesas y se secó las manos en el delantal al ver que lady Helen se acercaba, camino abajo y a toda prisa.

—Buenos días, su señoría.

Lady Helen dejó de lado el saludo. Tenía las mejillas, por lo general pálidas, encendidas, y parecía que le faltaba el aliento.

—¡Flora! Me alegro de haberte encontrado. —La agarró del brazo—. Por favor, tienes que creerme si te digo que Alec te quiere a ti y solo a ti. —Las palabras le salieron a trompicones y sin un ápice de la habitual reserva que la caracterizaba.

Flora la miró aturdida, sin poder hablar.

—Mi marido es culpable del peor de los entrometimientos. Considera que tiene derecho a controlar la vida de todos los que le rodean. Le he permitido hacerlo durante demasiado tiempo, pero no puedo quedarme ahí, sin hacer nada, mientras destruye a mi hijo. Alec te quiere. Me ha contado lo de tu carta. Sí, Diana lleva en casa unos días, pero ha sido mi marido, una vez más, quien la ha invitado. Alec estaba furioso y no quería decírtelo, sabía que eso solo serviría para que te enfadaras. Ayer tuvo una pelea de las grandes con su padre y le dejó bien claro a la señorita Kingsley-Scott que no estaba interesado en ella ni lo más mínimo. Regresó tarde, después de llevarla a la estación. Fue entonces cuando vio tu carta. Está destrozado, Flora. Eres la persona a la que ama. Y ahora tiene que marcharse y subir a ese maldito barco y hacerse otra vez a la mar, pensando que ya no le quieres, y eso me está rompiendo el corazón…

Nunca había oído a lady Helen decir tantas cosas, y menos en un tono tan contundente. ¡Incluso había dicho «maldito»! Tras superar la sorpresa inicial y según la dama iba dejando de hablar, Flora se llevó la mano a la boca. Se volvió, frenética, hacia la bahía, donde los barcos mercantes esperaban alineados y en posición, esperando para partir.

—¡No! —exclamó—. ¡Alec! ¡Tengo que ir a verlo! ¡Tengo que decirle que lo malinterpreté todo!

Trató de darse la vuelta, de correr hacia el muelle, pero lady Helen todavía la tenía agarrada del brazo.

—Toma —le dijo—. Lleva esto contigo. —Le puso algo en la mano—. Y ahora, ¡vete!

Flora corrió camino abajo, por la carretera, junto a la orilla. Pero llegó tarde. Mientras miraba, tratando de recuperar el resuello, vio al *Kite* tomar posición a la cabeza del convoy y liderar la fila de barcos en dirección a la entrada de la bahía. Sacudió los dos brazos por

encima de la cabeza, con la esperanza de que él la viera, aun a sabiendas de que ya estaba demasiado lejos. Se secó las lágrimas de los ojos y luego abrió la mano para mirar el broche que lady Helen le había devuelto. Lo tomó y se lo prendió con cuidado en el chal mientras estaba ahí, de pie, mirando al convoy partir.

—Vuelve conmigo —susurró.

Y la brisa se llevó sus palabras y las esparció por las aguas plateadas.

e

Era finales de agosto, había pasado una semana desde que Alec se fuera. Las madreselvas brotaban de los setos y el canto de las alondras flotaba junto a la brisa de verano. Flora iba de camino a casa desde la base cuando vio a los chicos Laverock correr en su dirección por la carretera. Era una de las tardes en que iban a ayudar a Iain en Ardtuath y llegaban directos desde el colegio, con los calcetines enrollados a la altura de los tobillos, por encima de los viejos zapatos, y con aquellas rodillas huesudas, nudosas como las raíces de un pino. Les sonrió y los saludó con la mano, pero al verles la cara se detuvo.

—¿Qué pasa? —les preguntó, alargando el brazo de forma automática para apartarle el flequillo de la frente a Stuart.

—Hemos visto al cartero. En la bicicleta. Ha entrado por las puertas de la casa grande. —Stuart suspiró, tratando de respirar, jadeando.

—¿Quién dices que era? ¿El señor McTaggart?

Los niños asintieron con la cabeza al unísono.

Flora se quedó lívida. Tenía que ser un telegrama. Alec.

Dudó, quería saber más, pero no podía subir camino arriba hasta Ardtuath House y enfrentarse a los Mackenzie-Grant. Seguro que sir Charles estaría furioso, pero la pena de lady Helen sería aún peor.

Sin embargo, el no saber resultaba insoportable, así que estaba a punto de armarse del valor de ir para allá cuando vio que alguien con el uniforme de las WRNS corría en su dirección por la carretera desde la base, con los brazos abiertos y los rizos castaños al viento. Las piernas le fallaron, pero Bridie llegó a tiempo y la sujetó para que no se cayera.

Capítulo 37

Lexie, 1978

Mairi me narra con voz suave los hechos relativos a la muerte de mi padre. Ya me lo habían contado antes; mi madre, claro. El *Kite* acompañaba a ese convoy de verano por el mar de Barents cuando lo alcanzó un torpedo. Se hundió con rapidez, llevándose consigo a sus doscientos treinta y nueve tripulantes. Solo se salvaron nueve, a los que sacó del agua un barco de rescate, mientras los demás buques seguían su camino hasta Arcángel.

Así que mi padre está enterrado, como muchos otros marineros, en una tumba que yo nunca podré visitar. El nombre que puede leerse en el panteón familiar de los Mackenzie-Grant que hay en el cementerio no es que fuera gran cosa, pero supongo que era todo lo que mi madre tenía. Aquellas flores silvestres que llevábamos allí cada domingo eran todo lo que podía ofrecerle. Se fue sin saber que ella seguía queriéndolo. Mi madre tuvo que vivir con eso el resto de su vida. Y mi padre nunca supo que ella esperaba un hijo suyo.

Y entonces Bridie refiere cómo, después del funeral en la iglesia, sir Charles acosó a Ruaridh delante de todo el mundo, con la rabia y la pena desbordándolo, y le dijo que debería avergonzarse por estar ahí, seguro en su puesto de vigilancia arriba en la colina, un puesto que Alec le había conseguido, mientras que los huesos de su hijo yacían bajo las aguas de un mar helado. Ruaridh se quedó ahí, de pie, aguantando, sin decir nada, pero apretando los dientes. Estaba pálido como un fantasma y sufriendo su propia pena por haber perdido al amigo de su infancia.

Flora le rogó que no se fuera, pero al día siguiente su hermano bajó a la base y pidió que lo transfirieran a la escolta de los barcos mercantes. Y, como necesitaban a alguien que ocupara el puesto de guardiamarina, le ofrecieron embarcarse en el *Cassandra,* cuyo nombre resultó ser el presagio de la fatalidad. Ruaridh desapareció en el último convoy que regresaba a Loch Ewe después de haber conseguido llegar hasta Múrmansk, pues su barco fue alcanzado por

un torpedo alemán.

Y así fue como la siguiente vez que el señor McTaggart llegó por la carretera en bicicleta hasta Ardtuath cruzó la verja de la finca y giró en dirección a Keeper's Cottage con el telegrama que, una vez más, les rompería el corazón a Flora y a Iain solo tres meses después de que hubieran sabido de la muerte de Alec.

e

—Entonces fue así —digo, una vez he digerido la historia que las mejores amigas de mi madre me han contado. Lo trágica que fue hace que me entren ganas de llorar.

No me extraña que a mi madre le costara hablar de mi padre. Debía de sentirse muy culpable por haberle escrito aquella horrible carta. Por verlo partir hacia la muerte sin saber lo mucho que le quería.

Entonces, me doy cuenta de algo más, que me golpea también: es probable que mi madre se sintiera responsable de la muerte de su propio hermano. La rabia que le daba a sir Charles que su hijo estuviera enamorado de Flora debió de tener que ver con la furia con la que acosó a Ruaridh en la iglesia. Tanto mi padre como mi tío fueron héroes de guerra, pero ahora entiendo lo complejo de los sentimientos de mi madre al imaginarse que sus muertes se debían en parte a ella.

Y, al final, ¿para qué había servido todo aquello? ¿Habríamos podido encajar alguna vez en el mundo de los Mackenzie-Grant? La última esperanza de mi madre respecto de eso se desvaneció con la muerte de mi padre. Nunca volvió a salir con nadie. Muchos de los hombres que partieron de estas tierras para luchar en la guerra nunca volvieron, así que lo que quedó fue otra generación de mujeres, como ya había pasado en la guerra anterior, cuyas perspectivas de casarse se redujeron a cero. Mi madre fue una de esas mujeres que se quedaron solas, viviendo una vida tranquila en un pueblecito junto a la bahía, entre montañas; me crio en Keeper's Cottage junto a mi abuelo hasta que este murió justo después de mi quinto cumpleaños.

Me quedo sentada en silencio durante un rato, reflexionando sobre todo eso. Pero al final, pregunto:

—¿Qué pasó con Los Pájaros Cantores de Aultbea?

—No volvimos a cantar en público, aparte de en la iglesia, después de que Alec y Ruaridh murieran. —La voz de Mairi suena un poco melancólica—. Pero, Lexie, para tu madre significó mucho que consiguieras esa beca para la escuela de Londres. Sintió que te estaban dando la oportunidad que ella nunca tuvo, la de compartir tu voz con el mundo.

Sé que lo dice para ser amable, pero hago una mueca de dolor; me siento peor ahora, pues pienso que los he decepcionado a todos. Y a

mi madre en particular. Siempre tuvo mucho cuidado de no presionarme, pero ahora me doy cuenta lo mucho que mi carrera debió de significar para ella, mucho más de lo que nunca creí.

Tomo la foto de mi madre; el pelo le vuela al viento y el sol le da en la cara, una cara llena de amor, un amor que le arrancaron de una manera brutal. Luego vuelvo a ponerla en la repisa de la chimenea con un suspiro. Al mirar a mi alrededor, pesco a Bridie y Mairi intercambiando una mirada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Bridie sacude la cabeza y aprieta los labios, como si las palabras se le fueran a escapar, sin quererlo, a no ser que se lo permita.

Pero Mairi alarga una mano y le da unos golpecitos en la suya.

—Ha llegado el momento en que sepa toda la verdad, Bridie. Para que pueda entenderlo.

—¿Entender el qué? —inquiero mientras miro primero a la una y luego a la otra.

Bridie pone cara de cautela, de precaución, al intentar, una última vez, mantener oculto el secreto que ha estado guardando durante tantos años. Casi treinta y cuatro años, para ser exactos; la edad que yo tengo. Pero Mairi asiente con la cabeza, animándola. Y así, sin estar muy segura, me cuenta el resto de la historia.

Capítulo 38

Flora, 1944

Iain miró a Flora al acabarse el desayuno.

—No tienes que venir, ya lo sabes.

Ella alargó la mano para alcanzar la tetera y llenarse la taza hasta arriba.

—Voy a ir contigo, papá, y punto. No puedes apañártelas tú solo ahí arriba con el poni ni tampoco con las armas y sir Charles. Ya sabes cómo es; tiene el alma puesta en el ciervo que quiere cazar para Navidad. Incluso aunque no te haya pedido que vaya a ayudaros con el acecho, me habría gustado echaros una mano.

Su padre sopló el té humeante y la miró por encima del borde de la taza.

—¿Estás segura, muchacha? ¿No te sientes lo bastante idiota ya?

De modo automático, Flora se llevó la mano al vientre, redondeado. Solo estaba de cuatro meses, pero justo aquella mañana se había dado cuenta de que no le abrochaban los pantalones. Encontró un cinturón en uno de los cajones de Ruaridh que todavía no habían vaciado —ni ella ni su padre habían tenido el valor de hacerlo— y que le serviría para sujetárselos.

—No pasa nada, papá, de verdad. No estoy tan mareada últimamente y solo voy a estar sentada tan tranquila con el poni mientras tú subes.

En cualquier caso, a ninguno le hizo falta recordar que ahora ya no quedaba nadie más, Alec y Ruaridh se habían ido. Los chicos Laverock, aunque habían demostrado ser buenos rastreadores y cazadores decididos de urogallos, todavía eran demasiado jóvenes como para tener la paciencia y la templanza necesarias para acechar a un venado.

Se levantó y se llevó los tazones al fregadero, y luego le pasó a su padre un paquete envuelto en papel de periódico, que contenía dos sándwiches, para que se lo llevara. Se puso la rebeca y se echó por encima de los hombros un chal de cuadros escoceses, en parte para

abrigarse y en parte para que la ayudara a ocultar la barriga a la vista de sir Charles. No quería añadir a su rabia y su pena por la pérdida de su único hijo la noticia de que la hija del guarda estaba embarazada de su nieto. Había estado a punto de decírselo a lady Helen, a la que era probable que le gustara saber que una parte de Alec seguía viviendo, pero la última vez que la había visto en una reunión de la Rural se había dado la vuelta de manera inconsciente, tapándose la barriga con un brazo protector, preocupada al verle a la mujer un moratón en la mejilla, no fuera a resultar que eso fuera a peor si sir Charles hallaba motivos para enfadarse todavía más.

Salieron hacia el establo y trabajaron en silencio. Flora deslizó el ronzal por la cabeza del poni y le abrochó la correa del cuello mientras que su padre levantaba la pesada silla de caza y se la ponía en el lomo para luego ajustarla con otra correa. Flora guio al poni lentamente camino arriba junto a Ardtuath House mientras Iain iba a recoger los rifles de la armería y hacía saber a sir Charles que estaban listos.

El terrateniente tomó su escopeta de dos cañones Purdey de manos de su padre sin decir palabra, sin apenas mirarla mientras ella ascendía por el sendero. Caminaba con paso firme, aunque un poco más despacio de lo que era habitual; el poni se adaptaba paciente a su paso mientras cruzaban las colinas que quedaban por encima del pueblo. Se dirigían a la laguna, donde Flora los esperaría con el poni mientras los dos hombres seguían subiendo hacia las tierras más altas, allí donde los ciervos se resguardaban del inclemente viento de diciembre. En el momento en que el camino empezó a hacerse más empinado, su padre se volvió y la miró nervioso, levantando las cejas, como preguntándole. Ella respiraba con pesadez, pero le devolvió un asentimiento de cabeza para que se tranquilizara, para hacerle saber que podía arreglárselas.

Una hora después cruzaron la turbera que quedaba justo más abajo de la laguna, hinchada por la lluvia invernal, y su padre le tendió una mano para ayudarla a mantener el equilibrio allí donde las piedras, cubiertas de musgo húmedo, resbalaban. Ella había ido mirándose a los pies mientras caminaba, asegurándose de los pasos que daba, con una mano en las riendas del poni y la otra, de manera inconsciente, sobre el vientre, con el chal resbalándole hacia atrás desde los hombros. Cuando volvió a levantar la cabeza de nuevo, se topó con los ojos de sir Charles. La observaba con frialdad, con una mirada escrutadora, desde el punto del camino donde estaba, más arriba. Se quedó helada al ver cómo la mirada se le oscureció y la cara se le puso roja de ira en el momento en el que se dio cuenta. Entonces se volvió de repente y siguió adelante, dando zancadas, hacia las aguas de la laguna, tan negras como su estado de ánimo.

Cuando llegaron al refugio de la cabaña, su padre le pasó el rifle a Flora para que lo guardara; luego tomó los prismáticos que llevaba en la cartera de cuero de la cadera y se puso a mirar la ladera con atención.

Un pequeño grupo de ciervos rojos en busca de los pocos pastos de invierno que quedaban levantó la cabeza. Estaban lo bastante lejos como para no asustarse al ver aparecer a tres humanos y un poni blanco, pero los miraban con precaución desde la colina. La cierva líder se inquietó y empezó a alejarse, siguiendo el contorno de la ladera, y las demás fueron tras ella en fila india antes de que volviera a detenerse otra vez. El grupo de acecho permanecía oculto tras los muros de la cabaña y Flora dejó que el poni se acercara a pastar la hierba descolorida que crecía junto a las piedras para que se mantuviera en silencio. La cierva aguzó las orejas, quieta, con los músculos tensos, listos para salir volando. Pero al ver que los humanos no salían de detrás de las ruinas de la cabaña se tranquilizó y se puso a buscar las últimas hojas frescas de mirto de pantano por entre las piedras.

Todavía observando al rebaño con los prismáticos, su padre le dijo en voz baja:

—Desde aquí se podría disparar. Los animales están espaciados y la colina queda tras ellos. —Sus palabras apenas eran un murmullo.

Flora miró hacia sir Charles. Pero él no estaba mirando a los ciervos de la colina. La estaba mirando a ella. Y un miedo helador la atrapó al verle aquella mirada en los ojos.

El acceso de ira había pasado, reemplazado por una mirada calculadora y fría. Muy aposta, metió la mano en la cartera que le colgaba del cinturón y sacó dos cartuchos. Todavía con los ojos fijos en ella, cargó el rifle. Luego se apartó de la cabaña, dejando espacio entre él y los Gordon, y se llevó el arma al hombro.

Los ciervos volvieron a moverse, ahora nerviosos, y su padre bajó los prismáticos.

—Dentro de un minuto estarán más arriba, no me cabe duda, ahora que nos han visto. Lo más probable es que se dirijan al circo glaciar, más allá de la cima de las montañas.

El poni se movió y golpeó el suelo, inquieto, con uno de los cascos.

Se oyó un suave clic al quitar sir Charles el seguro de los dos cañones de su rifle.

Al oírlo, el padre de Flora se volvió hacia él, levantando una mano y diciendo:

—Desde aquí no podrá alcanzarlos, no tiene buen ángulo.

Luego se detuvo. Sus palabras se quedaron flotando, sin respuesta, en el aire de invierno.

Por un momento se produjo una calma tan profunda que parecía

que la tierra hubiera contenido la respiración. Los tres permanecían de pie, helados, componiendo un tablero grotesco, solo a la vista de los ciervos rojos y de una única alondra que lanzaba sus notas aflautadas de advertencia sobre el silencio para romper el hechizo.

Y en ese momento el aire se hizo añicos al oírse un disparo, que hizo eco en las colinas y rebotó por las oscuras aguas de la laguna, y, aterrorizado por el revuelo, el ciervo huyó de la muerte.

e

Con el paso seguro de siempre, el poni descendió camino abajo. La silla sobre la que llevaba su carga se balanceaba con cada paso que daban bajo el peso del cuerpo inerte que soportaba, y, sobre uno de los flancos, un hilo de escarlata de sangre resbalaba sobre el costado blanco del animal. Cuando llegaron a la orilla de la bahía, los cascos de la montura resonaron vacíos sobre la superficie de la carretera, más dura.

Los granjeros salían de sus casas al ver a Iain Gordon y a su hija tirando del poni por el pueblo, abriéndose camino despacio hacia la verja de Ardtuath House. Al aproximarse a la casa, salió un grupo de mujeres y Flora y su padre se detuvieron.

Se oyeron suspiros y alguien susurró.

—¡Es sir Charles!

Entonces, todas las cabezas se volvieron hacia lady Helen, de pie, quieta, en el umbral de la puerta.

Moira Carmichael fue la primera en adelantarse y acercarse a Flora a toda prisa; la joven había empezado a temblar de manera incontrolada bajo los pliegues del chal de lana que llevaba.

Iain se quitó el descolorido gorro de cazador y se quedó de pie delante de su señoría, mirando al suelo. Luego levantó la cara; la tenía contraída de dolor.

Habló con voz dura, debido a la angustia, aunque sus palabras resultaron claras y firmes, y las pronunció lo bastante alto como para que todo el mundo pudiera oírle:

—Lo siento. He sido yo.

Flora se desplomó y Bridie corrió junto a ella, abrazándola y meciéndola mientras se lamentaba, con unos gritos quejumbrosos como los del zarapito en la orilla.

Entonces lady Helen dio un paso hacia el cuerpo de su marido e Iain bajó la cabeza otra vez, incapaz de mirarla a los ojos.

—No. —Lo dijo con tal firmeza que no admitía disenso.

Por un momento lo único que se oyó fue el siseo de las olas sobre la arena, porque incluso el zarapito dejó de cantar.

Todos volvieron la cabeza hacia la esposa de sir Charles.

—No —repitió ella—. Ya hemos sufrido demasiadas pérdidas. Se

acabó, no habrá más. Ha sido un accidente, Iain. Un trágico accidente.

—Pero… —empezó a decir él.

—No —repitió ella, haciéndolo callar—. Ha habido dos testigos, Flora y usted. Su escopeta falló. Es algo que nos ha quedado claro a todos, ¿verdad?

Miró a su alrededor, al pequeño grupo de gente que se había congregado allí, los miembros de aquella comunidad de granjeros tan unida en la que todos compartían la vida de todos. El moratón que la mujer tenía en la mejilla formaba una sombra oscura que destacaba sobre el blanco de la piel. Se hizo el silencio, luego llegaron algunos asentimientos de cabeza débiles.

Lady Helen bajó la mano y buscó la de Flora.

—Ven, querida, levántate de ese suelo frío. Has sufrido un *shock* tremendo y en tu estado necesitas cuidarte aún más. —Con ternura y amabilidad, le quitó el echarpe y la abrazó—. Vamos, entra en mi automóvil. Les llevaré a ustedes a casa, Iain. Bridie, ven tú también.

Se irguió todo lo alta que era y miró con autoridad a los allí reunidos. Su voz, habitualmente suave y un poco dubitativa, sonó fuerte.

—Señor Carmichael, señor McTaggart, ¿serían tan amables de devolver el poni a Ardtuath House? ¿Y podría alguien pedirle al doctor Greig que venga tan pronto como le sea posible? Gracias. Le estaré esperando.

Capítulo 39

Lexie, 1979

Hace una mañana soleada y ventosa, de las de finales de primavera, y Daisy y yo hemos ido a visitar el cementerio para ver la lápida con sus sencillas letras, la que se erige ahora sobre la tumba de mi madre. Hemos recogido un puñado de flores silvestres de los setos que crecen junto a nuestra casa —margaritas, borbonesas y reinas de los prados— y he hecho con ellas un ramo que he atado con un par de vueltas de una hebra de lana que saqué del costurero de mi madre. Creo que le gustarán. Daisy, por su parte, le trae un pequeño ramillete que ha confeccionado ella misma. Dejamos las flores junto a la lápida, al lado de la que lleva los nombres del padre de mi madre, de su madre y de la hermanita fallecida al nacer. Paso el dedo por las letras esculpidas, retirando un poco los líquenes que se han empezado a incrustar en la vieja piedra.

Daisy da vueltas alrededor, tambaleándose, muy ocupada recogiendo hierba algodonera aquí y allá para añadirla a la ofrenda que acabamos de hacer. Me siento sobre la superficie cubierta de musgo y la miro jugar, contemplando cómo la luz del sol le hace brillar los rizos rosas y dorados. Entre las sombrías piedras grises del pequeño cementerio, su vitalidad hace que recuerde que la vida continúa, y lo agradezco.

Saco unas cuantas margaritas del ramo que he preparado y las dejo sobre la tumba de mi abuelo Iain.

—Gracias —susurro—. Ni ella ni yo estaríamos aquí de no haber sido por ti.

Luego me pongo de pie y tomo a mi hija de la mano para acercarme hasta el panteón de los Mackenzie-Grant. El ángel de piedra tiene los ojos cerrados mientras reza por las almas de aquellos a los que guarda.

—En fin —le digo—. Sir Charles Mackenzie-Grant era una mala persona aunque fuera mi abuelo.

Luego tomo otra margarita y la coloco junto al nombre de mi

padre. «Alexander Mackenzie-Grant, desaparecido en el mar».

—Ojalá hubieras vivido —susurro—. Me hubiese gustado conocerte.

Ahora que la lápida de mi madre está en su sitio, tanto su nombre como el de mi padre miran de cara a la ladera azotada por el viento que queda por encima de la bahía plateada que fue el hogar de ambos, el lugar en el que compartieron sus días más felices. No es mucho, pero al menos es algo. Y creo que aquí su historia estará a salvo, en esta comunidad que los crio como ahora nos cuida y nos cría a mi hija y a mí.

Recuerdo que mi madre dejaba flores en esta tumba. Siempre pensé que eran para Alec. Pero quizá fueran también para sir Charles. Tal vez eran la manera que tenía de decirle que le perdonaba. Los nombres de Iain y sir Charles están también encarados, según veo, de la misma manera en que ambos padres se miraron a la cara allá arriba en la montaña aquel día durante el segundo previo a que Iain diera el disparo que me salvó la vida antes de que, de hecho, hubiera empezado apenas.

Daisy va canturreando para sí mientras sigue dando vueltas, tambaleándose por entre las lápidas del cementerio, dejando veza vellosa y hierba algodonera en cada una de ellas.

Me pregunto dónde estará la tumba de lady Helen, mi abuela. Mairi y Bridie me han dicho que murió a principios de 1945, durante los últimos meses de la guerra. Con los Aliados en Europa por aquel entonces, supongo que todo el mundo daba por sentado que Londres sería un lugar más seguro. Pero no tuvieron en cuenta las últimas acciones a la desesperada de los nazis, que habían desarrollado los mortales cohetes V-2, armas que podían lanzarse sobre el corazón de la capital de Inglaterra desde Alemania con efectos devastadores. La mañana del 3 de enero, lady Helen Mackenzie-Grant acababa de llegar para empezar a trabajar como voluntaria en el Royal Hospital de Chelsea. Ella fue una de los que murieron cuando un cohete impactó en el ala noreste del edificio sin que hubiera ningún preaviso.

Mientras resigo con el dedo el nombre de mi padre, cincelado sobre la lápida de granito pulido, pienso en que el nombre de lady Helen debería estar también aquí, mejor que, supongo, en una lápida en algún cementerio solitario que nadie va a visitar en alguna parte de Londres. Me prometo que la próxima vez que vengamos traeré un ramo como Dios manda para dejarlo a los pies del ángel en su memoria. Ojalá la hubiera conocido también.

Capítulo 40

Flora, 1944

El cortejo discurrió a lo largo de la carretera, detrás del automóvil fúnebre que circulaba con parsimonia desde Ardtuath House hasta al cementerio. Vestida con sus mejores ropas de domingo, las más oscuras, la gente del pueblo contemplaba en silencio cómo el ataúd de sir Charles descendía a la tumba a los pies del ángel al tiempo que el párroco recitaba las palabras que ya se habían hecho demasiado habituales para muchas familias en aquellos últimos años.

Lady Helen estaba en pie, erguida, junto a la tumba. El sombrero negro y el abrigo del mismo color que llevaba le destacaban lo blanco del rostro. Mientras la multitud allí reunida iba pasando a su lado, dándole el pésame, Flora y su padre se quedaron atrás, esperando a que todos se hubieran ido, excepto el sepulturero, que se quedó de pie a un lado, apoyado en la pala. Lady Helen avanzó hacia donde estaban y le dio un abrazo a Flora.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó la mujer, cuyos ojos negros se mostraban solícitos.

Flora asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Iain parecía desdichado, con el sombrero en la mano, sin saber tampoco qué decir.

—A ver —dijo ella de repente—. He estado arreglando unas cuantas cosas. He tenido que tomar algunas decisiones, como podrán imaginar. Me gustaría ir a verles a su casa mañana, ¿sería posible?

—Desde luego —asintió Flora, que levantó la vista, sorprendida—. También podemos ir nosotros a la casa grande, si lo prefiere.

—No, creo que será mejor que sea yo quien vaya a Keeper's Cottage. Sé que mi hijo siempre fue muy bien recibido en esa casa. Me hará bien visitarla. ¿Qué tal mañana a las diez de la mañana? No hace falta que preparen nada.

El guarda y su hija se quedaron mirando mientras su señoría se subía al brillante automóvil negro y se iba a casa. Luego ambos se fueron también, a pie, para quitarse la ropa buena y ponerse la de trabajo.

Lady Helen llamó a la puerta de Keeper's Cottage a las diez en punto a la mañana siguiente. Vestía su abrigo negro y un pañuelo de seda atado bajo la barbilla.

—Por favor, tome asiento, su señoría. —El padre de Flora se dirigió a la sala de estar, donde habían colocado tres sillas enfrentadas.

—La cocina parece mucho más acogedora, creo. Sentémonos mejor a la mesa. —Se quitó el pañuelo y se acomodó un poco el pelo, y luego se quitó el abrigo mientras acercaba una silla.

Flora nunca la había visto tan relajada. Era como si en Ardtuath House siempre hubiera tenido que comportarse con cuidado, como si hubiera tenido que estar siempre alerta, mientras que aquí, en su casa, estuviese a gusto. Lo mismo que su hijo antes que ella.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té, lady Helen? —le preguntó Flora.

—No, gracias, querida. Acabo de tomarme una. Por favor, siéntate. —Miró a su alrededor, fijándose en la cocina de leña y en las estanterías en que se ordenaban las cazuelas y las sartenes, impolutas, y las tazas y tazones, y asintió con aprobación—. No me extraña que a Alec le gustara venir aquí. Es muy hogareño. —Sonrió.

Iain juntaba y separaba las manos sobre la mesa como si no supiera bien qué hacer con ellas. Flora alargó una suya y la puso sobre las de su padre para tranquilizarlo.

Lady Helen se aclaró la garganta.

—Veamos, no debemos mencionar el accidente de mi marido. Eso ha quedado atrás y punto. El doctor Greig se ha ocupado del papeleo y la policía está de acuerdo en que no hace falta investigar nada. Todo el mundo está demasiado ocupado con la guerra en estos tiempos. —Sonrió a Iain, que asintió despacio con la cabeza, incapaz de expresar en voz alta la gratitud que sentía—. He estado hablando con mis abogados. No tengo ningún interés en seguir con la finca y sé desde hace tiempo que los Urquhart quieren comprarla. Tiene sentido, así podrán unirla a sus tierras. Quieren plantar árboles. Según parece, los bosques son el futuro. Utilizarán la casa para organizar partidas de caza de vez en cuando, pero el resto del tiempo estará cerrada. Quieren que haya alguien que esté por aquí echando un ojo, Iain, aunque será su propio administrador quien se ocupe de gestionar la finca. Los pastos comunales seguirán estando a disposición de la comunidad. Pero he excluido Keeper's Cottage de la venta y se la voy a dejar a ustedes. Esta siempre será su casa, Iain; su hogar para usted, para Flora y para mi nieto. Mi abogado de Inverness está preparando los papeles.

Flora e Iain se miraron sorprendidos.

—Pero ¿y usted, lady Helen? ¿Adónde irá? —preguntó Iain.

—He decidido regresar a Londres. Aquí tengo demasiados

recuerdos; algunos buenos, de Alec, claro, pero eso me entristece, pues todo me recuerda que él ya no está aquí. Y también tengo otros no tan buenos. —Bajó los ojos y se miró al regazo un momento, no antes de que Flora le notara una mirada de dolor en los ojos. Luego volvió a levantar la cabeza, recomponiéndose y ofreciendo una sonrisa decidida—. Así que lo mejor será que vuelva a Londres. Por suerte, la casa de la ciudad no se ha visto afectada por los bombardeos, y disfrutaré estando más cerca de mis amigos y mi familia del sur, eso también. Ahora todo es más seguro después de que los Aliados hayan recuperado el control de buena parte de Europa. Hay trabajo que hacer allí y puedo ayudar con el esfuerzo de guerra. No obstante, no os preocupéis, seguiremos en contacto. Vendré de vez en cuando. Y puede que incluso me quede en Ardtuath House si convenzo a los Urquhart de que estaré bien de sobra yo sola. Y vosotros podréis venir y visitarme en Londres, Flora, ¿qué te parece? Quiero conocer a mi nieto.

Se puso en pie, volvió a colocarse el abrigo y tomó su pañuelo. Ya en la puerta, se dispuso a partir, pero antes abrazó fuerte a Flora.

—Significa tanto para mí saber que Alec vivirá por medio de su hijo… —susurró.

Luego empezó a colocarse el pañuelo en la cabeza y a atárselo, pero cambió de opinión y se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

Y Flora se quedó mirando cómo se alejaba camino arriba, entre los pinos, con el viento de la bahía soplándole sobre los mechones plateados del pelo.

Capítulo 41

Lexie, 1979

Davy ha venido a cenar. Tiene a Daisy muerta de risa, pues no deja de perseguirla por la sala de estar a cuatro patas, haciendo como que es un oso. La niña se deja atrapar y luego abraza al oso por el cuello antes de darle un beso decidido en la nariz.

—Lee cuento —ordena.

Y el oso se dispone a hacerlo, con ella sentada en sus rodillas, en el sillón grande que hay junto a la chimenea.

Los ojos se le empiezan a cerrar después de leerle unas cuantas páginas de *Donde viven los monstruos*[32] y se le queda casi dormida en los brazos, con la manita apoyada en la manga de su jersey. Me apoyo contra el marco de la puerta y los miro; de repente, el corazón se me llena de amor de tal manera que creo que voy a estallar en llamas.

Se trata de otra sensación nueva para mí, todo este amor. Es algo que no me he permitido sentir antes. Es como si hubiera estado andando como sonámbula por la vida y, ahora que la historia que Bridie y Mairi me han contado me ha llegado dentro, de repente hubiera despertado a lo que tenía ahí, rodeándome, siempre.

La gente de aquí, el pueblo en el que me crie, me llevaba en el corazón desde mucho antes de que naciera y ayudó a protegerme permitiendo que mi abuelo se quedara para que pudiera ayudarnos a mi madre y a mí. Mi abuela así lo dispuso, dando un paso al frente para proteger a su nieta no nacida, y los demás estuvieron de acuerdo enseguida. Y han guardado el secreto, todos estos años, tejiendo a mi alrededor una red de amor.

Me avergüenza muchísimo admitir que fui tan estúpida como para malinterpretar lo que hacían. Entendí que los hilos de esa red eran unas ataduras que no quería; que tiraban de mí hacia abajo; que me obligaban a permanecer en un sitio del que me fui en cuanto pude, cortándolas y echando a correr tan rápido como pude sin apenas mirar atrás. Pero ahora lo veo bajo otro punto de vista. Pues claro que la gente del pueblo se interesaba por mí. Tengo con todos y cada uno de

ellos una deuda de gratitud. Después de todo, cada día que han pasado guardando el secreto de mi abuelo estaban protegiendo a mi madre mientras ella se enfrentaba a la crianza de un bebé a solas. Y tal vez ese bebé representaba la esperanza y la vida para aquellos como Moira Carmichael, que tanto perdió. El bebé de Flora Gordon tuvo que ser un rayo de luz en los meses oscuros que siguieron a la muerte de Alec y de Ruaridh y de muchos otros jóvenes de esta pequeña comunidad de granjeros.

Todo ha cambiado. Y nada lo ha hecho. La verdad es una fuerza poderosa.

Cuando Davy pasa la última página del libro, Daisy cierra los ojos. Las pestañas, rosas y doradas, le flotan sobre las mejillas. Dejo el vaso que tengo en la mano y doy un paso adelante para levantarla del regazo de él, y siento el peso y el suave calor de mi hija en los míos. Me la llevo y la deposito con cuidado en su cuna, tiro de la mantita de punto que su abuela tejió para ella y la arropo, envolviéndola en amor. Se revuelve un poco, con esas manitas en forma de estrella de mar que tiene y cuyos dedos estira y relaja sobre las hebras de lana suave y esas conchas marinas tricotadas con primor que la mantendrán calentita hasta que llegue el nuevo día.

Cuando vuelvo a la sala de estar, veo que Davy todavía está en el sillón, mirando las llamas de la chimenea. Está pensativo.

Me siento en el sofá frente a él, perdida en mis propios pensamientos.

Se levanta y se sienta a mi lado, y yo le apoyo la cabeza en el hombro. Pero entonces se echa un poco hacia atrás para que pueda verle los ojos. Hay algo ahí, una mirada de inseguridad mezclada con algo más que no sé muy bien qué es.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Duda, respondiéndome con una ligera sacudida de cabeza, y arruga las comisuras de los ojos como suele hacer mientras me sonríe para tranquilizarme. Pero ese algo sigue ahí, acechando bajo la superficie, y tengo que saber lo que es.

—Dímelo —insisto.

Suspira. Y luego se pasa los dedos por el pelo, como si tratara de poner sus pensamientos en orden, y dice:

—De acuerdo.

Se levanta y se sitúa frente a mí, y por la cara que pone estoy segura de que es algo importante.

—Sé que Bridie y Mairi te han contado la historia de tu madre. Pero todavía queda algo que no saben. Que nadie sabe. Es un secreto que he guardado durante tanto tiempo que no sabía si contártelo o no. Pero forma parte de tu historia, Lexie Gordon, así que ¿quién soy yo para evitar que lo sepas? Además —añade—, no quiero que haya

secretos entre tú y yo, nunca.

Asiento con la cabeza, impaciente; quiero que vaya al grano.

—En cualquier caso, acabaría enterándome. Para mí eres como un libro abierto. Cuéntamelo.

Toma aire.

—De acuerdo. Bien, la tarde después de que disparasen a sir Charles, Stuart y yo oímos hablar a los Carmichael. Estaban en la sala de estar que había bajo nuestra habitación y, como solo nos separaban los tablones del suelo, pudimos escuchar todo lo que decían. El señor C. dijo que el doctor tendría que expedir un certificado de defunción y que tal vez tuviera que llamar a la policía local al haber sido todo tan repentino, hubiera sido o no un accidente. La señora C. se enfadó al escucharlo. «¿Y qué le pasará a esa pobrecilla si pierde también a su padre además de haber perdido ya a su hermano y al amor de su vida? ¿Y qué hay del bebé?», planteó. «No hay que olvidarse de eso. ¿Crees que lady Helen podrá convencer al doctor Greig para que lo deje estar?». A lo que el señor C. respondió: «Si no lo logra, creo que a Iain lo condenarán a pena de muerte».

»Se suponía que Stuart y yo estábamos en la cama. Pero nos levantamos y bajamos las escaleras; pasamos de largo la puerta de la sala de estar, que estaba cerrada para conservar el calor del fuego de la chimenea, y salimos por detrás. Lo habíamos hecho montones de veces cuando queríamos salir a buscar lombrices a la playa para usarlas como cebo. Nos llevamos nuestros tirachinas y corrimos hasta llegar a Keeper's Cottage. Nuestro plan era defender a tu abuelo y a tu madre si venía la policía. Teníamos la tripa llena y estábamos listos, llevábamos los bolsillos llenos de piedrecillas. Estábamos preparados para luchar por ellos, después de todo lo que habían hecho por nosotros.

»Nos sentamos durante lo que fue una eternidad en la oscuridad, sobre los escalones de la puerta delantera. Y mientras estábamos allí, oímos hablar a tu madre y tu abuelo.

Se interrumpe, sin dejar de mirarme.

—¿Qué decían? —le pregunto con suavidad.

—Bien, Iain hablaba en voz baja y no pudimos enterarnos de mucho de lo que decía al principio. Pero entonces habló Flora y dijo: «No, papá, no voy a dejar que cargues con la culpa de lo que yo hice». Y entonces oímos lo que decía Iain, porque lo hizo en voz alta y firme: «No dejaré que se te lleven, Flora. No dejaré que se lleven a mi nieto. Me salvaste del primer disparo. No tengo ninguna duda alguna de que el segundo iba para ti». Entonces, tu madre lo hizo callar y ambos bajaron la voz, así que no pudimos escuchar nada más.

Le miro fijamente a la cara, tratando de asumir lo que significan sus palabras.

—¿Mi madre…?

Asiente con la cabeza.

—Poco después, se fueron a la cama. Pero Stuart y yo nos quedamos allí sentados hasta que no pudimos mantener los ojos abiertos, montando guardia en la puerta. Casi nos congelamos. Entonces decidimos al fin que era demasiado tarde para que la policía apareciera aquella noche, así que volvimos a casa de los Carmichael y nadie se dio cuenta.

—¿Lo sabe alguien más? —le pregunto—. Que fue mi madre la que disparó a sir Charles.

—Nadie, por lo que yo sé. Stuart y yo nunca dijimos ni una palabra sobre lo que habíamos escuchado. Los demás pensaban que había sido como Iain había dicho, que fue él quien disparó.

La luz del fuego parpadea, proyecta sobre nosotros luces y sombras.

—Bien; en cualquier caso, el doctor Greig expidió el certificado de defunción y se zanjó el asunto. Así que supongo que él también formó parte de la conspiración. Me imagino que lady Helen debió de ser muy persuasiva. Y que el doctor llevaba el tiempo suficiente tratándole moratones y huesos rotos como para saber qué se cocía detrás de las grandes puertas de Ardtuath House. Así que tal vez estuvo más que de acuerdo en hacer lo que ella le pedía.

Me quedo sentada en silencio, sorprendida, durante un rato, con la angustia atenazándome la garganta. Podría llorar por mi madre, que no dudó en defender a su padre y a su hijo no nacido cuando llegó el momento. Podría llorar por los dos niñitos que estaban sentados temblando a la puerta de esta misma casa, con sus tirachinas caseros, listos para defender a mi familia. E incluso siento mayor vergüenza aún por la manera en que he dado por sentadas muchas cosas en mi vida, una vida que debo a tantas personas.

Davy me envuelve entre los brazos y me tranquiliza, acariciándome el pelo. Cuando lo miro veo que su angustia es parecida a la mía, que la ansiedad centellea en el modo en que baja las comisuras de los labios.

—Has hecho bien en decírmelo. Estoy encantada de saberlo.

Por fin sonríe y sus ojos de color azul grisáceo albergan un océano de amor tan profundo que me deja sin aliento.

—Todos han sido tan buenos conmigo… —reflexiono—. Y nunca lo supe. Les he pagado con desgana e ingratitud. ¿Cómo podré agradecérselo?

Se ríe.

—Les has pagado cada día solo con vivir. No sabes lo orgullosos que estábamos de ti al ver tu nombre en las luces del West End. No tienes ni idea de la satisfacción que eso le dio a todo el mundo aquí, nos sentíamos como si formáramos parte de ello.

—Y ahora los he decepcionado a todos, he perdido la voz y mi carrera se ha acabado.

—No has decepcionado a nadie salvo a ti misma, Lexie —me contradice con amabilidad—, al pensar que eres una fracasada. De hecho, has acabado haciendo exactamente lo que todos queríamos que hicieras. Has vuelto a casa trayendo a Daisy contigo. Y aquí es donde has encontrado una nueva canción que cantar.

Sus palabras me llegan muy adentro, alivian el dolor que siento, y le beso.

Y en ese momento, con una sonrisa, me dice:

—Aunque, por supuesto, el mérito de lo de cantar es mío.

—Caramba, te has superado a ti mismo, Davy Laverock —le digo, besándole otra vez.

Y entonces, las ascuas de la chimenea se hunden sobre sí mismas y levantan una última llamarada que ilumina la estancia, cada vez más oscura. Lo tomo de la mano y me lo llevo, de puntillas, pasando de largo el dormitorio de Daisy, a la cama.

---

32 N. de la Trad.: En el original, *Where the Wild Things Are.* Se trata de un libro infantil publicado en 1963, escrito e ilustado por su autor, el estadounidense Maurice Sendak. En 1964 recibió la medalla Caldecott. También ganó el premio Boston Globe-Horn Book.

Capítulo 42

Lexie, 1979

Estoy tendiendo la ropa cuando aparece la camioneta roja del correo por la carretera llena de curvas que discurre por la orilla de la bahía. Me aseguro de que los petos de Daisy están bien sujetos con las pinzas, ya que aquí el viento siempre puede arrancar la ropa del tendedero y esparcirla por las ramas de los pinos, y luego me acerco a la puerta del jardín para encontrarme con el cartero. Me da un pequeño fajo de sobres y en la boca del estómago siento algo familiar al aceptarlo, pues veo que la mayoría son de color marrón y seguramente contendrán facturas. He estado viviendo de lo que me quedaba de los ahorros, que menguan con rapidez.

—Veo que hay una carta de sus abogados en Inverness —señala alegremente.

Es prerrogativa del cartero inspeccionar el correo de modo minucioso a medida que lo reparte cada día, así que siempre sabe con exactitud de quién es el cumpleaños, quién ha recibido un paquete y, en mi caso, a quién le han enviado esos avisos vergonzantes con un sello rojo que te recuerdan que tienes que pagar el recibo de la electricidad.

El abogado es el albacea del testamento de mi madre y, siendo así, puede que esta carta traiga noticias de que todo está ya resuelto por fin. Nada que ver con que vaya a recibir una herencia. Mi madre siempre vivió de manera sencilla, ahorrando unos centavos con lo que ella misma cultivaba. Siempre insistí en pagarle los billetes de tren a Londres, consciente de que en aquellos días yo ganaba un buen dinero y de que ella, aunque se las apañaba muy bien para llegar a final de mes, no tenía mucho para gastar. Pero tal vez haya quedado algún dinero que me ayude a pasar uno o dos meses más en Keeper's Cottage antes de que tenga que afrontar lo inevitable y vender la casa.

Pensar en tener que mudarme me agobia mucho más de lo que creía. Es como si los últimos meses, según he ido conociendo más sobre mi historia familiar, me hubieran empezado a crecer bajo los

pies, despacio, raíces que me atan a esta casa. Este lugar se ha convertido en mi hogar, para mi hija y para mí, y me duele pensar que tendré que dejarlo. No puedo imaginarme diciendo adiós a Bridie, y a Elspeth y a las otras mamás del grupo de juegos. No puedo imaginarme que no volveré a ser capaz de hacer música con la siguiente generación de niños que crecen en las casas a lo largo y ancho de la bahía, de enseñarles las canciones típicas de la misma manera que nos las enseñaron a nosotros, como se hizo durante siglos. Y, lo peor, no puedo pensar en dejar atrás a Davy. Sin embargo, él se las ha apañado para ganarse la vida aquí, y eso es algo que yo tendré que buscar en otra parte. Lo mismo que tantos otros hicieron antes que yo, tendré que dejar Ardtuath tarde o temprano, irme y buscar un empleo en una ciudad para mantenerme y mantener a mi hija.

Le doy las gracias al cartero con una sonrisa, tratando de no dejar que se note que tengo problemas, y lo saludo con la mano cuando se va antes de tomar el fajo de cartas y entrar en casa. Deposito los sobres marrones sobre la mesa de la cocina, dejándolos para abrirlos después, y leo la carta del abogado. No es exactamente informativa, sino más bien una nota breve en la que me pide que lo llame y que acordemos un día para que vaya a su oficina de Inverness en cuanto pueda. La dejo arriba del todo del montón de sobres marrones y me pongo a preparar el almuerzo de Daisy mientras ella empuja un tractor a mis pies, parloteando para sí.

Una vez mi hija se ha echado a la siesta y he terminado de limpiar el puré de patata que se ha quedado pegado en su trona, ya que últimamente insiste en que puede comer ella sola y el resultado, al final, es un desastre, llamo a la oficina del abogado. La amable mujer que me atiende al teléfono me confiesa que «en realidad no sabría decirle, querida» para qué quiere verme el abogado, pero me organiza una reunión para que vaya y me encuentre con el señor Clelland el próximo lunes por la tarde.

Echo mano de mi chequera y con un suspiro de resignación empiezo a abrir el resto de la correspondencia.

e

Las oficinas de Macwhirter & Clelland Abogados se encuentran escondidas en un lado discreto de la calle que discurre tras el castillo. Tomo asiento, dejándome caer sobre el resbaladizo sofá de piel, y me coloco, inquieta, la falda sobre las rodillas. Tras tantos meses de vivir en el campo, me ha puesto un poco nerviosa conducir en ciudad y buscar un sitio donde aparcar. Y ahora estoy desazonada porque quiero saber qué va a decirme el señor Clelland. En mis ratos de mayor esperanza, me he imaginado que podría ser una póliza de seguro de vida que me permitiera quedarme en Ardtuath unos cuantos

meses más. Por otra parte, en esas horas en que estás despierta durante la noche, me he imaginado que tal vez sea algún problema con los impuestos o las obligaciones fiscales inherentes a una defunción, lo que querría decir que incurriría en deudas.

El señor Clelland sale por fin de detrás de la puerta en la que se lee su nombre y me sonríe; los ojos se le ven aumentados por las gafas de cristales gruesos que lleva.

—¿Señorita Gordon? Pase, por favor.

Se sienta al otro lado del escritorio, cuyo tablero está forrado de piel, y toma un papel con pinta de ser algo oficial del montón que tiene ante sí. Me mira por encima de las gafas y dice:

—Bien. Empezaré por el principio, ¿le parece bien?

e

Había planeado pasar parte del día en Inverness, dándome una vuelta por Marks & Spencer a ver si le compraba algo de ropita nueva a Daisy (ha crecido tanto que lo que me traje de Londres ya no le queda bien) y adquiría algunas cosillas exóticas para la despensa, como curry, que no se encuentra en la tienda del pueblo. Pero al final, cuando el señor Clelland me acompaña hasta la puerta, salgo como si estuviera sonámbula, vuelvo a mi automóvil y conduzco directa hacia casa. Durante el camino, apenas veo las montañas y el mar con la prisa que tengo de volver a Keeper’s Cottage y compartir las noticias que traigo con Davy, y Bridie y Mairi, y Elspeth.

Esta mañana salí de mi casa siendo una madre soltera y abocada a la pobreza. Y ahora vuelvo como una mujer rica. Una mujer que jamás hubiera soñado con las oportunidades que se abren ante ella a partir de ahora.

Capítulo 43

Lexie, 1980

Davy me llena la copa hasta arriba y las burbujas suben casi hasta el mismo borde antes de volver a asentarse. Levanta la suya para volver a brindar.

—Por lady Helen Mackenzie-Grant y Flora Gordon, las mujeres que han hecho que esto sea posible.

Se produce una ronda de aplausos antes de que los violines y la flauta vuelvan a tocar *El vals de Flora,* la pieza que el grupo ha compuesto especialmente para mi madre. La cadenciosa melodía le va al dedillo, con su sencilla subida y bajada, y cuando la escucho es como si pudiera ver su sonrisa cariñosa. Mi madre está hoy aquí conmigo, esta noche, en la casa grande, mientras lanzamos el Centro para la Música Tradicional que he fundado en su nombre. Nunca pudo ocupar el sitio que le correspondía aquí, en la casa, mientras vivió, pero ahora estas habitaciones vacías se llenarán de vida y de risas y de música. Las canciones que ella cantaba resonarán sobre las paredes forradas de madera y los techos de escayola, y, por fin, Flora Gordon será la señora de Ardtuath House.

Este será un lugar donde la gente vendrá desde muy lejos, y todo el mundo será bienvenido: de todas las edades y procedencias, principiantes y expertos, gente que quiera hacer su propia música. Gente que quiera encontrar sus propias canciones y cantarlas.

Creo que mi abuela, lady Helen, también lo aprobaría. Durante la reunión en Inverness, el señor Clelland me explicó que al morir ella, todo el capital, es decir, el producto de la venta de la casa de Londres y también el de la venta de la casa y las tierras de Ardtuath, se invirtió en una sociedad muy bien administrada. La dama dispuso que cada mes se le pagara a Flora Gordon, de Keeper's Cottage, Ardtuath, un importe determinado que le permitiera vivir allí y criar a su hija, y que, al morir Flora, la sociedad se disolviera y el capital resultante pasase en su totalidad al nieto aún por nacer de lady Helen Mackenzie-Grant, que sería su único heredero.

Después de que el señor Clelland hubiera repasado conmigo los aspectos legales del legado de lady Helen, se puso a rebuscar entre el montón de papeles que tenía en la mesa y pasó a centrarse en el testamento de mi madre. Me dejaba Keeper's Cottage, claro. Pero lo que yo no sabía era que ella había ahorrado prácticamente todo el dinero que recibía como asignación de la sociedad en su cuenta de ahorro de la oficina de correos y que prefirió hacer una vida sencilla y tranquila, la misma que sus padres habían hecho antes que ella en su pequeña granja. Cuando yo estaba estudiando en Londres me hacía llegar una pequeña asignación, y me imaginé que habría recurrido a sus ahorros para pagarme la matrícula y que pudiera estudiar en la escuela de teatro de no haber conseguido yo una beca que lo cubría todo. Sin embargo, siempre prefirió dejar que yo saliera adelante por mi cuenta, para que me demostrara a mí misma y al mundo que podía lograr el éxito por mis propios medios, y, mientras tanto, todo el dinero que ella había ido ahorrando se había acumulado poco a poco sin que yo lo supiera.

Le sonrío a Davy mientras se une a los demás músicos en el escenario y toma su guitarra. Ahora tiene un nuevo empleo a tiempo parcial aquí, como profesor, cuando no sale a pescar con su barco. Elspeth y yo vamos a trabajar juntas en la administración del centro; compartiremos trabajo y también el cuidado de nuestros hijos. Ahora tiene a la pequeña Katie, la hermanita de Jack, y a Daisy le encanta pasar el tiempo con ellos.

Me acaricio con suavidad el vientre mientras Davy empieza a tocar *The Eriskay Love Lilt*. Todavía es un secreto, pero no me cabe la menor duda de que antes de que pasen muchas más semanas todos sabrán por aquí que Daisy Gordon va a tener un hermanito o una hermanita para cuando los brezos hagan que las colinas se vuelvan de color púrpura otra vez, en verano. Me apostaría algo a que Bridie será la primera en enterarse.

Mientras él canta, me busca con la vista entre el público y me mira directamente a los ojos.

> *Eres la música de mi corazón,*
> *mi arpa alegre,* o cruit mo chruid,
> *la luna que me guía en la noche,*
> *mi fuerza y mi luz.*

Ha sido él quien me ha dado la idea de crear este centro. Hemos firmado un contrato de arrendamiento a largo plazo para que la casa, en lugar de permanecer cerrada la mayor parte del año y usarse solo de vez en cuando para organizar partidas de caza, se convierta en un punto central de la comunidad y esté abierta a todo el mundo. Habrá

conciertos y festivales, y también será una residencia para organizar retiros. Y habrá clases de música para los niños del pueblo, y Elspeth y yo seguiremos al frente del grupo de música para bebés que creamos juntas. También tenemos planes de montar un estudio de grabación para que las canciones tradicionales se conserven para la posteridad.

Esta noche, las ventanas de Ardtuath House han dejado de parecer ojos ciegos y muertos que miran a la bahía, y la atmósfera opresiva y de tristeza que reinaba en estas estancias ha sido exorcizada. La luz se derrama sobre la hierba, empujando hacia atrás a las sombras, y la música flota en el aire, trayendo la noche a la vida. Davy dijo una vez que Keeper's Cottage siempre había estado lleno de canciones y buen humor, y este es otro modo de que el espíritu de mi madre haya logrado al fin habitar en la casa en la que un día soñó que viviría como esposa de Alec. Aunque ese sueño estaba destinado a no cumplirse nunca, tal vez el destino tenga una curiosa manera de que las cosas acaben por fin pasando.

Al terminar la velada y una vez el nuevo centro ha sido presentado y ha abierto sus puertas como corresponde, voy de una habitación a otra, apagando las luces. Me cuelo en la biblioteca y paso los dedos por el borde de la repisa de la chimenea.

Mientras estoy allí, Davy entra.

—Estás aquí —dice al envolverme en su abrazo—. ¿En qué estás pensando? Pareces muy lejos.

—Estoy pensando en Flora y Alec pasando una velada aquí, juntos; ojalá la vida hubiera sido distinta para todos nosotros —respondo—. Ojalá él hubiera sobrevivido a la guerra y hubiesen podido casarse. Ojalá yo hubiera conocido a mi padre. Ojalá mi madre hubiera podido tenerlo a su lado en lugar de vivir sola durante tantos años. Ojalá Stuart y tu madre hubieran vivido. Y ojalá todos ellos estuvieran ahora aquí para ver todo esto y compartirlo con nosotros.

Asiente con la cabeza y me besa en el pelo.

—Pero ¿sabes, Lexie?, a tu manera has hecho que sigan viviendo al llenar este lugar con la música que fue la banda sonora de su mundo. Te has llevado toda esa pérdida y la has convertido esto en algo mejor que bueno para muchas otras personas. Si las cosas hubieran sido distintas, puede que nunca hubieses encontrado una canción propia que cantar. Eso, por encima de todo, era lo que Flora quería para ti.

Sonrío y me doy la vuelta para besarle.

—Mantendremos vivas sus canciones y las transmitiremos de generación en generación. Las canciones de todos.

Doy gracias porque él y yo hayamos disfrutado del lujo que ha supuesto contar con el tiempo necesario para conocernos y para mantener esta relación, un lujo del que Alec y Flora nunca disfrutaron. Doy gracias por haberle conocido. Y doy gracias porque nos tenemos

el uno al otro y por la música de nuestra alma.

Apago la última luz. Luego nos vamos, cerramos la puerta principal tras nosotros y le damos la vuelta a la llave en la cerradura antes de volver a casa por el camino entre pinos que lleva hasta Keeper's Cottage. Echo un vistazo a la casa por encima del hombro justo antes de que la fachada se vea oscurecida por los árboles. Y, aunque las ventanas vuelven a verse negras, me parece que Ardtuath House ha despertado de su largo sueño y que está lista para vivir y respirar una vez más.

e

Al día siguiente, subo a Daisy a su mochila portabebés y me la cuelgo a la espalda. Luego subimos cantando por la colina hasta la laguna donde crecen los nenúfares blancos. Al cruzar la ladera que hay por encima de Ardtuath House, desde una ventana abierta llegan los acordes de un violín, que flotan hacia nosotras por la brisa que llega de la bahía. Las notas se mezclan con naturalidad con el sonido del viento por entre las ramas de los pinos, mientras que los trinos aflautados de las alondras que sobrevuelan la colina añaden su propia armonía sobre la melodía.

Más abajo, en el pequeño cementerio, se ha colocado una nueva lápida junto al panteón de los Mackenzie-Grant. En ella puede leerse grabada una dedicatoria a lady Helen con las palabras que elegí de mi bendición favorita en gaélico: «Que toda la paz de las estrellas te acompañe». Por fin tenemos aquí un recordatorio de su nombre, junto al de su querido hijo, aunque ninguno de los dos descanse bajo las flores de la hierba algodonera.

Allá en el agua, Davy estará zarpando con el *Bonnie Stuart* para comprobar las capturas de las nasas. Si hay suerte tendremos de esos cangrejos de mar tan grandes para cenar esta noche.

Llegamos a la vieja cabaña y dejo a Daisy en el suelo, aliviada; me falta el resuello por el esfuerzo de la subida. Cuando la saco de la mochila para bebés, le digo:

—Dentro de poco vas a ser demasiado grande para que te siga llevando. Tendrás que caminar tú solita, porque tu hermanito será quien vaya en el transportín.

—Mi hermanito —repite, apuntándome a la barriga con un dedo regordete.

Luego se pone a dar vueltas por ahí para recoger unas cuantas flores silvestres de las que crecen por entre las piedras de las ruinas.

Levanto la cara al sol y miro cómo una alondra se alza desde el tojo que hay por encima de nosotras, elevándose hacia el cielo azul. Su canto me hace pensar en Davy Laverock, que guardó su secreto durante todos esos años, un secreto dentro de un secreto, para

proteger a mi madre. Fue su manera de pagarle por su amabilidad hacia él y su hermano, una porción del ciclo natural de dar y recibir que forma parte de la vida en una comunidad muy unida.

El viento empuja una nube que tapa el sol y hace que todo se oscurezca en unos segundos. Ay, ahí está otra vez ese truco de la luz que saca a los barcos fantasma de la bahía. Veo a Alec Mackenzie-Grant; y a Ruaridh Gordon; y a Hal Gustavsen; y a Johnny, Matthew y Jamie Carmichael; y a los otros muchos jóvenes que perdieron la vida en la guerra. Me alegro de que todos ellos conocieran este lugar, esta laguna cubierta de nenúfares blancos en las colinas que hay por encima de Loch Ewe. Me alegro de que oyeran el canto de la alondra y de que supieran lo que es la libertad. Tan buena que merece la pena luchar por ella.

Acerco a Daisy a mí y la abrazo enterrando la cara entre sus rizos rosas y dorados. Es la viva imagen de su abuela; todo el mundo lo dice.

Luego vuelvo a colocarla en la mochila portabebés y me la cuelgo de los hombros para caminar de vuelta a casa.

NOTA DE LA AUTORA

«Esta es una comunidad temerosa de Dios
y sus gentes deben ser tratadas con respeto».

WINSTON CHURCHILL,
en su discurso al personal naval a la llegada
de la Flota Británica a Loch Ewe.

Al escribir este libro, he procurado en todo momento mantener la directiva de Winston Churchill, tratando la memoria de los habitantes de la zona y su historia con el mayor respeto. A los efectos de la historia, todos los personajes son ficticios. Cualquier parecido con cualquier individuo en concreto no es sino una mera coincidencia y desde luego no resulta intencionada.

No existe una finca llamada Ardtuath, ni tampoco Ardtuath House, que pudiera transformarse de ser un coto de caza a una escuela de música. No obstante, me complace decir que la música tradicional está resurgiendo y que se está volviendo a enseñar gaélico, lo que asegura que las viajes canciones de las Tierras Altas se conservarán. La idea de crear una escuela para ayudar a la conservación de la música típica escocesa vino, en parte, del National Centre of Excellence in Traditional Music de Plockton, que ofrece estadías en su residencia para estudiantes de toda Escocia. La Traditional Music & Song Association es un buen punto de partida para saber más sobre las canciones que aparecen en este libro: www.tmsa.scot

En la medida de lo posible, he tratado de ceñirme a la cronología histórica de los hechos acaecidos durante la Segunda Guerra Mundial. Me he inventado o he cambiado los nombres de algunos barcos en los que Alec se embarca con el fin de que sirvieran a la historia, pero, una vez más, siempre que he podido, he reflejado los hechos históricos de la manera más fidedigna posible.

Tres mil hombres perdieron la vida en los convoyes del Ártico. Aquellos que participaron, embarcándose en un viaje que Winston Churchill describió como «el peor del mundo», recibieron después una condecoración especial, la Estrella Ártica, en 2012. Se concedía tanto

al personal militar como a los marineros de los barcos mercantes. El personal de los convoyes árticos llevaba una boina blanca, lo que sirvió para que la gente los llamara «campanillas de invierno». En el jardín del museo Russian Arctic Convoys de Aultbea se plantaron tres mil campanillas de invierno para recordar a aquellos que perdieron la vida, forman un mar de campanillas blancas cada año cuando llega la primavera.

Los vestigios de la importancia que en su momento tuvo Loch Ewe como punto de reunión para los convoyes todavía pueden verse hoy. En 1999 se inauguró un monumento en recuerdo de esa historia en Rubha Nan Sasan, el punto de vigilancia de la entrada a la bahía, para recordar la valentía de todos los que participaron en los convoyes, que desempeñaron un papel fundamental en la victoria aliada.

Cuando lo visité, entre las amapolas que habían dejado allí para rememorar a aquellos que nunca regresaron a la seguridad de la bahía de Loch Ewe, se había colocado una piedra en la que se había pintado una única palabra: Спасибо.

Es la palabra rusa para decir «gracias».

AGRADECIMIENTOS

Gracias al museo Russian Arctic Convoys de Aultbea, cuyos ricos fondos se han conservado para mantener viva la memoria de aquellos años extraordinarios durante la Segunda Guerra Mundial en que aquella remota comunidad de granjeros se convirtió de la noche a la mañana en una ajetreada base naval y en el hogar de más de tres mil militares. El museo, atendido por voluntarios eficientes y amables, es un tesoro de información y bien merece una visita. Sus exposiciones ayudan a acercarnos a las durísimas condiciones de aquellos viajes a Múrmansk y Arcángel. Pueden obtenerse detalles de los convoyes y de quienes iban en ellos por medio de su página web, www.racmp.co.uk.

De la misma manera, el libro de Steve Chadwick *Loch Ewe During World War II* es una fuente de información estupenda, pues recoge recuerdos de la gente de la localidad, así como hechos históricos.

At Hell Let Loose: The World at War 1939-1945, de Max Hastings, tiene un capítulo dedicado a los convoyes árticos que es un buen punto de partida para cualquiera que desee leer más sobre su historia dentro de un contexto más amplio de la guerra.

He tenido muchísima suerte al tener la posibilidad de acceder a muchos relatos de primera mano que recogió la gente que trabajó en los convoyes. Gracias a Vivienne Giacobino-Simon, que compartió conmigo extractos de los diarios de su padre, Noel Simon, escritor y conservador de la vida salvaje en África. Durante la guerra, Noel fue piloto en la Fleet Air Arm y pilotó Wildcats desde el portaaviones *Illustrious,* uno de los barcos escolta que acompañaron a muchos de los convoyes. Su nombre se menciona en diversos despachos por su valentía.

Jamie Jauncey compartió conmigo *Random Naval Recollections,* el libro de su abuelo, el almirante sir Angus Cunninghame Graham, que fue el comandante del destructor *Kent* en un momento de su ilustre carrera naval y que acompañó a los convoyes árticos.

También tengo que dar las gracias a Sandra Nicholl of Tamarac, Florida, por compartir fotografías y recuerdos de las carreras de sus padres en la RAF y en las WRNS, incluyendo la mención de la guardia de honor de las WRNS en su boda en Escocia.

Mi vecina, Ernie Carrol, me contó historias de la carrera militar de su padre que me han ayudado a inspirarme para algunas de las

escenas descritas en el libro. Espero que a su perro, *Braan,* no le importe que haya tomado su nombre prestado. También me he apropiado del nombre del perro de mi amiga Kiki Fraser, *Corry,* para lo que muy amable me ha dado permiso. Y gracias a mis amigos Peter y Wendy Miller, que con tanta generosidad han compartido información sobre niños refugiados que iban a la escuela de la costa oeste durante los años de guerra.

Jamie Elder, de West Highland Marine, me dio una vuelta por Loch Ewe en su barco, el *Striker,* una excursión que fue maravillosa y muy didáctica en lo relativo a la Segunda Guerra Mundial y los lugares de interés en torno a la bahía vistos desde el agua. Era quien mejor podía hacerlo, pues ha pescado en esas aguas toda su vida, al igual que hiciera su padre antes que él, y, en una ocasión, encontró en el fondo marino una bomba de la época de la guerra que no había explotado.

Gracias de corazón, como siempre, a mi agente, Madeleine Milburn, y a su brillante equipo por apoyarme con mis libros y promocionarlos por todo el mundo.

Muchísimas gracias a vosotros, mis editores, Sammia Hamer, Mike Jones, Gill Harvey y Monica Byles, así como a Emma Rogers por haber diseñado una vez más una impresionante portada, y a todos los demás de Lake Union en Amazon Publishing. Me habéis cambiado la vida.

Más gracias de corazón para todos los amigos y familiares que me animan y hacen que todo siga funcionando, en especialmente Lesley Singers y su familia; mi madre, Aline Wood; mi tía, Flora Crowe; Karen y Michael Macgregor, por la inspiración de la costa oeste; James y Willow; Alastair y Carey.

Y, para terminar, les estoy tan agradecida a todos mis lectores por su apoyo que quisiera darles las gracias en persona por leer mis libros. Si os ha gustado *El secreto de la alondra,* os agradeceré de veras que escribáis una reseña. Me encanta saber qué pensáis y sé que las reseñas han desempeñado un papel fundamental para que otros lectores pudieran descubrir mi trabajo.

Con cariño,

FIONA